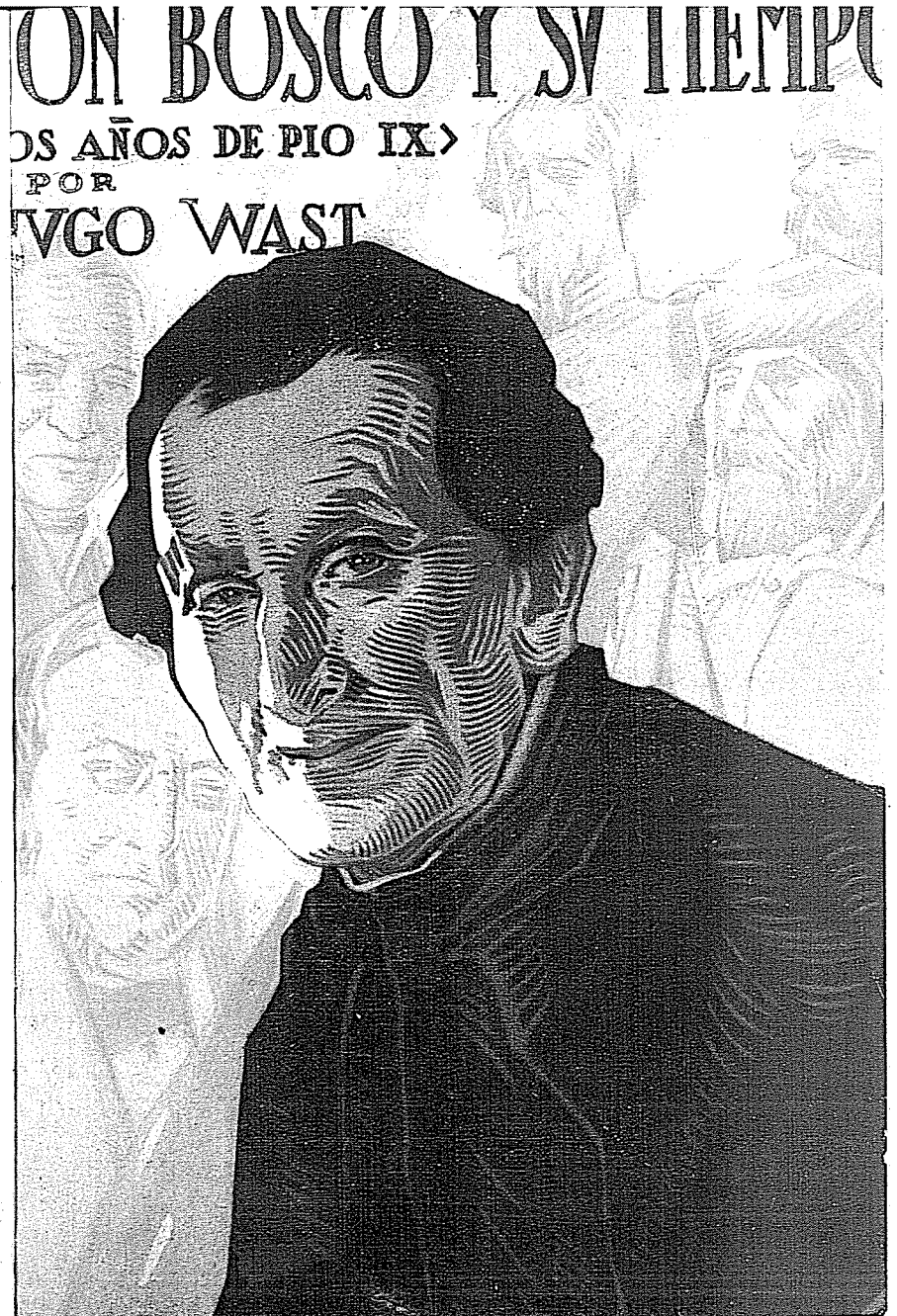
ON BOSCO Y SU TIEMPO

OS AÑOS DE PIO IX>

POR

VGO WAST



DON BOSCO Y SU TIEMPO

SEGUNDA PARTE

LOS AÑOS DE PÍO IX

OBRAS DE HUGO WAST

EDICIÓN CORRIENTE, RÚSTICA

Don Bosco y su tiempo. Los años de Carlos Alberto	10	millar	$ 2.50
Don Bosco y su tiempo. Los años de Pio IX	10	—	—
* El Camino de las Llamas.....	10	—	—
* Lucía Miranda	25	—	—
* Tierra de Jaguares.....	20	—	—
Myriam la Conspiradora.....	20	—	—
El Jinete de Fuego	20	—	—
Las Espigas de Ruth. (Páginas autobiográficas)	9	—	—
* Pata de Zorra	23	—	—
* La que no Perdonó.....	26	—	—
* Los Ojos Vendados	100	—	—
* Valle Negro. (Premiada por la Academia Española)	50	—	—
* La Casa de los Cuervos	113	—	—
* La Corbata Celeste.....	36	—	—
* Novia de Vacaciones.....	37	—	—
* Alegre	39	—	—
* Sangre en el Umbral. (Cuentos)	12	—	—
* 15 días Sacristán. (Relatos)	8	—	—
* Confesiones de un Novelista.....	5	—	—

EDICION BIBLIOTECA, ENCUADERNADA

Una Estrella en la Ventana. (Retrato del autor)	19	—	3.00
Fuente Sellada	86	—	—
Desierto de Piedra. (Gran Premio de Literatura Argentina, $ 30.000)	53	—	—
El Vengador.....	83	—	—
Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre.....	88	—	—
Flor de Durazno	133	—	—

EDICIÓN POPULAR

Desierto de Piedra	1.25
Fuente Sellada.....	—
Una Estrella en la Ventana.....	—
El Vengador.....	—
Flor de Durazno	—
Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre	—
Lucía Miranda.....	—

VARIAS

Luis Gonzaga. (Traducción del marqués Felipe Crispolti)..	3	—	2.00
Flor de Durazno. (Drama)	12	—	1.00
Mi Suegra me Quiere Mucho. (Pieza cómica).....			—

EN PREPARACIÓN

Moderna Literatura Latinoamericana.

De las obras marcadas con un asterisco existe también una Edición Biblioteca, encuadernada, a $ 3.00. Precios en moneda argentina.

HUGO WAST
C. DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

Don Bosco y su tiempo

SEGUNDA PARTE

Los años de Pío IX

10 MILLARES

BUENOS AIRES
EDITORES DE HUGO WAST
1932

Copyriht by Editores de Hugo Wast, Gorriti, 4199.

TRADUCCIONES

AL ALEMÁN

Trad. Sra. Erna Stoldt (Buchverlag Germania, Berlín).

Desierto de Piedra.

La que no Perdonó.

La Casa de los Cuervos.

Lucía Miranda (en prensa).

Myriam la Conspiradora (id.).

El Jinete de Fuego (id.).

Tierra de Jaguares (id.).

Otras traducciones publicadas en periódicos:

La Corbata Celeste.

Por Sra. P. L. de Kobelt.

Flor de Durazno.

Una Estrella en la Ventana.

AL FRANCÉS:

Trad. Mme. Fischbacher (La Renaissance du Livre, París).

Desierto de Piedra.

La que no Perdonó.

Trad. Georges Pillement (Nouvelle Revue Française. París.)

Valle Negro.

Trad. Henry Gross (Editions Bourrelier-Chimenes. París).

Alegre.

Otras traducciones publicadas en periódicos:

Trad. Mme. Noel Domengé.

Flor de Durazno.

Pata de Zorra.

Trad. Georges Pillement (L'Intransigeant, París).

El Camino de las Llamas.

Trad. L. de Montpellier.

La Casa de los Cuervos.

Trad. Mme. Fischbacher.

Un Provinciano en Vacaciones.

AL HOLANDÉS

L. J. Veen, editor (Amsterdam).

Valle Negro.

AL INGLÉS

Trad. Herman y Miriam Hespelt (Longmans Green and C°, New-York).

Flor de Durazno.

Valle Negro.

Trad. Louis Imbert y Jacques Le Clercq (Mismo editor).

Desierto de Piedra.

Lucía Miranda.

Trad. Leonard Matters (Williams and Norgate, London).

La Casa de los Cuervos.

AL ITALIANO

Trad. Mons. Benedetto Neri (Gruppo Buona Stampa, Mantova).

Flor de Durazno.

Fuente Sellada.

Desierto de Piedra.

La que no Perdonó.

Pata de Zorra.

Trad. Vittorio Caselli (Mismo editor).

La Casa de los Cuervos.

Mismo trad. (Edit. Grazzini, Pistoia).

Los Ojos Vendados.

El Vengador.

AL PORTUGUÉS

Trad. Almachio Cirne (Livraria do Globo Porto Alegre).

La que no Perdonó.

Flor de Durazno.

Desierto de Piedra.

La Casa de los Cuervos.

Fuente Sellada.

Valle Negro.

Otro trad. A Noite, Río de Janeiro).

Los Ojos Vendados.

AL POLACO

Trad. Dr. E. Boyé (Towarzystwo Wydawniéze Roy, Varsovia).

La Casa de los Cuervos.

Trad. Tadeusz Jakubowicz.

La que no Perdonó.

Flor de Durazno.

Trad. Fr. Baturewicz.

Desierto de Piedra.

Un Provinciano en Vacaciones.

AL RUSO

Trad. Sergio S. Ygnatov (Moscú).

Desierto de Piedra.

AL TCHECO-ESLOVACO

Jos R. Vilimek, editor (Praga).

Desierto de Piedra.

La que no Perdonó.

Flor de Durazno.

EDICIONES CLÁSICAS

Con vocabulario y notas en inglés, para el estudio del castellano en universidades y colegios norteamericanos.

La Casa de los Cuervos.

H. Hespelt (Macmillan and C.° (New-York).

Desierto de Piedra.

E. R. Sims (D. C. Heath and C° (New-York).

SEGUNDA PARTE

LOS AÑOS DE PIO IX

DON BOSCO Y SU TIEMPO (1)

LOS AÑOS DE PÍO IX

I

PROFETIZA: ¡LUTO EN LA CORTE!

En este aire inflamado por la guerra, iba Don Bosco levantando su obra de paz.

Claro está, sufría los contragolpes de todos los sucesos.

Mermaban las dádivas de que vivía su oratorio, precisamente cuando crecían sus necesidades.

La política dejaba en todos los espíritus un sedimento de pasión que al menor choque enturbiaba el juicio, envenenaba las relaciones sociales, separaba los amigos, desunía las familias, aventaba hasta las vocaciones sagradas.

El arzobispo de Turín, monseñor Fransoni, había expulsado del seminario a gran parte de los clérigos, los cuales se agolpaban a la puerta del palacio, con una turba de facinerosos, cantando el himno popular genovés:

«I figli d'Italia si chiaman Balilla...»

(1) Véase la obra, del mismo autor, titulada DON BOSCO Y SU TIEMPO: LOS AÑOS DE CARLOS ALBERTO.

Insultado en las calles, expuesto al asesinato, el arzobispo tuvo que refugiarse en Suiza. Sólo después de la abdicación de Carlos Alberto volvió a Turín.

Era grande amigo de Don Bosco y protegía su obra, y repetidas veces le habló así:

—Usted no se cree inmortal, ¿no es cierto? Seguramente un día u otro desaparecerá. ¿Qué va a ser entonces del oratorio? Piense y forme sucesores para que, aun muerto el fundador, la obra se perpetúe, *ad majorem Dei gloriam.*

Don Bosco sonreía.

Su oratorio de casa Pinardi, que había contado hasta setecientos alumnos, llegó a quedarse con diez o doce. Pero la perseverancia pudo más que la intriga de los protestantes, el celo falso de ciertos católicos y el veneno de la política. El oratorio renació con tanto vigor que, a pesar de lo calamitoso de la época, cuando en el centro de Turín se insultaba al arzobispo, en los humildes comulgatorios de Don Bosco, dos mil *biricchini* de varias edades cumplían con la Pascua, recibiendo la sagrada comunión.

Como estaba dispuesto siempre a prestar un servicio, acudían por centenares a pedirle trabajo o dinero. Hablaba a todos con jovialidad y los alentaba a referirle toda suerte de penas materiales y espirituales, y era raro el visitante que una u otra vez no terminase de rodillas en el modesto reclinatorio de tablas de su aposento, confesándose con él.

Y el que esto hacía quedaba de tal manera cautivado que lo buscaba siempre.

En vísperas de fiestas, cuando eran muchos los que

se disponían a comulgar, su tarea resultaba heroica. Solía llamar otros sacerdotes para que lo ayudasen. Cada cual se situaba en un confesonario y aguardaba los clientes. Pero si estaba allí Don Bosco, ya podían aguardar. Todos acudían a aquel amigo del alma, que con una palabra sola removía los secretos del corazón.

Ya sabemos que entre sus *biricchini* había verdaderas flores de muladar, manchados con toda suerte de vicios, ignorantes, groseros, fáciles para jactarse de sus hazañas en rueda de compañeros, pero tímidos a los pies del sacerdote.

No todos sabían que el confesor morirá mil veces antes que contar la más mínima cosa que haya sabido en confesión; y que, por un milagro providencial, no se ha dado jamás el caso de que ni los apóstatas violaran su formidable compromiso.

Había que inculcar esta verdad en aquellas almas recelosas, que tantas veces tuvieron tratos con la Policía. A veces el *biricchino* se quedaba con los labios pegados. No había modo de hacerlo comenzar. Una fuerza diabólica lo amordazaba, mezcla de orgullo y de vergüenza.

Don Bosco ponía la mano sobre la cabeza del muchacho.

—¿Has almorzado hoy?

—¡Sí!

—¿Tenías apetito?

—¡Oh, sí!

—¿Cuántos hermanos tienes en tu casa?

Roto el hielo, resultaba fácil penetrar con sagacidad en la materia propia de la confesión.

Los sábados Don Bosco confesaba durante diez o doce

horas seguidas. Y muchas veces, en los días de gran concurrencia, le dieron las doce de la noche en el sillón donde permanecía clavado. La fatiga le rendía, y en mitad de una confesión quedábase dormido. El penitente, sobrecogido por aquel indicio de sobrehumana fatiga, respetaba el sueño de Don Bosco, y sentándose en el reclinatorio esperaba que despertase. Igual hacían los otros muchachos que aguardaban su turno. Pasaba una hora, pasaban dos... La campana de la Consolata tocaba las tres de la mañana, Don Bosco sacudía el sopor, y al indeciso fulgor de la mariposilla de aceite veía sus chicos tendidos en el suelo o dormidos de rodillas.

—¡Señor, Señor!—decía sonriendo—. El espíritu es pronto, pero la carne es débil... Vamos a ver... ¿Dónde estábamos? ¡Tú, Albera!

Albera se despertaba y proseguía la confesión. Don Bosco lo absolvía.

—Ya no vale la pena de ir a la cama.. Continuemos...

Despedía a uno y llamaba a otro, hasta que venía la hora de celebrar la misa.

Sucedió una vez que Don Bosco se durmió con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, contra el brazo que tenía puesto allí el muchacho que se confesaba. Este permaneció quieto. Dieron las cinco de la mañana, y Don Bosco se despabiló y prosiguió confesando.

En el recreo, ese día vió que el chico tenía el brazo en cabestrillo.

—¿Qué te pasa?

—No es nada.

—¡Muéstrame eso!

El brazo estaba lívido, negro, por haber permanecido tantas horas apretado contra el sillón, sin que el jovencito osara moverse por no turbar el frágil reposo de aquel santo.

Ciertamente, muchos de los *biricchini* sentían fuerte repugnancia por la confesión. Participaban de las diversiones, de las meriendas, de los trabajos. Asistían a las funciones religiosas, pero no consentían en confesarse. Algunos, por temor que Don Bosco les perdiera estimación cuando conociera sus pecados.

A éstos, justamente, era a los que con más empeño buscaba. Uno de ellos nos ha dejado la historia de su primera confesión.

Tenía diecisiete años y hacía varios meses que iba al oratorio y seguía todas las distribuciones con entusiasmo. Pero no se resolvía a confesarse. Siempre hallaba un pretexto para aplazarlo.

Un día estaba jugando entusiásticamente a la barra, cuando ve a Don Bosco.

—¿Quieres ayudarme a hacer una cosa urgente?

—Con mucho gusto.

—Te prevengo que te va a dar trabajo.

—No importa; soy bastante fuerte.

—Ven conmigo a la iglesia.

Entran en la sacristía y Don Bosco le señala un reclinatorio. El *biricchino* se lo echa al hombro, creyendo que debe transportarlo.

—¡No, no! Déjalo allí; arrodíllate. Yo me siento aquí.

—¿Para qué?

—Para confesarte.

—¡Ah, no! No estoy preparado.

—Ya sé; pero puedes prepararte. Yo rezaré mi breviario, y tú harás el examen. Te doy todo el tiempo que quieras, y también te ayudaré.

El muchacho, conmovido, se entrega.

—¡Ha hecho bien en sorprenderme así! ¡Nunca me habría atrevido a confesarme!

Innumerables testimonios de contemporáneos prueban que Don Bosco tenía, por milagro de Dios, el privilegio de leer en las conciencias.

Un día llega un muchacho de aspecto arisco y orgulloso. Se advierte que lucha entre el deseo de pertenecer al Oratorio, donde otros de su edad estudian, juegan, trabajan, y su repugnancia a las cosas de la iglesia.

—¿Aquí se hacen frailes?—pregunta con insolencia.

Han pasado algunos años, y ya en el modesto oratorio de casa Pinardi hay un seminario en que se preparan los futuros salesianos.

—Sí—responde Don Bosco jovialmente—; aquí se hacen frailes y también otras cosas.

—Yo quiero entrar, pero no quiero que me hagan fraile. ¿Es obligatorio hacerse?

—No. Se concede como una gracia especial al que muestra tener vocación y las demás disposiciones. Pero al que no las tiene, no se le permite vestir sotana.

—Bueno, estoy conforme; yo entraré, pero a condición de que no me hagan fraile...

—Puedes estar tranquilo: nadie te hará, si no tienes vocación.

—Aunque tuviera vocación; yo pido ahora que no me hagan fraile...

Don Bosco se echa a reír y lo admite, con la terminante condición de no hacerlo fraile aunque quiera...

Pasado un tiempo llega un día de confesiones.

—Yo quiero confesarme, pero no con usted, ni aquí. Quiero confesarme en la Consolata.

Don Bosco lo mira con ternura y tristeza, y le dice bajando la voz:

—Sí, anda a confesarte; pero no olvides de decir esto, y esto, y esto...

Y le declara tres pecados que atormentaban la conciencia del pobre muchacho, y que nunca se atrevía a confesar.

—Desde que usted sabe mis pecados—responde con un sollozo—, no necesito ir a otra parte.

El mismo protagonista ha contado años después la escena.

Cierta vez un joven clérigo esperaba su turno cerca del confesonario de Don Bosco. Angustiábanlo mil penas interiores. Sentíase oprimido de culpas, que no acertaba a distinguir en qué consistiesen.

—¡Oh, si Don Bosco leyese en mi alma y adivinase lo que no sé expresar!

Apenas ha hecho este soliloquio, siente una mano que le toca el hombro:

—Vete a comulgar; no necesitas confesarte. Tranquilízate.

Es Don Bosco mismo que le habla. El joven, conmovido hasta las lágrimas, besa la mano que lo acaricia y se levanta confortado.

Toda la vida de este hombre es un tejido de maravi-

llas semejantes. Muchos de los que lo conocieron y trataron por largos años han escrito páginas preciosas, episodios en que fueron protagonistas o testigos.

"Muchas veces vi que al acercársele un joven para confesarse, él le decía antes de oírle: "Ve y comulga". Después, hallándole en el recreo, le explicaba al oído: "Esas cosas de que te querías acusar no son pecados".

Corría entre los alumnos la versión de que Don Bosco "leía en las frentes". Los nuevos resistíanse a creer tal especie hasta que comprobaban la verdad.

Un día estaba Don Bosco en el comedor, después de la cena. Uno de los que no querían creer, porque no habían visto, se abre paso entre los otros alumnos y le dice en voz alta:

—¡Y bien, léame los pecados!

Don Bosco lo mira, le hace agachar la cabeza y le habla al oído. El muchacho no dijo más, y alejóse conmovido y humillado.

En otra ocasión, en víspera de fiesta, sale al patio después de haber confesado largas horas. Varios otros sacerdotes han confesado también, de modo que él, humanamente, no puede saber cuáles de sus alumnos se han preparado o no para la comunión del día siguiente.

Sin embargo, le basta mirarlos.

Llama a uno y le dice tocándole la frente:

—¡No te has lavado la cara!

—Sí, Don Bosco.

—¡Te digo que no!

Y le habla al oído; el muchacho se aleja abochornado y esa misma noche se confiesa.

Otra vez a uno de sus muchachos lo detiene al pasar:

—Y si esta noche murieras, ¿qué sería de ti?

Su estilo de confesor era personalísimo. No tenía el mismo discurso para todos. Dos o tres palabras, que iban rectas al corazón, bastaban para obtener transformaciones maravillosas.

Y usaba de tal caridad, que sólo no conociéndolo podía alguien vacilar en abrirle el tesoro del alma.

Sus ojos, que penetraban las conciencias, adivinaban también el porvenir. Generalmente sus predicciones se referían a cosas y personas de sus oratorios. Sin embargo, algunas veces Dios concedióle el terrible privilegio de escrutar el futuro político.

Entonces, como los profetas de la Biblia, no temió afrontar la cólera de los grandes, comunicándoles sus visiones.

Era rey Víctor Manuel II, y el Parlamento de Turín, que ya había sancionado muchas leyes anticatólicas, se disponía a votar la célebre ley Ratazzi, que, so pretexto de favorecer al pequeño clero, suprimía conventos y se apoderaba de sus bienes.

Una de las instituciones amenazadas era la abadía de Altacomba, ricamente dotada por los antiguos condes de Saboya, que en la carta de fundación fulminaba maldiciones contra aquel de sus descendientes que osara apoderarse de los bienes abaciales.

Don Bosco habla de la injusticia que se está preparando, y teme que las maldiciones caigan sobre la casa real. Uno de sus estudiantes se procura una copia de aquella carta de fundación y se la envía al rey, firmando la esquela con su propio nombre.

El rey lee el extraño documento y logra saber que

el firmante es un alumno de Don Bosco. Pero no piensa impedir la sanción del proyecto Ratazzi.

Y esa noche Don Bosco tiene un sueño. Le parece hallarse en el patio de casa Pinardi, a la hora del recreo. Y ve entrar un paje de librea encarnada, como los de la casa real.

—¡Una gran noticia!

—¿Cuál?

—Anuncia: gran funeral en la corte.

Repitiendo este grito, sale y desaparece. Don Bosco pasa la mañana escribiendo, y cuando va al refectorio, habla con sus alumnos:

—He escrito tres cartas delicadas: una al Papa, otra al rey y otra al verdugo.

Todos quieren saber qué ha escrito al rey, y él les refiere lo que ha soñado. ¡Gran funeral en la corte!

Transcurren cinco días. Y nuevamente ve al paje de librea encarnada, que llega a caballo, cual si tuviera prisa:

—¡Anuncia ahora no gran funeral en la corte, sino grandes funerales en la corte!

Don Bosco se despierta lleno de angustia y escribe a Víctor Manuel otra carta. Pero el rey no piensa atajar un proyecto que dará al tesoro muchos millones. El 9 de enero del 55 comienza la discusión de la ley, y con ella las maldiciones a cumplirse.

El 12 de enero muere la reina María Teresa, madre del rey. El 20 de enero muere la reina María Adelaida de Austria, su esposa. El 11 de febrero le toca el turno a Fernando de Saboya, duque de Génova, su hermano. Y el 17 de mayo el hijo menor del rey, que lleva su nombre: Víctor Manuel. A cada muerte se suspenden las se-

siones de la Cámara en señal de duelo, y con ellas la discusión de la ley Ratazzi.

Don Bosco, entre tanto, prosigue su valiente campaña. Ha reimpreso las maldiciones de los condes de Saboya, y publica en dos opúsculos de las Lecturas Católicas, que él mismo edita, una obra de Nilisen con este título, que causa un vivo escándalo: "Cómo se roban los bienes de la Iglesia."

En la tapa del librito hay esta sentencia terrible: "La familia del que roba a Dios no llega a la cuarta generación."

La discusión se termina el 22 de mayo, y la ley aprobada por el Parlamento queda a la firma del rey.

Tercera letra de Don Bosco, en latín, y en el vigoroso estilo de los profetas: *"Dicit Dominus: erunt mala super mala in domo tua"*. Dice el Señor: caerán males sobre males en tu casa.

El rey, que no podía quitar del pensamiento las anteriores cartas de Don Bosco, lee y queda inquieto. Se jacta de ser católico; todos los príncipes de su raza lo han sido. Y es además muy supersticioso. Para aquietar su conciencia, antes de promulgar la ley convoca una Comisión de teólogos.

¡Qué difícil es fallar contra los deseos de un rey! Los doctores en ciencias eclesiásticas se reunen y resuelven que el rey puede en concincia firmar la ley.

Treinta y cinco Ordenes religiosas cayeron bajo sus sanciones, y fueron despojadas de sus derechos y sus bienes 334 casas y 5.406 personas.

¿Quién piensa en la cuarta generación cuando puede usurpar los millones del Señor? Víctor Manuel estaba en

el vigor de una juventud entusiasta y sensual. Se le había pasado la irritación y tenía ganas de conocer a aquel audaz sacerdote que no tenía pelos ni en la lengua ni en los picos de la pluma.

Monta a caballo, y en compañía del general conde de Angrogna, como quien da un paseo, llega hasta Valdocco y ve jugar a los *biricchini* en el patio de casa Pinardi. Mas Don Bosco no está.

La cólera, que se ha apagado en el ánimo del rey, se enciende en el del cortesano, que piensa obtener una retractación.

Y, en efecto, días después penetra a caballo en el patio del oratorio, seguido de su asistente.

—¿Dónde está Don Bosco?

—En su aposento—le responden los *biricchini* alarmados.

—¡Allá voy!

Echa pie a tierra, y como dueño de casa penetra en el despacho de Don Bosco.

—¿Es usted Don Bosco?

—Soy yo.

—¿El que se ha atrevido a escribir cartas al rey, enseñándole a gobernar sus estados?

—Yo le he escrito, pero sin pretender tanto como eso.

—Pues es usted un impostor, un fanático, un rebelde, que ha ultrajado la majestad del rey. Y debe darle una satisfacción.

—¿De qué manera?

—Escribiéndole una carta... Siéntese y escriba lo que voy a dictarle...

Don Bosco, humildemente, se sienta y toma la pluma, y el irritado general le dicta una retractación.

—No, señor conde; yo no escribo eso.

El general, impetuosamente, echa mano a la empuñadura de su espada.

—¿Quién dice que no va a escribir lo que yo le mande?

—¡Yo no voy a escribir eso! Y aunque usted está armado y yo no tengo armas, ni sabría usarlas si las tuviera, no le temo, señor general...

—¿Que no me teme?—ruge el conde de Angrogna, más irritado por aquella tranquilidad que por un verdadero insulto.

—No, porque sé con quién trato. Usted es un caballero, un soldado valeroso, que se sentiría deshonrado si atropellara a un pobre sacerdote desarmado como yo. Y tan seguro estoy, que si hubiera sabido que iba a venir a visitarme, le habría evitado esta molestia yendo yo mismo a su palacio. Allí, con tranquilidad, habríamos hallado una fórmula para dar satisfacción al rey, salvando mi conciencia. Y usted, mi general, en vez de insultarme, habría mandado traer una de sus mejores botellas, y yo habría bebido a su salud.

El conde de Angrogna no sabe qué responder. ¿Se burlan de él, acaso? No parece. La cara de Don Bosco respira franqueza y lealtad.

—¿Usted dice que es capaz de ir a mi casa?

—Sí, mi general.

—Bueno; mañana, a las tres, lo espero.

Y el general sale, haciendo sonar la espada contra la bota.

Al día siguiente Don Bosco se presenta en su palacio.

—¡Pensé que no viniese!

En buena armonía, pesando las palabras, queda pronto escrita una carta que satisface a los dos y desagraviará seguramente al rey.

Un criado se presenta con una botella y una bandeja de bizcochos.

El general ofrece uno a su huésped. y éste, sonriendo, le dice:

—¿Puedo comerlo? ¿No contiene ninguna sustancia... heterogénea?

De Angrogna se ríe cordialmente y se come la mitad del bizcocho, regándolo con un trago. Don Bosco lo imita. La paz está sellada.

De un furioso adversario ha hecho un cordial amigo.

En cuanto al rey, no se acuerda ya de las profecías de Don Bosco. Su pequeño reino entra en las filas de las grandes naciones, impulsado impetuosamente por Cavour, el gran ministro.

Se acaba de aliar con Francia e Inglaterra. Va a asistir a los Congresos donde se elabora la guerra y la paz del mundo. Va a participar de la guerra de Crimea, del lado de los vencedores. Va a preparar el desquite de Novara y la unidad de la península. ¿Quién piensa en la cuarta generación?

II

ENREDADO EN DEUDAS

El arzobispo le ha dicho: "Cuando usted falte, ¿quién proseguirá su obra?"

Monseñor Fransoni lo habría ayudado para fundar la Congregación que Don Bosco viera en sueño. Pero el primer ministro, Máximo d'Azeglio, que sabe cubrir con palabras católicas procedimientos dignos de Mazzini, espera su regreso a Turín, lo aprisiona, y como no puede arrancarle la renuncia al arzobispado, lo destierra.

Los liberales se dan la mano con los sectarios de la *Joven Italia* cuando se trata de la libertad de la Iglesia. Nunca más volvió del destierro monseñor Fransoni.

Con él perdió Don Bosco al protector que comprendió la importancia de sus trabajos desde la primera hora.

El grano de mostaza iba expandiéndose. La capilla Pinardi resultaba estrecha. Glacial y fangosa en tiempos de lluvia; cálida y asfixiante en el verano.

Urgía construir una iglesia espaciosa y un gran local para dormitorio y taller del centenar de jóvenes que, sin contar los externos, albergaba el oratorio.

¡Una iglesia y un colegio!

Y el portamonedas de Don Bosco estaba exhausto. Y,

lo que es peor, sus enemigos del campo católico lo habían desacreditado entre sus bienhechores. Al más enconado le dice un día con tocante humildad: "Vea el daño que usted me ha hecho con sus murmuraciones: me ha obligado a cambiar todos mis benefactores."

En un siglo en que el dinero es rey absoluto, Don Bosco mostró genio de financista, audacia de aventurero, confianza en Dios.

Cuando se le ocurre empezar a construir su primera iglesia, que llamará San Francisco de Sales, y que será la verdadera porciúncula de su Orden, no posee más que deudas. Debe al panadero, al sastre y al proveedor de víveres, y hasta al barbero. Debe además 20.000 liras al abate Rosmini.

A pesar de todo, encarga los planos. Se los hacen, los modifica, los aprueba. Llama a un constructor y le señala el terreno vacío de casa Pinardi.

—¿Se anima a edificarme esta iglesia?

—Con todo gusto.

—Le advierto que no estoy sobrado de dinero...

—Eso no importa.

—Más bien... escaso. Quiero decir que hay días en que no tengo un céntimo...

—Pero al día siguiente, sin duda, tendrá la bolsa llena.

—Ni al siguiente, ni al otro. Me acontece pasar una semana y más viviendo de la caridad.

El constructor se pone frío.

—Entonces iremos despacio.

—¡No, no! Yo quiero que vayamos aprisa, y que antes de un año inauguremos la iglesia.

El constructor mira aquel rostro entusiasta y radiante, aquellos ojos negros, que parecen penetrar el porvenir.

—¡Así lo haremos! ¡Antes de un año bendecirá su iglesia!

Como no bastasen las limosnas, anuncia una colosal lotería. Conferencias, carteles y volantes. Incendia a todo Turín. Pide que le den para rifarlos toda clase de objetos, libros, paños y adornos. Facilita la entrega autorizando a recibirlos a comerciantes de diversos barrios.

Recoge millares de objetos. Los clasifica, los restaura, los numera. Su actividad y su ingenio despiertan admiración en unos y envidia en otros, y arrecian las murmuraciones.

Se encoge de hombros.

Estamos en los primeros días de 1852. Las reinas María Adelaida y María Teresa han sido de las primeras en contribuir con diversos donativos, que, por venir de la casa real, serán premios codiciadísimos. Más de tres mil números premiados habrá.

A cincuenta céntimos el número se empieza a difundir la lotería. En todas las casas de Turín, en todo el Piamonte, hasta en Roma, halla adquirentes; no pocos toma el Papa; Víctor Manuel hace igual, y muchos obispos también. Don Bosco logra vender 74.000 números de su lotería. Son 37.000 liras.

Su iglesia está concluída y pagada, y se inaugura el 20 de junio de 1852. No tenía campanario, ni sacristía. Eso, para más adelante.

"Después de haber hecho una casa para el Señor—dice Don Bosco—, hagamos otra para sus hijos."

Sin perder tiempo, en un terreno próximo a la casa

Pinardi, empieza a construir un vasto edificio para dormitorio y talleres de sus albergados. En Turín se estila construir las casas con galerías o pórticos. Así construye Don Bosco las suyas, porque la galería es un precioso recurso en los días de lluvia.

Las gentes, viendo tantos operarios y materiales reunidos allí, se preguntaban: "¿De dónde saca Don Bosco dinero para estas empresas?"

Y Don Pacchiotti, aquel sacerdote amigo suyo, uno de los que quisieron llevarle al manicomio, se le acerca humildemente.

—¿Tengo ahora que comerme un perro?

—¿Por qué?

—Porque yo había dicho que si usted era capaz de hacer una iglesia y un colegio, yo era capaz de comerme un perro...

Apenas construída la casa, instaló en ella los primeros talleres salesianos. Inquietábale el que sus *biricchini* trabajasen con diversos patronos y compañeros, cuyas ideas y moral no eran siempre seguras. Comenzó abriendo una sastrería, de la que él mismo fué maestro, y una zapatería. No le preocupaba la colocación de sus productos, porque sin salir del Oratorio, tenía clientes sobrados entre sus propios alumnos.

Luego la carpintería, la herrería y la encuadernación. Lo más difícil era una imprenta, por lo costoso de su instalación, tipos, máquinas, maestros; mas tampoco tardó.

Desde 1862 funciona su primera imprenta, y de ella salen, no solamente los libros que él escribe, y que son muchos, sino innumerables obras de propaganda, entre

ellas las *Lecturas Católicas*, opúsculos mensuales que han llegado a tirajes fantásticos en todos los idiomas.

Al año siguiente monta una fundición de tipos; al otro, una librería; después, una fábrica de sombreros y una escuela de pintura...

La obra está lanzada y nadie podrá detener su progreso, porque la mano de Dios la guía y la sostiene.

Don Bosco le ha trazado normas geniales de tal modo que, su institución, sin apartarse del espíritu de su fundación, podrá adaptarse a todos los tiempos y a todos los países.

Don Bosco venía del pueblo, conocía las necesidades del pueblo, se había ganado la vida como pastor, como sastre, como herrero, como pastelero, y llegaba en una época en que la voluntad popular iba a sustituir a la voluntad de los reyes y hasta al nombre de Dios.

Las Congregaciones enseñantes jesuítas, escolapios, barnabitas, oratorianos, se dedicaban a educar a los hijos de la aristocracia, porque habían sido fundadas en épocas en que sólo los nobles aspiraban a la instrucción.

La transformación de las ideas y de la economía, ha determinado en el obrero moderno un movimiento ascensional. Tiene conciencia de su poder y quiere que su hijo adquiera la instrucción que a él no le dieron.

En vez de atajar esta tendencia, legítima e invencible, Don Bosco trata de encauzarla. Como un jardinero providencial, le sale al encuentro con su azada, le despeja el camino y le traza los canales por donde su paso ha de ser fecundo y no destructor.

Los hijos del pueblo no tienen cómo pagar la instrucción. El Estado moderno la hace obligatoria y gra-

tuita, pero también laica y, en el fondo, atea. Este es el peligro. Don Bosco abre escuelas, también populares y gratuitas; pero católicas.

A pesar de la miseria de sus recursos, descubre nuevas formas de pedagogía. Implanta las primeras escuelas nocturnas en Italia; crea las escuelas profesionales, y con sus largas excursiones a pie, en el verano, alrededor de Castelnuovo, acompañado de muchos alumnos, inventa desde 1850 lo que ahora se llama el *camping*, vacaciones al aire libre, o el *scoutismo*.

Se atreve a más, a lo que el Estado mismo no se ha atrevido, y discurre los internados semi-gratuitos para obreros, en que el estudiante halla casa, alimentos, ropa, maestros, por... veinte liras al mes.

El progreso moral e intelectual de la juventud obrera es su preocupación. La clase obrera, en general, ha ganado fuerzas y libertades políticas; pero el obrero, en particular, es más débil que nunca.

Políticamente, es fuerte; pero la evolución de la industria lo ha despojado de lo que en el pasado constituía su valor, y lo arroja mutilado a la terrible lucha por la vida.

Antes, el hijo del obrero aprendía en el taller de su padre o en el de un maestro, y el aprendizaje duraba hasta que era capaz de instalarse por su propia cuenta o entraba como socio en la casa donde trabajaba.

Ahora no existe el aprendizaje. La Revolución francesa, al abolir las asociaciones profesionales, como atentatorias a la libertad, ha abolido la única escuela integral del obrero. Ahora ya no existe el aprendiz, porque no existe el aprendizaje, el verdadero aprendizaje que antes

hacía de un joven oficial un artesano, y, a menudo, un artista.

Ahora, el obrero no conoce ningún oficio completo. Es un par de brazos que, a cualquier edad, se alquilan a un patrón, se negocian como una mercancía en una Bolsa de Trabajo: "Se necesitan diez ojaladores, tres minervistas, ocho foguistas."

El obrero de hoy no conoce de su oficio más que un movimiento, enervante y a veces embrutecedor: hacer ojales en un cuero, accionar el pedal de una minerva, echar carbón en una hornilla.

A esta mutilación del artesano, los economistas la llaman división del trabajo, y es una gran conquista del siglo XIX.

Pero se inventa una máquina que hace ojales, o se aplica un motor a la minerva, o se reemplaza el carbón por el petróleo, y el ojalador, y el minervista, y el foguista, que sólo saben una fracción de su oficio, se encuentran sin trabajo, obligados a ensayar otra cosa, a una edad en que el aprender es rudo, a veces trágico.

Las escuelas profesionales, concebidas por Don Bosco desde los primeros tiempos, restablecen el artesano volviendo al aprendizaje, cuya abolición ha resultado fatal para el individuo y para la sociedad.

Con un golpe genial, Don Bosco ha refundido tres instituciones: la escuela, en que se enseñan conocimientos suficientes, sin propósito de hacer literatos ni filósofos; el internado, que antes no existía sino para los ricos, y el taller, donde se practica el oficio.

La escuela profesional salesiana no es una amalgama artificial de elementos disparatados. Es un organismo vi

viente, su alma es el honor del trabajo, consecuencia de la dignidad del obrero.

La mejor escuela es la del ejemplo. Don Bosco tiene a gloria saber de todo. El, que celebra misa, y escribe al Rey, y es visitado por los ministros, ayuda a su madre a mondar papas y sirve la sopa a sus *biricchini*.

Todavía su iglesia no posee campanario. Con el tiempo se lo construirá. Entretanto, la campana del *Angelus* en la torre de la Consolata, a las cuatro y media de la mañana, es su despertador.

¡Vergüenza le da! ¡Hoy no la ha sentido! Nunca duerme más de cinco horas, y una vez por semana, pasa la noche íntegramente en vela.

El librero Paravia, que imprime sus *Lecturas Católicas*, un folleto, nada pequeño, cada semana, le avisa que no tiene originales. Hay que escribir.

Como Lope de Vega en veinticuatro horas hacía un drama, Don Bosco, sentándose en su escritorio a las diez u once de la noche tiene a las cinco de la mañana la mitad del tomito; durante el día lo concluye, y Paravia lo deja en paz.

¡Ay, no lo deja en paz! Le está debiendo diez mil liras por diversas impresiones, y sólo Dios sabe de dónde va a sacarlas. A las tres de la tarde vence la letra que le ha firmado...

También al panadero, y al farmacéutico, y al proveedor de paños... *Deus providebit, Deus providebit!*

Pues bien, hoy ha velado hasta cerca de las tres, en que terminó la corrección de la segunda edición de su *Historia Eclesiástica*. Para soportar mejor el frío y resis-

tir al cansancio, tendióse en el modesto sofá que adorna su aposento, y se envolvió las piernas con una manta y escribió sobre una tabla que le sirve de pupitre. La postura no es incómoda por un rato. Al cabo de dos horas, el cuerpo se entumece, los pies se hielan, la cabeza arde.

A eso de las tres puso fin a la *Historia Eclesiástica*, y se dispuso a escribir las reglas de la Sociedad que el arzobispo le ha aconsejado que funde, para que su obra no desaparezca a su muerte.

Pero los ojos se le cerraron y se durmió con la pluma en los dedos yertos. Se durmió tan profundamente que no sintió la campana del *Angelus;* y despertó, no por su voluntad, sino por la congoja de una horrible pesadilla.

Cada vez que emprende la redacción de las reglas, algo le ocurre que se lo impide. Si es de día, visitas, negocios, mil interrupciones; si es de noche, lo invade un sueño invencible, y se duerme, y le parece que ha saltado sobre su cama un oso deforme, que lo aplasta y lo asfixia. Cuando se despierta, se halla cubierto de sudor y fatigado en extremo.

Comprende que el enemigo del hombre pone todo su empeño en estorbar el nacimiento de su Sociedad, que ha de hacer mucho bien en el mundo. Razón de más para insistir.

Habría querido hojear las reglas de otras Congregaciones, para inspirarse con la experiencia ajena; pero no ha hallado quien se las preste: las comunidades religiosas no facilitan a extraños los libros que las contienen. Saldrá del paso con lo que sabe de historia eclesiástica, y lo

que le ha sugerido su propia experiencia y los consejos de personas prudentes.

¡Increíble! Una de ellas es el ministro Ratazzi, enemigo declarado de tantas Congregaciones.

Un día, Ratazzi, alarmado ante el avance de las ideas antisociales, le ha dicho:

—Yo quisiera que usted, Don Bosco, viviese muchos años para bien de la juventud. Pero lo cierto es que usted es mortal como todos, y un día desaparecerá. ¿Qué será entonces de su obra? ¿Lo ha pensado? ¿Qué medidas ha tomado para asegurar la existencia de su Instituto?

Don Bosco, risueñamente, le responde:

—A decir verdad, excelencia, tengo el pellejo duro y no pienso morir tan pronto. Ni tampoco se me ocurre cómo podría, si muriese, continuar trabajando... ¿Qué opina vuestra excelencia? ¿Qué me sugiere?

—Por mi consejo, usted debe reunir unos compañeros de confianza y formar una Sociedad imbuída en su espíritu, práctica en sus métodos, para que continúen su trabajo cuando usted haya desaparecido.

¡Vaya un consejo en boca de aquel hombre! Una luz de ironía chispea en los ojos de Don Bosco. Ratazzi, el autor de la ley de supresión de tantas Congregaciones religiosas, le sugiere la fundación de una nueva.

Con un granito de picardía, le contesta:

—¿Vuecelencia me habla de fundar una Congregación religiosa? ¿En estos tiempos?

—¿Religiosa? Yo no he dicho religiosa...

—Tiene que serlo... ¿Cómo podría perpetuarse una Sociedad cuyos miembros no estuviesen unidos por un

vínculo religioso? ¿Cómo podría permitirlo el Gobierno que acaba de dictar leyes suprimiendo estas Sociedades?

—¡Las leyes! ¡El Gobierno! ¡Yo sé lo que quieren! —replica Ratazzi con alguna impaciencia—. ¡Haga usted una Sociedad conforme a los tiempos!...

—¿Y cómo sería?

—Una Sociedad que no sea una mano muerta, sino una mano viva, en la que los bienes no pertenezcan a un ente moral que no pueda disponer de ellos, sino a los socios. Que éstos conserven sus derechos civiles, obedezcan a las leyes del Estado, paguen impuestos, sean una Sociedad de ciudadanos libres, que viven juntos con un fin benéfico...

—Y tal Sociedad, ¿sería tolerada? ¿Me lo asegura vuestra excelencia?

—¡Ya lo creo! No hay Gobierno civilizado que pueda impedir la formación de tales Sociedades...

—Y bien, señor ministro, trataré de complacerlo...

Don Bosco había reflexionado mucho y sabía todo aquello, pero conveníale dejar creer al poderoso ministro que la Sociedad cuyas reglas estaba redactando era obra de su consejo. Así le granjearía su protección ..

Todo se andará, Dios mediante, pero entre tanto, son las cinco de la mañana y hay que vencer la pereza...

Ya en el patio, lleno de sombras todavía, junto a la fuente, se agrupan los más madrugadores de sus alumnos. Oye la voz de Cagliero, que no tardará en ser clérigo, y sacerdote, más aún, obispo, y, finalmente, cardenal de la Santa Iglesia... Estas cosas las ve Don Bosco en su imaginación, y a veces no discierne si es un sueño o

si es una profecía. Tal vez ahora es sueño, el sueño que no ha logrado vencer.

—¡Cagliero, Cagliero! ¡Tráeme un cubo de agua fresca de la fuente!

No tarda en aparecer el futuro cardenal con el agua de aquel caño inagotable, que todavía ahora existe y sirve en el gran patio de los estudiantes, en Via Cottolengo, 32.

Don Bosco se lavotea sin miedo, se restrega la barba, piensa un instante si se afeitará él mismo, o irá a que lo desuelle el barberito de la calle Dora Grossa; decídese por esto, y baja en dos trancos la escalera.

Minutos después está en su confesonario, rodeado de *biricchini*. A las seis, la misa. A eso de las nueve, cuando ha podido abandonar la sacristía, va unas veces al refectorio; otras, a la cocina, y bebe una taza de café negro con achicoria. A menudo se olvida de endulzarlo, y rara vez le pone leche.

¡Al taller! ¡Qué obrero ha perdido el mundo! Las tijeras del sastre, la lezna o la trincheta del zapatero, la garlopa del carpintero, son instrumentos dóciles en sus manos. No ejecuta maravillas, no, por cierto; pero su obra es simple, recia, cómoda.

Las diez, las once, las doce. ¡Cómo pasa el tiempo cuando se trabaja alegremente! La campana llama al refectorio y él casi ha olvidado que a las tres de la tarde tiene que pagar esa letra del impresor Paravia. Si no lo hace, perderá el crédito y, lo que es peor, irrogará un grave daño al buen hombre. ¡Diez mil liras, y no tiene más que un puñado de cobre!

Va a su pieza y vuelve de manteo y sombrero.

—Don Bosco, ¿no almuerza con nosotros?

—Almorzad vosotros por mí, y después del almuerzo id a rezar al Santísimo Sacramento. Quedaos allí hasta las tres, encomendándole un asunto que me preocupa.

Con esto, sale. No tiene un plan determinado. Piensa que deberá ir a muchas casas, entre ellas a la del ministro Cavour, que es amigo y protector del Oratorio, pero que no quiere darle nunca nada si no va a pedírselo a la hora del almuerzo.

Muchas veces le ha dicho:

—Cuando tenga un asunto, no vaya al Ministerio, vaya a mi casa. En mi mesa hay siempre un cubierto para usted.

Es la verdad. Y cuando ha ido, siempre ha encontrado un billete bajo el plato.

Cavour es católico de raza, aunque sus ideas y sus costumbres están lejos de ser laudables. Desciende, por su madre, de la ilustre familia de San Francisco de Sales, y ésa es una de las razones que le hacen estimar a Don Bosco y proteger su obra.

¡Sólo que esa vez necesita diez mil liras! Más aún; si la Divina Providencia le mandara el doble, esa misma noche no le quedaría ni un céntimo.

Al pasar por la iglesia de la Consolata, entra a rezar un avemaría a la patrona del Piamonte y a pedirle que lo salve de aquella deuda y, con él, al pobre Paravia.

En una callejuela próxima, que lo lleva hacia el Arsenal, se le hace encontradizo un criado, que le saluda respetuosamente.

—Si no me engaño, usted es Don Bosco.

—Así es, para servirlo.

—Me alegro de ahorrarme el viaje; iba en su busca. Mi señor me envía a entregarle esta carta... Parece que hay valores dentro...

—¿Y quién me la manda?

—No debo decirle sino que ese dinero es para usted... ¡Que lo pase bien, señor Don Bosco!

—¡Ni que fuera un ángel!—exclama Don Bosco mirándolo desaparecer por la callejuela de donde vino—. ¡Pero un ángel con esos botines de clavos y esos calzones de pana! No, no es un ángel... Ni yo soy un santo para que el Señor me mande ángeles... Veamos qué es esto... ¡Pues son títulos de la Deuda pública, al portador! ¡Diez mil liras! ¡Más: doce, quince, diecisiete mil liras! ¡Oh, Señor, Señor, que has querido salvar mi Oratorio porque es tuyo!

Y sin más, va a casa de Paravia y de sus otros acreedores urgentes y les ofrece en pago aquellos títulos de la Deuda, que ellos negociarán fácilmente. Y a eso de las tres, vuelve a su casa y almuerza las sobras de una menestra fría.

Este hombre, que tiene deudas y firma pagarés, y escribe al Rey y alterna con ministros enemigos de la Iglesia, y suscribe hipotecas y maneja títulos de la Deuda pública, es un santo.

Un santo moderno, ciertamente; pero que hace milagros como los de Jesús, como los de la leyenda dorada.

—Maestro Vicente—preguntaban a San Vicente Ferrer—, ¿cuántos milagros habéis hecho?

Y el gran taumaturgo español respondía con una incomparable simplicidad:

—Como unos tres mil.

Ni se emocionaba, ni menos se envanecía, dándose cuenta de que él no era más que el instrumento involuntario y dócil de la Providencia.

Así, Don Bosco realizaba prodigios con la misma sencillez con que firmaba una carta o hilvanaba un traje, o servía la polenta a sus *biricchini*.

Francisco Dalmazzo es un muchacho de quince años a quien han puesto de interno en el Oratorio. Estudia Retórica, pero no puede resignarse a la pobreza y disciplina de la casa y ha escrito que lo vengan a llevar. Ese domingo espera a su madre, que vive fuera de Turín.

Entretanto va a hacer su última confesión con Don Bosco en la sacristía. Apenas se arrodilla, otro muchacho llega corriendo y grita:

—No se puede dar desayuno porque no hay pan...

Dejemos la palabra al mismo Dalmazzo que ha relatado con hermosa sencillez el episodio.

"Don Bosco responde:

"—Id a traerlo de la panadería del señor Magra (era el nombre de nuestro panadero).

"El chico replica:

"—No ha traído, ni quiere traer más porque no le pagan; he oído que le deben más de diez mil liras.

"Don Bosco agrega:

"—Id a buscar en la despensa todo lo que haya, y ved si algo queda en el refectorio.

"El otro se fué, y yo seguí confesándome sin preocuparme del desayuno, porque esperaba partir dentro de un rato.

"Apenas había acabado y la misa a punto de terminar, cuando viene el mismo a decir a Don Bosco:

"—Todo lo que he podido juntar son unas cuantas *pañotas* (panecillos).

"Don Bosco seguía confesando tranquilamente. Le hace signo que no se preocupe, que ya irá él y, en efecto, concluída la confesión se levanta y se va a la puerta de la sacristía, por donde salían los muchachos de la iglesia y donde era costumbre distribuirles el pan para el desayuno.

"Recordando haber oído que Don Bosco hacía milagros, y lleno de curiosidad, corrí para saber cómo se arreglaría.

"Al salir encontré a mi madre que venía a llevarme. Le dije que me esperase un momento, pues quería ver una cosa, y corrí, y pude colocarme justamente detrás de Don Bosco, sobre un escalón superior. En ese instante comenzaba a repartir el pan. Miré al canasto: contenía, a lo sumo, quince o veinte *pañotas*.

"Don Bosco da una a cada muchacho que sale, les dice una palabra, les dirige una sonrisa y ellos le besan la mano. Todos reciben un panecillo y son trescientos, y yo, concluído el reparto, vuelvo a mirar la canasta, y veo la misma cantidad que al principio, sin que hubieran traído más pan, ni cambiado la cesta. Corro disparado a mi madre y le digo que no me quiero ir de una casa que Dios bendice, alejándome de un santo, y que me perdone el haberla hecho venir a Turín inútilmente. Y le cuento lo que he visto con mis propios ojos..."

Francisco Dalmazzo quedó para siempre en el Orato-

rio, llegó a ser sacerdote salesiano y murió siendo superior del Seminario de Catanzaro.

Día de la Virgen, 8 de septiembre. La iglesia está llena de muchachos: seiscientos que van a comulgar. Se ha preparado un gran copón lleno de hostias, que Don Bosco va a consagrar en la misa.

Pero el sacristán se olvida de llevarlo al altar, y sólo se acuerda cuando ha pasado el instante de la consagración. Ahora, su distracción no tiene remedio.

¿Qué va a ocurrir, Señor? ¿Cuál no será la desilusión de esos centenares de muchachos que se aprestaban a comulgar?

Ellos, que no saben nada, van llegando al comulgatorio; Don Bosco tampoco sabe; abre el sagrario, y sólo encuentra un pequeño copón con unas pocas hostias. Mira bien; nada más. Comprende que su sacristán se ha distraído.

Alza los ojos al cielo y habla así a la Virgen:

—Señora, ¿vas a dejar a tus hijos que se vuelvan ayunos?

Coge el coponcito y empieza a dar la comunión. Y aquellas pocas hostias se multiplican, y el sacristán, desesperado, asiste al prodigio y después de la misa muestra a Don Bosco el copón olvidado en la sacristía.

—¿Cómo ha podido dar la comunión a todos con tan pocas hostias? ¡Es un milagro, señor Don Bosco! Un milagro que ha hecho usted.

—¡Bah!—dice él con indiferencia—. Junto al milagro de la transustanciación, que opera el sacerdote al consagrar, el de la multiplicación de las hostias es insignificante... Además, lo ha hecho María Auxiliadora.

Otro día..., adelantémonos hasta 1880. Estaba Don Bosco en el Sur de Francia visitando un colegio salesiano, donde para recibirlo han preparado una opereta. De pronto, avisan que el niño que hace de primer actor se ha puesto repentinamente ronco. El teatrito está lleno de público que aguardan su aparición. ¿Cómo suspender la fiesta?

Don Bosco está en la primera fila de los espectadores y manda a llamar al pequeño artista desconsolado, y le habla al oído:

—Sube a las tablas sin miedo; yo te voy a prestar mi voz.

El chico, absolutamente afónico, obedece, sale y canta. Y todo el tiempo que dura la representación, Don Bosco está ronco, a no podérsele oír una palabra. Cuando se termina, las voces se entrecambian y el chico va a la enfermería...

Centenares de testigos han presenciado estas maravillas. La fama de Don Bosco va cundiendo como la luz del amanecer. Y él, ni se esconde, ni pierde su robusto sentido práctico.

III

PÍO IX EN LA TORMENTA

28 de enero de 1855. Víspera de la fiesta de San Francisco de Sales.

Aparece a la puerta del Oratorio el mayordomo de un gran personaje, el conde de Cavour, primer ministro. Los *biricchini* conocen a Martín Tosco y lo hacen pasar llenos de curiosidad.

—El señor conde manda a invitar al señor Don Bosco al almuerzo de mañana en su casa. Debido al luto de la corte, la reunión será muy íntima.

—¿Qué otros invitados hay?—pregunta Don Bosco, a quien no le sonríen las fiestas en casa de los grandes.

—El señor marqués Gustavo Cavour, el señor cura de Santa María de los Angeles.

—Fray Santiago, sí, sí... Bueno, dígale al señor conde que le doy las gracias; que nosotros también hacemos aquí nuestra fiestecita, porque San Francisco de Sales es nuestro patrono... Que haré todo lo posible por ir, aunque sólo sea a tomar el café; quisiera no dejar solos a mis *biricchini*.

Un rato después, de nuevo el mayordomo del omnipotente ministro:

—Que el señor Don Bosco sabe cuánto se venera a San Francisco de Sales en la familia Cavour. Que sus *biricchini* no serán olvidados si se digna asistir al almuerzo...

Al día siguiente, un frío de osos polares. En el comedor del palacio Cavour, calle del Arzobispado, arde un buen fuego. Realmente, la reunión es íntima. No hace tres semanas que murió la reina madre María Teresa. Y apenas hace nueve días que murió la reina consorte María Adelaida.

Pero el dolor de su Rey, no impide la alegría del ministro, que se halla a un paso del triunfo de su política, el desquite de Novara, con la ayuda de Francia y de Inglaterra.

Acaba de firmar la alianza del Piamonte con esas dos grandes potencias, y se dispone a enviar 18.000 soldados a Crimea, para que contribuyan a derrotar a Rusia.

Ayuda hoy para que lo ayuden mañana. Si no llega ese mañana, habrá sacrificado estérilmente su pequeño ejército; el pueblo no le perdonará y su caída será fatal y vergonzosa.

Cavour es el más hábil político de su época. Su jugada es ciertamente peligrosa; pero la fortuna favorece a los audaces. En el hueco de la mano siente que tiene el timón de Europa; él, ministro de un reyezuelo vencido no ha mucho en los campos de batalla.

Es un hombre de cuarenta y cinco años, robusto y pesado. Algo de lobo de mar, algo de banquero, un no sé qué de monje.

Su corpulencia y su jovialidad lo harían pasar por un rentista seguro y bonachón, si no fueran sus ojillos

maliciosos, que chispean tras los cristales de miope y, sobre todo, aquellos labios desdeñosos y sensuales que dan la idea de un egoísta epicúreo.

¡Qué feliz deben considerarlo las gentes!

No, no es feliz. Piensa que tendrá que morir. Es católico por tradición de familia y un poco también por ideas. Conoce su catecismo, y sabe que estando excomulgado no puede recibir los sacramentos, si no se retracta en forma terminante. Este pensamiento lo envenena, porque no está dispuesto a retractarse y, sin embargo, querría morir cristianamente.

¿Qué hacer? Le espanta la suerte de su infortunado amigo Pedro de Santa Rosa que, siendo ministro en el Gabinete de Máximo d'Azeglio, fué excomulgado cuando apoyó la ley Siccardi contra las inmunidades del clero.

Pasaba por hombre piadoso; sintió llegar la muerte; llamó a un confesor, declaróle éste no serle lícito absolverle si no se retractaba, y Santa Rosa prefirió morir sin sacramentos antes que deshonrarse ante sus amigos con una retractación.

Cavour comprende que su caso es peor, pues no solamente votó, siendo diputado, la ley Siccardi, incurriendo, por tanto, en excomunión, sino que, como ministro, se apresta a hacer pasar la ley Ratazzi, que actualmente las Cámaras discuten.

Será excomulgado otra vez; con Roma no se juega. ¡Qué le importaría si no tuviese que morir!

¿Se retractará? ¡Oh, no! ¿Le negarán los sacramentos? ¿No habrá un sacerdote de manga ancha que lo exima de aquella formalidad terrible y lo absuelva?

De tales cosas querría tratar con su párroco, fray Santiago, y con Don Bosco.

Le gusta, a sus horas, rodearse de gente de iglesia. Conoce a fondo la doctrina y discute con placer de moral y de dogma.

Además, aquel almuerzo tiene su cariz político. Su Rey, el burdo y bravo Víctor Manuel, es católico hasta la medula de los huesos. Mucho más que él, a pesar de sus costumbres libertinas.

¡Pobre señor! Está desolado ante la política anticlerical de su ministro. De buena gana lo mandaría a paseo; pero un rey constitucional no puede permitirse estas libertades.

Cavour quiere tranquilizar la conciencia de su soberano, y para ello nada mejor que codearse con los santos varones que tiene en su mesa.

No pasan de media docena los invitados, entre ellos su hermano Gustavo Cavour, quien tiene a su derecha al párroco de Santa María de los Angeles, fray Santiago, que esa mañana ha celebrado la misa en el oratorio privado de la familia.

El ministro hace los honores a Don Bosco. A su pesar, siéntese cohibido. Le resulta más fácil arreglar las fronteras de Europa con Napoleón III, que tratar su asunto con aquel sacerdote pobre y humilde.

Al desplegar su servilleta, Don Bosco ha hallado un billete de mil liras con esta indicación: "Para los *biricchini.*"

—Mis *biricchini* le agradecen su limosna, señor ministro, y yo ruego a Dios que apunte su nombre en el libro de sus escogidos.

Cavour atrapa al vuelo la alusión.

—¿Cree usted que yo pueda salvarme?

—Sí, con la gracia de Dios. La limosna libra de la muerte, dice la Sagrada Escritura, en el libro de Tobías.

—¿A qué muerte se refiere?

—A la muerte eterna, señor ministro.

—Entonces, ¿opina usted que yo me libraré de ella?

—Su excelencia es hombre caritativo; sé de cierto que sus limosnas son innumerables, y el Señor lo recompensará dándole los medios de salvarse..., si quiere...

El final de la frase punza al ministro, que sonríe, para disimular su inquietud.

—¿Qué medios, por ejemplo?

—Los sacramentos: una buena confesión, una buena comunión; la unción santa...

—Muy bien, señor Don Bosco. Yo desde ahora le afirmo que deseo recibir los sacramentos.

—¡Nada más laudable!

—¿Si yo se los pidiera a usted...?

—¿A mí, señor ministro? Es un gran honor que corresponde al cura párroco, justamente a fray Santiago...

—Ya sé; baje la voz, Don Bosco. Tratemos con reserva este asunto.

—Como su excelencia disponga...

—Pues bien; yo, que venero especialmente a San Francisco de Sales, tengo empeño en recibir los últimos sacramentos de manos del fundador del Oratorio que lleva ese nombre...

—Suponiendo que dicho fundador estuviera vivo cuando llegue ese día, y ruego a Dios que tarde mucho, señor conde.

—Yo no viviré mucho—replica el ministro con tristeza—. Si en ese trance lo llamara, ¿me daría usted la absolución?

—Se la daría, agradeciendo a Dios esta ocasión de auxiliar a vuecelencia.

Cavour bebe un trago y dice en tono confidencial.

—Entendámonos... ¿Recuerda usted la muerte de mi pobre amigo Pedro de Santa Rosa?

Don Bosco agacha la cabeza, y responde una sola palabra:

—¡Comprendo!

—Mejor; me desagrada contar esa historia... Pues bien, yo quiero recibir los sacramentos, pero sin retractarme... ¿Por qué me había de retractar? Yo no he hecho mal a nadie. He servido a mi país, conforme a las ideas y a las necesidades de los tiempos.

Silencio. Los ojuelos de Cavour se fijan ansiosamente en el rostro nublado del sacerdote.

—Entendámonos, digo yo ahora, señor ministro: ¿para qué quiere vuecelencia la absolución?

—Para recibir los sacramentos.

—¿Y para qué quiere recibir los sacramentos?

—Para morir como católico.

—¿Y eso para qué le servirá?

—¡Hombre! ¡Usted lo sabe mejor que yo!

—¿Para no ir al infierno? ¿Para ir al cielo? ¿Para ver a Dios?

—¡Eso es!... Don Bosco, no deje enfriar su plato. Esta pavita con trufas está admirable. Coma primero; hablaremos después.

Cavour no teme que los otros comensales atrapen algo

de su conversación. No hace misterio entre sus amigos de sus sentimientos. Ha hablado con Ratazzi, con Castelli, con Salmour. Pero es un gran comilón y no desea perder aquellos buenos bocados. Los asuntos religiosos, para luego.

Entra la marquesa de Alfieri, sobrina de Cavour, a quien él quiere como a una hija. Ha sabido que está allí Don Bosco, cuya fama de santo va difundiéndose en el Piamonte, y quiere verlo, quiere sobre todo ver cómo se comporta un santo en la mesa de un gran señor.

De veras, la dama tiene sus dudas respecto a la santidad de aquel hombre, y esas dudas crecen al hallarlo bebiendo los exquisitos vinos de Cavour y comiendo aquella sabrosa carne trufada que su tío le ofrece como porción elegida.

—¡Vaya un santo!—se dice en sus adentros—. ¡Seguramente San Francisco de Sales no tenía estas máximas! ¿Qué pensaría de él si lo viera?

Don Bosco la mira, y como ella se le acerca a saludarlo, dícele en voz baja:

—San Francisco de Sales, cuando comía con los grandes, tenía esta máxima: "No pedir nada, no rehusar nana", porque había leído en San Pablo: "Manducate quae apponuntur vobis".

La dama se ruboriza; comprende que aquel hombre ha penetrado su pensamiento, y no se atreve a replicar. Verdaderamente es lo que se dice de él.

Cavour vuelve a la carga sin mucha ceremonia, acorralando a Don Bosco en el hueco de una ventana.

—Lo que le ha ocurrido al pobre Santa Rosa, que le

han rehusado los sacramentos y la sepultura eclesiástica, por no haber accedido a retractarse, me ha conmovido tanto más cuanto que Santa Rosa era un católico práctico y piadoso. Yo también soy católico y quiero morir en mi religión. Yo no puedo, no debo olvidar que soy de la familia de un santo... ¿Dejará usted, Don Bosco, morir sin sacramentos a un pariente de San Francisco de Sales?

Don Bosco ha escuchado sin perder una sílaba, y responde tranquilamente:

—Paréceme que ha olvidado un poco su catecismo. Los sacramentos que yo le diera sin que vuecelencia se retractara, no le servirían para salvarse, sino para condenarnos los dos. Si vuecelencia tiene una entrada para el teatro, podrá entrar; no le preguntarán cómo la ha habido, si la compró, se la dieron o la robó. La absolución es la entrada a la gloria; pero no es eficaz si no se obtiene como manda la Iglesia. Si ésta impone la retractación y vuecelencia no quiere retractarse, aunque con mi complicidad obtuviera la absolución, de nada le valdría. El mundo quedaría satisfecho con las apariencias, pero Dios no, y vuecelencia se iría a la eternidad cargado de un sacrilegio.

El hombre omnipotente del Piamonte pareció no haber entendido, pues replicó:

—Esa es cuenta mía. Lo que yo quiero es evitar que mi muerte sea causa de escándalo... Ya es mucho en estos tiempos salvar las apariencias... Piense con calma, Don Bosco, y respóndame después, si me daría los sacramentos sin exigirme una cosa contraria a mi honor, como sería esa retractación.

—No, no se los daría. Ni yo, ni nadie se los podría

dar; y en esas condiciones, confío en que vuecelencia no me los pedirá.

—No, no se los pediré—replicó malhumorado Cavour—; pero habrá otros menos intransigentes que usted...

Don Bosco no dijo ni sí ni no. Y porque los ojos del ministro se volvían a fray Santiago, adivinó que iba a hacerle el mismo pedido que en vano le había hecho a él.

¿Cómo acogería el párroco de Santa María de los Angeles semejante pretensión?

En el decurso de esta historia veremos cómo terminó la comedia que para el día de su muerte preparaba Cavour, con prudencia volteriana, en que se mezclaban restos de fe católica, terror de ateo mal seguro de su incredulidad y avidez de aplausos póstumos.

Esto ocurrió en 1856, y Cavour vivió hasta 1861. Su poderío y su grandeza fueron creciendo, y a la par de ellos su impiedad y su orgullo.

Esa noche Don Bosco dice a sus *biricchini* que recen por la conversión de un católico que quiere morir impenitente.

Algunos meses después Pío IX fulminaba excomunión mayor contra el Gobierno del Piamonte. Don Bosco no volvió a almorzar en casa de Cavour.

La nueva guerra del Piamonte contra el Austria venía preparándose. La guerra contra el Papa debía ser su consecuencia; Cavour había declarado que el reino de Italia no se comprendía sin Roma como capital. Con esto anunciaba el propósito de arrojar de ella a Pío IX, su legítimo soberano, que había vuelto a reinar en ella al caer la efímera república de Mazzini.

¿Cómo ocurrió aquel memorable suceso? A España le corresponde la iniciativa diplomática para restablecer el trono pontificio. Pero a Francia el honor de su realización.

En abril del 49, un ejército francés, al mando del general Oudinot, se presenta delante de Roma.

Mazzini tiene 30.000 hombres, incluyendo los voluntarios de Garibaldi, gentes de todos los países, piamonteses, lombardos, húngaros, franceses, polacos, rezagos de las revoluciones del año anterior, fogueados en todas las barricadas.

El primer encuentro con las tropas de Oudinot, a las puertas de la ciudad, es un triunfo para los voluntarios garibaldinos. La *Joven Italia* celébralo saqueando iglesias y quemando en las plazas públicas ornamentos, confesonarios, muebles de sacristía y asesinando clérigos. Un antiguo oficial de la guardia pontificia llega a hacerse célebre por haber ejecutado a catorce sacerdotes en un solo día. Y hasta noventa cadáveres se encuentran en los jardines del antiguo convento de San Calixto, donde el energúmeno ha establecido su cuartel general.

Después de veintiséis días de resistencia, cae la República Romana; los franceses entran en la Ciudad Eterna y restablecen al legítimo soberano. Pero la duplicidad y las intrigas del protector del Papa, Luis Napoleón Bonaparte, prolongan casi un año más su destierro.

Luis Napoleón, cuando estaba lejos del Poder, se afilió a las Sociedades secretas, como Carlos Alberto, y se mezcló en la revolución de la Romaña, en 1831, contra Gregorio XVI.

Ya referimos cómo, derrotadas sus tropas por los

austríacos, protectores del Papa, fué salvado de caer prisionero por el arzobispo de Spoleto, que le dió 5.000 francos y le procuró pasaporte de criado de una familia inglesa, en viaje a Suiza.

Andando el tiempo el arzobispo llegó a ser Pío IX, y el joven carbonario presidente de la República francesa.

Mas no está satisfecha el alma flotante y ambiciosa de Luis Napoleón: quiere restaurar el imperio y la dinastía de los Bonaparte, y especula con el apoyo de los católicos, presentándose como el defensor del Pontificado.

Sólo que no puede desprenderse del hábito de conspirar, que adquirió en su primera juventud, le duró toda su vida y lo hizo vivir conspirando, aun contra su propia fortuna. Ni la gratitud ni el interés pudieron borrar en absoluto los odios que le infundieron.

Vivía también, como Carlos Alberto, temiendo la venganza de las sectas. Conocía las entrañas de las logias y sus temores no eran infundados. Las bombas de Orsini, que casi le costaron la vida, explican, si no excusan, los sobresaltos de su política y la hipocresía de sus procederes.

Después de la ocupación de Roma por su ejército, Luis Napoleón tergiversa y maniobra con Pío IX antes de entregarle sus Estados.

Se imagina que los revolucionarios le perdonarán el crimen de haber destruído la República de Mazzini si impone al Pontífice la amnistía general, la exclusión de los sacerdotes de los cargos públicos, la adopción del Código Napoleón, la práctica de un Gobierno popular y democrático, que él no querría aplicar en Francia.

De parte de un presidente que no tardaría en coronarse emperador, en vísperas del golpe de Estado (2 de diciembre de 1851), en que se libró de sus enemigos encarcelando en una sola noche a los más ilustres hombres públicos de Francia y deportando a Cayena 575 ciudadanos, entre ellos muchos diputados, aquella ostentación de liberalismo era una torpeza más que una hipocresía.

El Papa no se prestó a hacer el juego de Luis Napoleón. La misericordia con que tratase a sus enemigos, la generosidad con que gobernase a su pueblo, no debían aparecer como arrancadas a su voluntad por el liberalismo del futuro emperador.

Con tanta energía mantuvo su derecho, que a la postre su justicia y su firmeza acabaron por triunfar de la astucia de Luis Napoleón, y el Pontífice volvió a Roma con su soberanía intacta.

La República Romana había contraído inmensas deudas, emitido bonos y batido moneda depreciada. Había que reparar aquel desastre financiero, restablecer el orden y la seguridad de vidas y bienes y restaurar la administración, desorganizada y corrompida hasta las raíces.

Pío IX se entregó infatigable a su tarea de príncipe temporal, sin descuidar los augustos intereses de la religión. Le estaba reservada, como la perla más pura de su triple corona, la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de María.

Desde muy antiguo la Iglesia católica ha creído que María, la madre de Jesucristo, por singular privilegio divino, fué preservada del pecado original con que todos nacemos y elevada desde el primer instante de su concepción a la más excelsa santidad.

Esta creencia, universal y secular, no era, sin embargo, un dogma. Sin incurrir en herejía, podía sostenerse lo contrario, y de hecho algunos teólogos católicos lo sostuvieron. Hasta que Pío IX, en presencia de un magno Concilio, definió la incomparable prerrogativa de la Virgen inmaculada.

"Declaramos que la doctrina que afirma que la Virgen María ha sido preservada de toda mancha de pecado original, desde el primer instante de su concepción, en vista de los méritos de Jesucristo, Salvador de los hombres, es revelada por Dios, por cuya razón todos los fieles deben creerla con firmeza y constancia. En consecuencia, cualquiera que osara, lo que Dios no permita, admitir en su corazón una creencia distinta de ésta que definimos, sepa que ha naufragado en la fe y que se ha apartado de la unidad de la Iglesia."

¡Qué estupor el del mundo impío! ¡Qué sarcasmos para el Papa, que en los momentos en que se abrían abismos delante de sus pasos de rey temporal se entregaba a cuestiones de pura teología!

Pero un Papa es teólogo antes que rey; y cuando pronunció esas memorables palabras, que llenaron la cúpula de San Pedro, un rayo de sol, pasando a través de un ventanal, iluminó su rostro, resplandeciente como el de Moisés al bajar del Sinaí.

Tronó como en sus mejores días el cañón de Sant'Angelo; las infinitas campanas proclamaron la noticia, y Roma se iluminó esa noche, y millares de ciudades en el mundo entero la imitaron; y millones de almas festejaron la gloria de María, en quien Dios ha puesto la plenitud de todos los bienes, según las tiernas palabras de San

Bernardo, de tal manera "que si hay en nosotros alguna esperanza, algún favor, alguna salvación, debemos saber que de ella nos viene, porque ésa es la voluntad del que ha querido que todo lo tengamos por María".

IV

¡26 DE ENERO DE 1854!

A la manera de un enjambre, del cual se desprende una familia, cuando no cabe en la colmena, Don Bosco desprendió un segundo Oratorio del núcleo primitivo.

Lo estableció en Porta Nuova, al Sur de la ciudad, en la calle que llamaban de los Plátanos, suburbio mísero entonces, barrio de pobres mujeres que se ganaban la vida lavando en las aguas del vecino Po, y hoy lugar de magníficos palacios. Lo llamó Oratorio de San Luis Gonzaga, por difundir entre sus *biricchini* la devoción al angélico patrono de la juventud.

Y como no le bastara la ayuda de los sacerdotes que ya conocemos, apresuró el proyecto de una Congregación.

¿Cuándo podrá implantar junto a sus talleres de panaderos, y de zapateros, y de carpinteros, un taller de sacerdotes? Su ideal es hacer él mismo los clérigos que necesita, infundirles desde los primeros años su disciplina y su espíritu.

Ansioso de comenzar, se fijó en cuatro jóvenes obreros que le parecieron bien dotados.

—¿Queréis ayudarme ahora y siempre?

—¿Qué significa *ahora* y *siempre?*

—Significa que os enseñaré latín y que algún día seréis sacerdotes, para trabajar siempre conmigo.

Aceptaron; recibieron su enseñanza; aprendieron latín; llegaron hasta vestir sotana; pero ¿qué porvenir tenía aquella extravagante reunión de *biricchini* y de obreritos? Un día los cuatro—Buzetti, Gastini, Beglia y Reviglio—se fueron, cada cual por su lado...

—¡Comencemos de nuevo!

Y comenzó de nuevo, en secreto, porque, no obstante haberle muchos aconsejado que fundase una Congregación, otros no tardarían en moverle guerra, como lo viesen en la obra.

Uno de sus propios colaboradores, que sospechó su intención, llegó a decirle:

—¡Para qué tantas sotanas! Con una docena de clérigos tendrá de sobra. Para eso no se necesita una Congregación.

Don Bosco se guardó bien de discutir el asunto. Ni siquiera dejó penetrar su propósito de aquellos mismos en quienes deseaba suscitar la vocación de quedarse con él perpetuamente. Ni en sueños pronunciaba delante de ellos las temibles palabras: *novicio, profesión, votos.*

Habrían huído con espanto. Pero llegó un día en que pudo escoger cuatro jóvenes seminaristas, maduros para aquella experiencia. Y les propuso ligarse a él, no con un voto, sino con una simple promesa, para trabajar en el Oratorio.

Miguel Rua ha descrito la escena en un cuaderno de apuntes, que se guarda en el archivo de la casa madre, en Turín.

"La noche del 26 de enero de 1854 nos reunimos cua-

tro, Rochieti, Artiglia, Cagliero y Rua, en el aposento de Don Bosco. Propúsonos realizar, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales, un período de ejercicio práctico de caridad hacia el prójimo, y ligarnos luego con una promesa, que se transformaría, si lo hallábamos posible y conveniente, en un voto. Desde esa noche dimos el nombre de *salesianos* a los que se propusieron tal ejercicio."

Mas pasa un año, y Don Bosco no ve que ninguno de aquellos jóvenes haya comprendido su ansiedad de tener colaboradores atados a su obra por un voto solemne.

Sentía que especialmente Rua no lo comprendiera. Rua tendría dieciocho años, y era uno de sus mejores alumnos en Filosofía. Hacía diez que lo había encontrado en las cercanías de la plaza Manuel Filiberto, entre una turba de muchachitos que se acercaban a pedirle algo. Para todos había un caramelo, una medalla, una estampita. Cuando llegaba Rua, Don Bosco le mostraba su mano izquierda vacía, y con la derecha hacía el gesto de cortarla por el medio.

—¡Toma!

—¿Qué?

—¡Esto! ¡La mitad de mi mano!

Y Rua se alejaba decepcionado y confuso, pero volvía siempre, atraído por una fuerza incomprensible. ¿Qué quería decirle con aquel gesto que hacía reír a los otros muchachos? Don Bosco lo dejaba irse, porque había leído el libro de su porvenir.

Han pasado años; no han hablado más de eso. Rua es un buen alumno, modelo de virtud, pero no comprende todavía los planes de Don Bosco.

—Tengo algo que darte, Rua.

—¡Ah, si!

—¡Toma la mitad de mi mano!

Rua se ríe sintiéndose niño, y se atreve a pedir una explicación.

—La mitad de mi mano es la mitad de todo lo mío ¿Lo quieres?

Todavía Rua no comprende. En el sermoncito de las buenas noches Don Bosco habla de los tres votos que se hacen al entrar en religión. Y Rua siente un sacudimiento que lo enternece y lo transporta; mas no puede explicarlo.

Al día siguiente, hallándose a solas con su maestro, oye esta invitación:

—¿Quieres depositar en mis manos esos tres votos, por un año?

Rua consiente, con una oscura emoción. Y al otro día, 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, en el aposento de Don Bosco, al pie de un crucifijo, sin testigos, ni ornamentos ni luces, Miguel Rua emite los votos de castidad, pobreza y obediencia, y su maestro, que por un año será su superior, se los acepta en nombre de Dios.

Mas ni siquiera entonces adivinó que ese acto sencillo, desprovisto de toda aparente grandeza, señalaba el nacimiento de una nueva Orden religiosa e iba a repetirse, millares y millares de veces, en todos los tiempos y en todos los países.

Don Bosco sabía proféticamene que aquel muchachito sería sacerdote, y cuando él muriera quedaría al frente de sus salesianos. Y eso quería anunciarle cuando le ofrecía la mitad de su mano, que era la mitad de su obra.

Ahora que tiene *un* salesiano, es hora de escribir las

reglas de su Congregación y de hacerlas aprobar por el Papa.

Ratazzi, el ministro, le ha dicho: "Hágame una Congregación que no sea una mano muerta, en que cada socio conserve sus derechos civiles, cumpla las leyes del Estado, posea su patrimonio, pague impuestos personalmente, sea libre, en una palabra, y viva en sociedad con un propósito de beneficencia, como es la enseñanza, y yo le prometo que se la haré aprobar por el rey.

Don Bosco piensa: "El rey la aprobará; pero... ¿el Papa? ¿Cómo puede haber una Congregación religiosa en que los miembros posean patrimonio y hagan voto de pobreza, sean libres y estén ligados por solemne obediencia a un superior?

Tres años después, el 18 de febrero de 1858, dice muy temprano su misa y manda llamar a un notario, porque va a hacer testamento.

¿Está enfermo acaso? No. Va a emprender un largo viaje y quiere arreglar sus asuntos antes de tomar el tren, que lo conducirá a Génova, donde se embarcará para Civitavecchia, puerto natural de Roma.

En su valija lleva las reglas de la Congregación salesiana, copiadas con buena letra. Va a presentárselas al Papa y pedir que autorice y bendiga su obra. Miguel Rua lo acompaña como secretario, y queda al frente de sus colegios y talleres Don Alassonatti, un pobre y tímido sacerdote, a quien él díjole cierto día: "Váyase a mi casa y lo ayudaré a rezar su breviario". Don Alassonatti fué dócilmente, y nunca más lo abandonó.

El tren partió a las diez de la mañana y llegó a Génova a las tres de la tarde. Todavía no estaba su buque en

el puerto. El *Aventino*, uno de los mayores navíos a vapor de su época, se hace esperar hasta la noche, y por su mucho calado, cuando llega no puede acercarse al muelle, y Don Bosco, en el botecito que lo conduce a bordo, recibe el bautismo de las olas y empieza a gustar las delicias del mareo.

El *Aventino* hace la carrera de Marsella a la isla de Malta recalando en los puertos occidentales de Italia.

Se pone en marcha a las diez, a máquina y a vela. ¡Cómo lo zangolotean las olas! Don Bosco, tendido en la cucheta inferior, piensa haber entrado en agonía, mientras Rua duerme intrépidamente en la cucheta superior. ¡Ah, la juventud, la juventud!

De madrugada arriban a Livorno, donde el barco permanecerá medio día. Buena ocasión de visitar la ciudad; pero Don Bosco está más muerto que vivo y se queda en su cabina, tan desalentado que un camarero corre a llamar al médico. La receta es sencilla: una taza de té.

De nuevo el *Aventino* danzando en la cresta de las olas, y Don Bosco agonizando en su cucheta.

¿Y es él, verdaderamente, el que soñaba con ir a evangelizar países que están del otro lado de los mares?

Por fortuna a la medianoche se adormeció, para no despertar sino a las seis de la mañana, con el ruido de las anclas, al fondear el barco en Civitavecchia. La tierra firme devuelve al pobre viajero el sentido de la realidad.

—En seguida me di cuenta—refería Don Bosco—de que todo marchaba allí a fuerza de propinas. Una lira cada uno, al botero; media lira al encargado de los equipajes, aunque nosotros los llevábamos sobre nuestras espaldas; media al de la Aduana; media al que visa los pasaportes; media al que nos invita a tomar su coche; media

al mozo de cordel que carga mi valija; dos liras en la Policía por otra visación de los pasaportes; una lira y media al cónsul pontificio... Y debo confesar que mi bolsa estaba, como de costumbre, mal provista."

Era día de fiesta, y no habiendo podido celebrar misa, por lo menos quiso Don Bosco asistir a una y fuése en busca de iglesia, y acertó con el convento de los dominicos. Entretanto alistábase la diligencia postal, tirada por seis robustos caballos, para hacer las 36 millas piamontesas que dista Civitavecchia de Roma.

Los compañeros de viaje echaban pestes contra Don Bosco y su secretario. ¿No sería bueno darles una lección de puntualidad y partir sin ellos?

Por fin viéronlos aparecer, sonrientes y satisfechos de haber oído una misa cantada.

Los cascabeles de los seis caballos alegran la mañana luminosa. Una nube de polvo queda tendida, como un tul, sobre el camino, que corre por entre verdes praderas. El aire purísimo de las colinas abre el apetito.

Don Bosco y su secretario no se han precavido como los otros viajeros, y aguantan en ayunas hasta la próxima posta, donde el cochero muda el tiro y almuerza.

A las once de la noche, bajo un cielo transparente, cuajado de estrellas, entraban en Roma. Por doce *baiocos* (pequeña moneda pontificia) un muchacho los conduce a la casa del conde De Maistre, donde, a pesar de la hora tardía, los esperan con fuego encendido y cena dispuesta.

¡El Papa! Cuando le anuncian a Don Bosco, días después, que Pío IX va a recibirlo, siente alegría y miedo a la vez. Va a presentarle las reglas de su Congregación y a sa-

ber si debe seguir o abandonar un proyecto que ha echado tan hondas raíces en su cariño.

Pío IX conoce ya las obras de Turín, pero no advierte que el sacerdote que tiene arrodillado delante de él es el mismo Don Bosco, pues en la tarjeta que le da el prelado introductor ha puesto mal su nombre. Este malentendido pronto se disipa, y Don Bosco domina su emoción y hace sonreír al Pontífice.

—¿En qué cosas os ocupáis?

—En la instrucción de la juventud y en redactar las *Lecturas Católicas*...

—En Turín hay otro que hace lo mismo... ¿Conocéis a Don Bosco?

—Soy yo, Santidad.

—Han equivocado vuestro nombre... ¿Tenéis, pues, un colegio, con talleres y clases? ¿Y qué hacéis en el colegio?

—Un poco de todo, Santo Padre: digo misa, confieso, predico, doy clase, voy a la cocina, hago a veces la menestra y a veces me toca barrer la iglesia. La viña es grande y los obreros son pocos.

—Hijo mío, habéis puesto muchas cosas en marcha... Si murieseis, ¿qué sería de ellas?

Son casi las mismas palabras de Ratazzi. Don Bosco, buen jugador, coge la pelota en el aire.

—¡Por eso he venido! Y ruego a Vuestra Santidad se digne darnos las bases de una institución que prosiga mis trabajos.

Pío IX era hombre de rápida inteligencia, pronto para escuchar y para responder.

—Sí; hay que hallar una forma nueva de Congrega-

ción, que los Gobiernos respeten. La empresa no es fácil. Pero si es obra de Dios, El os iluminará. Id, rezad y volved dentro le algunos días y os comunicaré mi pensamiento.

Dos semanas después, segunda audiencia de Pío IX.

—He pensado en vuestro proyecto, hay que realizarlo. Hace falta una nueva Congregación religiosa para los tiempos tristes que corren. Prefiero llamarla Sociedad y no Congregación. Tiene que ser una Sociedad con votos simples, que puedan fácilmente dispensarse; con reglas llevaderas y con un hábito sencillo que no llame la atención en el mundo. Cada miembro debe ser para la Iglesia un verdadero religioso, y para el Estado, un ciudadano libre.

Es la ocasión de presentar las reglas ideadas con ese mismo criterio.

Don Bosco pone su precioso manuscrito en las manos del Papa. Este se hace explicar con detalles la formación y el trabajo de los Oratorios, y viene a saber cómo, de entre los jóvenes educándose allí, hay ya verdaderas flores de santidad.

Escucha la vida de Domingo Savio, que ingresó en 1854 y murió en su primera juventud dando muestras de caridad y de pureza angelicales y de una maravillosa comunicación con lo sobrenatural.

Don Bosco refiere al Papa una visión que tuvo el muchacho, y que le confió poco tiempo antes de morir. Distraído, después de comulgar, parecióle ver una vasta llanura llena de gentes, que caminaban como perdidos en la niebla: ¡Inglaterra! Vió aparecer a Pío IX con una luminosísima antorcha, cuya luz atrajo a muchos y les alumbró el camino.

—Si pudiese hablar al Santo Padre le diría que, en

medio de sus tribulaciones, Dios prepara grandes triunfos al catolicismo en aquel reino. ¡Quién sabe si con el tiempo Domingo Savio no será puesto en los altares y venerado como patrono de la juventud, a la par de San Luis Gonzaga!

Pío IX, que escuchaba conmovido, consideró una profecía aquella visión y alcanzó a verla cumplirse cuando se restableció la jerarquía eclesiástica en Inglaterra y se concedió libertad de culto a los católicos, y se promovieron millares de conversiones de gentes del pueblo y de hombres ilustres.

—Oidme, Don Bosco: deseo que escribáis todo lo que habéis hecho y se refiere a los Oratorios, para edificación de vuestros hijos.

Años más tarde, Don Bosco no había aún dado comienzo a esa crónica, y el Papa se lo ordenó en forma terminante. Merced a eso, ha quedado el precioso manuscrito, base de esta historia.

La Semana Santa y la primavera sorprendieron a Don Bosco, todavía en Roma. El 6 de abril Pío IX lo recibe otra vez, a las nueve de la noche. Es para hablarle de su Congregación y devolverle las reglas, que ha leído, anotando con lápiz algunas observaciones.

Al mismo tiempo le indica los trámites que debe hacer para obtener la definitiva aprobación. ¡Ah!, ni el Papa, ni Don Bosco, se imaginan las dificultades, las oposiciones, las batallas que iban a librarse alrededor de esas reglas. Y lo más doloroso es que esta vez los enemigos de Don Bosco estarán dentro de su campo, serán sacerdotes, serán prelados, serán cardenales, que creerán servir a Dios torpedeando sus planes.

En vísperas del regreso, dedica un día entero a sus amigos jesuítas de la *Civilita Cattolica,* en cuya casa de plaza Borgo Nuovo almuerza invitado por el padre Brescia-ni, el célebre autor de *El hebreo de Verona.*

Habría querido hacer esta vez por tierra el viaje para librarse del mareo; pero la multitud que había acudido a Roma para la Semana Santa, no dejó plaza libre, ni en la diligencia, ni en el ferrocarril.

Tampoco a bordo halla camarote alguno, y se ve obligado a instalarse en el puente, a pesar del frío, y no bien el barco leva anclas, empieza su terrible agonía.

Esa noche la pasó Don Bosco tendido en cubierta, a falta de cama, hasta que un sacerdote piamontés, no pudiendo hacerle aceptar su camarote, le llevó su colchón y logró que se acostase en él.

¡Qué le importaban a Don Bosco las penas materiales! Estaba como en éxtasis saboreando sus planes. Como en uno de sus sueños, no tardará en tener que ponerse los zapatos, porque debajo de las rosas encontrará las más punzantes y dolorosas espinas.

A lo menos, ahora sus dolores no entristecerán a su madre. Hace más de un año que Margarita Occhiena ha abandonado el Oratorio de Valdocco por el del cielo. Sus últimas palabras fueron así: "Dios sabe cuánto te he amado en mi vida. Espero amarte más en la eternidad. Tengo la conciencia tranquila. He hecho mi deber como he podido. Parecerá que algunas veces fuí demasiado rigurosa. Era mi deber serlo... Ve, mi querido Juan, aléjate de mi lado; tú sufres y me haces sufrir. Escóndete en tu cuarto y reza por mí... ¡Adiós!"

Don Bosco obedeció aquella postrera súplica, y se escondió en su aposento a llorar y a rezar.

No volvieron a hablarse nunca más. Ella murió esa noche, asistida por José, su otro hijo.

Vino al Oratorio la madre de Rua, que de tiempo atrás ayudaba a mamá Margarita en el cuidado de la despensa de la ropa y de la cocina. Los *biricchini* de Don Bosco no quedaron ni un día huérfanos.

En todo tiempo los obispos han mirado con inquietud el nacimiento de nuevas Congregaciones religiosas en sus diócesis. Es éste un recelo más fundado y justo en los tiempos modernos, en que escasean las vocaciones al sacerdocio. Si son pocos los sacerdotes a quienes el prelado puede confiar el desempeño de sus parroquias, es natural que se alarme viendo que buena parte de esos pocos siente despertarse la vocación de otras empresas: la enseñanza, las misiones en países remotos, el claustro.

Y es natural que antes de aprobar una nueva Congregación, que puede disminuir los obreros de su viña, quieran estudiar sus propósitos y ver si otras Ordenes religiosas o el mismo clero secular no cumplen ya los fines de la nueva.

Roma también marcha en eso con aquella prudencia y lentitud que parecen calculadas para desbaratar los planes de la soberbia y confirmar los de la humildad.

Sobre la muralla de dificultades que cortan el camino de los fundadores, se estrellan los caprichos pasajeros, los fervores confusos, los proyectos del amor propio, y sólo triunfan las fundaciones verdaderamente inspiradas por Dios.

Nadie se escandalice, pues, de las duras batallas que

vamos a ver librando a Don Bosco, en su propio campo, antes de lograr la aprobación de su Sociedad. Casi todos los santos y fundadores han soportado esas pruebas que, aun pareciendo injustas, no dejan de ser providenciales.

Don Bosco deja pasar poco más de un año, y previendo que pronto de Roma tendrá noticias favorables, se anticipa a la resolución y se decide a formar la Sociedad.

Reune a los más fieles de sus estudiantes, a los que considera sus novicios, porque se le han vinculado con votos anuales. Les declara llegado el momento de constituir la Sociedad salesiana, darle un nombre oficial y elegir sus autoridades.

Gran sorpresa de sus jóvenes oyentes, porque los más de ellos todavía ignoran el vasto designio de Don Bosco.

—Os doy ocho días para pensarlo. El que no asista a la reunión del próximo domingo, significará con su ausencia que no quiere pertenecer a nuestra Sociedad.

¡Qué emoción, el domingo, al verlos entrar uno a uno, en su aposento! ¿Vendrán todos? ¿Cuáles faltarán? ¡Alabado sea Dios! Asisten 17. Sólo dos han faltado. Allí mismo eligen autoridades. Don Bosco, superior; Don Alassonatti, prefecto; Miguel Rua se ve honrado como director espiritual, aunque todavía no es sacerdote. No es muy brillante ese primer estado mayor visto con ojos profanos, pero no hay mucho en que elegir. Las gentes se reirían de ellos si osaran mostrarse como miembros de una Orden religiosa. Los iniciados en aquel secreto resuelven generosamente no abandonar la Sociedad, aunque el mismo Don Bosco falte. Redactan y firman un juramento concebido así:

"Si, por desventura, en razón de la tristeza de los

tiempos, no nos es permitido ligarnos por votos, cada uno de nosotros se compromete a (en cualquier lugar que se halle, aunque sus compañeros estén dispersos por el mundo, aunque no queden más que dos, aunque sólo quede él) trabajar por reconstituir la Sociedad y observar en lo posible sus reglas."

¡Cómo tardan en Roma! Pasan cinco años, del 58 al 62. En Roma no tienen prisa de ofrecer al Gobierno sectario del Piamonte una nueva víctima que inmolar.

Todos los días Don Bosco abre el correo con mano trémula. ¿Qué noticias le mandan? Mas la carta que espera no le llega nunca. El Papa ha bendecido su obra; el arzobispo monseñor Fransoni la aprueba desde Lyón. Los novicios tascan el freno de impaciencia por emitir sus votos solemnes. Don Bosco se decide a recibirlos, seguro de que la nota llegará de un instante a otro.

El 14 de mayo de 1862 los reune en su aposento, donde ni siquiera hay bancos en que sentarse. Un crucifijo sobre una mesita y dos velas prendidas. Se arrodillan todos; son veintidós novicios, sin contar a Don Bosco, y repiten palabra por palabra la solemne fórmula que Rua va leyendo, y por la cual hacen voto de obediencia, pobreza y castidad.

Su primer superior recibe en nombre de Dios aquellos votos, que se hacen por tres años no más, no pudiendo aún hacerlos perpetuos, y les dirige palabras inolvidables.

—Vivimos en tiempos turbios, y parece una presunción fundar una nueva Comunidad religiosa cuando el infierno emplea todo su poder para destruir las que existen. No importa. Yo no tengo probables, sino seguros argumentos de que la voluntad de Dios es que la nuestra co-

mience de una vez y continúe... De aquí a veinticinco o treinta años, ¿quién sabe si nuestra Sociedad no estará esparcida por muchos países y contará, no veintidós novicios, sino mil?

¡Verdadera profecía!

En enero del 63 los salesianos eran 39. En enero del 64 eran 61. Diez años después eran 320. A la muerte de Don Bosco, en 1888, eran 768. A la muerte de Don Rua, en 1910, eran 3.996. Hoy son 9.000.

V

SOSPECHAS DEL GOBIERNO CONTRA DON BOSCO

La guerra de Crimea ofreció al reino de Cerdeña la ocasión de hacer olvidar la derrota de Novara y de ganar las simpatías de Francia y de Inglaterra enviando en su ayuda un ejército.

A Cavour no le importaba la suerte de Turquía, ni la influencia de Rusia en los Santos Lugares, que fué motivo de la guerra. Lo que él quería era comprar una entrada al Congreso en que se trataría la paz, para tener allí voz y voto al igual de las grandes potencias, y suscitar, oportuna o inoportunamente, la sola cuestión que le interesaba: la independencia y la unidad de Italia bajo el cetro de Víctor Manuel.

Ya hemos visto cómo la unidad de Italia implicaba la absorción de los Estados del Papa, lo mismo que la desaparición del reino de las Dos Sicilias, y de los demás pequeños príncipes italianos, todo en beneficio del rey de Cerdeña.

La jugada de Cavour era de una audacia inconcebible, pues tenía que ganar primero la opinión de los piamonteses, sin explicar su pensamiento complicado, porque habría sido desbaratar su maniobra. Lo consiguió gracias

a su elocuencia y a su incontrastable autoridad en el Parlamento, y envió sus 18.000 soldados al teatro de aquella guerra lejana e impopular en Italia.

Vencida Rusia con la caída de Sebastopol, tenía que hacer aceptar el resto de su plan al emperador Napoleón III, que ya era, más que su cómplice, un instrumento inconsciente de su genio diplomático.

Parecía imposible que se concediera al minúsculo reino de Víctor Manuel II el derecho de discutir de igual a igual con Rusia, Inglaterra, Francia y Austria, cuyos plenipotenciarios tenían grandes intereses que debatir, y estaban respaldados por grandes ejércitos. Y más difícil parecía que por dar gusto al Gobierno de Turín se discutiera la política del Papa y del rey de los Dos Sicilias, soberanos ausentes del Congreso, lo cual era violar el principio de no intervención, en cuya defensa acababan de morir tantos hombres en los campos de Crimea.

Además, Napoleón III no quería desagradar al Papa, ni malquistarse con los católicos franceses, que habían apoyado la restauración del imperio. Mas no era hombre capaz de medirse con Cavour, y se dejó ganar la partida, y Cavour entró en el Congreso y hasta sacó del fuego las castañas por mano del mismo Napoleón.

Cuando se agotó la discusión de la paz y se firmó el tratado y fué el momento de separarse, los plenipotenciarios vieron con estupor al propio representante de Francia, Walewski, apoyado por el de Inglaterra, Clarendon, tomar la palabra para una cuestión que sólo al Piamonte le interesaba.

Y todos tuvieron que escuchar una violenta diatriba sobre "la situación anormal de los Estados pontifi-

cios y el despotismo intolerable del reino de Nápoles".

Y cuando concluyeron el francés y el inglés, Cavour, como sorprendido y más calmoso, para mejor efecto, denunció la tiranía de Austria en el Lombardo-Veneto.

Nunca se había puesto semejante postdata a un tratado de paz. Los plenipotenciarios no podían resolver nada, si no era lanzar a Europa en otra conflagración, y se apartaron recelosos y envenenados, con la sensación de que se acababa de remachar el primer eslabón de una cadena de guerras futuras.

Y así ocurrió. De aquella postdata salió la guerra del 59, en que Francia y el reino de Cerdeña vencieron a Austria en Solferino. De allí, la del 66, en que Prusia acabó de humillarla en Sadowa, y empezó a engrandecerse de tal modo, que se hizo fatal la del 70, en que Francia fué vencida por ella en Sedán. Las tres S.

¿Puede alguien dudar que la guerra de 1870 haya engendrado la de 1914? ¿Y habrá quien crea que la paz de Versalles no ha vuelto a sembrar en el mundo los dientes del dragón?

La paz firmada en París el año 56 fué, según la expresiva palabra de Lamartine, "una declaración de guerra bajo formas de paz, la ruina del derecho público en Europa".

Mas Cavour ha hecho una de esas jugadas magistrales, que no se ven en un siglo de diplomacia, y vuelve a Turín, no a gozar de su triunfo, sino a seguir urdiendo la red en que va envolviendo a los mejores diplomáticos de Europa.

En estas circunstancias ascendía al trono de Austria

un nuevo emperador, Francisco José, joven de dieciocho años, que tendría el amargo privilegio de conocer en su largo reinado hasta la cuarta generación de aquella monstruosa familia de guerras.

Débil contrincante de un Cavour genial y sin escrúpulos, que no hace un gesto que no sea calculado para irritarle, sin que parezca una verdadera provocación.

Mientras los otros políticos de Europa engañan a su pueblo con palabras, él se apodera del suyo con hechos: obras públicas, ferrocarriles, escuelas, tratados de comercio. Y a la par, cien cañones nuevos en los muros de Alejandría, la fortaleza del Piamonte, y un sustancioso empréstito en la casa Rothschild.

Y para distraer a las Sociedades secretas, arrecia en su campaña contra la Iglesia: "Cuando yo quiero hacer votar un proyecto—decía—, me como un fraile..." Supresión de Congregaciones, confiscación de bienes del clero, prisión o destierro de los obispos, abolición del Concordato con Roma. ¡Toda la lira!

Del primer golpe había ido al fondo de la cuestión italiana. La independencia de Italia no podía realizarla Italia sola; necesitaba la ayuda francesa. Pero la independencia de Italia traería consigo la unidad, y bien se veía que ésta era una solución antifrancesa, pues los varios pequeños Estados entrarían a constituir una gran potencia, limítrofe y rival.

Italia fuerte nunca sería un aliado natural de Francia.

"Yo creo—decía más tarde Mazzini en una nota a Bismarck—que la alianza de Italia con Francia contra Prusia, a cuyas victorias debemos Venecia, sería un crimen que imprimiría una mancha indeleble en nuestra jo-

ven bandera." Y Bismarck le respondía: "El Mediterráneo puede volver a ser un lago italiano... Italia y Francia no pueden asociarse para explotar en común el Mediterráneo. Su imperio pertenece incontestablemente a Italia, que posee sobre él costas doce veces más extensas que las de Francia..." (Nota de abril de 1868.)

Esta dificultad la advertía Cavour, y de allí su ansiedad por demostrar a Napoleón III las ventajas de la amistad del Piamonte.

Los afiliados de la *Joven Italia*, por su parte, casi en los precisos momentos en que Cavour, celoso de la influencia de Mazzini, los denunciaba al mundo entero como "unos insensatos, cuyos actos debe estigmatizar todo hombre cuerdo", fueron, sin querer, sus mejores colaboradores. Porque, junto a las promesas de Cavour, pusieron ante los ojos de Napoleón las amenazas de Mazzini.

El 14 de enero, uno de sus lugartenientes. Orsini, arroja tres bombas sobre la carroza del emperador y de la emperatriz que van a la Opera. Ciento cincuenta y siete víctimas pregonan la perfección del mecanismo: soldados de la escolta, guardias municipales, simples curiosos, veinte mujeres, doce niños. Los soberanos resultan milagrosamente ilesos. Esa misma noche la Policía, por un raro concurso de casualidades, se apodera de Orsini y de sus tres cómplices.

Rápido es el proceso. Sentencia de muerte en la guillotina contra el principal culpable y Pieri, uno de sus cómplices. Pero Julio Favre, abogado de Orsini, ha pronunciado en su defensa palabras que llenan de pavor el corazón de Napoleón III. Le ha recordado los tiempos en que el hoy señor de Francia era un carbonario que se ba-

tía en Spoletto contra el poder pontificio, hazañas de que fué testigo el propio Orsini, niño de doce años entonces.

El condenado se niega a pedir gracia al Emperador, y le dirige una carta magnífica, en que se lee esta amenaza: "Que Vuestra Majestad sepa que mientras Italia no sea independiente, su tranquilidad y la de Europa no serán más que una quimera..."

El rostro de Napoleón III palidece como el de Baltasar. Acaba de ver la mano que traza en el muro las misteriosas palabras: Mane, Tecel, Fares. Y él, que conoce el estilo de las Sociedades secretas, no llama a Daniel para que se las interprete.

Llama, en cambio, a Cavour. La entrevista se realiza a escondidas del mundo diplomático, en el balneario de Plombières.

¿Qué quieren los italianos para que el emperador de Francia pueda dormir en paz?

Napoleón III no es más que una pobre mosca en la red de aquella prodigiosa araña. Sin embargo, no sale de la entrevista con las manos vacías. Ofrece todas las fuerzas de Francia contra los austríacos, y pide en recompensa de la sangre que van a verter sus soldados por el Piamonte, que éste le ceda Saboya y Niza. Cavour calcula que bien se pueden entregar 13.000 kilómetros de tierra italiana, aunque sea la cuna de la dinastía, a quien nos va a hacer ganar Lombardía y Venecia, con seis millones de súbditos. ¡Concedido, pues!

Además, Napoleón pide que la corona de Nápoles se dé a un miembro de su familia y la de Toscana a otro, y la de Sicilia al segundo hijo de Víctor Manuel, y que al Papa se le deje, por lo menos, Roma, y para consolarlo

de la pérdida de la mejor parte de sus Estados, se le haga presidente de una Confederación que formarán todos esos príncipes y el rey del Piamonte.

Cavour sonríe maquiavélicamente y dice que sí. Su ojo de águila divisa el porvenir. Cuando el Piamonte se haya agrandado con las nuevas posesiones que le dará la guerra, todos los otros Estados de Italia irán cayendo en su poder, antes que los parientes del Emperador hayan asentado el pie sobre ellos.

Un último pedido: la mano de la princesa Clotilde, hija mayor de Víctor Manuel, para un primo del Emperador, el príncipe Jerónimo Napoleón.

La princesa Clotilde acaba de cumplir quince años. Es una exquisita flor de piedad, de belleza y de gracia. En cuanto al príncipe es un truhán, maduro de edad, y famoso por sus orgías y su ateísmo.

El Emperador quiere ilustrar los blasones de su familia de advenedizos emparentándose con la más genuina estirpe de reyes que exista, como es la casa de Saboya.

Cavour no es sentimental, ni se trata de su hija. ¡Concedido!

El sol cae tras de la mole sombría de los Vosgos. El cielo se tiñe de púrpura. Napoleón, que guía él mismo el faetón en que conduce al ministro del Piamonte por las carreteras de Plombières, dice:

—Es hora de volver.

Y no habla más. Ha hablado demasiado y no quiere comprometer la fama de esfinge que ha ganado en el mundo diplomático, donde el silencio es una fuerza.

Esto pasaba el 11 de julio del 58. Cavour vuelve a

Turín y se entrega frenéticamente a los preparativos de la guerra.

El 1.° de enero del 59 Napoleón deja caer palabras enigmáticas en los oídos del embajador de Austria: "Siento, señor, que nuestras relaciones con vuestro Gobierno no sean tan cordiales..."

El 10 de enero Víctor Manuel pronuncia un discurso que en Viena es acogido como una provocación. El 31 de enero la princesa Clotilde se sacrifica por razón de Estado y se casa con el príncipe Jerónimo Napoleón. El emperador de Austria no puede llamarse a engaño y envía un ultimátum a Turín, exigiendo el desarme del Piamonte. El 26, Cavour lo rechaza, y en acabando de firmar la nota exclama alegremente: *"Alea jacta est!* Hemos hecho la historia. Ahora vamos a cenar."

Está satisfecho porque ha desencadenado su guerra, y no tiene ante el mundo ni siquiera la responsabilidad de declararla. Se la declaran.

Napoleón III vuela en auxilio de su aliado. En poquísimos días conduce 180.000 soldados en apoyo de los 50.000 que forman el ejército de Víctor Manuel.

En las jornadas de Palestro y de San Martín, coronadas por la ruda batalla de Magenta, el poderoso ejército austríaco fué arrojado más allá del río Mincio. Y Solferino, el 24 de junio, remató la victoria franco-italiana, que costó la vida a cuarenta mil soldados.

El 11 de julio se reunen los dos Emperadores en Villafranca, y sin consultar a Víctor Manuel, convienen la paz. El emperador de Austria se juzga muy feliz de terminar la guerra sin perder más que Lombardía, conservando Venecia. Napoleón está inquieto por la actitud de

Prusia, que amenaza intervenir, y nada satisfecho de las artimañas de Cavour, que ha desbaratado su plan de repartir coronas en su parentela, y anda convulsionando los ducados de Módena, Parma y Toscana, para tener ocasión de intervenir y pretextos de anexionarlos. La paz de Villafranca y luego el Tratado de Zurich, que la ratifica, entrega a Francia Niza y Saboya y 60 millones, que le pagará el Piamonte, el cual se contentará con la Lombardía. *Item más,* los duques destronados por la revolución son restablecidos por las grandes potencias que, llegado el caso, los defenderán.

Cavour, furioso con Napoleón y con Víctor Manuel, que se ha dejado humillar, renuncia al Poder y se refugia en Suiza. "Me obligan a vivir de conspirador el resto de mi vida."

No pudiendo conspirar contra los duques, conspira contra el Papa.

Una revolución estalla en una de sus provincias, la Romaña.

El Papa se vió obligado a enviar una división de soldados pontificios. En una escaramuza caen de ambas partes algunas docenas de víctimas. Y he aquí al mundo, impávido ante los millares de muertos de Solferino, escandalizado por la sangre que vertía el inhumano Pontífice.

Pero las Legaciones, nombre dado a las cuatro provincias romañolas, eran parte de lo prometido a Cavour en Plombières. Por eso no permitió que se mencionaran en el Tratado de Zurich y dejó maniobrar a Víctor Manuel para apoderarse de ellas.

Pío IX creyó que podía apelar al sentimiento católi-

co de Víctor Manuel, y le escribió secretamente, en forma que ni los ministros lo advirtieran.

¿Cómo enviarle su carta, cuando pocos días antes (1.º de octubre) había entregado él mismo los pasaportes al embajador de Víctor Manuel y retirado el suyo de Turín?

Pensó en Don Bosco. Cierto día, un caballero venido de Roma se presentó en el Oratorio con una carta para el fundador, de puño y letra del Papa, en que le pedía arbitrase manera de hacer llegar a la propia mano del Rey otra que le adjuntaba.

Hallábase el Rey en una de sus acostumbradas partidas de caza en el valle de Aosta. Don Bosco se procuró una entrevista con el secretario privado y por su intermedio cumplió el encargo.

La inmediata respuesta de Víctor Manuel no fué para consolar el corazón de Pío IX. Como Carlos Alberto, su padre, pero con menos escrúpulos, la ambición pesaba más en la balanza que la fe.

El Papa volvió a escribir como un padre a un hijo extraviado, y Víctor Manuel contestó en forma que se advertía la mano de Cavour, vuelto al Ministerio. "Hijo devoto de la Iglesia, como descendiente de una raza muy piadosa, jamás fué su intención de apartarse de los deberes de príncipe católico." Con todo, espera que el Papa, no sólo no le reclamará la Romaña, de la cual ha concluído por apoderarse, sino que le entregará las Marcas y la Umbría.

El Papa, que adivina a Cavour soplando aquellas frases hipócritas y audaces en la oreja del Rey, le responde con una majestad incomparable:

"La idea que Vuestra Majestad se atreve a exponerme es una idea imprudente, indigna, por cierto, de un rey católico, y de un rey de la casa de Saboya. Podéis leer mi respuesta en una Encíclica que va a aparecer. Por lo demás, no me aflijo por mí, sino por el infeliz estado de alma de Vuestra Majestad, ya bajo el golpe de las censuras, que, ¡ay!, se agravarán cuando se haya consumado el sacrilegio que vos y los vuestros tenéis la intención de realizar. Quiera el Señor iluminaros y daros la gracia de conocer y de llorar estos escándalos y los males espantosos que han caído sobre la pobre Italia con vuestra cooperación." (14 de febrero de 1860.)

Ya el Papa no necesitaba guardar secreto.

Don Bosco, por su parte, como un profeta de la antigua ley, había osado escribir a Víctor Manuel una carta que comenzaba así: *"Dicit Dominus: Regi nostro vita brevis..."*

El Rey, que no había olvidado aquella otra, cuyo anuncio de luto en la corte se cumplió puntualmente, sintió esa irritación con que se suele esconder el miedo. *"Per Bacco!* ¡Este Don Bosco es muy original!" Y mostró la carta a sus ministros. Se habló de registrar su casa, por ver qué relaciones mantenía con los jesuítas, el arzobispo desterrado, el Papa, los austríacos mismos.

En ese momento, era Ratazzi jefe del Gabinete. Conocía y estimaba a Don Bosco y a las veces le pedía favores, recomendándole algún protegido para que lo admitiese entre los del Oratorio. Y alguna le oyó citar un texto del apóstol San Pedro en su carta a los hebreos del Asia Menor:

"Sed sumisos a toda institución humana, por causa

de Dios, sea al rey como soberano o a los gobernadores como delegados de él."

A un hombre que tenía ese programa político y que, además, no era tonto, no sería fácil sorprenderlo en delito de conspiración.

Ratazzi tenía por Don Bosco un respeto mezclado de afición, y hasta llegó a decirle: "Puesto que lo más probable es que yo me vaya al infierno, rece para que no caiga muy adentro."

Pero cayó Ratazzi y Cavour ocupó la Presidencia del Consejo.

Cierta noche soñó Don Bosco lo que él mismo dejó escrito: "Me pareció ver una banda de forajidos que entraban en mi pieza y, apoderándose de mi persona, revisaban todos mis papeles. Uno de ellos, con aspecto más benévolo, se me acerca y me dice: "¿Por qué no habéis "ocultado tal escrito? ¿Os gustaría que hallasen tales car- "tas del arzobispo, que podrían ser ocasión de perjuicio "para vos y para él? Y aquellas cartas de Roma, que casi "tenéis olvidadas, están aquí (y me indicaba el sitio), y "otras allí. Si las hubierais escondido, os habríais librado "de muchas molestias." Estos escritos eran algunas cartas confidenciales enteramente extrañas a la política y a los asuntos de gobierno. Sin embargo, podía ser considerada como delito toda instrucción del Papa o del arzobispo sobre el modo de regularse los sacerdotes en ciertas dudas de conciencia."

No bien aclara el día, Don Bosco, por lo que pueda acontecer, aparta aquellos papeles, llena un saco de ellos y los mete en el hueco que hay entre el tejado y el cielo

raso de la iglesita, confiando en la discreción de las musarañas y de una que otra lechuza.

Era hacia fines de mayo, en la vigilia de Pentecostés. Esa noche la Policía había registrado una casa en que vivían dos jesuítas y reducídolos a prisión. Al mediodía siguiente se presentan tres caballeros, empleados del Ministerio del Interior.

—Tenemos necesidad de hablar a Don Bosco... No podemos esperar.

—¿En qué puedo servirlos?

—Tenemos que hablar con confianza.

—Vamos, pues, a la cámara del prefecto.

—No; preferimos ir a su pieza.

—¿Y quiénes son ustedes para venir de ese modo?

—Sentimos la molestia que le causamos, pero tenemos que hacer una visita domiciliaria...

—¿En virtud de qué? ¿De orden de quién? Sírvanse decirme quiénes son ustedes...

—¡Don Bosco, no nos chanceamos! ¿Cuántos años hace que nos conoce y trata con nosotros?

—No, señor; yo no conozco a nadie que viene así.

—Representamos la seguridad pública.

—¿Tenéis algún documento que os autorice?

—La autoridad no necesita ser autorizada.

—Disculpadme, señores. Yo creo que sois unos caballeros, pero podría engañarme, y mientras no me mostréis la orden de allanamiento, no estoy obligado a recibiros.

Entretanto, esparcíase por los patios, las galerías y las aulas del Oratorio, un piquete de soldados de Seguridad.

—¿Se niega, pues, a llevarnos a su pieza?

—Sí, señores, mientras no se me muestre que venís en nombre de autoridad competente.

Miráronse a las caras los tres. Podían, por la fuerza, entrar; pero sentían bullir en el patio el bravo escuadrón de los *biricchini,* inquietos e indignados. Todo acto de violencia contra Don Bosco, defendido por aquella guardia, podría resultarles fatal. Prefirieron someterse y mandar uno de ellos a buscar la orden, quedándose los otros para impedir que se destruyesen u ocultaran los papeles que iban a buscar.

Media hora después prosigue la escena. El jefe del grupo se ciñe la faja tricolor, signo de autoridad, y con aire de desafío lee la orden de allanamiento.

Don Bosco le echa un vistazo y advierte que no sólo es contra él, sino contra otras personas de Turín, Don Cafasso y el conde Caya entre ellos. Justamente para que no se difundiera la noticia, aquellos señores habían fingido olvidar el documento.

"De orden del ministro del Interior, procédase a registrar minuciosamente la casa del teólogo Juan Bosco, sospechoso de relaciones comprometedoras con los jesuítas, el arzobispo Fransoni y la Corte Pontificia..."

Don Bosco sonríe con aires de leguleyo.

—Y bien, si yo quisiera oponerme, podría hacerlo arguyendo que ese mandato no es contra mí. Yo no tengo título de teólogo. En cambio, hay en Turín otro sacerdote de mi nombre y apellido, que efectivamente posee ese grado universitario que yo no tengo... *Ergo,* vuestro papel, señores, no es para mí, sino para él .. Pero dejé-

monos de chicanas y pasemos a mi habitación... ¿Qué desean ver?

Subieron al despacho de Don Bosco; pusiéronse guardias en la escalera; y empezaron a desnudarlo para registrarle las ropas.

—*Et cum sceleratis reputatus sum!*—dijo él repitiendo un texto de la Pasión.

—¿Qué dice?

—Digo que me estáis prestando el mismo servicio que en otro tiempo algunos prestaron al Divino Salvador.

—¡Basta! Examinemos sus papeles.

Había un canasto junto a la mesilla, donde el ojo de águila del delegado advirtió un sobre con el sello pontificio. Precipitóse y empezó a juntar entre los desperdicios la carta que en minúsculos pedazos habían arrojado allí.

Tarea larga, fastidiosa, nada limpia ni gloriosa. Don Bosco miraba sonriendo.

—¡Siento mucho!

—¿Qué siente?

—Que personas como ustedes se vean obligados a hacer ese oficio...

—¡Es nuestra misión!

—Eso es precisamente lo que me amarga. Uno de ustedes es abogado, el otro es juez, el tercero es un alto funcionario de la Administración, y con todos sus diplomas les han mandado hacer un oficio nada honroso.

—Usted lo dice y es verdad. Pero no lo haríamos si usted quisiera ayudarnos.

—¡Con mil amores! ¡Dígame cómo!

—Deme los papeles que he venido a buscar, y nos iremos en seguida.

—Dígame qué papeles son.

—Papeles políticos que interesan al Gobierno.

—No puedo darle lo que no tengo.

—Usted no puede negar que recibe cartas de los jesuítas, del arzobispo, del Papa... ¿Lo niega?

—Si van a creerme les voy a dar plena satisfacción.

—Le creeremos si dice la verdad.

—Eso quiere decir que no me creerán. Es inútil que hable.

—Hable, pues, y le creeremos como al Evangelio.

—Bueno, oíganme; están perdiendo su precioso tiempo. Ni en esta pieza ni en ningún rincón de la casa van a hallar nada que no sea digno de un honesto sacerdote.

—¡Bah! Nos han asegurado que aquí hallaremos el cuerpo del delito.

—¡Ya ven! ¡No me creen! Inútil hablar. Sin embargo, de buena gana les preguntaría una cosa.

—Pregunte, Don Bosco, y le responderé llanamente.

—¿Están persuadidos de que yo sea un tonto?

—Ciertamente que no.

—¿Y entonces? ¿Por qué se fatigan? Si yo hubiese tenido algo comprometedor que ocultar, ya lo habría roto o escondido, ¿no les parece? Pero continúen buscando; a la postre se convencerán.

Justamente al decir eso divisa la copia de un telegrama cifrado que el Gobierno dirige a una autoridad. ¿Cómo ha llegado a su poder aquel documento, que podía hacer pensar que tiene espías en las oficinas del telégrafo? La verdad es que un joven telegrafista que transmitía aquellos misteriosos despachos cifrados, copió uno sin enten-

derlo, y se lo llevó a Don Bosco para tentar su ingenio. ¿Era, por ventura, capaz de descifrarlo?

Don Bosco lo ensayó y acertó con la clave y allí estaba el papel con su traducción al lado. Referíase a la expedición que por esos días había iniciado Garibaldi sobre Sicilia.

Cavour no quería aparecer prestándole ayuda, por no comprometerse con los Gobiernos del Papa y de Nápoles; pero bajo cuerda fomentaba la aventura. El telegrama decía así: "No se dé nada a Garibaldi, niéguesele cuanto pida, pero déjesele tomar todo lo que quiera..."

Con toda tranquilidad Don Bosco lo coge, lo hace una bolita y lo evapora. Ya está. Ninguno ha advertido su maniobra. Para algo sirven sus viejas artes de prestidigitación.

Luego sentóse y empezó a escribir cartas.

—Mientras ustedes hacen su trabajo, yo haré el mío.

—Bien está, pero háganos leer eso que ha escrito.

—Con mucho gusto.

Escrita una carta, Don Bosco la pasaba al delegado, éste a los otros, que la devoraban. Mas no la habían concluído y ya tenían una nueva que leer. Don Bosco escribía a prisa, y aquel juego le divertía un poco.

—Pero ¡qué hacemos, señores! ¡Don Bosco se ríe de nosotros!

—¡Dios me libre! Yo no les he propuesto que lean mis cartas; son ustedes los que se han empeñado en ello.

—Está bien; basta, aquí está lo que buscamos...

—¿El cuerpo del delito?—pregunta Don Bosco sin volver la cara ni dejar de mover la pluma.

—Sí, señor, aquí hay gato encerrado. A ver, ábranos este cajón que ha cerrado a llave.

—¡No puedo! Son cosas secretas, confidenciales...

—¡Ajajá! Eso es lo que quiero ver. Venga pronto a abrir.

—¡Me niego en absoluto, señores! Cada uno tiene el derecho de guardar secretas las cosas que pueden infamar su casa. Sírvanse respetar mis secretos de familia.

—¡Qué secretos ni qué fritangas! Venga la llave o hago saltar la cerradura...

—Pues me amenaza con la fuerza, no tengo más remedio que ceder...

Eran cinco los que estaban en el estrecho aposento, y todos se abalanzaron ávidamente sobre la caja que Don Bosco abrió, volviendo tranquilo a sus cartas.

El primer papel es leído en alta voz: "Pan suministrado a Don Bosco por el panadero Magra: Débito, 7.800 liras".

—Esto no interesa al Gobierno—observa el delegado, apartándolo, y saca otro y lee:

"Por cuero suministrado al taller de calzado de Don Bosco: Débito, 2.150 liras."

—Pero ¿qué significan estos papeles? ¿Quiere explicarme?

—Ya que ha comenzado—responde Don Bosco plácidamente—, continúe y lo sabrá.

Más cuentas, más facturas de aceite, arroz, fideos, todas pendientes aún de pago.

—¡Esto es intolerable! ¡Usted se está burlando de nosotros! ¿Dónde están aquí los secretos?

—Yo no me burlo de nadie. Allí están mis deudas,

que son como secretos de familia. Si mis proveedores supiesen todo lo que Don Bosco debe, no le querrían fiar ni un sueldo. Ahora, ya que os habéis empeñado en abrir esa caja, llevad esos papeles al ministro del Interior. Puede ser que le vengan deseos de pagar algunas.

Eran las cuatro de la tarde. Hacía horas y horas que aquellos hombres registraban la casa. Humillados, sucios y afligidos empezaban a perder la esperanza de hallar nada relacionado con la política, cuando uno de ellos, al abrir uno por uno los libros de la biblioteca, lee al azar esta frase: "En todos los tiempos, cuando se quiere abatir la religión, se persigue a sus ministros."

—*Ecco!* Este libro debe de ser de un jesuíta reaccionario.

—¡Es de Marco Aurelio!

—Sí, en efecto; Marco Aurelio es el seudónimo; pero el verdadero autor...

—No hay otro que el mismo Marco Aurelio, emperador romano, precisamente un fiero perseguidor de la Iglesia cristiana.

En ese instante llega el cartero con un voluminoso paquete de cartas que hace ademán de entregar a Don Bosco.

—¡Alto ahí! Veamos qué cartas recibe Don Bosco. A lo menos éstas no tendrá tiempo de ocultarlas.

—¡Lean, lean!

La primera que cae en sus manos dice así: "Ministerio del Interior, División 5... Turín, 23 de mayo de 1860..."

Es una recomendación del ministro del Interior a favor de un jovencito huérfano de padre cuya madre está

atacada de locura, a fin de que sea recibido como alumno en el Oratorio de San Francisco de Sales.

Siguen algunas líneas elogiosas para la institución y una oferta de 150 liras como contribución del Ministerio para sostener la obra...

—¡Estamos lucidos!—exclama, entre fastidiado y risueño, el delegado principal—. Por una puerta nos mandan registrar la casa de Don Bosco. Por la otra le piden favores y le ofrecen dinero para que siga haciendo lo que hace...

Aparece un *biricchini* portador de unas copas y de una panzuda botella de aquel freisa riquísimo que crían las colinas de Castelnuovo d'Asti.

—Amigos míos, veo que mueren de sed, después de tan largo trabajo; descansen y beban y permítanme, pues es sábado y son las seis de la tarde, hora de confesiones, que en ese rincón me ponga a confesar a mis *biricchini*.

—Como usted quiera, Don Bosco—dijo el delegado echándose un vaso al coleto—. ¡Salud!

—Pero si ustedes tuvieran necesidad de confesarse, comenzaría por ustedes... ¿Qué tal?

—¡Hum!... necesidad tenemos, no hay duda... Pero ¿qué dirían los periódicos? Han ido a buscar el cuerpo del delito y han acabado arrodillándose a sus pies y confesándose con él... Otro día será, Don Bosco...

Once veces fué registrada por emisarios del Gobierno la casa de Don Bosco. Escenas parecidas e igual resultado.

Cansado, al fin, por la alarma que producía entre los alumnos y las molestias a que le obligaban, acudió en queja al Ministerio del Interior.

Era ministro el historiador Farini, que lo recibió ama-

blemente, según cuenta Don Bosco en sus *Memorias*, donde ha descrito minuciosamente la audiencia.

—Ya lo conozco y sé todo el bien que hace a la juventud. Ahora dígame qué desea de mí.

—Deseo saber el motivo por qué se registra mi casa, se interroga a mis alumnos, se revisan sus pupitres y sus cuadernos, se indaga en los últimos rincones del edificio.

—Sí, se la diré con la misma franqueza con que deseo que usted me responda. Mientras se ha limitado a ocuparse de los niños pobres, ha sido usted el ídolo del Gobierno. Desde que se ha metido en política, nos vemos obligados a vigilarle.

—¡Nunca me he metido en política!

—¿Quiere decir que yo miento, que soy un calumniador?

—No, señor ministro. Vuecelencia afirma lo que le han informado; pero la información es una delación calumniosa.

—Usted, mi querido abate, no advierte que está hablando con quien puede mandarlo a la cárcel.

—Yo no lo temo. No creo posible que el ministro Farini se rebaje a tal iniquidad.

—¿Pero usted, en buena conciencia. puede afirmar que en su casa no se refugian jesuítas, que no está en continua correspondencia con el arzobispo Fransoni y con el Papa?

—Señor ministro, me siento movido a despreciar estas acusaciones. Quisiera que se me adujera un solo fundamento de ellas.

—Pero ¿y las cartas?

—Que no existen... ¿Acaso han hallado una sola entre mis papeles?

—¿Y las relaciones con los jesuítas?

—Jamás les he escrito; jamás me han escrito. Ni siquiera sé dónde viven. Y en cuanto al arzobispo, mis relaciones con él son las de un eclesiástico con su superior.

El ministro se levanta y empieza a pasearse nerviosamente. En ese instante llega Cavour, presidente del Gabinete, que parece alegrarse de ver a Don Bosco, aunque de tiempo atrás las relaciones están cortadas.

—¿Qué le pasa a Don Bosco? Arreglemos sus asuntos amistosamente. Yo siempre lo he estimado, ¿no es así? Bueno, cuénteme qué le ocurre.

—Señor conde, vuecelencia conoce mi casa; muchas veces la ha honrado con sus visitas y ha elogiado mi obra en favor de los niños pobres. Ahora se me hace víctima de calumnias, de intrigas, de persecuciones.

—Así es; yo conozco su obra y la he protegido. Pero hay quienes, abusando de su buen corazón, lo han engañado haciéndole mezclarse en la política.

—Yo no tengo más política que la del Evangelio, señor conde. ¿De qué se me acusa, pues?

—Se lo diré en pocas palabras: el espíritu que domina su obra es contrario al que anima al Gobierno. Usted está por el Papa y contra el Gobierno.

—Yo soy del Papa como católico, y lo seré, mientras viva, en cosas de religión. En cuanto a la política, yo no soy de nadie, ni me mezclo en nada. Hace veinte años que vivo en Turín trabajando, escribiendo, hablando públicamente. Si soy culpable de algo, castíguenme; pero si soy inocente, déjenme en paz.

—En el Evangelio, mi querido Don Bosco, se lee que el que está con Cristo no está con el mundo. Usted está con el Papa; no puede estar, pues, con el Gobierno.

—Con esto, vuecelencia querrá decir que el Gobierno está contra el Papa, contra Cristo, contra el Evangelio. ¡No me atrevo a creerlo! Pero aun así, el Evangelio me da una norma de arreglar mis asuntos: dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. La religión católica puede existir bajo cualquier forma de gobierno y hacer bien sin mezclarse en política. Esto creo y digo. ¿En qué pueden fundarse para considerarme un revolucionario?

—¡Nunca, nunca!—repuso Cavour, volviéndose a Farini—. Yo siempre he dicho que Don Bosco es un gran ciudadano. Estas cosas tienen que terminar.

—Sí—agregó Farini—. Tienen que terminar. Váyase a casa, Don Bosco; ocúpese de sus niños, y el Gobierno se lo agradecerá. Pero... prudencia, que en estos tiempos un mosquito parece un caballo.

—Y le recomiendo una cosa—agregó Cavour—: no publicar nuestras conversaciones.

—¡Convenido!

Y estrechándole las dos manos:

—Seremos amigos y rezaréis por nosotros...

—¡Oh, no hay duda! Rezaré por que Dios os ayude en la vida y en la muerte. ¡Adiós, señor conde; adiós, señor ministro!

VI

CÓMO LEÍA EN LAS ALMAS

"¡Dios es bueno, Dios es grande!—escribe Don Bosco en el cuaderno en que nos deja el relato de aquellos registros y persecuciones—. Permite las tribulaciones, y de las mismas cosas que nos parecen mal saca beneficios en su misericordia.

"Graves molestias nos causaron los registros, pero, en fin de cuentas, nos resultaron ventajosos, aun materialmente.

"La primera ventaja fué demostrar al Gobierno que las pretendidas relaciones comprometedoras eran estúpidas calumnias...

"Hallamos ventajosísima nuestra máxima de no mezclarnos jamás en política: *ni en pro, ni en contra...*"

La naturaleza misma de su obra le imponía esta conducta, que mantuvo siempre con tenacidad. "Queremos hacer bien a la juventud abandonada, y no otra cosa; y esto complace aun a los que en materia religiosa no piensan como nosotros, porque ven que *en política no somos de nadie.*"

En aquellos rudos tiempos de batallas religiosas y de guerras incesantes, que envolvían al Papa mismo en trá-

gicos sucesos, era un milagro de prudencia poder mantener esta línea de conducta, sin faltar al más mínimo de sus deberes hacia el Santo Padre o de caridad al prójimo perseguido.

Cuando los jesuítas fueron expulsados del Piamonte. él, como ya hemos visto, los protegió en toda forma.

Cuando el cardenal de Angelis llegó a Turín, con la ciudad por cárcel, los religiosos temían comprometerse visitándolo. Don Bosco se adelantó a todos y llevó a muchos a consolarlo, y recibió después, con alegría, la visita del prelado caído en desgracia del Gobierno.

Cuando, más tarde, el obispo de Guastalla, monseñor Rotta, sufrió la misma condena, no halló en Turín comunidad religiosa que se atreviera a albergarlo, y fué a llamar a la puerta del Oratorio, y en aquel amable refugio permaneció seis meses.

Y aquella valiente caridad suya no conocía partidos, ni siquiera religiones. En nombre de Cristo se extendía a todos, aun al Samaritano. A un sacerdote apóstata, el famoso De Sanctis, que ha escrito contra él, caído en la miseria, le ofrece una habitación en el Oratorio y un lugar en su mesa, y su biblioteca para que trabaje, sin pedirle nada en cambio, ni siquiera que se reconcilie con Dios.

Eran tiempos calamitosos, y no todos en la Iglesia pensaban como él.

En el primer manuscrito de las reglas sometido a la aprobación de la Santa Sede, incluyó un artículo prohibiendo a los salesianos el inmiscuirse en política. Al devolverle el manuscrito con las objeciones de la Santa Congregación, halló suprimido su artículo.

Presentó nuevamente las reglas retocadas conforme a los consejos que le dieran, pero restableciendo el artículo. Y otra vez volviéronselo a tachar.

Por tercera vez lo reproduce, cuando se trata de una revisión de las reglas. Han pasado años; son otros hombres los que van a juzgarlas; puede creer que el criterio de la Santa Congregación se haya modificado.

¡No! Vuelven a borrárselo, y ahora le explican el motivo con estas palabras: "Es la tercera vez que se suprime este artículo. Si bien, en líneas generales, podría admitirse, puede ocurrir, sin embargo, dados los tiempos, que se deba intervenir en política por deber de conciencia, cuando las cuestiones políticas sean inseparables de los intereses de la religión; por cuyo motivo no conviene sancionar su exclusión entre los católicos."

De esa manera, aquel artículo desapareció definitivamente de las reglas salesianas. En caso de real conveniencia, no le es vedado a los socios de la institución intervenir en política; peso de aquella polémica ha quedado claramente fijado el criterio del fundador: en línea general, los salesianos, tratándose de cuestiones políticas, no están ni en pro, ni en contra.

Lo cual no significaba que Don Bosco presenciara indiferente las crueles batallas políticas.

Fiel a su programa de hacer bien a todos, obraba con valentía y hablaba con franqueza. Toda palabra suya, hasta las de simple gracejo, eran sacerdotales, y aunque era prudente y cauteloso, hacía estallar las verdades en los oídos de los poderosos.

Un día, Urbano Ratazzi, a quien ha ido a pedir un favor, le dice:

—Quiero saber si la excomunión en que otros han caído me alcanza también a mí.

Don Bosco le pide un plazo para estudiar el asunto. Vuelve a los tres días.

—Excelencia: he estudiado la cuestión, con deseos de decirle que no está excomulgado; pero no he tenido éxito: vuecelencia está excomulgado.

Todavía en aquellos tiempos en el Piamonte sonaba siniestramente la palabra excomunión. Por extraviados que estuvieran los espíritus, el corazón permanecía irremediablemente católico.

Otra vez, la reina María Teresa, esposa del rey de las Dos Sicilias, Fernando II, a quien la revolución ha destronado, le pregunta qué piensa del porvenir, si algún día volverán al trono.

—Majestad, me duele decírselo; pero nunca más volverá a Nápoles.

Aquella dura profecía disgustó a la reina.

Por necesidades de sus instituciones, estaba en permanente contacto con gentes de toda condición, grandes y pequeños y de todas ideas, y no le costaba alternar ni siquiera con los enemigos de la religión, a los cuales dejábales siempre, como una pequeñísima flecha de oro, el provechoso dolor de alguna punzante verdad sobrenatural.

—Santo Padre—decía a Pío IX el venerable Ludovico de Casoni—, viene la revolución; ¿qué debo hacer? ¿Debo encerrarme en mi celda a rezar, o debo arrojarme en medio del fuego a trabajar? Ellos querrían servirse de nosotros para el mal. ¿Podemos nosotros servirnos de ellos para el bien?

A lo cual responde el Papa:

—Vuelve a Nápoles, hijo humilde de San Francisco; sal de tu celda y arrójate, como tú dices, en medio del fuego, a trabajar, y sírvete de los mismos enemigos para obrar el bien, y tendrás mérito delante de Dios.

Aquel año de 1861 Don Bosco tenía en su oratorio de Valdocco 530 alumnos internos, que, sin contar centenares de externos y los muchísimos *biricchini* que asistían los domingos y los de los otros Oratorios, que iba fundando en diversas partes de la ciudad y sus contornos, le obligaban a un despliegue de ingenio y de labor para darles de qué subsistir.

No contaba con ningún estipendio fijo. Cuando algún ministro o algún personaje recomendaban algún protegido, solía darle, por cuenta del ministerio o como una limosna, 100 ó 150 liras. Y aquel protector, la mayoría de las veces no volvía a acordarse más de su protegido. Consideraba que había pagado ya generosamente el derecho de que lo alojasen, lo alimentasen, lo vistiesen, le enseñasen un oficio o una carrera liberal, lo mantuviesen, en fin, años de años.

Un sencillo cálculo habría podido mostrarle que en un año un joven de buen diente come más de 100 liras de solo pan. ¿Y lo demás?

Los alumnos que podían pagaban 100 o 150 liras al año. Los que no podían porque fuesen pobres o hubiesen ingresado gracias a un protector que creía haber hecho bastante con un pequeño donativo inicial, nada pagaban.

Y aquí del ingenio de Don Bosco para inventar loterías y suscripciones con que procurarse, no diré los miles de liras, sino los millones de liras que exigían sus escue-

las, talleres, templos y sus alumnos y sus *biricchini*, cada día más queridos, pero también más dispendiosos.

Un contemporáneo de Don Bosco nos ofrece estos detalles: Dos grandes categorías de jóvenes, externos e internos. Más de mil externos, que en domingos y días de fiesta reciben instrucción religiosa, y a quienes se les busca trabajo donde se ganen la vida sin peligro moral. Don Bosco no rechaza a ninguno, y con sus maneras afables se conquista la confianza de todos.

Luego los internos, que son estudiantes o aprendices obreros. Don Bosco tiene un buen número de cooperadores, casi todos clérigos o sacerdotes, que le obedecen con perfecta devoción. No conocen descanso. Bajo su dirección están estos centenares de alumnos, que viven de trabajo y de caridad. Casi todos son aceptados gratuitamente...

Los estudiantes reciben instrucción primaria clásica, disponiéndose para el Liceo o la Universidad. Pero la mayoría son aprendices obreros, dedicados los unos a oficios humildes, los otros a oficios vecinos del arte. Junto a los zapateros, sastres, sombrereros, herreros, carpinteros, panaderos, pasteleros, están los encuadernadores, tipógrafos, fundidores de caracteres, y más tarde estuvieron los estereotipadores, litógrafos, dibujantes y pintores.

El gobierno de aquella pequeña ciudad es un gobierno de mansedumbre y de dulzura: rara vez se castiga. Y nunca, jamás, un golpe o una injuria.

"Aquí se presenta a nuestra meditación un grave problema filosófico y social—dice el conde Carlos Contestabile, de quien tomamos estos detalles—. Mientras los más violentos revolucionarios han escrito libros sobre este

asunto, y en las Universidades se discute con ardor, un humilde sacerdote lo resuelve instintivamente. En su pequeña república no se reprime la culpa, se la previene."

En las actas del proceso del ordinario, en la causa de su beatificación, los que le han conocido y tratado hablan así. Uno de ellos, Don Dalmazzo, dice: "No quería que se amonestase a los muchachos en un momento de excitación; quería que se aguardase la oportunidad y se les hablase con caridad y con prudencia."

Para conducir a la juventud, Dios le había dado una gracia especial. Adivinaba lo que no había aprendido.

"Es difícil con palabras explicar su secreto. Acercándose a un muchacho, en hablándole al oído, por rebelde que fuese lo rendía a sus consejos."

Para ser amados basta mostrarse amables, dice un proverbio. La dificultad consiste en ser siempre amables, cualesquiera que sean las circunstancias, aun en los momentos en que se debe corregir y castigar. Aquí hace falta el genio, por no repetir otra vez la gracia.

Jamás dejaba solos a sus *biricchini*, ni en el estudio, ni en el taller, ni en el recreo. Si no era él mismo, por sus inmensas ocupaciones, era otro, de su mismo espíritu, el que los vigilaba.

Todavía existe la primera casa construída por él, calle Cottolengo, 32, aquellas tres piecitas donde tenía su escritorio y su dormitorio y su capillita privada, y aquel balcón, festoneado de una parra cuyos racimos maduraban a la vista de los muchachos.

Robando unos instantes a sus tareas de escritor y administrador, cuando sentía los gritos de sus *biricchini*

aparecía en el balcón, al pie del cual existe ahora su negra estatua de bronce.

—¡Don Bosco, Don Bosco! ¡Ya no nos visita, ya no nos quiere! ¡Ya nunca juega con nosotros!

El pobre viejo, rendido al trabajo y a la enfermedad, herido de muerte, mostraba en la sonrisa el divino resplandor de la caridad. Cogía un racimo y lo desgranaba lentamente sobre la cabeza de sus *biricchini*. Cada uva que arrojaba, con arte de prestidigitador, llevaba un nombre: ¡Para Fulano! ¡Para Zutano!

Aquellos para quienes no alcanzaba el racimo quedábanse pensando si no era un mudo reproche por alguna culpa, y no tardaban en subir a su aposento para saber la verdad.

Cuando hacía señas de que iba a hablar callaban todos como por encanto, para no perder una sílaba, y del balconcito caían palabras así:

—¡Mis hijitos! Es hora de recreo, y os permito, mejor, os recomiendo que estéis alegres lo más que podáis. Jugad, cantad, gritad, saltad, romped, haced todas las diabluras que queráis. Don Bosco es el más grande bobo que existe en el mundo y todo os perdonará; pero no cometáis pecados; no deis escándalos, porque entonces será inexorable...

Tales palabras caían como una lluvia generosa, como un puñado de trigo fecundo en aquellas almas juveniles. ¿Quién no se sacrificaría por el que les permitía todo, aun el arruinarlo, con tal que no ofendiesen a Dios?

Sorprendíase él de la admiración que suscitaba su sistema pedagógico y no acertaba a explicar satisfactoria-

mente lo que, en verdad, era inexplicable: un instinto genial, una gracia de Dios.

—¡Mi sistema! ¡Quieren que explique mi sistema! ¿Acaso lo conozco yo mismo? Todo lo que he hecho ha sido seguir adelante, como el Señor me inspiraba en ese momento.

"Y era verdad—dice hermosamente el padre Auffray—. Jamás este hombre, que tuvo el genio de la educación, pensó en edificar un sistema. En el atardecer de su vida reunió, es cierto, en algunos principios, breves y netos, los resultados de su experiencia. Eso fué todo. Nunca quiso componer un tratado didáctico sobre la materia. Su libro fué su vida."

No solamente se admiraba la forma como educaba a los niños, sino especialmente la manera como formaba los maestros que necesitaba, a su imagen y semejanza.

—Pero ¿cómo hace, Don Bosco, para adiestrar a sus salesianos?

—¡Psh! ¡No sé! Los arrojo al agua y así aprenden a nadar.

Esto no significaba que ignorase la pedagogía o la despreciara como ciencia, sino que no tuvo ni tiempo ni predilección para ocuparse de ella en teoría, ni intentó sentar plaza de pedagogo escribiendo tratados. Había leído inmensamente, y en su prodigiosa memoria quedaba para siempre cuanto leía, y sabía utilizarlo. Pero, envejecido en la experiencia, si hubiese tenido el capricho de ganar un modesto diploma de maestro normal, los examinadores lo habrían aturdido con preguntas raras, y probablemente lo habrían reprobado.

Otra respuesta solía dar: "Mi método es el preventivo. ¿En qué consiste? En el amor."

Y explicaba. En todos los tiempos han existido dos métodos de ocupación opuestos: El represivo y el preventivo. El método represivo consiste en enseñar la ley o el reglamento y vigilar su cumplimiento y estar pronto a castigar toda infracción.

En el método preventivo el maestro hace conocer las obligaciones y trata de ganar el corazón de sus alumnos para *evitar* las infracciones y no tener necesidad de castigarlas.

"Este sistema—escribe Don Bosco—se apoya enteramente en la razón, la religión y el cariño; excluye todo castigo violento y hasta los castigos más ligeros.

"El sistema represivo puede impedir un desorden, pero rara vez hará mejores a los delincuentes; los muchachos no olvidan nunca los castigos; conservan amargura y deseo de verse libres y aun de vengarse.

"Alguien dirá que tal sistema es difícil en la práctica. Observaré que por parte de los alumnos es mucho más fácil, satisfactorio y ventajoso... Por parte de los educadores sí encierra alguna dificultad, que disminuye si el educador se pone con celo en la empresa."

¡Ahí está el quid de este asunto! Para la inmensa mayoría de los educadores es más fácil castigar que prevenir. Castigar es obra de un momento; el alumno se educa a sí mismo, y el maestro lo castiga si no cumple. Prevenir es asunto de todos los instantes del día y de la noche. El maestro debe acompañar al alumno, con su fuerza apoyar su debilidad, con su consejo ilustrar su mente, con su cariño ganar su voluntad.

Esto, se comprende, no está al alcance del que es maestro a falta de mejor empleo; del que enseña no por vocación, sino por necesidad de ganar un sueldo.

En el sistema preventivo, más que la indigesta ciencia de un pedagogo vale la paciente abnegación del que enseña, no por interés, sino por amor.

No hay escuela que reemplace a la caridad, que es, según San Pablo, benigna y paciente, lo sufre todo, lo espera todo y todo lo mantiene.

¿Cómo practicaba Don Bosco su sistema? Mezclándose en todo momento con sus *biricchini*. Tratando de penetrar sus secretos para ganar su simpatía y su amor.

Sus mejores conquistas las hacía a la hora del recreo, cuando la ruidosa bandada de muchachos abandonaba libros o herramientas y se derramaba por los patios y pórticos.

En los primeros tiempos Don Bosco no faltaba nunca; después, cuando las ocupaciones lo desbordaron o las enfermedades lo vencieron. faltaba algún vez, pero su gusto y su plan era estar con ellos.

Nada escapaba a su golpe de vista. Instantáneamente descubre, no al que juega en medio del patio y corre y batalla por una pelota, sino al que se retrae y parece tímido y perezoso y gusta de aproximarse a otro como él y hace amistades particulares y tiernas. Este es un sentimental que puede echarse a perder y pervertir a los otros. Ya sabía por dónde ganarlo.

—¿Quieres darme la llave?

—¿Qué llave, señor? ¿La de mi baúl?

—¡Qué voy a hacer con la llave de tu baúl! ¡Dame la llave de tu corazón! ¡Ayúdame!

—¿A qué, señor?

—Ayúdame a salvar tu alma. Haremos así: primero, una confesión de tu vida futura.

—De mi vida futura, Don Bosco, no puede ser.

—Tienes razón—respondía él, como si de pronto notara la dificultad—. No importa; haremos una confesión de tu vida pasada. Pero está tranquilo; lo que tú no puedes decir, te lo dirá Don Bosco.

El muchacho quedaba confuso ante esa forma repentina, casi violenta, de tomar posesión de su alma, y si era tímido se animaba, y si era soberbio se rendía, y si era sentimental confiaba al que había adivinado su secreto.

En el método educativo de Don Bosco la confesión y la comunión frecuentes eran elemento indispensable. La primera cósa que quería de un nuevo alumno era la reforma moral, base de su sistema.

Afirmaba que si a la entrada del colegio el profesor teme hablar francamente con el muchacho de las cosas de su conciencia; si en vez de esto se limita a hablarle en forma vaga de ser bueno y obediente y aplicado no produce ningún efecto, no se gana la atención ni la confianza, y después cuesta mucho corregir el error del primer paso.

Toda palabra del sacerdote, decía, debe ser sal de vida. Cualquiera que se le acerca debe sentir que ha ganado alguna verdad, alguna ventaja sobrenatural.

Poseía, por gracia de Dios, la extraña facultad de leer en las almas no solamente los pecados, sino también los pensamientos peligrosos.

—Don Bosco, dígame una palabra.

Cada cual quería aquella palabra al oído, unos por sentir caer en su corazón ese grano de sal eterna; otros,

por poner a prueba sus ponderadas cualidades de vidente.

El se agachaba al oído y decía aquello que ningún otro debía oír, y el muchacho se tornaba serio y no lo explicaba a nadie.

Era a veces un breve diálogo sostenido en un zaguán.

—¿Cómo estás?

—Muy bien.

—¿También tu alma?

—¡Oh, sí!

—¿Si murieses esta noche estarías contento?

—¡Ah, no!

—Entonces, ¿por qué no te confiesas hoy?

Para cada cual tenía la palabra que lo penetraba como un dardo.

A veces, en vez de una palabra, un ligero cachete en la mejilla.

A uno que se despedía de él para todas las vacaciones:

—¡Toma! Ahora el demonio no te tentará.

Y hecha la experiencia, el muchacho pedía otra vez aquel favor, y la historieta se divulgaba y muchos querían también aquel golpecito cariñoso que parecía confirmarlos en gracia.

Ese era el famoso método preventivo, compuesto de mil nonadas, cada una de las cuales era semilla de milagros. El milagro se producía no sólo en las almas de sus colegiales o de sus *biricchini* más o menos bien dispuestas, sino en las de verdaderos delincuentes.

En la época en que sus talleres y escuelas dejábanle tiempo para realizar un intenso apostolado en las cár-

celes, llegó a conquistar de tal modo el corazón de los jóvenes detenidos en la Generala, que todos, con una sola excepción, hicieron sus Pascuas. Era el año de 1855.

El director de las cárceles es buen amigo de Don Bosco. No es capaz de negarle nada; y un día recibe el más extravagante pedido que se haya hecho a un funcionario de su laya.

—Vengo a hacerle una propuesta, señor director.

—Todo lo que yo pueda hacer en su obsequio, señor abate, delo por hecho.

—Quiero premiar a estos jóvenes, que han cumplido con la Iglesia y se portan bien. Los conduciré a un paseo hasta Stupinigi; saldremos por la mañana, regresaremos a la noche. Les será provechoso para el alma y el cuerpo.

El director ha dado un salto en la silla.

—¿Qué está diciendo, Don Bosco? ¡Usted no habla en serio!

—Con la mayor seriedad del mundo.

—Pero, señor abate, yo soy responsable de toda fuga.

—No se fugará ninguno. Démelos contados, y contados se los traeré, sin que falte uno solo.

—¡Imposible!

—¿Acaso lo prohibe el reglamento?

—El reglamento no dice una palabra de esto, porque no han pensado los que lo hicieron que a Don Bosco se le ocurriría semejante idea.

—Pues si el reglamento no lo prohibe...

—¡Imposible, cien veces imposible, y siento decírselo!

Era prefecto de Policía el caballero Carlos Farcito, y

a él acudió nuestro héroe, desahuciado por el director de las cárceles.

El prefecto no se tomó el trabajo de discutir la propuesta; dijo no redondamente.

—¿Y si el ministro diera autorización?

El prefecto se encogió de hombros.

—¡Vaya una ocurrencia! Pero si el ministro la autorizara, yo me lavo las manos.

Corre Don Bosco a ver al ministro del Interior, que es Ratazzi, no diremos su amigo, pero sí un hombre que lo atiende con interés, porque, siendo el promotor de la persecución contra las órdenes religiosas, no quiere aparecer como un sistemático devorador de frailes.

Hácele gracia la original proposición. Piensa que enviando detrás de las filas un piquete de guardias no habrá escapatorias, y si la hubiera no sería difícil atrapar al que la intentara.

—Excelencia—responde Don Bosco—, yo le agradezco su voluntad; mas prefiero renunciar a mi proyecto si han de escoltarme los carabineros.

Ratazzi lo mira estupefacto.

—En esas condiciones, señor abate, no devolverá usted ni uno solo de estos pilletes a la prisión.

—¡Le afirmo, señor ministro, que no faltará uno solo!

El ministro se moría de ganas de hacer el ensayo. Después de todo, si alguno se escapaba, lo más que tardaría en volver a caer en manos de los carabineros serían dos o tres días.

—Usted y yo, señor abate, vamos a hacer una locura a medias. Usted se juega la libertad, yo el ministerio.

¡Vaya! Haga usted el paseo; quiero ver lo que resulta.

¡Qué grito de alegría dieron los jóvenes detenidos al saber que tendrían un día de asueto, sin guardianes, y a dar un paseo hasta Stupinigi!

Don Bosco está pálido y bastante más inquieto de lo que quiere confesar, ahora que ve la cosa cierta.

—Escuchadme: yo he empeñado mi palabra y juego mi tranquilidad y hasta mi honor. He dicho que no necesitamos gendarmes; que os conduciréis perfectamente. ¿Puedo estar tranquilo? ¿Alguno de vosotros ha pensado escaparse?

—Esté seguro, Don Bosco, seremos buenos — gritan y juran y perjuran los prisioneros; y uno de ellos agrega:

—¡Voto a zambomba! Si a alguno se le ocurriera escaparse, lo descuartizaré como a un pollo.

Y otro dice:

—Y yo le romperé la cabeza con una piedra al primero que salga de las filas.

—Esté mil veces seguro, Don Bosco—añaden otros en un rapto de honestidad—, que no volverá vivo el que intente escaparse.

—¡Basta, mis queridos muchachos! No se trata de matar ni de golpear a nadie. Yo me fío de todos vosotros. Sé que me queréis bien y que no me avergonzaréis mañana delante de todo Turín, que tendrá los ojos fijos en mí...

Esa misma tarde arregla la hora de partida y el orden de la marcha. Stupinigi, población de cinco mil almas entonces, dista legua y media de Turín, y posee un parque real donde los jóvenes pueden pasar un día encantador, en la fragante primavera italiana.

Al alba, partieron. Llevaban un asno cargado de provisiones para almorzar; mas pensaron que Don Bosco estuviese fatigado del camino. Descargaron los sacos, que se echaron por turno a las espaldas, y obligaron a su capellán a montar en el burro.

En la iglesia de Stupinigi Don Bosco celebró su misa. Las gentes del pueblo veían pasar aquel original batallón de trescientos prisioneros en libertad, sin más vigilante que un pobre sacerdote; y a la hora del almuerzo, enviáronles regalos de vino y pan excelente y otros manjares que introdujeron novedad en el severo régimen de la prisión.

Y bien, al atardecer, sin que uno solo faltara, volvieron a la Generala de Turín.

Más que alegre, Ratazzi quedó atónito.

—¡De buena nos hemos salvado, señor Don Bosco! Pero querría saber su secreto: ¿cómo hace usted para dominar a esos forajidos?

—Excelencia, nosotros los sacerdotes poseemos una fuerza que el Estado no puede alcanzar. Nuestra fuerza es moral. El Estado manda y castiga. Nosotros hablamos al corazón del joven, y nuestra palabra no es humana, es sobrenatural, porque es la palabra de Dios.

Ratazzi meneó la cabeza.

—Como quiera que usted lo explique, es sencillamente prodigioso.

En las vidas de los santos de la *Leyenda dorada* se leen episodios increíbles e ingenuos como éste. La vida de Don Bosco está llena a tal punto, que el lector acaba por hallarlos corrientes y hasta explicables. Se ha dicho, con verdad, que lo natural en la vida de este hombre era precisamente lo sobrenatural.

VII

CÓMO ENSEÑABA

Aunque Don Bosco no haya escrito obras de Pedagogía, no es posible dudar, en presencia de los hechos, que poseía un sistema, y que este sistema otros podían aprenderlo y aplicarlo con el mismo resultado.

Las escuelas de Don Bosco no se implataron sólo en Turín, sino en toda Italia, y ahora existen en todas las naciones del mundo, bajo toda clase de Gobiernos, en países civilizados y en regiones salvajes, y para cualquier categoría de personas, con preferencia para las clases obreras. Y en todas reina el mismo espíritu y se producen estos milagros pedagógicos.

Existía, pues, realmente un sistema, y Don Bosco mismo ha tratado de explicarlo en algunas breves páginas, tan simples que al leerlas por primera vez producen más decepción que admiración. Así ocurre con esos maravillosos capítulos de Kempis: lo que él nos dice ya lo sabíamos; nada nos descubre. Mas llega el día en que penetramos su incalculable profundidad, porque, como él mismo lo dice, lo que no entiendes en la lectura lo entenderás a la hora de la visitación.

Habla Don Bosco: "Para que vuestra palabra tenga

prestigio y obtenga el efecto deseado es necesario que cada superior, en toda circunstancia, destruya su propio *yo*. Los jóvenes son muy finos observadores y advierten cuándo en un superior hay celos, envidia, soberbia, avidez de aparecer, y entonces la influencia está perdida."

"Traten de evitar como la peste toda clase de afección o amistad particular con los alumnos."

"Déseles amplia libertad de saltar, correr, hacer barullo a sus anchas. Gimnasia, música, declamación, teatrillo, paseos, son medios eficacísimos para la disciplina, la moral y la salud.

"La confesión frecuente, la comunión frecuente, la misa cotidiana, son las columnas del edificio educativo. Pero no obligar nunca a los jóvenes a frecuentar los Santos Sacramentos. Fomentarlos solamente y brindarles comodidad para ello."

Una palabra sobre los castigos:

"Qué reglas tener en los castigos. Mientras sea posible, nunca se usen. Donde la necesidad obliga, ténganse los siguientes principios:

"El educador trate de hacerse amar de sus alumnos, si quiere hacerse temer.

"Nunca, si no es por rarísima excepción, se castigue en público, sino privadamente, lejos de los compañeros.

"El golpear, de cualquier manera que sea; el poner de rodillas, en posición dolorosa; el tirar de las orejas y otros castigos semejantes deben absolutamente evitarse, porque son prohibidos por las leyes civiles, irritan grandemente a los muchachos y envilecen al educador."

Contra la anacrónica máxima "la letra con sangre

entra", él no se cansó jamás de pregonar la dulzura de su modelo, San Francisco de Sales.

La dulzura fué su constante ritornelo. En una carta al inspector salesiano de la Argentina le escribía así:

"Jamás castigos materiales; nunca palabras humillantes ni reproches severos delante de otros. En las clases resuene la palabra dulce, caritativa, paciente."

Conviene aquí ajustar un concepto, y lo haremos reproduciendo una frase de Don B. Fascie, el actual director general de las escuelas salesianas:

"Mal comprendería el sistema de Don Bosco quien no viese en él más que un problema didáctico, a resolverse en los bancos de la escuela, como obra de pura instrucción, como acción exclusivamente intelectual, como institución que tenga su fin en sí misma.

"En el sistema de Don Bosco la escuela extiende su acción a toda la vida actual del alumno, a todas las horas del día, especialmente a las del recreo... Y el sistema, en sí mismo, no es más que una parte en la misión de Don Bosco."

Su misión era conquistar las almas juveniles. "Yo he sido enviado a los jóvenes", decía. Conquistar almas no tenía otro significado que hacerlas cristianas, y se valió de la escuela como del más poderoso instrumento de cristianización y de paganización que se haya inventado hasta ahora.

Así como no pretendió nunca mostrar en sus escritos ciencia o estilo, en sus discursos o en sus sermones sólo se cuidó de penetrar en aquellas almas que quería ganar.

No poseía las dotes físicas del orador. Su figura mediocre, su voz poco potente no le habrían ayudado si él

hubiera pretendido asombrar a su auditorio con artificios oratorios.

¡Qué lejos estaba de ese propósito! Articulaba con admirable claridad; su palabra era simple, dulce y convincente. Nunca jamás una frase deslumbradora; pero nunca jamás una frase hueca ni oscura.

Mamá Margarita, que no sabía leer—ya lo hemos dicho—inventó un género literario que él humildemente adaptó y ha legado a sus hijos como una fortuna: *las buenas noches.*

Seguramente ella no pensó descubrir nada cuando, después de la cena, los reunía en la humosa cocina, junto al hogar apagado ya, y les dirigía unas últimas recomendaciones para que durmieran juiciosamente y no se fueran antes del alba, robándose las cobijas y las cacerolas.

El hecho es que durante mucho tiempo ella dió las buenas noches a los *biricchini,* y su hijo, que de todo hacía leña, se apoderó del instrumento educativo que su madre había forjado.

"Pocas palabras—decía él mismo explicando la pequeña invención de mamá Margarita—, una sola idea capital, para que impresione y los muchachos la recuerden al dormirse."

Su ingenio fertilísimo permitíale encontrar el comentario de cada día, que unas veces era un suceso ocurrido en Turín o en cualquier parte, otras una escena de la vida colegial, a menudo un apólogo o una fabulilla de su propia cosecha.

Al día siguiente muchos eran los que, deseosos de no olvidarla, copiábanla en sus cuadernos, confrontaban sus copias, las corregían; Don Bosco mismo depuraba el tex-

to, y así nos han llegado muchísimos de esos cuadritos, modelos de realismo y sencillez.

Por ejemplo, éste de la *Gallina:*

"Una tarde la gallina no ha querido entrar en el gallinero. En vano el ama ha intentado conducirla; corre por el patio, hasta que la buena mujer, fatigada de perseguirla, cierra el gallinero y se va a casa.

"La gallina se pasea por aquí, por allí, picoteando algunos granos que halla en la tierra, satisfecha de su libertad. Al entrar la noche ve la escalera apoyada al granero, y saltando de peldaño en peldaño, llega hasta el heno, busca una postura cómoda y se dispone a dormir.

"He aquí un ruido que la despierta. Es de noche; nadie en la casa vela. Los perros andan por la viña cuidando los racimos.

"Una zorra ha invadido el granero, ha visto a la gallina y se dispone a devorarla. La gallina, espantada, vuela; de un salto la zorra quiere atraparla, pero cae en el huerto, mientras la gallina se refugia en las ramas de un árbol. La zorra no la pierde de vista, y, acurrucada en el suelo, permanece con el hocico en alto. Después de una hora larga, la gallina da otro vuelo, alcanza el muro que rodea el huerto. La zorra está al pie. El muro es más bajo que las ramas del árbol. La zorra descubre un madero apoyado en él y se trepa y corre por el filo de la pared, y la gallina sólo puede salvarse con un tercer vuelo a un árbol que está fuera de la huerta, y que es más bajo aún. La zorra desciende, sale por un albañal y se dispone a subirse por el tronco. La gallina, que se ve casi cogida, vuela hacia otro arbolillo. La zorra la sigue. La altura es pequeña, y la gallina, ciega de terror, se arroja sobre

una cerca. La zorra se introduce entre las ramas, y la gallina da un último vuelo, pero ya no encuentra donde refugiarse, y cada vez está más cerca del suelo, y la zorra, con ojos de fuego, la persigue hasta que cae entre sus zarpas. La gallina cacarea, nadie la oye, y pronto no queda de ella más que un montón de plumas ensangrentadas.

"Hijitos: La zorra es el demonio; la gallina son ciertos jóvenes que serán buenos, pero se fían en sus fuerzas, no admiten reglas, como la gallina, que no quería dejarse encerrar en el gallinero. Inexpertos, desdeñan los consejos, porque tienen alas, la buena voluntad y la oración. No piensan que la naturaleza enferma tiende a caer. Algunos son golosos, otros son perezosos, otros son... ¡Dios lo sabe! Hay quienes dicen: ¿Por qué se nos prohiben ciertas amistades? Nosotros no hacemos nada malo. Luego comienzan a infringir las reglas, huyen de los superiores, después ciertas cartitas, ciertos pensamientos, cierta familiaridad, ciertas amistades particulares, cierta sensibilidad. Se desciende, se desciende, las alas no bastan, la zorra está abajo y corre, y se termina cayendo en sus fauces. ¡Buenas noches!"

El argumento es simple, ingenuo si se quiere; el estilo no puede ser más familiar, sin ningún género de pulimento. Pero hay animación, y cuando la fabulilla podría perderse en vaguedades, entra como un bisturí en el centro de una cuestión concreta: las amistades particulares, el sentimentalismo enfermizo de los internados. Dos tajos magistrales, y luego: "¡Buenas noches!"

A pesar de que conocía a fondo la literatura clásica y era un devorador de libros, dotado de una portentosa

facultad de asimilar y recordar, nunca ha habido ni escritor ni orador menos erudito, menos retórico.

Todo su afán consistía en hacerse comprender del más ignorante y grosero auditorio. Y con esa simplicidad de recursos artísticos, placía a todo el mundo.

Solía decir de sus discursos:

"Yo trataba argumentos que el sacerdote menos instruído conoce mejor que yo. En estas predicaciones, advertí que para dar gusto al pueblo y hacerle bien no se necesitan cosas sublimes ni raras. El pueblo quiere entender; si entiende, queda contento. Presentadas así, las cosas más triviales acaban por hacer impresión.

Y aún añadía:

"De la mayor utilidad son las comparaciones, las parábolas, fábulas y apólogos. Con éstos se fija la memoria a una verdad que nunca más se olvida. Todavía recuerdo la impresión que hice explicando cómo el Señor ha hecho todas las cosas bien. Referí esta parábola: Un viajero, cansado del camino, detúvose a la sombra de unas encinas, y mirándolas se dijo: —¿Por qué Dios a estos árboles grandísimos les habrá dado frutas tan pequeñas como las bellotas? He aquí una planta de zapallos, tan rastrera y miserable que no puede ni levantarse del suelo, y Dios le ha dado una fruta enorme. ¡Cuánto mejor sería que estos zapallos nacieran en las altísimas ramas de las encinas!—Con estos pensamientos el buen hombre se echó a dormir bajo aquella sombra. Empieza a soplar viento, se desprende una bellota y le cae en la nariz y lo despierta. —¡Ah, Señor!—grita el viajero restregándose la nariz—, si fuera un zapallo me habría aplastado la cabeza y yo estaría ya en el otro mundo."

Ya nos imaginamos la mueca desdeñosa con que acogerían ciertos predicadores campanudos la trivialidad de este estilo.

Cada cual conserve el que Dios le haya dado, pero no discuta a Don Bosco un estilo con el cual realizó portentos.

Igual colorido, sustancia y claridad en sus libros. Don Auffray, que devotamente ha indagado cuanto la pluma de Don Bosco mandó a la imprenta, nos afirma que escribió 130 obras, las más diversas y de toda extensión, junto a su primer folleto, la *Vida de Domingo Savio*, hacen imponente figura sus historias adaptadas a la juventud, *Historia Sagrada, Historia de la Iglesia, Historia de los Papas.*

Y entre estas obras de ciencia y erudición, numerosos juguetes cómicos y piecitas para el teatrillo del Oratorio, compuestas con mucha amenidad y gracejo.

Tuvo tres santas pasiones: el confesonario, la escuela y la imprenta. Entre el confesonario y la escuela, con sus múltiples derivaciones, repartíanse sus horas desde el alba hasta la medianoche. A la imprenta le quedaba el resto, es decir, lo que ese hombre, rendido por la fatiga y las enfermedades, podía robar al más indispensable reposo.

Había fundado en 1853 las *Lecturas Católicas*, y cada semana debía suministrar a su impresor la materia de un tomito.

Cuántas veces la víspera del día de su aparición no había escrito una línea del tomito ya anunciado.

Los periodistas saben algo de esto y conocen la angustia del trasnochar con la pluma en la mano cansada

y puedan imaginarse lo que serían las noches de Don Bosco, a la luz de una mezquina lámpara de aceite, en un cuarto sin fuego, con las piernas hinchadas por las varices y envueltas en una cobija.

Pero había que hacerlo. No era posible defraudar a los 19.000 suscriptores (cifra enorme para la época) de las *Lecturas Católicas*, que todavía siguen apareciendo con la infatigable regularidad que les imprimió su fundador.

Sobre el inmenso trabajo de escribir el libro, caía luego el de corregir sus pruebas, tarea fácil y hasta agradable cuando se está en la luna de miel con la imprenta; pero agotadora más que ninguna cuando no son las pruebas de un primer libro, sino las del vigésimo, y peor cuando se juntan con las pruebas de la cuarta o quinta reimpresión de otros que ya hemos leído tantas veces y que debemos seguir leyendo, porque siempre hallamos algo que corregir.

El descuido de la forma literaria en Don Bosco era más aparente que real. Ciertamente no lo desesperaba el descubrir una irremediable cacofonía, ni una repetición de vocablos. Mas ponía todo su empeño en que la frase fuera absolutamente clara y el idioma acendrado y no hubiese una expresión que pudiese desviarse de la más pura doctrina católica.

Los que escriben de controversia religiosa saben con qué facilidad, aun conociendo admirablemente el pensamiento de la Iglesia y teniendo la estricta voluntad de ajustarse a él, puede escaparse de una pluma precipitada una expresión de dudosa interpretación.

Esto ocurrióle a Don Bosco cierta vez, y su libro es-

tuvo a punto de ser puesto en el *Indice*, lo que motivó un verdadero drama.

Suscitaron la cuestión los enemigos, más o menos ocultos, que dentro de su propio campo había siempre acechándolo.

Fué en el año 67. Don Bosco había ido a Roma para instar la aprobación de la Sociedad salesiana y obtener subsidios a fin de terminar la iglesia de María Auxiliadora.

En la ciudad de los Papas corría ya la fama de santidad del sacerdote piamontés, y todo el mundo, nobles y plebeyos, le salía al paso pidiéndole bendiciones, cuando no milagros.

Pío IX recibiólo con su acostumbrada bondad y le pidió que le hablase con franqueza de lo que viera en Roma que le pareciera falto de espíritu religioso.

Sucedió que lo invitaron a decir misa en la iglesia de San Roque. En el momento de la comunión de los fieles, quiso decir algunas palabras. Empezó a hablar, y el órgano lo interrumpió con las más potentes notas de su tubería.

Hizo seña al sacristán, y éste le replicó resueltamente:

—Se le ha invitado a decir la misa y no a predicar.

Don Bosco agachó la cabeza y púsose a distribuir la comunión; pero en hallándose delante del Papa, le expresó el estupor de haber observado que en las iglesias de Roma no se predicaba los domingos.

—En el Piamonte—agregó—un párroco no cree haber cumplido su deber si no explica el Evangelio y no enseña el catecismo a los niños.

Pío IX, que tenía otras noticias, no pudo creer y le respondió:

—Verificadlo con vuestros propios ojos; no os fiéis de informaciones ajenas y venid otra vez a decírmelo.

Nueva audiencia pontificia. Don Bosco ha empleado la tarde entera de un domingo recorriendo las principales iglesias de Roma. No sólo no hacen catecismo, sino que están cerradas. A eso de las cinco vió que el *Jesús* se abría para una breve función. Y fué todo.

Apoyado por la confianza de Pío IX se atrevió a lanzar una frase, que lastimó los oídos de muchos.

"Las cosas de la religión van mal porque falta instrucción catequística. Los tres cuartos de Roma carecen de esta enseñanza."

Don Bosco había publicado trece años antes en las *Lecturas Católicas* la *Vida de San Pedro,* que reimprimió en 1867 con ocasión del centenario de su martirio.

Alguien denunció el libro a la Congregación del Indice, como plagado de errores de ortodoxia.

Acogida la denuncia, nombróse un examinador, que produjo un informe terrible para Don Bosco, no porque ofendiera su fama de escritor, sino porque ponía en discusión la pureza de su doctrina.

Entre varias cosas, el censor reprobaba esta frase del libro, a propósito de la ida de San Pedro a Roma, hecho histórico admitido por todos los católicos como indudable.

"Conviene dar de paso aquí un aviso a los que tratan de este punto, que no deben considerarlo como punto dogmático y religioso; y sea esto dicho a católicos y a protestantes."

Oigamos el comentario del censor: "Sostener que la venida de San Pedro a Roma no es un punto dogmático y religioso, es un grave error en materia teológica, que no puede sino ofender los oídos de los fieles.

"El hecho es ciertamente histórico; demostrado triunfalmente, tiene una relación íntima con lo que es estrechamente religioso y dogmático, siendo el fundamento histórico de una verdad dogmática y religiosa cual es el primado de los Romanos Pontífices...

"Estas observaciones ofrecen razones fundadas para decretar la prohibición del libro hasta tanto sea corregido *(proscribendum donec corrigatur)*."

El celo por condenar aquel libro parecía tanto más exagerado cuanto que en todas sus páginas resplandecía la más ardiente devoción hacia el principio que la malhadada frase de Don Bosco ponía en discusión: la dignidad de los Pontífices romanos como sucesores directos de San Pedro.

Pío IX tuvo noticias del grave asunto e intervino para que no se pusiera en el *Indice* una obra cuyo autor era uno de sus más humildes y fieles soldados.

La condenación habría significado el descrédito de las *Lecturas Católicas*, posiblemente su ruina; habría dado un golpe de muerte a la vocación de muchos novicios salesianos, a quienes se les invitaba con frecuencia a abandonar el pobre instituto de Don Bosco para hacerse sacerdotes seculares, y habría creado dificultades a la aprobación de las reglas.

Don Bosco tuvo noticias de la guerra que se le preparaba y hasta de las razones que la movían; y escribió así al caballero Oreglia di Santo Stefano, que dirigía su im-

prenta y andaba de viaje en esos días: "Han tentado el golpe de hacer poner en el *Indice El Centenario de San Pedro*... Ya me amenazaron con esto en Roma, y aun después de mi partida, y una persona muy amiga me dió la razón: *porque en Roma he mostrado preferencia y mucha familiaridad con los jesuítas.*"

El que subraya, advirtámoslo, es el propio autor de la carta, que añade: "Aquí, sin embargo, prudencia suma y silencio".

La proposición del libro censurada era sostenible. Don Bosco no había entendido decir que un católico podía negar el viaje de San Pedro a Roma, sino que ese hecho histórico estaba fuera del círculo de los artículos definidos como puntos dogmáticos.

Pero en aquella época la frase, por la confusión que engendraba, era inoportuna, y Don Bosco no se hizo invitar dos veces para quitarla en la nueva edición.

No tardó en recibir la recompensa de su humildad. Pío IX le escribió una carta llena de afecto, en la que aludía al episodio felizmente concluído, con estas palabras: "Conociendo íntimamente tu piedad, teníamos la certidumbre que en la nueva edición de tu obra *El Centenario de San Pedro* seguirías escrupulosamente lo que nuestra Congregación del Indice creyó que debía observar."

Aquí viene bien citar las palabras que, en ocasión de este episodio, dijo monseñor Gastaldi, gran amigo entonces de Don Bosco, y uno de sus defensores en Roma: *"Qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur"*. (Los que quieran vivir piadosamente en Jesucristo, padecen persecución.)

No tardaremos en recordar estas palabras, porque el

mismo monseñor Gastaldi, cuando ocupó el arzobispado de Turín, libró áspera guerra contra el mismo Don Bosco, y durante años contrarió todos sus esfuerzos para obtener de la Santa Sede la aprobación de la Sociedad salesiana.

VIII

LA ÚLTIMA COMUNIÓN DE CAVOUR

Volvamos a la ardiente política de Cavour por la unidad de Italia, a aquel año de 1860, decisivo de su campaña contra el Pontificado.

El 6 de mayo, Garibaldi, con aquellos 1.200 voluntarios, que después se llamaron los Mil de Marsala, se embarca en Génova y desembarca en las costas de Sicilia, secretamente ayudado por el Gobierno de Turín y visiblemente protegido por una escuadra inglesa surta en aquellas aguas.

Va a conquistar el reino de las Dos Sicilias, a arrojar del trono al último Borbón, Francisco II, joven rey de veintidós años, y a ofrecer su conquista a Víctor Manuel. "Sire, seré feliz de agregar a vuestra corona una perla más, con tal que V. M. se oponga a que sus consejeros la entreguen al extranjero, como han hecho con mi ciudad natal."

Esta es una alusión a Cavour. Garibaldi no perdonará mientras viva lo que el ministro ha hecho de Saboya, la cuna de la dinastía, y sobre todo de Niza, donde ha nacido *el héroe de dos mundos,* una moneda para com-

prar la ayuda de Francia. "¡Se apoderó de mi madre y la vendió en el mercado!"

Cuando se supo la cesión de esos territorios, Garibaldi renunció furioso su banca de diputado, y Guerrazzi, el viejo novelista revolucionario, exclamó en el Parlamento: "Yo rechazo la ley, porque en el momento en que Garibaldi arriesga su vida para conquistarnos una patria, es un crimen que nosotros le arrebatemos la suya."

Cavour hace frente a la borrasca. Niza y Saboya es un precio que le conviene pagar para que Napoleón lo deje invadir los dominios pontificios. Napoleón conserva una importante guarnición en Roma, y si le diera el capricho de proteger al Papa con cañones y no con palabras, jamás podría Víctor Manuel apoderarse de ellos. Por eso al firmar en Turín el tratado de cesión, dice Cavour al oído de Benedetti, el plenipotenciario de Napoleón, entregándole la pluma mojada en tinta: "Ahora somos cómplices."

No ha visto con malos ojos la expedición de Garibaldi, que entra en su juego. Mas por diplomacia no quiere mostrarse en connivencia con el hombre de la camisa roja. Si la aventura sale mal, dejará que el Rey de Nápoles fusile a Garibaldi, como su antecesor fusiló a Murat, y él se lavará las manos. Si sale bien, estará alerta para intervenir y apoderarse de las presas que haga "aquel filibustero".

Así pudo Thiers decir en el Parlamento francés: "Garibaldi sale a conquistar reinos para la casa de Saboya. Si fracasa, no se le reconoce o aprisiona (Caprera). Si tiene éxito, se le arrebata el botín, diciéndole: Esta presa no es para vos, que sois la Revolución... El rey Víctor Manuel caza al halcón con Garibaldi."

La aventura de los Mil salió bien. El *condottiero* se apodera de Marsala; aumenta su tropa con voluntarios y desertores del rey. No tarda en tener 17.000 soldados y 35 cañones, y recibe dinero de toda Europa. Palermo, la capital de Sicilia, le abre las puertas. Su popularidad en aquellas poblaciones ardientes, fáciles de seducir, adquiere rasgos religiosos. No es un guerrero, es un enviado de Dios. Cruza el estrecho de Messina, gana sobre las tropas realistas una gran victoria y marcha sobre Nápoles. Los ejércitos de Francisco II combaten sin fe, o desertan en masa, pasándose al enemigo.

El 7 de septiembre Garibaldi está en Nápoles, que el rey ha abandonado, refugiándose en Gaeta.

"Napolitanos: Lleno de gozo pongo el pie en la más bella ciudad de Italia. Vengo a vosotros solo, no para conquistaros, sino para daros la mano."

Después va a misa a la catedral, y mientras se lee el Evangelio desenvaina la espada, en señal de estar pronto a defenderlo. Antes de partir de Génova ha expuesto su plan: "He aquí mis etapas: Nápoles, Roma, Venecia."

En Nápoles reaparece la *Joven Italia*. Garibaldi no tiene el talento diplomático de Mazzini. Proclamado dictador de las Dos Sicilias, comienza a pensar que su conquista no debe ser para la casa de Saboya, sino para la Revolución. Mazzini lo ha seducido.

Es hora de pedir cuenta al halcón de sus conquistas.

Pero el juego de Cavour empieza a embarullarse. Todos los embajadores de Europa han protestado contra el Gobierno de Turín por una empresa que se empeñan en atribuirle a él, mucho más después que en Génova se organizan expediciones de socorro a Garibaldi.

¡Bah! Delante del tablero diplomático de Europa no hay jugador que tenga la sonrisa, la impudencia y la audacia de Cavour. A Rusia, Prusia, Austria, Inglaterra, envuelve en dilatorias y tergiversaciones. El mismo Napoleón III, enredado en el famoso principio de la no intervención, no sabe cómo desligarse. ¡A caballo, mi rey! Vamos a apoderarnos de los dominios del Papa antes que vuestro halcón se abata sobre ellos. Ya no quiere cazar para vos, sino para la revolución mazziniana.

Pero ¿con qué pretexto? Los dominios del Papa son sagrados, no sólo a los ojos de todos los católicos del mundo, sino al de las potencias signatarias del tratado de Viena en 1815 y del tratado de Zurich en 1859.

¿Qué dirá Napoleón, titulado protector de la Santa Sede?

¿Permitirá Francia que se constituya en su frontera una potencia de 25 millones de habitantes, alrededor de la dinastía de Saboya, veinte veces más vieja que la de Bonaparte y emparentada con todas las cortes europeas? ¡Oh! Cavour conoce a sus vecinos del Oeste; hay que ponerlos en presencia del hecho consumado y discutir después.

Napoleón está en Chambery. Le envía dos de sus generales, Fanti y Cialdini. "Señor, para que la revolución no se apodere de Roma y de allí contagie a toda Italia, las tropas del Piamonte van a ocupar las provincias de las Marcas y Umbría."

Napoleón escucha enervado. ¿Cuándo lo dejarán en paz aquellos italianos degenerados, a quienes libertó de la esclavitud, y de quienes no recibe sino desprecios? ¡Quisiera ver a Italia en el fondo del Mediterráneo, con su Papa y sus reyes de opereta!

Deprimido y triste, como Pilatos al lavarse las manos, responde con una frase que tal vez ha leído en el Evangelio: "¡Haced, pero haced pronto!"

Son las palabras que oyó de su maestro, Judas, cuando se disponía a venderlo: *Quod facis, fac citius.*

Cavour ya ha encontrado el pretexto de la invasión de los Estados pontificios. Hay que confesar que el pretexto no hace honor a su genio político, y muestra su apuro de obrar antes que Garibaldi le gane de mano.

En la fábula del león, discutiendo con el cordero, las razones de aquél no fueron mejores: —Me enturbias el agua que bebo. —¡Pero si estoy corriente abajo! —Me la enturbiabas en la primavera pasada. —¡Todavía no había nacido! —Entonces era tu padre el que lo hizo. ¡Paga por él!

El pretexto vino así. El Papa, que no tenía servicio militar obligatorio, viendo venir la invasión, para defender sus Estados aceptó a los voluntarios que, por devoción a la Santa Sede, acudieron de todas las naciones, especialmente de Francia, Bélgica y Austria.

Muchos de ellos eran descendientes de casas ilustres que tenían a gloria, como los antiguos cruzados, morir por el Papa.

Cavour, que no protestó de que Garibaldi paseara por la península sus huestes de voluntarios, provenientes de todos los países, halló insoportable que el Papa enrolara soldados extranjeros para defenderse.

El 7 de septiembr del 60—el mismo día en que Nápoles caía en poder de Garibaldi—Cavour escribe al cardenal Antonelli, ministro de Estado de Pío IX:

"El Gobierno de Su Majestad el Rey de Cerdeña no

puede ver sin grave alarma la formación y la existencia de tropas mercenarias extranjeras al servicio del Gobierno pontificio.

"La indisciplina de tales tropas, la deshonesta conducta de sus jefes, la insolencia de sus proclamas, suscitan y mantienen un fermento asaz peligroso.

"Vive siempre en los habitantes de las Marcas y de la Umbría el recuerdo doloroso de los estragos y del saqueo de Perugia..."

Y luego de unas cuantas razones como la del león al lado del arroyo, el ultimátum: "Tengo el honor de invitar a Vuestra Eminencia, por los motivos expuestos, a dar orden inmediata de desarmar y disolver esas tropas, cuya existencia es una amenaza continua a la tranquilidad de Italia."

Es oportuno recordar aquí una de las más graves acusaciones de Cavour contra el Papa en el Congreso de París: "que era incapaz de mantener la paz en sus dominios sin el concurso de las bayonetas francesas y austríacas". Referíase a los cuerpos de ocupación que mantenían Austria en la Romaña y Francia en Roma.

Pero ¿qué podía hacer el Papa que fuese del agrado de esos señores? Si se acogía a la protección de los Gobiernos católicos, se le decía incapaz de mantener su independencia sin el auxilio de otras naciones, extraña acusación hecha por el ministro de un rey que vivía de la ayuda ajena.

Si imponía a sus súbditos la obligación de defenderlo y establecía el servicio militar, era un mal pastor que fusilaba a sus ovejas. Si se limitaba a recibir bajo su bandera a los voluntarios, que por impulsos de fe, solicitaban

ese honor, los mismos que se pasmaban de admiración ante las abigarradas huestes de Garibaldi, veían en esos extranjeros "una amenaza continua a la tranquilidad de Italia".

El cardenal Antonelli no demoró la respuesta. Sin perder la mesura diplomática, sus palabras zumban como jabalinas.

"Excelencia: ... Los nuevos principios de derecho público que V. E. pone en circulación con su nota podrían dispensarme de toda respuesta, por su abierta oposición a los que universalmente reconocen los Gobiernos y las naciones.

"Es incalificable la injuria que se hace al Gobierno pontificio negándole un derecho común a todos, pues se ignoraba hasta ahora que le sea vedado a algún Gobierno el tener a su servicio tropas extranjeras, siendo muchos en Europa los que las tienen a sueldo. Y a este propósito, parece oportuno observar que, dado el carácter que inviste el Sumo Pontífice de padre común de todos los fieles, mucho menos se le puede impedir a él que acoja en sus milicias a cuantos se le ofrecen de todas partes del orbe católico, en defensa de la Santa Sede y de los Estados de la Iglesia.

"Nada más falso e injurioso que el atribuir a las tropas pontificias los deplorables desórdenes ocurridos en los Estados de la Santa Sede; no es el caso de demostrarlo. La Historia ha establecido ya cuáles fueron y de dónde provenían las tropas que violentamente se opusieron a la voluntad de los pueblos.

"Y en cuanto a las consecuencias de la legítima actitud de las tropas de la Santa Sede para reprimir la re-

belión de Perugia, sería más lógico atribuirlas a quien desde el exterior promovió la revuelta. V. E., señor conde, sabe demasiado bien de dónde fué promovida; de dónde se envió el dinero y armas; de dónde partieron las instrucciones y las órdenes del levantamiento...

"Vuestra Excelencia me invita, a nombre de su soberano, al inmediato desarme de las tropas aludidas, bajo una especie de amenaza, que me abstengo de calificar.

"La Santa Sede no puede sino rechazar indignada tal invitación..."

Cavour se ha planteado este dilema: o el Papa acepta mi intimación a disolver sus tropas, o se niega. Si se niega, es la guerra. Si acepta, quedará indefenso; los revolucionarios movidos por las Logias de Turín promoverán desórdenes que será impotente para sofocar, y darán pretexto al Piamonte para garantir la paz, invadiendo sus dominios.

Si se niega, es la guerra, que busca. Por un lado o por otro, siempre obtendrá su guerra.

¡Qué distinto será pelear contra el Papa! Ahora sí que el rey caballero y soldado y devoto podrá ganar alguna victoria, que los franceses no se atribuirán. Bien le debe Cavour esta compensación por las torturas que impone a su conciencia católica.

Cuéntase que al recibir poco antes una carta de Pío IX, que removió sus sentimientos, dijo a su ministro: "Mi querido Cavour, yo te acompañaré hasta la puerta del infierno; pero no tengo la menor gana de meterme dentro..."

De tiempo atrás el Papa ha previsto la invasión piamontesa y la doblez de Napoleón, que lo abandonará a pesar de los Tratados.

Obligado a la defensa, llama a un francés, el general Lamoricière, que ha combatido gloriosamente en Argelia, y ofrécele el mando y la organización del ejército pontificio. Lamoricière acepta con entusiasmo: "Esta es una causa por la que vale la pena morir."

Hay que crear, en poco tiempo, cuadros, cuarteles, artillería, parques, ambulancias. Acuden millares de voluntarios jóvenes y entusiastas. Jefe de Estado Mayor es otro francés: el marqués de Pimodan. Ministro de la Guerra, monseñor de Merode, antiguo militar, compañero de armas de Lamoricière, belga.

En total, el ejército pontificio apenas llega a 20.000 soldados, distribuídos en las fronteras del Norte, por donde se espera el ataque de los piamonteses; del Sur, por donde amenaza Garibaldi, y en el puerto de Ancona, que indudablemente será bloqueado por la escuadra de Víctor Manuel.

Sin aguardar la respuesta del cardenal Antonelli, Cavour entra en campaña. Quince divisiones piamontesas, fuertes de 45.000 hombres, penetran en los Estados de la Iglesia, y el almirante Persano hace velas sobre Ancona.

El general Ciandini lanza esta proclama: "¡Soldados! ¡Os conduzco contra una mesnada de borrachos extranjeros, a quienes la sed de oro y de saqueo ha traído a nuestros países!"

Una tras otra caen las poblaciones indefensas. Así llega hasta los muros de Castelfidardo, donde se librará la gran batalla contra los pontificios, el más glorioso hecho de armas de Víctor Manuel.

Lamoricière tiene a sus órdenes sólo 2.000 infantes,

800 caballos, 200 artilleros. El 17 de septiembre Pimodan le trae 2.600 infantes más. Total, 5.600 voluntarios y unos cuantos viejos cañones para abrirse camino contra 45.000 piamonteses y sus cañones rayados.

El 18, al alba, después de haber recibido la comunión, los pontificios se arrojan a la batalla. La bravura de Pimodan les da un momentáneo triunfo, pero el joven francés cae mortalmente herido y el pánico se apodera de aquellos reclutas mal avezados al fuego.

Cialdini ha vencido. Lamoricière, con las reliquias de su ejército desbandado, se refugia en Ancona. Pero no encuentra allí los recursos que esperaba, y a los diez días, pulverizado por los 400 cañones del almirante Persano, y sitiado por Cialdini, tiene que rendirse.

Tales fueron las batallas de Castelfidardo y de Ancona, cuyos nombres figuran en el pedestal de las estatuas de Víctor Manuel, como Lepanto en las de Juan de Austria, Trafalgar en las de Nelson, Marne en las de Joffre.

Inmediatamente, Cavour organiza un plebiscito en las provincias conquistadas. Sabe que a su Napoleón hay que ponerlo en presencia de los hechos consumados, para tratar con él. Por inmensa mayoría los habitantes votan la anexión del Piamonte. Tal resultado justifica la política de Cavour y la campaña de las Sociedades secretas. ¡La libre decisión de los pueblos, que han declarado no querer seguir siendo súbditos del Papa! En aquellos tiempos la demostración parecía concluyente. Ahora, ha perdido mucho de su valor.

Ahora mismo, en 1932, ¿consentirían Francia, Italia, Checoslovaquia, Polonia, Rumania, Yugoeslavia, en someter la suerte de algunas porciones de su territorio al

albur de un plebiscito, realizado bajo la ocupación militar del enemigo? ¿Y no tendrían razón de negarse?

El Papa se negó a reconocer la pérdida de aquellas provincias, pero ninguna nación se atrevió a intervenir, por temor a suscitar el enojo de las grandes potencias que secretamente apoya al Gobierno de Turín. No tardará el pequeño rey de Cerdeña en llamarse rey de Italia. ¡A caballo, mi señor!

Víctor Manuel penetra en sus nuevos dominios, llega a Loreto, donde está la Santa Casa de la Virgen, y a fuer de hijo fiel de la Iglesia envía al Papa 50.000 liras para restaurar aquella célebre reliquia.

El Papa se las devuelve con estas palabras: *Pecunia tua sit in perditionem.*

Víctor Manuel se estremece bajo sus dorados galones. ¡Bah, adelante! Prosigue su marcha triunfal y llega a Nápoles a tiempo de capturar a Garibaldi, *su halcón,* que se apresta a lanzarse sobre Roma. Esto no es oportuno todavía: embarullaría el juego de Cavour provocando a Napoleón, que hasta entonces se ha limitado a mostrar dientes postizos.

Además, Garibaldi, dominado por Mazzini, ya no piensa en ganar tierras para el Piamonte. En las paredes de Palermo se leen aún sus proclamas: "Los miserables que te hablan de anexión ahora, pueblo de Sicilia, son los mismos que te hablaban hace un mes. Pueblo de Palermo, a los cobardes que se ocultaban cuando tú combatías en las barricadas, le dirás de parte de tu Garibaldi que la anexión al reino del rey caballero *(Re galantuomo)* la proclamaremos pronto desde las alturas del Quirinal..."

El apetito se le ha abierto al halcón y quiere devorar su presa, en compañía de los republicanos. Pero Cavour se le adelanta y hace votar por el Parlamento de Turín una ley autorizando a Víctor Manuel a anexionar Nápoles y Sicilia.

Esto ocurre pocos días después de una grave derrota que Francisco II ha infligido a Garibaldi en Caiazzo, destruyendo su leyenda de invencible.

Tanto mejor, el rey caballero y soldado, vencido tantas veces, no haría buena figura cabalgando junto a un invencible.

El primer encuentro del rey, que avanza escoltado por el fuerte ejército piamontés, y Garibaldi, que lo esperaba en medio de sus camisas rojas, tuvo lugar el 26 de octubre del 60, en las cercanías de Capua. Garibaldi, haciendo a mal tiempo buena cara, avanzó y cayó en los brazos del general Cialdini, que lo condujo ante el rey.

Los piamonteses presentaron armas. Víctor Manuel tendió la mano a su halcón:

—¡Eres el mejor de mis amigos! ¿Cómo están tus tropas?

—¡Muy fatigadas, sire!

—Las mías están frescas; las tuyas van a descansar ahora.

Lo pasa a la retaguardia, le ofrece el collar de la Annunziata, un castillo, un título de duque y lo despide. Ha terminado la caza.

Garibaldi no acepta nada, y lleno de amargura contra el rey y de ira contra Cavour, se retira y va a refugiarse en su roca de Caprera, que lo mismo le sirve de fortaleza que de prisión.

Van cumpliéndose, paso a paso, los planes de Cavour.

De tres millones de súbditos no le quedan al Papa más que 700.000. De 732 millas de territorio, 214 solamente. En cambio, su enemigo ha dejado de llamarse rey de Cerdeña. Desde el 14 de marzo de 1861 se llama "rey de Italia por la gracia de Dios y la voluntad de la nación".

Cavour está en el apogeo de su gloria.

¡Lástima tener que morir! La idea de la muerte lo persigue. ¿Por qué? Apenas tiene cincuenta años y es robusto como un gladiador.

Si pudiera entrar en negociaciones con el Papa, lo haría gustoso. A pesar de su incredulidad y de su gloria, lo irrita su excomunión. Inicia gestiones de arreglo, envía delegados que propongan a Pío IX el reconocimiento de los hechos concluídos. Napoleón lo apoya, pero el Papa responde con indomable energía: "Tender la mano a los usurpadores de nuestras provincias, sin que de antemano se retracten..., es sancionar este principio que una cosa robada puede ser pacíficamente poseída por el ladrón... Sólo nos resta perdonar a nuestros enemigos, rogar porque se conviertan, y de todo corazón lo hacemos. Pero las cosas injustas que se nos piden, no podemos acordarlas: *Praestare non possumus!* (Alocución del 18 de marzo de 1861.)

Cavour se venga proclamando en el Parlamento que Roma es la capital indispensable del nuevo reino de Italia, y preparando la trama con que va a envolver a todos los Gobiernos para consumar su obra.

"Antes de seis meses—anuncia—sucederán tales cambios, que nos abrirán el camino de Roma."

Su plan es seducir otra vez a Napoleón III, el sedicente protector del Papa, y obtener que retire de Roma las tropas que aún mantiene.

Una vez que las bayonetas francesas hayan partido...

Dios tenía dispuesto que esa tarea la hicieran otros, no él.

Cavour, rico y honrado, no necesitaba robar, pero dejaba que otros robaran. Alegre, epigramático, estoico, parecía feliz, mas era triste por dentro. Un secreto lo roía. ¡Qué lástima no ser inmortal! El mundo, su país, su Parlamento, lo creían inmortal. ¿Qué podía hacer el Piamonte, ni el rey, ni nadie en Europa sin contar con Cavour? Y cuando algún obstáculo se le cruzaba en el camino, bastábale anunciar que iba a plantar allí los negocios, y a retirarse a la vida privada para que todo cediese.

El historiador que mejor lo ha penetrado, lo pinta así: "Arbitro de la Cámara, tuvo a la vez hasta tres carteras, y obró solo en representación de todos sus colegas; despidió, o hizo despedir, a más de cincuenta de los que entraron con él en el Ministerio, arrojándolos como se arrojan las naranjas exprimidas. El público se agitaba y la Cámara palidecía cada vez que Cavour amenazaba con renunciar su cartera. Mientras sus sucesores temblaban y cambiaban de ruta, delante de los periódicos de oposición, él se los acaparaba, porque sabía cuánto cuesta la conciencia de cada uno" (1).

Pero tiene dos adversarios irreductibles: uno, que lo

(1) Cantú.

desespera con su invulnerable tranquilidad, el Papa; el otro, irreconciliable y soberbio, lo enferma con sus atropellos de búfalo. Garibaldi ha acabado por hacerle perder los estribos, en plena Cámara, a él, que se consideraba dueño de su sangre fría.

El hombre rojo sigue siendo diputado, pero se niega obstinadamente a abandonar su reducto de Caprera, desde donde lanza proclamas enfurecidas. El 4 de abril se dirige a la Asociación general de Obreros Milaneses y les anuncia que, a pesar de "la política servil de Cavour, y lo que puede alegar esa tropa de lacayos, la verdadera Italia aún debe hacerse".

Es el anuncio de una nueva entrada en campaña, pero ya no en provecho de la Casa de Saboya, sino abiertamente en beneficio de la Revolución. Acto continuo empiezan en Génova sus lugartenientes a reclutar voluntarios. El Gobierno manda registrar los sitios donde ellos trabajan, y Garibaldi, echando espuma de furor, abandona su isla y aparece en la arena parlamentaria de Turín.

Sesiones inolvidables del 18, 19 y 20 de abril de 1861. Garibaldi, que es un mal orador, ha aprendido de memoria su discurso. Aficionado a la *mise en scène,* ante la barra llena de fanáticos se presenta con un *plaid* escocés, negligentemente arrojado sobre su camisa roja. A las primeras palabras pierde el rumbo y cubre de injurias "al hombre que lo ha hecho extranjero en su patria, el miserable que ha vendido Niza y Saboya a Napoleón".

La Cámara, despavorida, nota la palidez de Cavour, que golpea nerviosamente el banco de los ministros con un cortapapel. Su sonrisa ha desaparecido. Por despectiva

y sardónica que fuese, era siempre una muestra de humanidad y de inteligencia. En sus labios hay ahora un pliegue trágico.

—¡Esto es intolerable!—aúlla con indescriptible dolor.

El presidente, espantado, se cubre; la sesión se suspende; los diputados se dispersan. Un cuarto de hora después vuelven al hemiciclo. Cavour tiene la palabra.

"Yo sé que hay un abismo entre el general Garibaldi y yo. He cumplido un deber doloroso, el más doloroso de mi vida, cuando he aconsejado al rey que aprobara la cesión de Saboya y Niza a Francia. Por el dolor que yo he sentido, comprendo el del general Garibaldi, y si él no me lo perdona, yo no se lo reprocho."

Con un esfuerzo brutal sobre sus nervios, Cavour ha reconquistado su plena lucidez y pronuncia un discurso monumental, que aplasta sin remedio a su enemigo.

Una vez más ha triunfado, y con un vigor ficticio vuelve a sus tareas. Sus íntimos, empero, nótanlo desmoralizado y profundamente triste.

Por primera vez va a celebrarse en toda Italia la fiesta de la *Unidad Nacional,* y hay interés en que resulte grandiosa. Actívanse los preparativos, y para que no pueda confrontarse su esplendor con el de ninguna otra ceremonia, Cavour manda prohibir que las autoridades del rey abajo, se asocien como solían a la fiesta secular que celebran en Turín, en la octava del *Corpus Christi,* conmemorando el famoso milagro del Santísimo Sacramento, ocurrido en 1453.

La octava de *Corpus Christi,* ese año de 1861 viene a caer el 6 de junio. Ese día, en efecto, las autoridades,

del rey abajo, ministros, senadores, diputados, el podestá y el prefecto y el Concejo Municipal y todo el mundo político no fueron detrás del palio del Sacramento; se agolparon ansiosos en los pórticos del palacio de Cavour, en la calle que lleva ya su nombre.

La primera fiesta de la Unidad se oscurecía con la noticia de que su primer artesano yacía gravemente enfermo.

El 29 de mayo la apoplejía ha descargado un rudo hachazo, a los postres de una cena alegre y copiosa. Dos días después Cavour se reanima. Pero el 4 de junio se agrava irremediablemente: fiebre, dolores abdominales, vómitos, delirio. En un instante de lucidez llama a Martín Tosco, su criado fiel:

—Martín, vamos a separarnos... Ya sabes lo convenido; cuando sea el momento, llamarás al cura de Santa María de los Angeles, fray Santiago, para que me administre...

—Así lo haré, excelencia.

Cavour ha conseguido de fray Santiago lo que no pudo de Don Bosco. La bula de excomunión del 26 de marzo de 1860 contra *"los autores, promotores, coadyuvantes, consejeros o adherentes de la usurpación de los Estados pontificios"*, impone a los confesores, antes de dar la absolución a quien haya incurrido en ella, el deber de exigir una retractación *pública y solemne* de aquella iniquidad.

Cavour se ha hecho prometer de fray Santiago que no le exigirá nada.

¡Insondable misterio de una conciencia que no se resuelve a abandonar la roca firme de la fe, donde puso los

pies algún día! Cavour, que ya no cree, quiere, sin embargo, morir como creyente.

—Señor conde, ya ha llegado el momento.

—¡Anda, Martín!

Es el 5 de junio. Fray Santiago, prevenido, no se hace esperar. En la antecámara encuentra a la condesa Alfieri, la sobrina predilecta del gran estadista; al ministro Farini, al conde Gustavo Cavour, a otros a quienes él no conoce.

La condesa Alfieri, en un mar de lágrimas, va a arrodillarse junto al lecho del moribundo.

—Mi tío, allí está fray Santiago... ¿Queréis verlo?

—¡Yo lo he hecho llamar! ¡Que pase!

Dicen los biógrafos que fray Santiago era un admirador de Cavour y un hombre de ideas liberales, y que esto tranquilizaba a los que en la antecámara contaban los minutos de aquella conversación entre el ministro de Dios y el ministro del rey. Diez, quince minutos: algunos calculan media hora.

Llega el rey consternado. El franciscano sale y ve una interrogación en todos los ojos. ¿Qué ha hecho Cavour? ¿Por ventura se ha retractado? Fray Santiago vuelve la tranquilidad a aquellos corazones inquietos. A uno le dice: —Yo conozco al pobre conde: un apretón de manos me ha sido suficiente.—A otro: —Mis ojos lo interrogaron. Sus lágrimas me respondieron.

A las cinco de la tarde, un largo cortejo de monaguillos y de fieles, con candelas encendidas, sale de la iglesia de Santa María de los Angeles, acompañando al sacerdote que lleva el viático. Toma la calle del Arzobispado y llega al palacio de Cavour, que no dista más de cien me-

tros. Era costumbre en Turín que cuantos veían salir de una iglesia una de estas procesiones, cogieran un cirio en la sacristía y la acompañaran hasta la casa del moribundo.

Los pórticos se llenan de gente. Cavour comulga delante de los que han podido acercarse a su lecho. La ciudad desborda con la noticia de la comunión de Cavour. Pero ¿se ha retractado? Nadie sabe nada.

La agonía. Las cinco de la mañana del 6 de junio. Cielo tormentoso; madrugada fresca y húmeda. Mal día para un enfermo. Fray Santiago reaparece, con la Extremaunción, y unge al noble señor, que ya no le reconoce.

Los familiares rodean el lecho. Algunos responden a las preces en latín. A las seis el alma del conde Camilo Cavour está en el supremo tribunal de Dios, y escucha una sentencia que jamás los hombres conoceremos en este mundo.

La marquesa Alfieri cuenta que el día antes le ha dicho:

"Quiero que el pueblo de Turín sepa que muero como buen cristiano; me voy tranquilo; nunca he hecho mal a nadie."

Todos hablan de la muerte cristiana de Cavour. Los que saben catecismo se dicen: "Desde que el párroco de Santa María de los Angeles le ha dado el viático y la extremaunción, es que Cavour se ha rectractado pública y solemnemente, como manda la Iglesia."

Los diarios comentan el suceso. El hermano del difunto, marqués Gustavo Cavour, se cree obligado a aclarar la historia, y publica en *Las Nacionalidades* una carta fechada el 20 de junio: "El artículo de la *Gaceta de Francia* que me señaláis contiene graves inexactitudes sobre

las circunstancias que han acompañado los actos religiosos, por los cuales mi bien amado hermano ha querido consagrar el último día de su vida mortal.

"Es absolutamente falso que haya hecho o que se le haya exigido antes de su muerte una retractación formal en presencia de dos testigos..."

Días antes, el 13 de junio, el párroco titular de Santa María de los Ángeles, cuya parroquia está, ignoramos por qué, en manos del franciscano fray Santiago, escribe una carta a la *Civilta Cattolica*, que la publica el 28 del mismo mes: "El Padre Santiago es uno de esos revolucionarios protegidos por Cavour, menos ingenuo que Gavazzi, Pantaleón y consortes."

Ya conocemos a Gavazzi; en cuanto a Pantaleón, era otro fraile apóstata, que oficiaba de capellán en las tropas de Garibaldi.

La última comunión de Cavour ha sido, pues, su última comedia. Ciertamente no engañaría a Dios, pero el buen pueblo de Turín, que aun en los tiempos de la revolución no quería que sus grandes hombres muriesen como perros, iba a creer en ella, y eso le pareció a Cavour suficiente para compensarle de cualquier sorpresa que pudiera tener en el otro mundo.

El arzobispo de Turín suspendió al padre Santiago en el ejercicio de su ministerio, por haber prestado su sagrada investidura a aquel sacrilegio.

Pero el rey lo recompensó generosamente, concediéndole la cruz de caballero de las órdenes de los Santos Mauricio y Lázaro, y una pensión con la que pudiera suplir lo que había perdido.

IX

SISTEMA JESUÍTICO

Víspera de una fiesta.

Don Bosco, desde el atardecer, había permanecido en el confesonario. Cuando despachó el último de aquellos pobres clientes que no querían confesarse sino con él, miró el reloj. ¡Casi medianoche! Todavía tiene tiempo de cenar.

Ya hacía horas que el cocinero se había ido a dormir, dejando la porción de Don Bosco sobre la plancha, y allí fué a buscarla él mismo. El fuego, apagado; los dos platos, menestra y legumbres, fríos.

Uno de sus clérigos sorprende al superior en el momento en que se dispone a comer aquellos poco apetitosos manjares.

—¿Qué hace, Don Bosco?

—¡Ceno alegremente!

Hunde la cuchara en la sémola, que parece un espeso engrudo.

—Dame un vaso de agua.

Se lo sirven, riega copiosamente la menestra, la ablanda, la revuelve y se la come toda.

—No está muy caliente, pero es saludable.

Las legumbres no las toca; no hay tiempo, van a dar las doce.

Sin embargo, está lejos de poseer una salud tan firme que le permita tratarse de ese modo. Tiene arruinado el estómago, y no mucho mejor los pulmones. Tuvo años atrás varios vómitos de sangre, y las viejas heridas parecen reabrirse ahora.

—¡No llegaré a los cincuenta años!—anuncia a sus hijos.

Estos le reprochan su excesiva labor: tiene obligación de cuidar su salud.

—¿Cuidar de mi salud, ahora que es tiempo de trabajar? Cuando yo no esté, vendrán otros que harán más y mejor.

Don Bosco tuvo en alto grado el don de profecía, pero aquel anuncio de próxima muerte no debía cumplirse, y Dios sabe por qué.

Sus ojos penetraban el porvenir, taladraban la conciencia de sus muchachos. Estos lo sabían, y se le aproximaban o le huían, según el estado de sus almas. Y a veces, llenos de estupor y de arrepentimiento, escribían lo que Don Bosco les acababa de decir.

Don Lemoyne y otros, que han escrito casi día por día durante décadas enteras las crónicas del Oratorio, nos han dejado transcritas muchas de ellas, documentación riquísima y absolutamente digna de fe.

No todos los alumnos creían en aquel don sobrenatural de su maestro. Más de uno tomólo a risa y púsolo a prueba. Don Bosco se prestaba o no a los ensayos de los incrédulos, según conviniera a sus almas.

Leemos en Lemoyne:

"El 28 de diciembre (1862) uno de ellos se le aproxima y le dice:

"—Deme un consejo.

"Don Bosco, sonriendo, le responde:

"—¿Qué consejo quieres?

"—Un consejo que haga bien a mi alma.

"—Bueno, escucha: hace tres años y medio que estás en pecado mortal.

"—¡Imposible! Siempre me confieso con Don Savio.

"—Y, sin embargo... Escucha...

"Y le habló de casi cincuenta cosas que siempre había callado en confesión. A cada pecado que Don Bosco recordaba, el muchacho respondía:

"—¡Sí, es verdad!

"Y prometió acusarse de todo."

En aquel mismo año ocurrió otro hecho resonante que más de 600 alumnos presenciaron.

Había entre ellos uno de dieciséis años (C. Alberto...), a quien un mal condiscípulo había desviado del buen camino.

Don Bosco no lograba acercársele. El muchacho le huía en toda forma. Finalmente lo halló que descendía la escalera en el instante en que él subía.

—¿Por qué me huyes cuando me ves? Pobrecito, huyes de Don Bosco, que quiere hacerte bien. Tienes que confesarte lo más pronto posible.

El chico no respondía, encubriendo su bochorno bajo un talante arisco y resentido.

—¡Anda, hijito mío! Un día me buscarás y no me encontrarás.

Esto ocurría en noviembre.

El primer lunes de diciembre, al dar las buenas noches, Don Bosco avisa a los alumnos que hagan bien lo que llaman el ejercicio de la buena muerte, que es una preparación cual si debieran morir ese mismo día. A nadie le sorprende; en el Oratorio hay fechas fijas en que lo hacen todos.

Pero Don Bosco añade:

—Hacedlo bien, porque uno de vosotros no volverá a hacerlo más...

Un escalofrío sacude al denso y juvenil auditorio. Quiere decir que hay uno de ellos que no llegará al 1 de enero, fecha fijada de antiguo para el otro ejercicio.

—Está ahora entre vosotros; está lejos de mí, porque siempre trata de escapárseme.

Los muchachos se miran las caras. ¿Cuál será?

—He querido acercármele para hablarle de su alma, y nunca he podido. Y, sin embargo, un día me llamará y no me encontrará. ¡Tendría tanta necesidad de hablarlo ahora, para ayudarlo a ser bueno en el poco tiempo que le queda! Pero no me deja acercar. Yo, empero, le pondré un ángel custodio para que lo cuide hasta el último día, que no está lejano. El no piensa morir, pero el decreto ya está dado y no cambiará. Ahora tiene dos ocasiones de arrepentirse: la fiesta de la Inmaculada, y luego Navidad. Después no tendrá más que seis días, porque el otro ejercicio de la buena muerte él no lo hará.

La profecía produjo extraordinaria emoción. Al día siguiente los muchachos no hablaban de otra cosa. ¿Cuál de ellos era el predestinado? ¿Tú? ¿Por qué yo y no tú?

Don Bosco llama a un novicio de nombre Francisco

Cuffia, que hace oficio de enfermero, y bajo secreto le encarga de custodiar a Alberto y, si es posible, de inducirlo a confesarse.

Alberto se ríe de la profecía de Don Bosco. ¡Profeta él que come y bebe como todos ellos! ¡Bah! Y sigue huyéndole, porque lo irrita su vigilancia y su mudo reproche.

Pasa la fiesta de la Inmaculada y Navidad, y Alberto no piensa en confesarse.

En los últimos días del año, la duquesa de Montmorency, insigne bienhechora del Oratorio, invita a Don Bosco a predicar en una aldea próxima a sus dominios una tanda de sermones, que van del 31 de diciembre al 2 de enero.

Don Bosco, intranquilo por su propia profecía, no quiere alejarse de Valdocco, y se niega. La dama se indigna.

—¿Usted no puede predicar en Borgo Cornalense? Bueno; cuando usted necesite mi ayuda, yo tampoco podré ayudarlo.

Don Bosco agacha la cabeza. Ya conoce el estilo de aquellas grandes señoras, que tantas veces han quitado el hambre a sus *biricchini*. Y se resigna y parte.

Es miércoles, 31 de diciembre. Alberto ha recibido una carta de un amigo de Casale, que en son de burla escríbele: "¿Estás muerto o estás vivo? ¡Hace mil años que no tengo noticias tuyas!"

La pregunta lo hace reír, y sintiendo el pleno vigor de sus dieciséis años, dice a los compañeros: Voy a contestarle así: ¡Estoy muerto! Escribe la carta, y él mismo va a echarla al buzón. Pasa el día alegremente, y a la hora

de la merienda come con buen apetito pan fresco y pescaditos salados, que les reparten. Come con exceso, pues los halla riquísimos, y dándole sed, bebe algunos vasos de agua. Van luego a rezar las últimas oraciones, y en ellas sufre un desmayo. Lo transportan a la enfermería. Acusa dolores atroces en el vientre. Llaman al médico, quien diagnostica un mal tan grave que es urgente administrarle los sacramentos.

El enfermero se lo dice:

—¿Quieres que venga Don Alassonatti para que te confiese?

—¡No, que venga Don Bosco!

—¡Don Bosco no está!

—¡Ah! ¡El me lo había predicho, y yo no le creí!

Alberto se pone a llorar amargamente y se confiesa con Don Alassonatti y recibe el viático y la extremaunción.

A las tres de la mañana entraba en agonía. Poco después, su amigo en Casale recibía su carta: "¡Estoy muerto!"

El protagonista de otro episodio que demuestra cómo Don Bosco leía en las almas, refirió a uno de los cronistas del Oratorio, Don Rufino, lo que le ocurrió durante el mes de María del año 62.

—¿Te has ido a confesar?

—Sí, señor.

—¿Te han dado la absolución?

—Sí, señor.

—Y, sin embargo, no te has confesado bien.

—¿Quiere usted saber mejor que yo lo que pasa en mí?

—Mejor que tú, no; pero tan bien como lo sabes tú, sí...

El muchacho se aleja indignado. Don Bosco se queda triste. Días después se hace el encontradizo. Los remordimientos de una mala confesión han ablandado la soberbia de aquella pobre alma.

—¡Ven! Yo quiero que arreglemos las cosas de tu conciencia.

—No me animo a confesarme con usted, Don Bosco —exclama el jovencito con el rostro purpúreo y llenos de lágrimas los ojos.

—¡Pero si yo no quiero que tú te confieses! Yo confesaré tus pecados sin que tú digas una palabra...

Así fué. De rodillas a los pies de Don Bosco, oyó el chico, espantado, una por una todas sus culpas. Le bastó decir finalmente un sí para recibir la absolución. Y desde ese día fué uno de los mejores alumnos de la casa. Su nombre está en los registros.

Cuando anunciaba la muerte de un alumno, solía hacerlo en términos generales: Estad preparados, porque uno de vosotros morirá. Pero a veces la predicción entraba en detalles, que demostraba cómo Don Bosco tenía de los sucesos futuros una luz sobrenatural.

El 1 de febrero del 65 anuncia que uno de sus jóvenes va a morir. ¿Cómo lo ha sabido? ¡Lo ha soñado! Cuenta su sueño. Parecióle entrar en el patio a la hora del recreo, y vió en los aires un águila que revoloteaba sobre las cabezas de sus muchachos. Alguien iba al lado de él, y díjole: "El águila va a arrebatarte uno de tus hijos". La vió, en efecto, posarse sobre el hombro de uno de ellos, lo reconoció y comprendió que iba a morir. Se despertó,

vió que había soñado. Ese día averiguó cómo estaba de salud aquel alumno sobre el cual se detuvo el águila. No tenía la menor traza de enfermo. Y, sin embargo, debía morir en breve. Al bajar de la pequeña tribuna desde donde da las buenas noches, se aproxima a Don Lemoyne (que es quien nos describe la escena en su gran obra) y le dice en secreto un solo nombre: *Ferraris.*

Don Lemoyne se estremece. Ama a aquel chico. No puede revelarle que a él se refiere la predicción, pero no lo perderá de vista.

En el Oratorio hay un artesano de trece años, Juan Bautista Savio, gravemente enfermo, y los condiscípulos no tardan en decir que ése es el predestinado.

El 3 de marzo, treinta días después del anuncio, Don Bosco sube a la cátedra, y delante de 700 u 800 oyentes hace uno de sus acostumbrados sermoncillos, en que se mezclan las cosas más profundas y trascendentales con las pequeñas y pintorescas realidades de la vida del colegio.

"Hoy quiero hablaros de política, pero no de política externa, sino de política interna, las cosas nuestras, las de la casa que habitamos. Primeramente, ha comenzado la Cuaresma...

"Os he anunciado que uno de vosotros debe morir. Y andáis por allí diciendo: —Ese debe de ser el pequeño Savio.—Os respondo francamente: ¡No es él! ¿Quién será, pues?... Está en medio de vosotros, y ha sentido mi anuncio, y espero que se ha preparado bien. Estad, pues, preparados. No lo digo yo, lo dijo hace diecinueve siglos el Señor: —*Estate parati!*, que la muerte llega como un ladrón..."

Luego desciende a lo que llama política interna:

"Muchos desórdenes en la casa... Mentiras con toda facilidad... Pretextos para salir de la iglesia durante las funciones... Siempre hay alguna excusa: el teatro, alguna comisión, y se le tapa la boca al que vigila. La mayoría de vosotros se porta bien, pero la minoría... En el comedor vuelcan la menestra, arrojan el pan por tierra, y, ¡cosa intolerable!, por burla suelen tirarlo a la cara del cuidador...

"Os recomiendo que os confeséis y comulguéis frecuentemente. Pero entendámonos: antes que hacer malas confesiones, mejor es no hacer nada, será una confesión menos, pero también un sacrilegio menos.

"Hay quienes callan pecados: ¡que éstos no se confiesen!...

"Y recemos sobre todo por aquel que va a morir... ¿Si fuese yo el que va a morir? ¡Rezad también por mí!"

Al día siguiente uno de sus clérigos, Bisio, lo interroga:

—¿Quién es el que va a morir?

Y Don Bosco, sencillamente, le refiere el sueño y el nombre del muchacho sobre el cual se abatió el águila:

—Es Antonio Ferraris. Está atento, y avísame para asistirlo.

Días después el joven cae enfermo; avisan a la madre, que viene y puede acompañar a su hijo a bien morir el 16 de marzo.

Esa misma noche termina el acostumbrado sermoncito con estas palabras:

"Ferraris ha ido a la tumba tranquilísimo. No temía a la muerte. Y aquí debo preveniros de una cosa... Cuando yo anuncio la muerte de alguno, muchos de vosotros

se asustan y protestan y escriben a sus padres que los saquen del Oratorio, porque Don Bosco anuncia siempre que alguno va a morir. Pero decidme: si yo no le hubiese advertido, ¿Ferraris se habría preparado tan bien a presentarse en el tribunal de Dios? En adelante no diré nada, no anunciaré nada. (Muchas voces: ¡No, no, diga; avísenos!)

"Pero a aquellos que tienen tanto miedo a la muerte, les digo: Hijitos míos, cumplid con vuestro deber; no tengáis malas conversaciones; frecuentad los sacramentos, y la muerte no os dará miedo."

Apenas se encontrará en la historia ejemplo de un sacerdote que haya escuchado tantas confesiones como Don Bosco. Aun en los tiempos más difíciles por sus inmensos trabajos y sus graves enfermedades, pasaba horas y horas en el confesonario. De allí su experiencia y la tenacidad con que advertía a otros cómo debían de hacer para ganar la confianza de los muchachos.

Deseó escribir o que alguien experto escribiese un manual de confesores de niños, y explicaba su idea: "Encuentro que las confesiones de muchos jovencitos no se pueden regir por las normas que da la teología. Generalmente no se toman en cuenta las faltas cometidas entre los ocho y los doce años; y si un confesor no investiga, se las pasa de alto y se sigue así edificando en la arena."

Cierto día un religioso vió a Don Bosco rodeado de tal número de muchachos que luego creyó de su deber advertirle:

—Usted, superior de la casa, no debería confesar a sus alumnos. Es fácil que por vergüenza o por temor callen pecados.

Don Bosco replicó ingenuamente:

—¿Cree usted que yo les permito que callen algún pecado?

Al decir esto no se dió cuenta del prodigio que revelaba. En realidad no era un secreto para nadie en el Oratorio que Don Bosco conocía minuciosamente el estado de cada conciencia.

Todavía viven algunos que se han confesado con él. Todavía hay quienes recuerdan aquella sobrenatural maravilla como la cosa más corriente del mundo. Arrodillábase el muchacho, hacía la señal de la cruz, y Don Bosco le apuntaba:

—¿Quieres decir tú o que diga yo?

Y tal costumbre tenían sus jóvenes clientes, que muchos, en arrodillándose, le advertían:

—Diga usted, Don Bosco.

La prodigiosa visión interior no se limitaba al tiempo que los muchachos habían estado en el colegio. Abarcaba todos los años anteriores. "Tal año, estando tú en tal parte, hiciste tal cosa".

Cuántas veces, intranquilos, combatidos de alguna tentación o de algún escrúpulo, acudían a la pieza de Don Bosco y aguardaban allí hasta que él podía atenderlos.

Si al mirarlos nada les decía, estaban seguros de que había leído en sus corazones y que podían estar tranquilos, y se iban a dormir con esta confianza.

Por lo que él mismo ha contado, a veces el Señor le retiraba momentáneamente aquel maravilloso poder.

En la noche del 13 de abril (1862), refiere la crónica del Oratorio, Don Bosco se lamentó de que hubiesen terminado los ejercicios sin que algunos alumnos hubie-

sen aprovechado de ellos, y añadió: "En estos días pasados veía tan claramente los pecados de cada uno de vosotros como si los tuviese escritos por delante... Es una gracia singular que me ha concedido el Señor estos días para vuestro bien. Ahora algunos reacios me preguntarán si veo todavía su interior. ¡Ay, no!, debo contestarles. No vinieron entonces; ahora ya no es tiempo de gozar de ese beneficio."

Otro lugar de la crónica: "En la primera semana de julio (1862), conversando con sus sacerdotes, les recomendaba una gran caridad y paciencia al confesar a los niños para no perder su confianza, y, al mismo tiempo, asegurábales que la prudencia necesaria y la eficacia de la palabra para adueñarse de sus corazones eran dones del Señor, y que había que obtenerlos con mucha oración, con pureza de intención y aun con penitencias y sacrificios, como hacen los confesores celosos.

"De aquí vino a tratar de las confesiones sacrílegas de los jóvenes, causadas especialmente por callar pecados."

En esos tiempos la frecuencia de la confesión y de la comunión, a que Don Bosco incitaba tenazmente a sus muchachos y a todo el mundo, no era un sistema aceptado, como ahora, por todos los sacerdotes.

Muchos hallaban inconveniente el frecuentar los sacramentos, y censuraban la conducta de Don Bosco, y hasta sirvió eso de motivo o de pretexto para quitarle la dirección del seminario de Giaveno.

Era éste un seminario antiquísimo, creado a raíz del Concilio de Trento, que después de una gran prosperidad había caído hasta no contar más de veinte alumnos y estar en trance de clausura. El Gobierno y el Municipio

espiaban este momento, porque, según las leyes, al clausurarse el magnífico edificio pasaría al Estado y podrían destinarlo a otro objeto.

Las autoridades eclesiásticas pidieron consejo a Don Bosco. ¿Era posible resucitar aquel muerto? ¿Querría encargarse de su dirección?

Don Bosco acepta y nombra un rector a su modo. El día que se hace cargo no quedaba más que un alumno, un huérfano a quien el tutor, por incuria, no había retirado de aquellas ruinas morales.

Pocos meses después el seminario tenía 150 alumnos. Al solo nombre de Don Bosco de todo el país llegaban solicitudes de ingreso.

Para consolidar la situación, sólo pedía que la curia eclesiástica confiriese al rector una autoridad plena y absoluta.

Fué ése el primer experimento del sistema educativo de Don Bosco fuera de Turín. Pero no tardaron en suscitarse rivalidades. El nuevo rector, que oía decir que el seminario de Giaveno y el Oratorio de Valdocco eran una sola cosa, dirigida por Don Bosco, sintió deseos de mayor independencia.

Murió por entonces en su destierro de Lyón monseñor Fransoni, arzobispo de Turín, con lo que Don Bosco perdió un gran amigo. La rivalidad halló más fácil la ruta, y las autoridades de la curia eclesiástica decidieron pedir que, puesto que ya el seminario marchaba viento en popa, no pensara más en él.

Sabroso fué el diálogo en el despacho de Valdocco.

—Señor Don Bosco, le estamos reconocidísimos por lo que ha hecho en favor nuestro, pero comprenderá que,

tratándose de un seminario de la diócesis, sería deseable que tuviese una dirección uniforme con la de los demás seminarios.

—Y qué, ¿encuentran algo disonante en la dirección que nosotros le hemos dado?

—Nos parece que predomina una piedad demasiado ostentosa. Demasiada frecuencia de sacramentos. Hay quienes critican esto como un abuso.

—¿Y qué otro medio podría reemplazar a éste, para la verdadera educación de la juventud y el desarrollo y solidez de las vocaciones eclesiásticas?

—Parecen bastantes los medios usados de antiguo, conforme a los reglamentos todavía vigentes. Tantas comuniones huelen demasiado al sistema jesuítico.

—¡Jesuítico! Pero si los jesuítas hubieran inventado eso para la educación de la juventud, yo me pongo en seguida de parte de ellos.

—¡Entendámonos! Los tiempos en que vivimos, tan contrarios a toda apariencia de fanatismo religioso... El sistema suyo, tan diverso del que se estila en todos los seminarios del Piamonte... Los adversarios, que nos acusan y nos desacreditan con insinuaciones venenosas, ironías, sarcasmos por causa de las nuevas devociones...

—¡Sí! Tienen razón. Ya comprendo adónde va el razonamiento... Yo me he fatigado y sacrificado por el seminario de Giaveno. Le he mandado gran número de jóvenes que sin mi insinuación habrían ido a otra parte, o no se hubieran movido de sus casas... He suministrado de entre mis propios ayudantes el personal de profesores... Ahora me quieren hacer a un lado... ¡Conforme!

—¡Oh, no, no se trata de esto!

—¿No? ¡Mi querido señor, sería muy ciego si no lo viese!

—No lo interprete así, le ruego. ¿Cómo puede imaginarse que pretendamos excluirlo? Usted siempre tendría la alta dirección... Solamente le rogaríamos que dejara más amplitud al rector... Será también más cómodo para usted mismo, porque tendría menos preocupaciones.

Don Bosco, sin hacer objeción, respondió:

—Si ven así las cosas, está bien; me retiro.

Y, en efecto, desde ese día abandonó toda ingerencia en las cosas de Giaveno. No le venía mal poder entregarse enteramente a su Oratorio y a su proyecto de Congregación.

Esta corría peligro de morir antes de nacer. La Santa Sede todavía no pronunciaba palabra acerca de sus reglas. Y como fuese indispensable obtener al menos la aprobación del arzobispo de Turín, monseñor Fransoni, envióle Don Bosco una copia de ellas.

Y he aquí que el consultor designado para informar emitía un juicio enteramente desfavorable: "Si fuera el caso de examinar en particular los artículos de estas reglas, deberían hacerse muchas observaciones, ya que algunos son inexactos, otros requieren más explicación y otros son inconvenientes..."

El fundador del Oratorio leyó con humildad aquella sentencia de muerte. Porque mientras el arzobispo de su diócesis no aprobara las bases de su Congregación, mal podía pretender que lo hiciera Roma.

Dijo a sus clérigos consternados: "Si nuestras reglas, si nuestra Congregación no ha de redundar a mayor glo-

ría de Dios, me alegra que el Señor suscite dificultades..."

Murió por entonces, ya hemos dicho, monseñor Fransoni, y fué nombrado para ocupar la sede de Turín un nuevo arzobispo, para quien Don Bosco no resultaba enteramente de su gusto.

Pronto corrióse entre el clero la noticia de que las reglas de aquella especie de nueva Congregación que pretendían establecer en Valdocco habían sido halladas inconvenientes; y muchos, de buena fe, empezaron a conspirar contra la tierna planta que Don Bosco se empeñaba en criar.

Cuando entre los novicios, los jóvenes sacerdotes del Oratorio, destacábase alguno de claro ingenio o de virtud especial, consejeros y tentadores proponíanle abandonar a Don Bosco para seguir la carrera eclesiástica en otra Orden u en otro campo de más porvenir.

¿Qué podía esperar envejeciéndose en una Congregación que ni siquiera estaba aprobada y que probablemente no lo estaría nunca?

A pesar de todo, fué en ese tiempo cuando Don Bosco tuvo la audacia de proponer a sus compañeros unírsele con un voto riguroso de probreza, castidad y obediencia, por tres años. Eran 22, sin contar el superior, los que ese día—14 de mayo de 1862—se ligaron así al Oratorio.

A fines de ese año, los *biricchini* tenían una iglesia, una gran casa con dormitorios suficientes para 600 alumnos internos, clases de gimnasio y escuelas profesionales de zapateros, sastres, encuadernadores, carpinteros, herreros, tipógrafos, impresores, músicos. Había escuelas diurnas, nocturnas y dominicales, para centenares de alumnos ex-

ternos. Y, finalmente, aquel pequeño almácigo de Congregación que aseguraba la continuidad de la obra.

Pero el diablo estaba empeñado en destruirla, y vamos a verlo trabajar, sirviéndose de los mejores hombres de Turín.

X

UNA IGLESIA CON 40 CÉNTIMOS

A Pablo Albera, clérigo suyo, le dice una vez: "Nuestra iglesia es muy pequeña. Apenas la mitad de los alumnos caben en ella. Vamos a construir otra que sea grande, bella, magnífica, adonde vendrán generaciones de generaciones a pedir favores a la Virgen..."

El joven clérigo lo mira sorprendido. La salud de Don Bosco es desastrosa; escupe sangre, apenas se alimenta, se ha desmayado ya dos veces en público; hace poco, él mismo anunciaba próxima su muerte. ¿Y ahora?

En medio de sus muchachos que juegan:

—Vamos a levantar una iglesia magnífica a la Madre de Dios... ¿Cómo debemos llamarla?

Cada cual propone un nombre.

—¡No acertáis! La llamaremos de María Auxiliadora.

Es advocación nueva para el pueblo que no recuerda la historia. La civilización europea estaba en peligro. Los musulmanes avanzaban sobre el mundo cristiano. El Papa Pío V ordenó se invocara a la Virgen "Auxilio de los Cristianos", y oró por la escuadra de Don Juan de Aus-

tria, que en aguas de Lepanto iba a medirse con la Media Luna. La victoria de aquel día memorable consagró la devoción de María Auxiliadora.

Los muchachos hallan de su gusto la historia y el nombre; pero no así los funcionarios municipales, a quienes algún tiempo después se les presentan los planos para su aprobación.

—¿Qué quiere decir esto de María Auxiliadora?

—Señor arquitecto, usted, con sus muchas ocupaciones, no habrá tenido tiempo de estudiar la historia de ese nombre.

Y Don Bosco vuelve a explicarla.

El arquitecto había olfateado bien. Aquello tenía un fuerte sabor político. Hace un año apenas, Lamoricière, general pontificio, al partir en campaña contra el rey Víctor Manuel, arengaba sus tropas comparando a los enemigos del Papa con los musulmanes. ¡Y ahora, Don Bosco pretende erigir una iglesia en Turín con el nombre de la Virgen invocada en Lepanto!

¡Hum! ¡Esto suena mal! Parece el anuncio de una nueva Cruzada; pero no contra los turcos, sino contra los piamonteses. Don Bosco sonríe y consiente en quitar de los planos ese título. "Iglesia en Valdocco", nada más, y así se los aprueban.

A fines de abril del 64, se coloca la primera piedra de los cimientos. La cara de Don Bosco resplandece de alegría. Ha prometido pagar algo a cuenta al empresario de las obras, que tiene que abonar la quincena a sus albañiles.

—¡Bravo, Carlos Buzzetti! Hoy es un gran día. Voy a darte lo prometido. No será mucho, pero te aseguro que es todo lo que tengo.

Don Bosco extrae pausadamente de su faltriquera aquel viejo bolsillo donde junta el donativo de los magnates y el óbolo de la viuda, y lo vuelca enteramente en la mano extendida del ilusionado Buzzetti. ¡Ocho sueldos! ¡Cuarenta céntimos!

—¡Está tranquilo! Esto es lo mío, pero la *Madonna* va a enviar lo suyo para pagar su iglesia. Yo no seré más que el cajero.

Los que escuchan hallan un poco fuerte la escena. ¡Don Bosco es un temerario! ¡Don Bosco no tiene sentido común! ¡Quebrará! ¡Acabará en la cárcel!

Don Bosco sonríe con aquella característica sonrisa suya, hecha de confianza en Dios y, ¿por qué no decirlo?, de conocimiento de las cosas futuras, y respondía:

—No temáis; es necesario que nosotros comencemos; después, Dios nos ayudará. Ya veréis cómo los *quatrini* (dinero) vienen solos...

Gente había que meneaba la cabeza con escepticismo y replicaba como Achaz, rey de Judá:

—¡Yo no osaría tentar a Dios!

Veinte años atrás, en una noche de marzo, había tenido un largo sueño. Su terrible protectora la marquesa de Barolo, acababa de notificarle que debía dejar libre el pequeño local que hasta entonces le había prestado. Con esta sentencia se durmió, y soñó así:

"Me pareció encontrarme en una gran llanura, llena de muchachos, abandonados de sus padres, malcriados y corrompidos. Blasfemias, batallas, indecencias.

"Cuando una señora que aparece junto a mí, me dice:

"—Acércate a ellos y trabaja.

"¿Cómo era posible trabajar, en un descampado, sin un mezquino refugio, sin ayuda de nadie? Díjeselo a esa señora y ella me mostró un prado:

"—¡Trabaja allí!

"—¡Pero esto no es más que un prado!

"—¡Mi hijo y sus apóstoles no tenían ni un palmo de terreno!

"Comencé a trabajar hablando a los muchachos, predicándoles...

"—Todo es inútil, Señora, mientras no tenga una casa donde recogerlos.

"Ella me condujo un poco más arriba.

"—¡Mira!

"Vi una iglesita de techo bajo, y allí me retiré con los que quisieron seguirme. Pronto fué demasiado pequeña. La Señora me mostró una mayor con una casa contigua, y mostrándome al lado un terreno, dijo:

"—Esta tierra está regada con la sangre de los mártires de Turín, Aventor y Octavio. Quiero que aquí Dios sea honrado en forma especialísima.

"Puso el pie en el sitio preciso.

"—¡Mira!

"Y yo vi un inmenso templo con muchos edificios alrededor y una cantidad de personas que me ayudaban. La multitud de niños crecía minuto a minuto."

Diez años después de este sueño, en 1856, un docto canónigo, monseñor Gastaldi, que fué después el arzobispo de Turín, realizó investigaciones prolijas en la historia y en las tradiciones, y publicó un libro, estableciendo que los tres soldados cristianos, Octavio, Aventor y Solutor, salieron de los muros de Turín, y se refugia-

ron cerca del río Dora. Sus perseguidores los descubrieron y los martirizaron no lejos de su refugio, en el sitio que se llama *Valle de los asesinados, Valle occissorum,* y, por corrupción del término, *Val d'occo*...

Cuando el ingeniero Spezia presentó a Don Bosco el boceto de la futura iglesia, vió que era la que ya había visto en su sueño.

¿Cómo no iba a confiar en verla concluída, aunque sólo tuviese cuarenta céntimos para pagar la primera quincena? La Virgen quería que se hiciera, y hasta le había marcado el lugar con la punta del pie; era asunto más de Ella que de él.

—¡Ella mandará los *quatrini!* ¡Yo seré el cajero! No es mi honor el que está en juego; si yo voy a la cárcel, es el de Ella...

"Turín, Génova, Bolonia, Nápoles — escribe Don Bosco—, más aún, Milán, Florencia, Roma, habiendo probado el favor de la Madre de las gracias, invocada bajo el nombre de *Auxilio de los cristianos,* demostraron su gratitud con donativos. De más lejos todavía, Palermo, Viena, París, Londres y Berlín, recurrieron con plegarias. No me consta que ninguna fuese desoída... Puedo afirmar que cada ángulo, cada ladrillo de esta construcción, recuerda una gracia de la Reina del cielo."

Pero cuántas veces el milagro, haciéndose esperar, ponía a ruda prueba la fe del pobre cajero de la Virgen.

Un día, el 16 de noviembre de 1866, tenía ineludiblemente que pagar 4.000 liras. Por no variar de costumbres no existía un céntimo en la casa. Tiempo atrás había recibido una carta de un sacerdote a quien los médicos iban a amputarle un brazo gangrenado. "¿Qué

haré para salvar mi brazo? ¡Imagínese! ¡No podré nunca más celebrar misa!" Don Bosco responde con gracejo: "Ruegue a María Auxiliadora, y si se cura, mande un ladrillo para la iglesia."

He aquí que de la estación del ferrocarril traen una encomienda, la abren: ¡un ladrillo! Don Bosco refiere la anécdota y todos se precipitan a pulverizar el ladrillo, esperando hallar dentro el dinero que hace falta. ¡Ni un céntimo!

Cariacontecidos, mudos, desde temprano, Don Rua y otros salen a visitar a sus protectores, a ver si logran reunir con un supremo esfuerzo las 4.000 liras.

Después de haber cruzado de punta a punta la ciudad, subido y bajado innumerables veces aquellas solemnes escaleras de piedra que se estilan en los palacios turineses, y haber llamado a muchísimas puertas, cada cual vuelve por su lado, a eso de las once, y vuelcan en las manos de Don Bosco el resultado de su peregrinación. Entre todos, mil liras.

Están consternados, pero en los labios de Don Bosco hay la sonrisa habitual.

—Después del almuerzo saldré yo—con un cortapapel junta las minúsculas partículas del ladrillo que han caído sobre su mesita—. Si durante mi ausencia vienen a cobrar, que me esperen...

A la una coge el sombrero y sale. No bien desaparece, llega al Oratorio en su busca un criado de casa rica.

—¡No está! ¡Ha salido!

—¿Dónde podría hallarlo?

—¡Echarle un galgo!

Don Bosco marcha de prisa, y el criado lo busca al

azar por las calles y los pórticos de la gran ciudad. En Puerta Nueva se topa con él de manos a boca.

—¡Señor Don Bosco! Mi amo tiene apuro en verle.

—¡Vamos allá! ¿Está enfermo su amo?

—Sí, hace años no se levanta de la cama. Es muy caritativo... ¿Sabe que él podría ayudarlo para su iglesia?

—Sí, ¿eh?

—Pero... es un poco..., diríamos desconfiado. Primero quiere ver los hechos; después, abre la bolsa...

—¡Oh, Madre mía!—exclama Don Bosco para sí—. Yo he hecho tantas veces lo que tú me has pedido... ¿Consentirás tú en hacer hoy lo que yo te voy a pedir?

Con la sensación de que la Virgen se ha puesto en sus manos, Don Bosco penetra en el palacio del enfermo, que hace tres años vive crucificado por los dolores.

—Si yo pudiera sentirme aliviado, haría algo por usted.

—Muchas gracias; viene a punto su deseo; necesito precisamente ahora tres mil liras.

—Está bien; obténgame siquiera un alivio, y a fin de año se los daré.

—Es que yo los necesito ahora mismo.

El enfermo cambia penosamente de postura, y mirando fijamente a Don Bosco, le dice:

—¿Ahora? Tendría que salir, ir yo mismo al Banco Nacional, negociar unas cédulas... ¡Ya ve!, es imposible.

—No, señor, es muy posible—replica Don Bosco mirando su reloj—. Son las dos de la tarde... Levántese, vístase y vamos allá dando gracias a María Auxiliadora.

—¡Este hombre está chiflado!—rezonga el viejo entre las cobijas. Y, en voz alta: —Hace tres años que no

me muevo en la cama sin dar gritos de dolor, ¿y usted dice que me levante? ¡Imposible!

—Imposible para usted, pero no para Dios... ¡Animo! Haga la prueba...

Al rumor de las voces han acudido varios parientes, la pieza está llena. Todos piensan de Don Bosco lo mismo que el enfermo.

—Traigan la ropa del señor que va a vestirse—dice Don Bosco—, y hagan preparar el coche porque va a salir. Entretanto nosotros recemos.

Llega el médico.

—¿Qué imprudencia está por cometer, señor mío?

Pero ya el enfermo no escucha más que a Don Bosco; se arroja de la cama y empieza a vestirse solo, y solo, ante los ojos maravillados de sus familiares, sale de su habitación y baja las escaleras y sube al coche.

Detrás de él, Don Bosco.

—¡Cochero, al Banco Nacional!

Ya la gente ha perdido memoria de él, apenas le conocen. Vende sus cédulas y entrega al *cajero de la Virgen* sus tres mil liras.

Como éste, muchos otros portentos.

En 1866 colocaban el último ladrillo de la enorme cúpula y no tardaba en entregarse al culto el nuevo templo. Concebida con audacia y con belleza, es todavía la más ilustre entre centenares de hermosas iglesias salesianas que existen en el mundo.

Don Bosco podía descansar.

—¿Descansar nosotros, cuando el diablo no descansa? ¡En la eternidad descansaremos!

El barrio de *Porta Nuova*, donde había años antes

fundado un Oratorio, estaba infectado de valdenses y carecía de una iglesia capaz, porque era una porción nueva de la ciudad en pleno crecimiento.

Allí hay que hacer la nueva iglesia salesiana, también concebida en grande, como concibe Don Bosco sus obras. De estilo romano-lombardo, 60 metros por 25, suficiente para 5.000 personas. ¿Cuánto cuesta? ¡Millones! El portamonedas está como siempre, pero Pío IX le ha dicho: "¡Adelante! La bendición de Dios no os faltará!", y le ha dado la primera oferta: dos mil liras.

La iglesia, una de las más hermosas de Turín, se termina cuando ya no vive tan generoso protector. Otro Papa, León XIII, reina en su lugar; pero Don Bosco, por amor al que se llamó Juan Mastai Ferretti, la dedica a San Juan Evangelista.

Don Bosco está viejo y achacoso. El nuevo Pontífice ha oído contar que para edificar un templo, realiza a manos llenas los milagros. Precisamente en Roma, desde los tiempos de Pío IX, hay un templo en construcción dedicado al Corazón de Jesús, sobre el Esquilino, en un radio sin iglesias católicas, pero ya sembrado de capillitas protestantes. Los fondos se han concluído; las obras se han detenido en los cimientos; hace falta un taumaturgo que tenga crédito inagotable con Dios. ¡Que venga Don Bosco! Reaparece Don Bosco en Roma. Llega hasta el Papa con sus pobres piernas doloridas e hinchadas, la cabeza atormentada con una extraña enfermedad que le ha deformado los huesos del cráneo, levantándoselo como la corteza de un pan que leuda.

Ha soportado atroces dolores sin interrumpir sus trabajos, sin dejar de contestar una sola carta.

—¿Qué quiere de mí, Santo Padre?

—Que os hagáis cargo de la erección de este templo...

—El deseo del Papa es para mí una orden, y la acepto, Santidad.

—No puedo daros dinero; tendréis que buscarlo vos.

—Yo no pido dinero a Vuestra Santidad, sino su bendición...

El Papa lo bendice con toda el alma, y cual si fuera poco todavía el comprometerse a construir ese templo, Don Bosco pide permiso para edificar algo más.

—¿Qué cosa?

—Un Oratorio festivo, como los de Turín, y un gran colegio de artes y oficios, donde se puedan recoger tantos pobres niños desamparados...

—¡Oh, de todo corazón!

Muéstranle los planos del templo; Don Bosco los halla pequeños: hay que hacer algo más digno de Roma, para honrar al Corazón de Jesús...

Vuelve a Turín, pone en conocimiento de los seis consejeros de la Congregación el encargo que ha aceptado, y en vez de la aprobación unánime que espera, halla mil objeciones. ¡Cómo osa Don Bosco, a su edad, con sus enfermedades, tomar un empeño que abreviará su vida!

No solamente eso. También hay que pensar que la iglesia de San Juan Evangelista no está del todo pagada. Hay pendiente una deuda enorme que pesa como una montaña sobre la Congregación.

Don Bosco defiende lo que ha hecho y somete a votación secreta el negocio. Realizado el escrutinio hay seis votos en contra y uno solo, ¡el de él!, en favor.

—¡Habéis votado con prudencia humana, y está muy

bien! Ahora pensad que el Corazón de Jesús va a pagar las deudas, entregadle a él su templo y votad de nuevo.

Esta vez, siete votos en favor. De inmediato se ponen todos en la tarea de recoger fondos. Una lotería monstruosa, con 8.000 premios, cuyos números se difunden por toda Italia y aún más allá.

Siete años después—mayo de 1887—, el templo era consagrado solemnemente. Más de una vez Don Bosco había creído no verlo terminado, y ese día fué como el alba de la gloria, que ya estaba próxima para él.

¡Qué lejos estaba en el espacio y en el tiempo su querido santuario de María Auxiliadora! Más de veinte años han pasado. ¡Qué enorme transformación la de Italia, y la del mundo en esos años!

Y cuántas novedades en la historia de su Congregación, qué de asechanzas diabólicas, qué tristezas, qué resplandeciente desquite contra el infierno, que, valiéndose de los hombres, ha conspirado siempre contra ella.

Es un largo drama, cuya historia se va revelando lentamente.

XI

CAÍDA DE ROMA

La política de Cavour había despojado al Papa de la mayor parte de sus dominios. Apenas le quedaban 214 millas cuadradas, y Roma, la ciudad eterna.

Muerto Cavour, ¿iba, acaso, el joven rey de Italia, que se proclamaba el más devoto hijo del Pontífice, a renunciar a la sacrílega política? ¿Podría el Papa estar seguro de que, al abrigo de los tratados, no le disputarían aquel grano de arena donde asentaba los pies?

No, ciertamente. Las Sociedades secretas no habían terminado su obra, y Víctor Manuel no concebía su reino sin Roma por capital.

Pero hay tiempos de hablar, y tiempos de callar; y él callaba, para no irritar a Napoleón, ahora que no tenía la mano habilidosa de Cavour para embozalarlo y conducirlo.

No lo entendía así el *Partido de acción,* cuyo jefe era Mazzini. Teniendo por lema: "Roma o muerte", preparaba la conquista de Roma por todos los medios, y contaba con el prestigio militar de Garibaldi.

Viendo éste que Napoleón impedía los movimientos de Víctor Manuel, se decidió a formar un cuerpo de vo-

luntarios con los cuales arrojaría de Roma a los franceses y al Papa.

En sus proclamas cubría de maldiciones al emperador, llamándole "asesino de la libertad", "capitán de bandoleros", e invitaba al mundo a la santa cruzada contra el Papa, el cáncer de la humanidad.

Víctor Manuel creyó necesario tranquilizar a las potencias, sin desalentar a las Logias, y en 3 de agosto del 62 lanzó también él su manifiesto: "¡Italianos! En el momento en que Europa rinde homenaje al buen sentido de la nación y reconoce sus derechos, es doloroso para mi corazón que jóvenes engañados y sin experiencia, olvidando nuestros deberes de gratitud hacia nuestros mejores aliados, tomen por grito de guerra el nombre de Roma, este nombre sobre el cual se concentran nuestros votos y nuestros esfuerzos... Italianos, guardaos de las impaciencias culpables y de las agitaciones irreflexivas. Cuando sea el momento de acabar la gran obra, la voz de vuestro rey se hará oír entre vosotros..."

Naturalmente, ni Garibaldi, ni Mazzini quisieron aguardar que aquel rey prudente les indicara la hora propicia al zarpazo, y los nuevos cruzados, desde Sicilia, abrieron la campaña contra el Papa.

El embajador francés intimó al Gobierno de Turín que sofocara la rebelión, y Víctor Manuel tuvo que enviar a Cialdini contra Garibaldi. El encuentro de las tropas del rey con las del *condottiere* se realizó en Aspromonte, el 29 de agosto del 62.

Cialdini, que dos años antes había ganado las minúsculas batallas de Castelfidardo y de Ancona, contra el Papa, ganó esa vez otro nombre para el pedestal de su

rey, derrotando a Garibaldi, que, herido en un pie, cayó prisionero.

Castelfidardo, Ancona, Aspromonte y después Porta Pia, son las únicas jornadas cuya gloria no tuvo que compartir Víctor Manuel con aliados más poderosos, que se atribuían la parte del león.

El emperador quedó satisfecho y pudo con más libertad seguir el juego de sus dos políticas: una, pública, que lo hacía aparecer ante los católicos como defensor del Papa; otra, secreta, con que iba soltando poco a poco la brida a la insaciable ambición de Víctor Manuel.

Obra de esta política fué el acuerdo del 15 de septiembre del 64, por el cual Francia retiraba sus tropas de Roma, a condición de que Italia garantiese la seguridad del Papa en su dominio.

Equivalía a hacer al lobo guardián del cordero.

"Artículo 1.° Italia se obliga a no atacar el actual territorio del Santo Padre y a impedir, aun con la fuerza, todo ataque providente del exterior contra los Estados Pontificios.

"Art. 2.° Francia retirará sus tropas gradualmente, a medida que el ejército del Papa se organice. *De todas maneras, la evacuación quedará cumplida en dos años.*"

Por ese tiempo, Bismarck urdía la unión de los diversos reinos y principados alemanes alrededor de Prusia, que vendría a ser el Piamonte de la gran Alemania.

Austria, para Bismarck, tenía el pecado de ser una potencia católica, adicta al Papa, y había que eliminarla de la dirección de los pueblos alemanes.

Política impopular en Prusia y, más que todo, en

Baviera, pues significaba la guerra entre pueblos hermanos. Política temeraria para una potencia de segundo orden, como era Prusia. Política imposible, si Francia adivinaba los planes remotos de Bismarck.

Necesariamente, Francia cortaría con su espada la carrera del *Canciller de hierro*.

Después de haber cometido la imprudencia de constituir un vecino ambicioso y fuerte, rival suyo en el Mediterráneo, no era posible que Napoleón consintiera en la formación de un imperio germánico en su frontera oriental, a costa de la humillación de Austria, la sola potencia interesada en refrenar a la Italia turbulenta y unida.

Bismarck tenía un insolente desprecio por aquel pobre señor de los franceses, víctima de su incurable falsía y de su desequilibrada ambición. No necesitaría engañarlo; dejaríalo engañarse solo.

Muerto Cavour, sentía Bismarck que no había en Europa un solo estadista capaz de penetrar sus secretos y desbaratar sus planes.

En el balneario de Biarritz, como Cavour en Plombières, habló Bismarck con Napoleón III, y juntos rehicieron el mapa de Europa.

Napoleón prometía permanecer neutral en una guerra de Prusia contra Austria; pero exigía compensaciones. Quería el territorio que hay desde el Rin al Mosela. Quería también el Luxemburgo y Bélgica. Por su parte, Bismarck nada le prometió, pero dejóle creer que, a la hora de la paz, él sería el árbitro de las condiciones.

Luego volvióse a Víctor Manuel, que estaba al borde de la quiebra, aplastado por deudas ingentes y déficits

crónicos, que no habían podido cubrir los bienes arrebatados a todos los conventos de la península.

Hablar al rey soldado de otra guerra era ponerlo inmediatamente de su parte. Pero... ¿en qué condiciones se comprometía a atacar a Austria, en la frontera del Mincio, al mismo tiempo que Prusia la atacase en tierra alemana?

El 8 de abril del 66 se firmaba un tratado de alianza en Berlín. Su precio: 120 millones de francos, que Prusia adelantaba a Italia, y después, Venecia, la perla del Adriático, poseída aún por el emperador de Austria, para la corona de Víctor Manuel.

Las hostilidades comenzaron a mediados de junio, y aunque los estadistas preveían una nueva guerra de Treinta Años, apenas duró un mes.

Al frente de los italianos marchó su rey ávido de gloria, sintiendo sobre él los ojos de Prusia, su nueva amistad. Al cuarto día, el archiduque Alberto lo derrotó en Custozza. Era el mismo campo de batalla donde, dieciocho años antes, fuera vencido su padre Carlos Alberto, también por los austríacos.

En el frente alemán, los asuntos marcharon de otro modo. Los prusianos ganaron la decisiva batalla de Sadowa, y el emperador Francisco José, sintiendo Viena amenazada, ofreció Venecia a Napoleón III, para que la cediera a los italianos, a cambio de que éstos depusieran las armas.

Víctor Manuel prefirió continuar la guerra, esperando un cambio de fortuna. Además, quería también anexionarse el Tirol.

Pero su escuadra fué deshecha en Lissa, y Bismarck,

sin consultarle, y temiendo que las complicaciones diplomáticas amenguasen el fruto de su fulminante victoria. concertó un armisticio y luego la paz, que se firmó en Praga el 23 de agosto del 66.

Como resultado, Italia ganaba, por fin, Venecia, y Prusia pasaba de 280.000 kilómetros con 19 millones de habitantes, a 352.000 con 24 millones; formaba la confederación de la Alemania del Norte y adquiría el rango y la fuerza de potencia de primera clase.

Napoleón, que presidía el Congreso de la Paz, no obtuvo ninguna compensación, y Bismarck guardó, para publicarlo en 1870, el borrador de la nota en que pretendía Bélgica y Luxemburgo.

La paz de Praga dejaba a Francia prisionera entre dos naciones, a cuya unidad había contribuído, pero cuya amistad no ganaría nunca, porque tenían intereses opuestos a los de ella.

Solferino engendró a Sadowa. No tardaría Sadowa en engendrar a Sedán.

Por su parte, Víctor Manuel quería borrar el humillante recuerdo de sus recientes derrotas con una conquista que no debiera a Francia, ni a Prusia.

Contra el Papa sus armas habían mostrado ser más venturosas.

¡Y bien, ahí estaba Roma! *"Italia è fatta, ma non è compiuta"*, había dicho abiertamente: Italia está hecha, mas no consumada.

Napoleón, enfermo y triste, empezó a comprender que su decadencia nacía de su traición al Papa. Si él no hubiera permitido Castelfidardo, si Víctor Manuel no hubiera acrecentado sus dominios con la mayor parte de

los Estados pontificios, no habría estado en condiciones de ofrecer a Prusia una alianza útil contra el Austria. Ahora Prusia, engrandecida, entraba a disputar a Francia la dirección política de Europa.

Aleccionado por esa historia, resolvió no permitir que Víctor Manuel despojase al Papa de su último pedazo de tierra.

Quedábale al rey de Italia el recurso de volver a cazar con halcón.

A fines de ese año 66, la guarnición francesa abandonaba Roma, conforme al Convenio septembrino del 64, y Víctor Manuel, el 15 de diciembre anunciaba ante el Parlamento: "El Gobierno francés ha retirado sus tropas de Roma. Por su parte, el Gobierno italiano respetará el territorio pontificio."

Vamos a ver cómo cumplió su promesa.

El Papa había formado un pequeño ejército de diez mil voluntarios, jóvenes ardientes de entusiasmo y de fe, muchos de ellos nobles, y a quienes las plumas a sueldo de las Logias, llamaban los mercenarios del Papa.

Garibaldi, desde Caprera, donde parecía prisionero, custodiado por siete naves de guerra, pudo organizar sus voluntarios, no menos entusiastas, pertrechados en los depósitos de armas del Piamonte y sostenidos por subsidios que votaban las municipalidades italianas y por suscripciones de Inglaterra, y sus lugartenientes abrieron una campaña de escaramuzas que tenían por objeto fatigar y diezmar a los zuavos pontificios y fomentar la revolución en Roma.

Europa se agitó. Francia protestó y Víctor Manuel, como cediendo a la invitación de los que le recordaban

el Convenio de septiembre, puso al mando de Cialdini 40.000 soldados y rodeó al pequeño territorio de la Iglesia, *para protegerlo*...

La verdad es que las guerrillas garibaldinas pasaban libremente por entre los puestos italianos, asaltaban las aldeas, cometían toda suerte de violencias, incendios, saqueos, asesinatos, y cuando los zuavos acudían, ellas se retiraban a rehacerse más allá de las filas del rey caballero *(galantuomo)*.

La farsa era demasiado burda y ya iba fatigando a los casi infatigables diplomáticos. Napoleón amenazó con mandar 12.000 hombres que tenía en Tolón si en el plazo de cinco días los garibaldinos no abandonaban el territorio pontificio.

El ultimátum pareció espantar a Víctor Manuel. El Gabinete Ratazzi presentó la renuncia y fué reemplazado por otro que formó Cialdini, "el héroe de Castelfidardo".

La comedia continuaba.

En esto súpose que Garibaldi se había escapado a través de los siete buques de guerra, y que marchaba sobre Roma al frente de sus legiones.

El 26 de octubre (1866) apareció en Monte Rotondo, pequeña población a cinco leguas de Roma, defendida por un puñado de voluntarios, casi todos de la famosa legión francesa de Antibes. Eran 323, y las tropas de Garibaldi más de 5.000. Aun así, sostuviéronse durante once horas. Sólo llegada la noche, agotadas sus municiones y cuando el incendio irrumpía en diversas partes de la ciudad, levantaron bandera blanca.

Los sobrevivientes cayeron prisioneros, mas habían retardado la marcha de Garibaldi.

El plan de Víctor Manuel había sido permitir que Garibaldi se apoderase de Roma, antes de la llegada de los franceses. Quería poner a Napoleón en presencia del hecho consumado, política favorita de Cavour, que la experiencia demostró siempre eficaz.

Los bravos defensores de Monte Rotondo frustraron el golpe. El 29 de octubre las tropas de Napoleón desembarcaron en Civita Vecchia, y el 30 ocupaban de nuevo la ciudad eterna.

Garibaldi, entre tanto, con 10.000 hombres y dos cañones, se atrincheraba en la aldea de Montana, donde el 3 de noviembre lo atacaron 6.000 pontificios con seis cañones.

La acción fué viva y ruda. Los pontificios, inferiores en número, no habrían podido conquistar la posición sin la ayuda de 2.000 franceses que aparecieron al atardecer.

Por primera vez en las guerras de Italia se sintió el rumor extraño de los fusiles *chassepots*, nuevo armamento de las tropas de Napoleón.

Puestos en fuga los garibaldinos, su jefe huyó a entregarse al Gobierno italiano, que lo arrestó durante un mes para salvar las apariencias y le permitió luego volver a su residencia de Caprera.

Esta vez el halcón nada ha cazado. Su carrera está concluída, porque su señor ya no lo necesitará.

Víctor Manuel percibe la decadencia de Garibaldi y la de Napoleón, y los abandona como a un par de limones exprimidos. Bismarck le traza un rumbo, y él abandona a su antiguo aliado. Y vuelve sus ojos a Alemania.

Si Napoleón le ha cerrado el camino de Roma, Bismarck se lo abrirá.

Debe a Francia la corona de Italia; la casa de Saboya está emparentada con los Bonaparte. ¿No recuerda ya que cuando Cavour (palabras de Garibaldi) vendió a Napoleón Saboya y Niza, la princesa Clotilde fué entregada *par déssus le marché?*

¡Oh, sí lo recuerda! Pero antes que padre es rey, y quiere completar su reino. *L'Italia e fatta, ma non è compiuta.*

En el *Testamento político del caballero Walpole, conde de Oxford y ministro de Inglaterra* (dos tomos, publicados en Amsterdam en 1767), exactamente cien años antes de Montana, hay un capítulo relativo al Piamonte, en que con una clarividencia de mago o de profeta, se describe a nuestro rey caballero, devoto y soldado, que en aquellos tiempos también llamábase Víctor, pero no era más que Rey de Cerdeña.

No es una censura; es más bien un elogio de la habilidad maquiavélica de la casa de Saboya. Un párrafo dice así:

"No se trata, pues, para el Rey de Cerdeña, si quiere agrandarse, que de ser hábil para aprovechar las ocasiones: en cuanto a eso, bien se advierte que hasta ahora nada hay que reprochar en este punto al Gobierno de Turín: esta corte no se alía sino con el que le ofrece más.

"Según este sistema, ningún aliado le es oneroso. Todos le resultan más o menos útiles; por poco que se examine de cerca la conducta de esta nación durante más de un siglo, se descubrirá que su política está impregnada de la sutileza del aire que respira.

"En una potencia así constituída, no hay vínculo de sangre que el filo del interés no corte. Así, las consideraciones que ella tiene hacia las alianzas formadas por matrimonios son siempre subordinadas a los intereses actuales del Estado.

"En la situación presente, los Estados que forman Italia pueden considerarse como la ostra disputada por la casa de Austria y la casa de Borbón (Francia). ¿No podría suceder que el Rey de Cerdeña viniera a hacer de juez y parte y dejara las conchas a las dos potencias rivales?" (Recuérdese que Italia estaba entonces, y hasta los tiempos de Víctor Manuel, dividida en siete u ocho pequeños Estados.)

Como nuestro Víctor Manuel fuese hombre de costumbres zafias, divulgóse la especie de que no era hijo de Carlos Alberto, sino un sustituto del verdadero hijo, muerto en un incendio del palacio.

Parécenos que la pintura, diabólicamente profética, del caballero de Walpole, es un irrecusable *pedigree* del rey *galantuomo*.

¡No hay vínculo de sangre que el filo del interés no corte! ¡No se alía sino en el que le ofrece más! Dos rasgos atávicos, que se encuentran en el hijo de Carlos Alberto todavía mejor que en su padre.

Bismarck, que había burlado las ambiciones de Napoleón III en el Congreso de Praga, vió venir la guerra de 1870, entre Francia y Prusia, tres años antes que estallara.

No podían tener otro sentido las declaraciones en que el emperador anunciaba que los tratados de Viena de 1815, en que se fijaron las actuales fronteras de Francia,

habían dejado de existir. Hacían coro a estas declaraciones las de los ministros franceses de Moustier y Rouher, que reclamaban una parte de las recientes conquistas de Prusia; y del marqués de la Valette, ministro del Interior, que en una circular preparaba al público para nuevos armamentos...

Por crear en Méjico un imperio filial del suyo, Napoleón III había comprometido buena parte de su Ejército, sin lograr afianzar la corona en las sienes del desventurado archiduque Maximiliano de Austria, a quien abandonó finalmente, y que fué fusilado en Querétaro el 19 de junio de 1867.

Ahora que sus diplomáticos de Berlín le anunciaban que el ejército alemán tenía 1.200.000 hombres, Napoleón echaba de menos las legiones deshechas, los tesoros disipados y el prestigio militar perdido en tan loca aventura.

Mala preparación para una guerra.

Buscó alianzas en Austria, en Rusia, en Italia misma, prometiendo a Víctor Manuel el retiro de las tropas francesas de Roma. Ya era tarde. El rey caballeresco estaba entendido con Bismarck, *que ofrecía más.*

Por de pronto Víctor Manuel, entendiéndose con Bismarck, evitaba que Bismarck se entendiera con Mazzini, es decir, con la Revolución, con la República.

En 16 de septiembre del 68, Mazzini respondía a un alto personaje prusiano, que desde Florencia (capital de Italia entonces) le pedía su opinión. Y así decía el jefe del partido de acción: "Creo probable la guerra este año. Bien entendido, el Gobierno italiano será neutral, o estará con Francia.

"La guerra contra Prusia no sólo está resuelta en el espíritu de Luis Napoleón, sino que le será impuesta por las circunstancias. La palabra *guerra a Prusia* ha sido imprudentemente arrojada entre los oficiales de los cuarteles. Luis Napoleón pierde terreno cada día en Francia. No tiene más defensa que el Ejército, el cual lo abandonaría si lo engañase. Para atraerlo, para desviar los espíritus con el fantasma de la gloria y de las conquistas, de las cuestiones de libertad, está obligado a jugar en la guerra su última carta...

"Alemania no puede esperar del Gobierno italiano otra actitud que la neutralidad o la hostilidad. Si cree poder aliárselo contra Francia, está ciega: no conoce ni al rey, ni a los ministros, ni al elemento oficial. Por temor a la opinión pública, el Gobierno italiano comenzará tal vez por ser neutral. Pero el día que Francia quiera obtener su concurso, le bastará decirle: "Os entrego Roma", y ese día el país, seducido, dejará hacer al Gobierno todo lo que quiera.

"El verdadero secreto de la segunda expedición de Roma ha sido precisamente la necesidad de procurarse una prenda de alianza para la guerra proyectada."

Ya el año anterior Mazzini mismo había entregado en Florencia al conde Usedom, embajador de Prusia, una nota secretísima dirigida a Bismarck. En ella le anunciaba la guerra de Francia, aliada con Italia, contra Prusia, y le pedía un millón de francos y 2.000 fusiles de aguja para provocar la revolución y tumbar a Víctor Manuel.

"Yo no tengo garantías particulares que ofrecer. Mi vida, el fin por el cual trabajo hace treinta y cinco años,

son las prendas de mi fidelidad a las obligaciones que contraigo...

"El apoyo material, al menos en parte, debe ser entregado antes que se ejecuten los proyectos bonapartistas... 500.000 francos de inmediato. En cuanto a los fusiles, una vez hecho el convenio."

Bismarck no echó en saco roto ni los avisos ni la proposición de Mazzini; pero al mismo tiempo que seguía con él la correspondencia, por intermedio de amigos secretos y fidelísimos, abría con Víctor Manuel aquellas sutilísimas conversaciones, que lo alejaron definitivamente de la alianza francesa, sin que lo advirtiera Napoleón.

Ni Rusia, que no perdonaba sus derrotas de Crimea, ni Austria, que no olvidaba Solferino, quisieron entrar en las combinaciones del decaído emperador, que por afianzar su dinastía iba a provocar la guerra que Bismarck deseaba de todo corazón.

En estas circunstancias, Napoleón quiso ver si su pueblo ratificaba su política. El 8 de mayo de 1870 tuvo lugar el famoso plebiscito, en que 7.200.000 ciudadanos depositaron un *sí* en las urnas, contra 1.500.000 que depositaron el *no*. El entusiasmo oficial por la guerra había contagiado a la inmensa mayoría, en vísperas de la inconmensurable catástrofe. Esto no es para acrecentar la fe en los plebiscitos.

Sólo faltaba la ocasión. Napoleón no tendría que calentarse los cascos, porque Bismarck iba a ayudarlo a buscarla.

Y fué la cuestión española. El general Prim, que había derrocado a Isabel II, ofreció la corona de España al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, de la casa real de

Prusia, y Bismarck influyó para que la aceptara. ¡Furia del emperador! Un rey prusiano en España, ponía a Francia entre dos fuegos. Vetó la candidatura del Hohenzollern y exigió que Guillermo I hiciera otro tanto.

Bismarck dió contramáquina, y pareció acatar el veto imperial, y Guillermo I, que vacilaba ante una nueva guerra, no opuso dificultades e hizo anunciar oficialmente que el príncipe Leopoldo renunciaba a lo que ya había aceptado.

Demostración de timidez o debilidad, que inflamó la arrogancia de Napoleón. La opinión favorable a la guerra había hecho largo camino en Francia. De los cuarteles el entusiasmo se contagió a la calle. "¡A Berlín!", se gritaba en toda la nación.

Napoleón aprovechó el estado de los espíritus para dar un golpe teatral, a la manera del otro Napoleón, un golpe que no sólo redujera a su enemigo, sino que lo humillara: exigió del Rey de Prusia el compromiso de que jamás permitiría a ningún príncipe de su casa la aceptación de una nueva candidatura. El duque de Grammont, su ministro de Relaciones Exteriores, redactó al efecto el borrador de una carta que el rey debía firmar.

Benedetti, embajador francés, a quien ya vimos actuar con Cavour, presentó el singular papel a Guillermo I. Inútil ponderar la indignación del viejo rey. Por dos veces Benedetti volvió a la carga, y el rey se negó a recibirlo.

El Gobierno francés tomó esta negativa como un insulto, y el 19 de julio del 70 declaró la guerra. Bismarck tenía lo que deseaba: una guerra, mano a mano, con Francia, ante la Europa consternada, que al ver dos naciones

de 40 millones de habitantes entrar en conflicto, creía en el advenimiento de la revolución universal.

Sólo Pío IX se animó a ofrecerse mediador de la paz, antes que las hostilidades comenzaran:

—"Os parecerá extraño—escribió al Rey de Prusia—que nos dirijamos a Vuestra Majestad con esta carta... Esta mediación os la ofrece un monarca que no puede como tal suscitar envidia, y que, por otra parte, puede merecer confianza por la influencia moral y religiosa de que es centro..."

Al emperador de Francia le escribió en iguales términos. Guillermo, aunque protestante, le respondió con emoción y cortesía: "No me han sorprendido, sino conmovido, las tiernas palabras trazadas por vuestra mano para hacernos oír la voz del Dios de la paz... Dios es testigo de que ni yo ni mi pueblo hemos deseado ni provocado esta guerra... Hemos sacado la espada para defender la independencia y el honor de la patria... Si Vuestra Santidad pudiera ofrecerme de parte del que tan inopinadamente ha declarado la guerra la seguridad de disposiciones sinceramente pacíficas y garantías contra la renovación de semejante violación de la paz, no sería yo el que se negaría a aceptarlas de las venerables manos de Su Santidad..."

Napoleón respondió secamente, por intermedio de su embajador, que la excitación de los ánimos en Francia no le permitía cerrar la contienda pacíficamente.

Ni en esos momentos se desengañó de que lo habían dejado solo; y para poner de su parte a Víctor Manuel, mandó retirar de Roma la guarnición francesa, que defendía al Papa. No era que su enorme Ejército, "listo y

archilisto", como decía el ministro de la Guerra, necesitara aquel puñado de tropas. Otra era la razón, y lo afirmaba así el duque de Grammont, en nota del 31 de julio: "No evacuamos el Estado romano por necesidad estratégica, sino por una evidente necesidad política... Debemos conciliarnos las buenas disposiciones del Gabinete italiano."

Equivalía a decir a Víctor Manuel: "Te doy la Roma del Papa, si la quieres, a cambio de tu ayuda, como me diste Niza y Saboya a cambio de la mía..."

El rey caballeresco y soldado era mucho más ladino que Napoleón. Había cambiado el quepis francés por el casco prusiano, mas quería ver antes de moverse cómo andaban las cosas.

El generalísimo prusiano, Moltke, no le hizo esperar mucho. Del 2 al 6 de agosto salieron del Estado romano los últimos guardianes de la independencia pontificia. Esas fechas señalan las primeras derrotas de Napoleón: Wissembourg, Froeswiller, Forbach... El 2 de septiembre el emperador capitulaba en Sedán y caía prisionero de guerra con 80.000 soldados. Vanamente su enviado intentó ablandar a Bismarck, para obtener una rendición honorable. Bismarck lo interrumpió duramente: "Francia, en dos siglos, ha declarado treinta veces la guerra a Prusia... No habéis podido perdonarnos Sadowa... ¿Vais a perdonarnos Sedán? ¡Jamás!... Es necesario que Francia sea castigada en su orgullo y en su carácter, agresivo y ambicioso."

Y, sin misericordia, dictó las condiciones de la capitulación. El 4 de octubre el segundo imperio había terminado, y comenzaba la tercera República.

¡Esta es mi hora!—se dijo Víctor Manuel—. Ordenó la prisión de Mazzini en Gaeta, para desbaratar sus intrigas, y escribió al Papa una carta que no habría ruborizado a aquel Mazzini del año 48, autor de otra que hemos citado.

"Beatísimo Padre: Con afecto de hijo, con fe de católico, con lealtad de rey, con ánimo de italiano, me dirijo al corazón de Vuestra Santidad.

"Aprovechándose de la guerra que desola el centro del continente, el partido de la revolución cosmopolita crece en audacia e impudicia...

"Yo sé, Beatísimo Padre, que la grandeza de vuestro ánimo no será nunca menor que la de los sucesos; pero yo, como rey católico e italiano, custodia y garantía, por disposición de la Divina Providencia, y por voluntad de la nación, de los destinos de todos los italianos, me siento en el deber de tomar frente a Europa y al catolicismo la responsabilidad de mantener el orden en la península y la seguridad de la Santa Sede.

"El estado de ánimo, Beatísimo Padre, de los pueblos que Vuestra Santidad gobierna, la presencia entre ellos de tropas extranjeras, son un germen de agitación y de peligro evidente...

"Me veo, pues, en la indeclinable necesidad, por la seguridad de Italia y de la Santa Sede, de que mis tropas, que ya guardan las fronteras, penetren y ocupen las posiciones indispensables para seguridad de Vuestra Santidad y para el mantenimiento del orden. No vea Vuestra Santidad un acto hostil..."

En menos palabras: el rey caballeresco, devoto y soldado, mostrábase afligido de que las tropas extranjeras,

los voluntarios del Papa, pudieran conspirar contra la vida de su Beatísimo Padre, y tenía impaciencia de penetrar en Roma, con los héroes de Castelfidardo y de Ancona, a salvaguardar tan preciosa existencia.

No importa que el Convenio de septiembre previese la formación de un Ejército pontificio, compuesto de voluntarios extranjeros; tampoco importa que el artículo primero de dicho Convenio disponga: "Italia se obliga a no atacar el territorio del Santo Padre y a impedir con la fuerza todo ataque proveniente del exterior contra dicho territorio..." Importa menos todavía que millares de soldados, entre ellos muchos piamonteses, hayan sucumbido en los campos de Crimea para mantener contra Rusia y en favor de Turquía el principio de *no intervención* de un Estado en la política interna de otro.

El impetuoso amor de Víctor Manuel lo impulsa a considerar como un papel mojado los compromisos que llevan su firma, y hasta a imponer a cañonazos al Papa su caballeresca protección.

El conde Ponza di San Martino es el enviado que va a entregar a Pío IX la carta de Víctor Manuel. Pío IX lo acoge con cariño, le habla de un hermano jesuíta que tiene el conde, y en habiendo leído la carta, exclama con punzante sarcasmo:

—¡Sepulcro blanqueado! He aquí adonde la revolución ha hecho descender a un rey de la casa de Saboya. No le bastaba a la revolución destronar a los reyes o decapitarlos; ahora necesita envilecerlos.

Y respondió en pocas líneas al rey:

"No entro en los detalles de vuestra carta por no renovar el dolor que su lectura me ha causado. Bendigo a

Dios, que ha permitido a Vuestra Majestad colmar de amargura el último período de mi vida. No puedo admitir ciertos pedidos... Me pongo en las manos de Dios, rogándole conceda muchas gracias a Vuestra Majestad, lo libre de peligros y le dispense la misericordia que necesita."

Víctor Manuel, que adivina lo que le contestarán, no ha aguardado la respuesta del Papa. El 11 de septiembre da orden de avanzar a sus tropas por tierra y por mar. ¡También por mar! Porque si su Ejército quiere desquitarse de Custozza, su escuadra quiere hacer olvidar la derrota de Lissa.

El general Rafael Cadorna, un apóstata, antiguo canónigo de Milán, manda las tropas del rey, y sitia Roma con 60.000 soldados. El general Kangler manda las del Papa, y tiene 9.600.

En vísperas de la batalla, el Papa escribe a Kangler esta carta magnífica:

"Señor general: Ahora que va a consumarse un gran sacrilegio y la más enorme injusticia, y las tropas de un rey católico, sin provocación, sin ni siquiera la apariencia de un motivo, sitian la capital del mundo católico, siento en primer lugar la necesidad de agradecer a usted, señor general, y a todas nuestras tropas, su generosa conducta y la adhesión demostrada hacia la Santa Sede y la voluntad de consagrarse enteramente a la defensa de esta metrópoli. Sean estas palabras un documento solemne que certifiquen la disciplina, la lealtad, el valor de las tropas al servicio de esta Santa Sede.

"En cuanto a la duración de la defensa, me siento en el deber de ordenar que se limite a ser una protesta, su-

ficiente para que se compruebe la violencia, y nada más; esto es, que a los primeros cañonazos se inicien negociaciones para la rendición.

"En un momento en que Europa deplora víctimas numerosísimas, consecuencia de una guerra entre dos grandes naciones, no se diga jamás que el Vicario de Jesucristo, aunque asaltado injustametne, haya consentido en el menor derramamiento de sangre.

"Nuestra causa es de Dios, y nosotros ponemos en sus manos toda nuestra defensa.

"Bendigo de corazón a usted, señor general, y a toda la tropa.

"En el Vaticano, 19 de septiembre de 1870."

Al siguiente día, ¡el histórico 20 de septiembre!, a las 5,15 de la mañana, las baterías del general Cadorna bombardean la ciudad pontificia. Los cañones del Papa responden.

A las nueve y cuarto una brecha de treinta metros se abre en aquella muralla, que tiene quince siglos de existencia, y Cadorna lanza dos regimientos al asalto.

Kangler ha mandado el anuncio al Vaticano y espera la orden de parlamentar; pero, entre tanto, los zuavos reciben el asalto con un fuego bien nutrido, que hace retroceder al adversario. "*¡Viva Pío IX!*", gritan, y al grito de "*¡Viva Saboya!*", los piamonteses vuelven a la carga. Los zuavos preparan las bayonetas...

En ese momento Kangler manda cesar el fuego y levanta bandera blanca.

A esa misma hora, todo el cuerpo diplomático escucha conmovido las palabras del Pontífice.

"Señores, he dado orden de capitular... Abandonado

de todos, tarde o temprano sucumbiría. ¿A qué verter más sangre? Vosotros sois testigos, señores, de que el extranjero no entra aquí sino por la fuerza; que si franquea mi puerta es rompiéndola; esto me basta; el mundo lo sabrá y la historia lo dirá un día... ¡No lloro por mí, sino por esos pobres hijos míos, que querrían defenderme...!"

En efecto, la orden de cesar el combate llenó de consternación a los zuavos, que habían jurado morir por Pío IX. Muchos habían caído ya, y muchos más envidiaban su suerte.

Mas fué forzoso librar la brecha de Porta Pia al vencedor.

Así cayó Roma, y con ella perdió Pío IX el último grano de arena sobre el cual asentaba los pies. Masones, ateos, protestantes de todo el mundo aplaudieron la conquista de Víctor Manuel. Garibaldi rechinó los dientes, por no haber sido él quien ganara la gloria de Porta Pia.

Y en el corazón de los sectarios brotó la esperanza de que Pío IX sería el último Papa.

Pero Víctor Manuel no era más que un episodio en la lucha secular del infierno. La Iglesia conocía el rostro de muchos perseguidores más temibles aún. Había visto a Nerón y a Dioclesiano. A Constancio y a León el Isauro. A Enrique IV y a Federico II. A Arnaldo de Brescia y a Cola de Rienzi. A Felipe IV y a Luis de Baviera. Y había visto al más grande de todos: a Napoleón I.

"Hace sesenta años—escribía Veuillot en 1850—no se decía misa en Francia sino en el fondo de los subterráneos y de los desiertos; y los librepensadores, victoriosos, viendo sus filas repletas de sacerdotes apóstatas, clava-

ban en Valencia (Delfinado) el ataúd de un cautivo que era *el último Papa*. ¿Y bien...? Los católicos lo sabían; ese ataúd del último Papa no encerraba al Papado. Pío IV había muerto cautivo; Pío VIII, elegido bajo la protección de las bayonetas rusas, estaba libre y vivo; Pío IX nacía. La cuna de Pío IX ha flotado en la sangre de los sacerdotes degollados."

XII

EL CONCILIO VATICANO

¿Un hombre de carne y hueso puede ser infalible? ¿Un hombre, nacido como todos, del lejano barro que Dios amasó en el sexto día, que ha heredado las pasiones y el pecado de cien generaciones, puede conocer la verdad absoluta y ser exento de engaño, y ser incapaz de mentira?

¿Y ese hombre es el Papa? ¿Ese hombre han sido todos los Papas, lo mismo Pedro y Gregorio VII y Pío V, que Benedicto IV y Alejandro VI?

¿Y quién se apresta a declarar eso como un dogma que todos debemos de creer, so pena de anatema? Pío IX, en el preciso momento en que se hunde su trono temporal y la historia comprueba que su política no fué infalible.

¡Absurdo, absurdo! En vano los teólogos responden que no es una verdad nueva; que en el seno de la iglesia la infalibilidad del Papa ha sido una tradición constante, pero que sólo es infalible el magisterio del Papa y no el ministerio, es decir, que no puede equivocarse cuando enseña lo que se debe creer o practicar, pero sí cuando habla u ordena como soberano.

La masonería no comprende y se escandaliza, y re-

suelve contestar al concilio del Papa en Roma con un anticoncilio en Nápoles.

Los más famosos librepensadores de la época se adhieren: Michelet, Quinet, Littré, Garibaldi, Ausonio Franchi, Gianni... Y en ese anticoncilio se definirán los antidogmas obligatorios para todos los que alardean de pensamiento libre.

Los Gobiernos se irritan. La Francia de Napoleón III, la Italia de Víctor Manuel, la Prusia de Bismarck, la Baviera de Luis II, son un mar de controversias y de proyectos para salvar la libertad moral del mundo.

Creencia constante de la Iglesia, la infalibilidad del Papa, no era, sin embargo, creencia unánime. Como casi todos los dogmas, antes de ser definidos tenía sus adversarios.

En el siglo XV, el episcopalismo; en el XVII, el galicanismo y el jansenismo; en el XVIII, el febronianismo, negaron el magisterio infalible del sucesor de Pedro, atribuyéndole esa infalibilidad sólo cuando contaba con el consentimiento de los obispos. La Iglesia infalible, pero no la persona del Papa.

Si se recuerda que el gran Bossuet, casi un doctor de la Iglesia, en la asamblea de los obispos y arzobispos franceses alzados contra la primacía del Papa, en 1682, fué el redactor de la famosa *Declaración*, especie de Confesión de Ausburgo de la nueva herejía, puede comprenderse la raigambre que el galicanismo tenía en Francia con tan ilustre antecesor.

Dos Papas, Alejandro VIII (1690) y Clemente IX (1706) condenaron la Declaración galicana; y, a pesar de eso, el galicanismo, que hacía de la Iglesia francesa

una Iglesia más dependiente del rey o del emperador que del Papa, ha llegado hasta los tiempos de Pío IX, acrecentando su caudal con las aguas turbias del jansenismo, que se apresuró a confundirse con él para salvar siquiera algunas gotas de su doctrina.

En la bula de convocatoria del Concilio Vaticano, nada se decía acerca de la infalibilidad; pero no tardó en saberse que una gran mayoría de los obispos deseaba que ese punto se definiera como un dogma.

El Concilio debía abrir sus sesiones el 8 de diciembre del 69. Y he aquí que el 6 de febrero estalla como una bomba una correspondencia de Francia en las páginas de la *Civilta Cattolica.*

Ese periódico que redactan en Roma los padres jesuítas y pasa por órgano del Vaticano, anuncia que "el Gobierno francés teme que el Concilio defina el dogma de la infalibilidad pontificia, considerando esta doctrina como contraria a la Constitución del Estado".

En los detalles de la correspondencia se advierte, si no la mano, por lo menos los informes del nuncio en París, monseñor Chigi. ¿Cómo los jesuítas han publicado eso, que dificultará la acción diplomática? El Papa se muestra disgustado.

Y como si no bastase, la mencionada correspondencia agrega: "Los obispos franceses piensan como el resto del episcopado católico del mundo en lo que se refiere a la infalibilidad. Si hay alguna excepción, no tiene importancia. Los *verdaderos* católicos desean ardientemente una confirmación positiva del *Sillabus* y la proclamación de la infalibilidad, a fin de sepultar definitivamente la des-

venturada declaración de 1682, que fué la inspiradora del galicanismo."

La verdad es que si bien la mayoría de los obispos franceses eran partidarios de proclamar la infalibilidad, no podía decirse que carecieran de importancia los opositores.

Eran numerosos y encabezados por hombres tan ilustres como el arzobispo de París, Darboy; el obispo de Orleáns, Dupanlop, y contaban en sus filas a los obispos Maret, Guibert, Lavigerie y otros muchos; los estimulaban desde fuera con artículos y folletos personajes como el abate Gratry, el conde Montalembert, el superior de los carmelitas, Jacinto Loyson, que no tardó en colgar los hábitos. Y estaba con ellos el emperador, a quien sabíale mal la sepultura del galicanismo, doctrina que le daba ciertas facultades de Pontífice, con una sombra de infalibilidad.

La opinión no se refería a la creencia en sí misma, sino a la oportunidad de definirla como dogma. Los mismos que aseguraban creer en la infalibilidad del Papa, sostenían que era inoportuno declarar fuera de la Iglesia a los que no creían en ella.

Una recia lucha siguió al artículo de la *Civiltá*. El galicanismo despojaba el formidable arsenal de Bossuet, para librar su última batalla: la vieja herejía se resistía a morir.

Día a día aparecían nuevos adeptos, *inoportunistas*, como se les llamó. Declaráronse inoportunistas en su mayoría los obispos alemanes, austríacos, húngaros, norteamericanos y orientales.

Jefe de la oposición en Alemania era el preboste de

la catedral de Munich, el famoso teólogo Döllinger, hombre de vasta ciencia, que terminó, como tantos otros, en la apostasía, pero que no logró ser lo que en su inmenso orgullo soñara: el Lutero del siglo XIX.

La Iglesia aparecía amenazada por un cisma. Era la historia de todos los Concilios. Frente a cada dogma que afirma, se alza fatalmente la herejía que niega. Del seno de todos los Concilios, Nicea, Caledonia, Constantina, han surgido apóstatas. Pío IX asistía imperturbable a los prolegómenos de la formidable asamblea.

Y decía sonriendo: "En todo Concilio hay tres épocas: la época del diablo, que es corta; la de los hombres, que es más o menos larga; la del Espíritu Santo, que tiene la última palabra. Estamos en la época del diablo."

Era la primera vez, en tres siglos, después del de Trento (1545-1563), que se convocaba un Concilio ecuménico, general, donde hallarían asiento los patriarcas y obispos del rito oriental, junto con los cardenales, arzobispos y obispos del rito latino. Y aun hubo la esperanza de que concurrieran los cismáticos de las iglesias orientales, a quienes Pío IX invitó también, "suplicándoles que fueran al Concilio de Occidente, y de todo el Universo, como sus padres habían acudido al segundo de Lyon y al de Florencia." Pero el zar de Rusia, de quien dependían, atajó el movimiento de aproximación a Roma que mostraron numerosos obispos cismáticos.

En otros siglos los Pontífices solían invitar a los reyes y emperadores, que enviaban al Concilio sus representantes. La experiencia de Pablo III, que convocó el de Trento, sirvió a Pío. En aquella ocasión, más que ayuda, los príncipes temporales aprovecharon la invitación para

suscitar un semillero de cuestiones y dificultades que prolongaron dieciocho años la augusta asamblea.

Si esto hicieron monarcas tan piadosos como los de aquellos tiempos, ¿qué no habrían hecho un Napoleón, un Víctor Manuel, un general Prim, que gobernaba en España, un Luis de Baviera, aleccionado por Döllinger un Bismarck, imbuído en el odio luterano, de habérseles brindado la ocasión?

Pío IX derogó las costumbres y ni les pidió su parecer ni los invitó, y los Gobiernos sintieron la virilidad de esa actitud y fomentaron las corrientes opositoras, esperando hacer fracasar los designios que se atribuían al Papa.

¿Quería aparecer infalible a los ojos de doscientos millones de fieles? ¿Con qué propósito? ¿Para inmiscuirse en la política de las naciones, para desligar a los ciudadanos de la fidelidad de sus príncipes, para intentar, como en la Edad Media, destronar con una bula a un emperador? ¡Ay de él!

Interpelado en el Parlamento francés, el ministro de Instrucción Pública tranquiliza los espíritus inquietos anunciándoles que la gran mayoría del episcopado y del clero es contraria a la infalibilidad.

Mientras de todos los rumbos acuden a Roma los obispos, algunos de ellos tan pobres que deben viajar a pie, como los antiguos peregrinos, componiendo con sus manos su calzado y su traje, los teólogos que viven a un paso de Roma tienen tiempo de discutir la cuestión.

El abate Gratry escribe virulentos artículos, acusando a la Santa Sede de haber falsificado documentos, y afirma que el Papa puede errar en materia de fe, y cita-

ban el ejemplo del Pontífice Honorio, que aprobó el monotelismo, condenado más tarde como herejía.

Don Gueranguer, abad de Solesmes, y otros teólogos e historiadores le contestan aclarando aquel episodio de la historia de la Iglesia, entenebrecido por la literatura capciosa de los griegos. El canónigo Döllinger ataca también la infalibilidad, como doctrina sin tradición en la Iglesia.

Al igual de Lamennais, Döllinger había esperado honores, que Roma no le concedió. Sus panfletos, llenos de ciencia teológica y de terrible pasión, prenden fuego a Alemania y electrizan a Dupanloup. No faltan quienes tiemblan ante sus invectivas, ni quienes descubran en el apasionado canónigo de Munich el Lutero del siglo XIX, que descargará sobre el Pontificado el golpe de gracia.

Dupanloup, como una lanzadera entre Francia e Italia, entre Italia y Alemania, teje la diestra oposición de los inoportunistas, que, sin atreverse a tanto como Döllinger o Gratry, anuncian catástrofes si se llega a proclamar un dogma que parece repugnar a los tiempos modernos.

¡La sombra de Bossuet, como una montaña, les oculta el sol de Roma!

Sus campañas empiezan a infiltrar la duda en las conciencias católicas, y eso apresurará la decisión del Concilio: *"Quod inopportunum discerunt*—exclamará el obispo de Angulema, monseñor Cousseau—, *necessarium facerunt"* (los que decían que era inoportuno, lo han hecho necesario).

Así llegó el 8 de diciembre del 69, fiesta de la Inmaculada, en que Pío IX inauguró el XX Concilio Ecuménico que haya presenciado la Humanidad.

Diseminados por todo el mundo existían 1.044 personajes convocados al Concilio. Concurrieron 758, entre ellos 49 cardenales, 13 patriarcas y primados, 122 arzobispos, los demás obispos y generales de Ordenes religiosas. Muchos viejos y decrépitos; algunos llegaron a Roma apenas para besar el pie del Santo Padre y morir.

Por el número de los obispos, el Concilio Vaticano superaba a todos los anteriores, si bien hubo en el segundo de Letrán (1139) cerca de mil padres, abates en su mayoría.

No sólo el mundo católico acogía ávidamente el rumor de aquella asamblea, como no se había visto en trescientos años, sino también el mundo sectario. Dos días después, el 10 de diciembre, inaugurábase en Nápoles el anticoncilio de la masonería. Por desgracia, alguno de sus oradores extraviáronse en las mieses de la política, injuriando a Napoleón III, y la Policía de Víctor Manuel interrumpió violentamente sus sesiones.

Lástima grande que la historia no haya podido recoger los antidogmas que iban a brotar de allí, para antídoto de los que iba a promulgar el Vaticano.

Y, como en los tiempos de madame de Sevigné, en que hasta las cortesanas discutían los problemas de la gracia y de la predestinación, bajo el signo de Jansenio, los salones más mundanos resuenan con el fragor de los argumentos en pro y en contra de la infalibilidad.

No tarda el cáustico ingenio latino en llamar madres del Concilio a las turbulentas mujeres, que, no pudiendo tomar parte en él, rompen lanzas teológicas al pie de sus muros inaccesibles.

Los librepensadores de Nápoles han permitido a mu-

chas damas ilustres y elocuentes, como la princesa Enriqueta Caracciolo o la marquesa Florenzi-Wadington, discutir con ellos mano a mano los dogmas del anticoncilio. ¡Oh, si el Papa hubiese imitado ese ejemplo!

A sesenta años de distancia, no podemos hacernos idea del ardor de aquella lucha, apenas templado por las nubes que iban ensombreciendo el horizonte político de Europa y presagiaban la guerra.

Don Bosco en esos días tuvo un sueño, que le pareció una tremenda profecía, digna de ser comunicada al Papa. Nadie pensaba entonces en la inminente caída de Roma, y menos en el sitio de París por los prusianos con el derrumbe de la dinastía napoleónica.

Y él, la noche víspera de la Epifanía, lo vió todo, lo escribió de su puño y letra y mandó al Papa una copia sin expresar quién la mandaba.

Días después lo hallamos en Roma discutiendo con los adversarios de la infalibilidad, persuadiendo a los indecisos y haciendo del obispo de Saluzzo, Gastaldi, a quien Dupanloup tenía sitiado, un paladín del futuro dogma.

No se hallaba este asunto en lo que llamaríamos el orden del día de la augusta asamblea. Pero en todo momento el Pontífice podía ponerla en discusión. Y así lo hizo a petición de 450 padres del Concilio, que le presentaron un memorial que era una ferviente profesión de fe. El número de los firmantes indicaba sin ninguna duda que ellos eran la mayoría.

Sorpresa y desencanto de los obispos galicanos. Dupanloup acude ante el Papa con una brillante diputación de cuarenta obispos. ¿Qué urgencia hay, Santísimo Pa-

dre, en tratar una cuestión que anarquizará la Iglesia y concitará la furia de los Gobiernos?

—Hijos míos—respóndeles Pío IX—, tened confianza en el Concilio. Votad según vuestro parecer, y dejad el resto al Espíritu Santo.

El arzobispo de París, monseñor Darboy, escribe al emperador quejándose de que el Papa limita la libertad del Concilio, y pidiéndole que retire de Roma su embajador.

Los galicanos reclaman el apoyo de su Gobierno. Napoleón tiene los oídos llenos de argumentos: la infalibilidad es la idolatría del Papa; todas sus palabras serán dogmas de fe; todos sus caprichos aparecerán como inspirados directamente por Dios; los obispos perderán su autoridad; la iglesia de Francia, su autonomía; los jesuítas tendrán la última palabra en su lucha secular contra el galicanismo y el jansenismo, y nada contrarrestará su influencia en Roma.

¡Ya lo sabe! Pero ¿qué hacer? Su nuevo jefe de Gabinete, Emilio Ollivier, le aconseja no intervenir, porque la mayoría del episcopado francés se muestra favorable a la definición. Recibe a Gratry, que va a implorarle arroje en medio del Concilio el sable de Breno, y le responde melancólicamente: "Estoy lleno de simpatía por vos, pero qué hacer ante un episcopado que repudia mi intervención. ¡Decid a Darboy y a Dupanloup *que sean mayoría!*"

El último recurso de la oposición es prolongar desmesuradamente la discusión, para que no se llegue al final.

A fines de abril, después de centenares de discursos, muchos de ellos caldeados por la atmósfera exterior, se

sanciona la constitución dogmática de la fe, que el Pontífice promulga solemnemente en la basílica de San Pedro el segundo domingo después de Pascua. Ella importa una condenación de diversos sistemas filosóficos, panteísmo, materialismo, tradicionalismo, la independencia de la razón, la indiferencia en materia religiosa.

A mediados de mayo se entra por fin en el grave asunto, para cuyo debate se han inscrito 120 oradores. Adviértese el propósito en la minoría de eternizar la cuestión.

Han hablado ya 64 padres del Concilio, algunos de los cuales con tanta violencia que el presidente los ha llamado al orden.

¿Hasta cuándo se escucharán aquellos interminables discursos en pro y en contra, en un latín no siempre clásico, con una pronunciación apenas inteligible?

Aquellos centenares de ancianos, fatigados por seis meses de deliberaciones, rendidos física e intelectualmente bajo el rudo calor del verano de Roma, estarán mejor dispuestos para aceptar una suspensión de la asamblea, que puede ser una postergación hasta las calendas griegas.

El 3 de junio, la maniobra es frustrada con una proposición de cerrar el debate en general. Desconcierto y protesta de los antioportunistas, encabezados por los cardenales Rausher, Schwarzenberg y Mathieu. Por gran mayoría la moción pasa. Mas prosigue la dura batalla en particular. Un mes después, se han pronunciado más de cien discursos, y aún faltan sesenta oradores.

La fatiga los vence. Los que no han hablado renuncian a hacerlo, y se pasa a votar. Tres clases de votos pueden emitirse: *placet*, afirmativa; *non placet*, negativa;

placet juxta modum, afirmativa con algunas modificaciones.

451 responden *placet;* 62, *placet juxta modum;* 88, *non placet.* La asamblea acepta algunas modificaciones en el texto sancionado, con lo cual se aumenta el número de los *placet.* El dogma de la infalibilidad queda aprobado. La oposición arguye que se requiere unanimidad. Responde la historia de los Concilios en que los dogmas no siempre fueron proclamados por unanimidad.

Ahora tiene la palabra el sucesor de Pedro. Los opositores ya no son más que 73 (4 cardenales, 2 patriarcas, 2 primados, 17 arzobispos, 47 obispos, un abad), pero todavía se presentan al Pontífice anunciándole las fatales consecuencias que traería la promulgación del nuevo dogma.

Pío IX les habla con benevolencia. La Iglesia no teme la contradicción; es su atmósfera natural. La nave de Pedro está hecha para surcar tempestades.

Cincuenta y cinco obispos se retiran, entre ellos un cardenal, Schwarzenberg, explicando en una carta al Papa que, por amor hacia él, no habiendo cambiado de opinión, no quieren presentarse a la asamblea de la promulgación en que tendría que pronunciar el *non placet.*

El 18 de julio, delante del Papa, llamados por sus nombres, uno a uno, los 535 padres del Concilio presentes profieren su voto en alta voz; los *placet* son 533; los *non placet,* 2.

Y el Papa, de pie, ceñida la tiara, en virtud de su autoridad apostólica, define y promulga el dogma de la infalibilidad pontificia.

En el instante mismo un denso nublado que desde el

amanecer cubría Roma estalla en una indescriptible tormenta.

Las notas del *Te Deum* quedan ahogadas por los truenos. Los relámpagos incendian el aire.

La faz de Pío IX resplandece como la de Moisés al bajar del Sinaí. Con las últimas palabras del *Te Deum* vuelve la calma, y el sol, que se abre camino por entre las nubes desgarradas, ilumina la frente del Pontífice.

Coincidencia si se quiere, mas no deja de producir gran impresión en la multitud que llenaba el ámbito. La Constitución *Pastor æternus* promulgada condenaba definitivamente el galicanismo y otros sistemas semejantes, sentenciando que el romano Pontífice no sólo tiene el oficio de vigilar y dirigir, sino la suprema y absoluta potestad de jurisdicción sobre toda la Iglesia, no sólo en cosas de fe y de doctrina, sino también en la disciplina y gobierno de ella. Cuando el Papa habla *ex cathedra*, o sea cuando ejerce el oficio de Pastor y Doctor, y en virtud de su apostólica autoridad define que una doctrina acerca de la fe o de las costumbres sea tenida como dogma de fe, posee, por divina asistencia, la infalibilidad de que Cristo ha querido dotar a su Iglesia; y tales definiciones son irreformables de sí y no por consentimiento de la Iglesia.

Faltaba discutir y resolver los derechos de los obispos, en cuanto constituyen la Iglesia, con relación al Papa, pero la guerra franco-alemana y luego la invasión de Roma por el rey *galantuomo* y devoto interrumpieron las sesiones del Concilio para tiempos mejores.

El mismo día de la promulgación del dogma de la infalibilidad, los cuatro cardenales que se habían abstenido de asistir, depusieron en manos del Papa su profesión

de fe, aceptando la doctrina; detrás de ellos los obispos, uno a uno, sin excepción alguna, por primera vez en la historia de la Iglesia, se plegaron a Roma.

No hubo entre ellos una sola apostasía. El mismo Gratry, por escrito, en vísperas de morir (1872), retractó sus errores. Sólo permanecieron insumisos Döllinger, el carmelita Loyson y pocos más, especialmente en Alemania, donde surgió la secta de los *viejos católicos*. Pero como no contara un solo obispo que habría podido consagrar nuevos sacerdotes apóstatas, acabó extinguiéndose.

Döllinger no era de esos teólogos que cuando le han echado el ojo a una mujer comienzan a dudar de algún canon para salirse del aprisco. Lo preservó su soberbia inconmensurable.

No así al desventurado padre Jacinto Loyson, a quien Döllinger en vano conjuró a no meterse en líos. El carmelita arroyó a las ortigas su cogulla y se casó con una viuda norteamericana a quien él había convertido y bautizado. Ella tenía un hijo, que fué el primero y último neófito de la nueva iglesia que fundaron los dos.

Volvamos al sueño de Don Bosco.

"La vigilia de la Epifanía del corriente año, 1870, desaparecieron todos los objetos materiales de mi cuarto y me encontré en presencia de cosas sobrenaturales. Fué cosa de breves instantes en que vi mucho.

"Si bien todo lo vi bajo formas sensibles en apariencia, apenas puedo describirlo con signos exteriores. Da una idea lo que sigue. Es la palabra de Dios, acomodada a la palabra del hombre.

"Del Sur viene la guerra; del Norte, la paz.

"Las leyes de Francia no reconocen ya al Creador,

y el Creador se hará conocer y la visitará tres veces con el látigo de su ira.

"En la primera abatirá su soberbia, con la derrota y el saqueo y el estrago en cosechas, animales y hombres.

"En la segunda la gran prostituta de Babilonia, aquella a quienes los buenos llaman suspirando el prostíbulo de Europa, será privada de su jefe y presa del desorden.

"¡París, París! En vez de armarte con el nombre del Señor, te rodeas de casas de inmoralidad. Ellas serán por ti misma destruídas: el ídolo tuyo, el Panteón, será reducido a cenizas, a fin de que se cumpla el *mentita est iniquitas sibi* (la iniquidad se ha engañado a sí misma). Tus enemigos te reducirán a la angustia, al hambre, al terror y a la abominación de las naciones. ¡Y, ay de ti si no reconoces la mano que te hiere! Quiero castigar la inmoralidad, el abandono, el desprecio de mi ley, dice el Señor.

"En la tercera caerás en mano extranjera. Tus enemigos verán desde lejos arder tus palacios y tus casas en ruinas, bañadas en la sangre de tus héroes, muertos.

"Pero he aquí un gran guerrero del Norte, con un estandarte en la diestra, en el cual se lee: *Irresistible mano del Señor*. En ese instante el Venerable Viejo del Lacio le salió al encuentro, llevando una antorcha ardentísima. El estandarte se desplegó, y de negro que era quedó como la nieve, blanco. En el medio estaba escrito el nombre de quien todo lo puede.

"El guerrero y sus huestes hicieron una profunda reverencia al Viejo y se estrecharon la mano.

"Ahora la voz del cielo al pastor de los pastores: Es-

tás en gran conferencia con tus asesores; pero el enemigo del bien no está quieto un instante y dispone sus artes contra ti. Sembrará discordia entre tus asesores; suscitará adversarios entre mis hijos. Las potencias del siglo vomitarán fuego y querrían sofocar la palabra en la garganta de los que custodian mi ley. Eso no ocurrirá. Harán mal, pero mal a sí mismos. Tú apresura; si las dificultades no se resuelven, córtalas. Si te hallas en angustias, no te rindas y continúa hasta decapitar la hidra del error. Este golpe hará temblar la tierra y el infierno, pero los buenos serán confirmados y se alegrarán. Aunque sólo te queden dos asesores, adonde vayas continúa y termina la obra que se te ha confiado. Los días corren veloces; tus años avanzan al término fijado; pero la gran reina será siempre tu ayuda, y como en el pasado, será en el porvenir *magnum et singulare in Ecclesia praesidium.*

"Y a ti, Italia, tierra de bendiciones, ¿qué te ha sumergido en la desolación?... No digas los enemigos, sino tus amigos. ¿No oyes que tus hijos piden el pan de la fe y no encuentran quien se la reparta? ¿Qué haré? Golpearé a los pastores, dispersaré el rebaño a fin de que los que se sientan en la cátedra de Moisés busquen buenos pastos y el rebaño los siga dócilmente y se nutra.

"Pero sobre el rebaño y sobre los pastores pesará mi mano; la carestía, la pestilencia, la guerra harán llorar a las madres la sangre de los hijos y de los mártires en tierra enemiga.

"Y de ti, oh, Roma, ¿qué será? ¡Roma ingrata, Roma afeminada, Roma soberbia! Has llegado a no buscar otra cosa y a no admirar en tu soberano sino el lujo, olvidándote que tu gloria y la de él está sobre el Gólgota. Ahora

él es viejo, decrépito, inerme, despojado. Sin embargo, su palabra hace temblar al mundo.

"¡Roma! Sobre ti vendré cuatro veces.

"En la primera heriré tus tierras y sus habitantes.

"En la segunda llevaré el estrago y el exterminio hasta tus muros. ¿No abres aún los ojos?

"Vendré la tercera, abatiré defensas y defensores y al imperio del Padre sucederá el reino del terror, del espanto y de la desolación.

"Pero mis sabios huyen, mi ley es pisoteada; por eso haré la cuarta visita. ¡Ay de ti si todavía entonces mi ley es un nombre vano para ti! Sobrevendrán prevaricaciones en los doctos y en los ignorantes. Tu sangre y la sangre de tus hijos lavarán las manchas que has hecho en la ley de tu Dios.

"La guerra, la peste, el hambre, son los flagelos con que será castigada la soberbia y la malicia de los hombres. ¿Dónde están, ricos, vuestras magnificencias, vuestras villas, vuestros palacios? Han venido a ser el estiércol de las plazas y de las calles.

"Y vosotros, sacerdotes, ¿por qué no corréis a llorar detrás del tíbulo y del altar, pidiendo la suspensión de los castigos? ¿Por qué no cogéis el escudo de la fe y vais sobre los techos en las casas, por las calles y las plazas, en todo lugar, aun inaccesible, a llevar la semilla de mi palabra? ¿Ignoráis que es esta la espada terrible de dos filos que abate mis enemigos y rompe la ira de Dios y de los hombres?

"Estas cosas deberán inexorablemente suceder una tras otra.

"Las cosas sucédense demasiado lentamente.

"Pero la augusta Reina de los cielos está presente. La potencia del Señor está en sus manos. Disipa como niebla sus enemigos. Reviste el Venerable Viejo todos sus antiguos hábitos.

"Sobrevendrá un violento huracán.

"¡La iniquidad ha terminado! El pecado tendrá fin, y antes que transcurran dos plenilunios del mes de las flores, el iris de paz aparecerá sobre la tierra.

"El gran Ministro verá la esposa de su Rey vestida de fiesta. En todo el mundo aparecerá un sol tan luminoso como no se ha visto nunca, desde las llamas del Cenáculo hasta hoy, ni se verá hasta el último día."

En la vida de Don Bosco se advierte a cada paso una portentosa dualidad. Mientras su cuerpo anda entre realidades concretas, su alma, como un pájaro escapado de la jaula, vive y se mueve en una atmósfera sobrenatural. Sus ojos ven cosas que nuestros ojos serían incapaces de ver.

Nos cuesta descubrir en él al taumaturgo, de cuyas manos brotan los milagros. Lo vemos tan de cerca y tan preocupado con las cuentas que tiene que pagar, la factura del panadero y del albañil, la invención de una lotería para obtener dinero, el ensanche de un taller, la compra de un terreno, que estos detalles prosaicos se interponen y nos ocultan y nos hacen olvidar al hombre que, como los antiguos profetas, penetra en el tabernáculo y habla con Dios.

Sus sueños, innumerables, fueron muchas veces alegorías poéticas, para lección de sus alumnos; pero no hay duda que muchas veces él mismo les atribuyó el valor de profecías.

Y así fué este sueño que comunicó al Papa, y que dos años después la *Civiltá Cattolica* lo comentaba sin saber de quién provenía.

En el tomo VI, serie octava, página 299 a 303, año 1872, se transcriben sus principales párrafos con esta advertencia: "De una ciudad de la alta Italia fué comunicado a un personaje de Roma, el 17 de febrero de 1870. Ignoramos de quién proviene. Mas podemos certificar que lo hemos tenido en nuestras manos antes que París fuese bombardeado por los alemanes e incendiado por los comunistas. Y agregaremos que nos maravilla el ver anunciada la caída de Roma cuando no se juzgaba ni próxima ni probable."

Mas la visión no se ha realizado totalmente. ¿Quién es el guerrero del Norte que invade el Sur, flameando un estandarte negro que delante de Roma se torna blanco? ¿Es, por ventura, la Rusia bolchevique, con un nuevo Atila, que bajará desde su Norte glacial hasta los muros de Roma? ¿Acaso otro Suvarow, cismático y semisalvaje, que planta sus tiendas en las llanuras de la Lombardía, para que los cardenales perseguidos por la Revolución puedan elegir tranquilamente al sucesor de Pío VI?

Interrogado el mismo Don Bosco, respondía que tal vez nunca se verificarían aquellos sucesos, *con tal que nuevas iniquidades no colmaran la medida de Dios.*

"Dentro de cuarenta días, profetizaba Jonás por orden del Señor, Nínive será destruída", mas no lo fué, porque desde el rey hasta el último habitante se cubrieron de ceniza e hicieron penitencia.

XIII

SERIAS DIFICULTADES CON SU ARZOBISPO

Hemos creído indispensable poner ante los ojos del lector el escenario en que se movía nuestro héroe. Así se apreciarán las dificultades con que tropezaba su obra; su tenacidad, su dulzura y esa especie de sexto sentido, que le permitía hallar un sendero en la oscuridad y el tumulto de la lucha antirreligiosa.

Entretanto, ¿cuál fué la historia interna de la Congregación salesiana en esos días trágicos de la Iglesia? ¿Cuál la política de Don Bosco, frente a los hombres poderosos, con quienes se veía obligado a alternar, abiertos enemigos del Papa, disimulados enemigos de Dios?

A decir verdad, por aquellos años del 67 al 73, las mayores dificultades no se las opusieron los enemigos de Dios, sino los amigos. Aquellos tenían harto que hacer en los campos de batalla y en las intrigas de los gabinetes, para perder tiempo en perseguir a un pobre sacerdote, que sólo quería ocuparse en educar a la juventud menesterosa.

"Mi política es la del padrenuestro—decía—. Yo estoy con el Papa como católico, y quiero estar con él has-

ta la muerte. Estoy con el Papa en cuestión de religión. En cuanto a política, yo no estoy con nadie..."

Estas palabras no tienen ahora el mismo sonido que entonces. En todos los ámbitos de Italia oíase rugir: "O Roma o muerte", y era poco menos que imposible para un sacerdote el evitar la ocasión de discutir la cuestión del poder temporal del Papa.

Obligado alguna vez Don Bosco a pronunciarse, respondió con sencillez: "Yo obedezco al Papa ciegamente. Si él dijera a los piamonteses: "¡Venid a Roma!", yo les diría: "¡Andad!" Si el Papa dice que la entrada de los piamonteses en Roma es un latrocinio, yo digo igual..."

Don Bosco, en interés de la concordia, renunciaba a tener una opinión personal en materia política. Lo cual no fué siempre del agrado de ciertos católicos, que consideraban una defección el no adelantarse a las indicaciones de Roma, el no ser más papistas que el Papa.

Esta conducta suya ocasionóle dificultades en la aprobación de las reglas de su Congregación. Había puesto en ellas un artículo que rezaba así: "Todos los miembros de esta Sociedad se mantendrán rigurosamente extraños a todo lo que se relacione con la política."

La Sagrada Congregación que estudió las reglas, tachó el artículo. Tiempos después volvieron a ser presentadas para la aprobación de la Sociedad salesiana, y como Don Bosco insistiera en proscribir la política, los consultores volvieron a su rechazo. Por tercera vez, cuando se trató de la aprobación definitiva de la Congregación, intentó Don Bosco hacer pasar el artículo y otra vez lo suprimieron con esta nota: "Es la tercera vez que se borra este artículo. Si bien en líneas generales podría admi-

tirse, puede ocurrir, sin embargo, sobre todo en estos tiempos, que se deba actuar en política por deber de conciencia, estando las cosas políticas a veces inseparablemente mezcladas con los intereses de la religión; por lo cual, no debe sancionarse su exclusión entre los católicos."

Así quedó el asunto, y así permanece. El episodio interesa para que se conozca el riguroso criterio de Don Bosco en esta materia. Sólo un caso extremo puede justificar, a su ver, el que los sacerdotes desciendan a la arena de estas batallas. Por buena que sea la intención, es difícil que luego no se infiltre el amor propio: "Muchas veces arde el fuego, dice Kempis, mas no sube la llama sin humo." Y en otro lugar: "Muchos buscan su propio interés en las obras que hacen... Muchas veces parece caridad lo que es carnalidad."

Todavía la Sociedad salesiana no constituía una Congregación aprobada por la Santa Sede. Había sido solamente *colaudada*. Su existencia y espíritu habían merecido elogios. Pero diferíase para tiempos más oportunos la aprobación de sus reglas.

Por tanto, los clérigos y sacerdotes que enseñaban en el Oratorio y en sus escuelas y talleres, permanecían sujetos a los obispos de sus respectivas diócesis, especialmente al arzobispo de Turín, por ser de su jurisdicción eclesiástica la mayoría.

Un obispo tiene ante Dios el deber de promover el buen servicio del culto, el cuidado de las parroquias, la enseñanza del catecismo hasta en los últimos rincones de su diócesis. Y no dispone sino de los sacerdotes y de los clérigos que pertenecen a ella.

Es natural, es humano que un prelado celoso del bien

de sus diocesanos, vea con aprensión orientarse las vocaciones sacerdotales hacia las Ordenes religiosas que no dependen de él, sino de la Santa Sede.

Y en tiempos en que las vocaciones disminuyen, como son los modernos, es humano también; es, hasta cierto punto, un deber del pastor cuidar que las pocas vocaciones que subsisten no sean desviadas de su campo, absorbidas por otras jurisdicciones, atraídas por una Congregación nueva, como era la de Don Bosco.

Grande es el bien que hacen las Congregaciones en una diócesis, pero lo hacen independientemente del obispo, el cual, entre tanto, puede estar lleno de necesidades, parroquias sin curas, seminarios sin maestros, niños sin catequistas.

Dicho sea esto en disculpa y también en elogio de los virtuosos prelados que, sin la sombra de un interés personal, y aun cumpliendo su estricto deber, fueron los mejores colaboradores del diablo en la lucha que Don Bosco tuvo que sostener para que no sucumbiera su naciente instituto.

Don Bosco tenía un sistema pedagógico original para formar a sus colaboradores.

—¿Cómo les enseña a *enseñar?*—le preguntaban.

Y él, con su frescura habitual, respondía:

—Los echo al agua, y así aprenden a nadar.

Al arzobispo de Turín, monseñor Riccardi, no le pareció bien el sistema. ¿Qué han de enseñar esos pobres clérigos, que todavía tienen que aprender tantas cosas? Lo que ocurrirá es que descuidarán sus propios estudios de Teología, de Filosofía, de Letras, y llegarán al sacerdocio más crudos que cocidos.

Y de un plumazo ordenó que todos los colaboradores de Don Bosco que seguían la carrera eclesiástica, la siguieran en su seminario, y los que ya eran sacerdotes, fueran a perfeccionarse en el Convictorio. Fué para Don Bosco peor que un rayo en la torre de María Auxiliadora.

—¡Monseñor! ¿Qué voy a hacer ahora? Los clérigos al seminario... Los sacerdotes al Convictorio eclesiástico... Y Don Bosco solo en medio de millares de alumnos.

Don Bosco tenía lágrimas en la voz cuando esto decía. Pero el arzobispo se mantuvo en sus trece.

—Escúcheme, monseñor; escriba vuecelencia a Roma sus razones, y yo expondré mi caso. Y Roma decidirá.

El arzobispo se negó, y el debate fué largo y espinoso, y aún se complicó por la actitud de otros obispos, que reclamaron también los clérigos de sus diócesis. Casi todos habían estudiado por caridad en las escuelas de Don Bosco, y ahora se iban haciendo maestros a su lado.

—En mis escuelas, respondía Don Bosco, se despiertan muchas vocaciones sacerdotales. La gran mayoría se dispersan por todas las diócesis del Piamonte. Sólo unos cuantos quedan conmigo. ¡Dejádmelos, pues, a cambio de los que os doy!

Cierto día, el vicario general de Turín, a quien le presentaban el caso de un joven, Albera, a punto de ordenarse, que quería ser salesiano, pero a quien reclamaban de su diócesis, preguntó bruscamente:

—¿Quién lo ha mantenido a Albera durante todos estos años?

—Don Bosco.

—¡Y bien! ¡El que da de comer a la cabra, es el que tiene derecho de ordeñarla!

Eso pensaba el vicario general, mas no el arzobispo; y la disputa alrededor de la cabra puso a prueba la santidad de Don Bosco.

En el *Proceso Ordinario para la Causa de Beatificación y Canonización* de Don Bosco, uno de los que declaran es el cardenal Cagliero, que en aquellos tiempos era un joven novicio salesiano. Fué el arzobispo a ver si tenía más fortuna que Don Bosco.

Su declaración respecto a una visita que hiciera al arzobispo, es muy interesante por la animación del relato y la calidad del testigo.

"Aunque nuestro arzobispo no favoreciera a nuestra Congregación, fué siempre amado de nosotros, y en cuanto a mí, teníame una particular deferencia que me inspiraba confianza. Habiendo ido a verlo en diciembre de 1867 para recomendarle, a nombre de Don Bosco, la ordenación de nuestro clérigo Pablo Albera, de antes convenida, me di cuenta que monseñor había cambiado de idea, y quería que todos los clérigos pasaran de Valdocco al seminario. Como me dijese que Don Bosco pretendía sustraerse a la obediencia de su superior, yo le repuse:

"—Monseñor, Don Bosco nos ha enseñado siempre a amar y a obedecer a nuestros superiores.

"—Si es así—observóme—, ¿por qué no manda sus clérigos al seminario?

"—Los porqués son muchos, excelencia. Todos los clérigos de Don Bosco son pobres y no pueden pagar la pensión del seminario; además, desean quedarse con él y forman parte de la Congregación Salesiana.

"—¿Qué Congregación es ésa? Yo no sé nada. Sé solamente que se me debe obedecer.

"—Pero, excelencia; la Santa Sede ha elogiado ya y recomendado las reglas y constituciones de nuestra pía Sociedad, por lo cual, Don Bosco no procede sino de acuerdo con los decretos de la Santa Sede.

"—Pero yo nada sé de esto.

"—Y, sin embargo, excelencia, en la Curia existe copia de este decreto desde 1864.

"—¿Cómo, pues, voy a hacer yo ahora?

"—A monseñor le basta observar si Don Bosco hace bien o hace mal. Si hace bien, apruebe el bien que hace; si mal, entonces vuestra excelencia está en perfecto derecho de impedirlo.

"—Pero yo quiero que mis clérigos entren al seminario.

"—Excelencia, diga entonces que quiere la clausura y la destrucción del Oratorio; sin clérigos, maestros y asistentes, ¿cómo hará Don Bosco para dirigir sus seiscientos y tantos internos y millares de externos?

"—Que lo haga con los clérigos de las otras diócesis.

"—¡Monseñor! Los otros obispos, al ver que vuestra excelencia reclama sus clérigos, apoyados en la misma razón, retirarán los suyos, y Don Bosco y sus Oratorios quedarán despachados.

"En este punto, monseñor se llevó las manos a la cabeza.

"—¿Cómo, pues, debo proceder?

"Le respondí:

"—Apoye a Don Bosco en su obra y tendrá la apro-

bación de los buenos y la gratitud eterna de los hijos de Don Bosco."

Esta declaración, prestada bajo solemne juramento, por persona de tanta probidad como el cardenal Cagliero, describe muy bien el estado de la cuestión. Al arzobispo no le cayó mal la respetuosa franqueza del que era entonces un joven sacerdote, y hubo un momento en que, con afecto paternal, entre bromas y veras, le tiró del pelo:

—¡Ah, ah! ¡Vienes a darme lecciones!...

—¡Dios me libre, excelencia, de dar lecciones a mi superior!

Las cosas siguieron en el mismo estado.

El arzobispo de Turín no escatimaba elogios a la obra de Don Bosco, en cuanto se limitaba a recoger a los niños abandonados y a enseñarles la religión y un oficio.

Pero mostrábase inflexiblemente contrario a que Don Bosco preparase futuros sacerdotes fuera del seminario, y conforme a planes de enseñanza propios, infundiéndoles el espíritu de una nueva Congregación.

Objetaba que esto era desviarse del primitivo propósito, y que la enseñanza y la formación que podía dar Don Bosco, en sus pobrísimas escuelas, a aquellos jóvenes, era infinitamente inferior a la que recibirían en el seminario, con profesores expertos, rico material y planes de estudios depurados por siglos de experiencia.

Objetaba también que si los obispos consentían en ordenar sacerdotes a los novicios de Don Bosco, pasando por alto las deficiencias de su preparación, suponiendo que iban a ser siempre sus ayudantes, podía ocurrir que algunos de ellos dejaran de ser salesianos. Con lo cual, el

obispo se hallaría obligado a acogerlos en su diócesis y a dar empleo a sacerdotes ya hechos que, por su propio juicio, no hubiera consagrado.

Hallamos estos argumentos en una carta confidencial de monseñor Riccardi al cardenal prefecto de la Congregación de Obispos y Regulares, ante la cual se tramitaba la aprobación de la Sociedad salesiana.

La objeción era fuerte, siempre que fuese verdad que los novicios salesianos no estudiaban a fondo las ciencias sagradas y profanas indispensables para formar un sacerdote.

Y, de hecho, ¿cómo podían dedicarse al estudio aquellos jóvenes constantemente sobrecargados de tareas, que mientras aprendían Teología o Cánones, tenían que enseñar a los *biricchini* lectura y Aritmética y Música, y tal vez trabajos manuales: a amasar pan y a cortar chaquetas? ¿No era repicar y andar en la procesión cosa imposible, según dice el refrán? No sabríamos explicar cómo se efectuaba aquello, pero aquello sucedía.

En las pobres escuelas de Don Bosco, desde los primeros tiempos, se formaron sacerdotes que no tenían, en materia de ciencias y letras, nada que envidiar a los que habían cursado en los seminarios más célebres del Piamonte.

Don Bosco no podía limitarse a la idea primitiva del Oratorio, que todos laudaban ahora, aunque antes fué de muchos combatida. La obra iba expandiéndose en otras ciudades; ya se pensaba en abrir Oratorios y escuelas en otras naciones; en enviar misioneros a tierras lejanas. El fundador no podía estar en todas partes, ni era inmortal.

Si no se apresuraba a formar sus colaboradores, sus propios sacerdotes, a la medida de su corazón, ligados a él y a su obra por votos solemnes, muerto él, aquella inmensa labor se disgregaría en la improvisación y la anarquía de métodos nuevos, de tendencias particulares.

Sin una Congregación de sacerdotes, la obra no duraría; sin un colegio propio para hacer desde jóvenes a sus sacerdotes, conforme a su espíritu, la Congregación jamás constituiría un organismo viviente, disciplinado y perdurable.

Cuán difícil le fué a Don Bosco demostrar estos dos extremos. Larga y dolorosa batalla, infinitamente más ruda que la de los tiempos del Oratorio sin techo y sin pan. Si no se abandonó a la desesperación es porque veía con claridad maravillosa que Dios estaba a su lado, hasta en los días lúgubres en que los que lo combatían eran prelados virtuosos que de buena fe entendían servir a Dios.

Por segunda vez, Don Bosco mandó a Cagliero, el futuro cardenal, a ver si lograba que su arzobispo, monseñor Riccardi, consintiera en ordenar sacerdotes a tres de sus novicios que habían terminado ya sus estudios.

El arzobispo se mantuvo en lo resuelto: no ordenar ningún alumno de Don Bosco hasta que no cursaran lo menos un año en el seminario.

—Entonces—respondió Cagliero con dolor—, es cosa terminada.

Regresaré a decir a Don Bosco: tomemos nuestro breviario y llevemos a monseñor las llaves del Oratorio, encargándolo de continuar nuestra obra. Vuestra excelencia va a tener que pensar en mantener a 800 jóvenes...

El conflicto parecía insoluble. Algo se remedió gracias a dos obispos que amaban a Don Bosco y se dignaron intervenir. Marquemos este episodio, reteniendo el nombre de monseñor Gastaldi, porque a la muerte de monseñor Riccardi será nombrado arzobispo de Turín.

Ello es que monseñor Gastaldi echó su cuarto a espadas, y el arzobispo consintió benévolamente en que se confirieran las órdenes sacras a sus tres clérigos, Albera, Costamagna y Dalmazzo. Mas se mantuvo firme en el principio de su resolución: no ordenar los clérigos que no hubieran cursado al menos un año de Teología en su seminario.

Urgía demostrarle que los estudios teológicos hechos en la modesta escuela del Oratorio, no eran, como él creía, deficientes y precipitados.

El movimiento se prueba andando. Un día, presentáronse al arzobispo trece novicios salesianos pidiendo rendir Teología en el seminario.

El prelado aceptó y él mismo presidió la mesa. ¿Para qué decir que el examen fué prolijo y riguroso?

Don Bosco aguardaba el resultado de la peligrosa prueba en la portería del Oratorio, tal era su ansiedad.

—¿Qué tal, hijos míos? ¿Cómo ha pasado *eso?*

—Casi todos *optime*...—responde Cagliero.

—Cagliero, *peroptime*—añade Bourlot.

—Y Bourlot, y Vota, y Norza, *egregie cum laude* —refiere un tercero.

—¡No se han sacado mejores notas en el seminario!

—*Deo gratias!*—responde el fundador, pensando que las cosas van a mejorar.

¡Vana ilusión! Las cosas no avanzaron ni una pul-

gada. Tuvo que obedecer y enviar sus novicios a cursar en el seminario si quería que algún día el arzobispo se los ordenara sacerdotes.

El resultado no pudo ser más desalentador.

"De diez estudiantes míos de Teología—escribía Don Bosco a Pío IX—, que han frecuentado los cursos del seminario, no me ha quedado uno solo en la Sociedad."

El conflicto no tenía otra solución que el que la Santa Sede aprobase definitivamente las reglas de la pía Sociedad salesiana, dándole vida independiente de los obispos diocesanos, y, sobre todo, la facultad preciosísima de las *dimisorias*, esto es, acordando al superior salesiano el derecho de conceder a los clérigos que hubieran concluído sus estudios, letras habilitantes para recibir de cualquier obispo católico las órdenes menores y mayores, es decir, el sacerdocio.

Don Bosco recordaba que la marquesa de Barolo había obtenido en seis meses del rígido y austero Gregorio XVI la aprobación, no de una, sino de dos Congregaciones religiosas.

Y él hacía ya diez años que andaba tras la aprobación de aquellas reglas, que Pío IX, en persona, había leído y dignádose corregir.

Y catorce que sus discípulos se llamaban salesianos.

Y más de veinte que sus obras, nacidas de la nada, mostraban con vigorosa expansión que no eran obra de los hombres, sino de Dios mismo.

—¡Señor, Señor! Estoy viejo y decrépito. Me faltan las fuerzas. ¿Voy a morir sin ver la tierra prometida? ¿La realización de mis sueños?

Había que instar de nuevo a Roma. Un trámite obli-

gado era agregar al expediente cartas laudatorias de los obispos que conocían de cerca el instituto salesiano y lo creían útil para la Iglesia y la sociedad.

Don Bosco tenía las manos llenas de esas cartas. Los cardenales arzobispos de Pisa, Ancona, Fermo; los arzobispos de Lucca y Génova; los obispos de Alejandría, Novara, Susa, Mondovi, Albenga, Guastalla, Reggio, Emilia, Asti, Parma, Aosta...

¡Ay! En vano todos ellos instaban la aprobación del instituto fundado por Don Bosco. En el coro de las alabanzas, se levantaba la voz del obispo de Pinerolo: ¡No, no lo aprobéis, en cuanto trata de fundar un seminario de clérigos inspirados en su espíritu!

Citemos sus palabras textuales:

"Me asocio a todos los que elogian la caridad del infatigable Don Juan Bosco... En cuanto a formar en su casa del Oratorio un seminario de sacerdotes..., yo no consentiría nunca... Una dolorosa experiencia prueba constantemente que los sacerdotes no educados por el propio obispo, obedecen a otra autoridad que no es la suya, y de mil maneras eluden la debida sujeción, y si no se oponen abiertamente, lo hacen bajo cuerda."

En los mismos días de esta carta agregábase al expediente otra de muy diverso tono: la del obispo de Saluzzo, monseñor Gastaldi, que luego de relatar maravillas del Oratorio, decía:

"Pero el señor Don Bosco no habría podido realizar más que una mínima parte de tanto bien si oportunamente no hubiese buscado compañeros y constituído una Sociedad de clérigos y sacerdotes...

"Ahora bien, el que suscribe, declara que ha visto

formarse y crecer esta Sociedad, conoce sus reglas y ha visto su resultado... Y no puede menos de hacer votos por que esta Sociedad, junto con sus reglas, sea aprobada por Su Santidad, y erigida en el carácter de Orden religiosa."

¿A quién escuchar? ¿A los que encomiaban la obra, o a los que la censuraban?

Monseñor Svegliati, secretario de la Congregación de Obispos y Regulares, que en Roma estudiaba el asunto, era un decidido adversario de Don Bosco. De buena fe considera que no deben de aprobarse ni las reglas, ni la Congregación, tales como él las ha concebido.

Hay allí demasiadas novedades: reglas muy simples; una contradicción entre el voto de pobreza y la facultad de conservar el patrimonio particular de los miembros; excesiva democracia en los colegios; los clérigos mezclados con los artesanos; falta, por tanto, de espíritu sacerdotal; estudios deficientes.

El secretario se resuelve a pedir un informe secreto a monseñor Torlone, encargado oficioso de la Santa Sede ante el Gobierno italiano, y que, por residir en Turín, conoce de cerca las cosas.

En una semana tiene en sus manos un largo informe: ¡rajante! Monseñor Torlone, a vuelta de los consabidos elogios a la caridad y actividad de Don Bosco, repite y recalca las quejas que hemos visto contra la deficiencia de los estudios y la falta de espíritu sacerdotal. Y agrega que si Don Bosco obtuviese la facultad de conceder las dimisorias, o sea, de hacer ordenar sacerdotes por cualquier obispo, eso causaría pésima impresión en Turín, en el clero y, especialmente, en el Capítulo Metropolitano.

"Si el benemérito Don Bosco obtuviera la facultad de que se trata, sus protectores y adherentes se confirmarían en la opinión que ya tienen de que Don Bosco, en Roma, obtiene todo cuanto quiere; lo que en los días que corren significaría una victoria del mismo sobre el arzobispo."

Con razón decía Don Bosco años después: "¡Si sabiendo lo que ahora sé, tuviese que recomenzar el trabajo de fundar la Sociedad, no sé si tendría valor para ello...!"

Aquel informe fué un golpe mortal. En 2 de octubre del 68, el secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, monseñor Svegliati, comunicaba a Don Bosco que no se aprobaban sus reglas, ni se le daban las facultades que pedía...

Don Bosco agacha humildemente la cabeza, pero no abandona la partida. Una mañana de enero del 69 lo vemos llegar a Roma con su pobre valija llena de papeles, entre ellos, las famosas reglas...

En la estación lo aguarda una carroza principesca.

—¿Esto es para mí?

—Sí, señor Don Bosco, de parte del cardenal Berardi, que le ruega la utilice todo el tiempo que esté en Roma.

"Imaginaos—contaba Don Bosco a sus amigos—una carroza en que cabían catorce personas, para mí solo y mi valija..."

Y luego hay que pensar que el cardenal Berardi es uno de los miembros de la Sagrada Congregación que ha dictaminado en el expediente de Don Bosco, y que, además, pasa por un resuelto adversario de la aprobación y de las dimisorias...

El mayordomo del cardenal dícele, mientras lo ayuda a subir en la carroza:

—Su eminencia le ruega quiera visitar a un sobrino suyo, que está gravemente enfermo, para que lo cure...

—¿Para que yo lo cure? ¡Pero si yo no soy médico?

El mayordomo titubea y se explica:

—Para que... haga un milagro.

Sonrisa de Don Bosco.

—¿No será más bien para que lo encomiende a María Auxiliadora?

—¡Eso es! ¡Como usted guste!

De la estación, la carroza lo conduce a una iglesia, donde celebra misa. Ha subido ya al altar, cuando llega un enviado de la familia Berardi a rogarle que en el *Memento* no se olvide de encomendar al pequeño enfermo. Don Bosco prosigue el santo sacrificio.

Sea que realmente se olvidase, o bien que quisiera probar al cardenal Berardi, el hecho es que pasan algunos días sin que vaya a visitar al niño, como con tantas instancias le pidieran.

Apenas tiene minuto libre. Todo el mundo, pobres y ricos, quieren ver y hablar a Don Bosco, y entre tanto, él, que ha venido a Roma para obtener la famosa prerrogativa de su Congregación, debe pensar un poco también en su propio asunto.

Existe una *Memoria*, escrita por él, en que manifiesta sus aprensiones.

"Llegado a Roma empecé a tantear el terreno. Era demasiado cierto que muy pocos prelados me secundarían. Todos estaban fríos, desconfiando del éxito, y las perso-

nas más influyentes me eran hostiles. Habían llegado a Roma cartas muy contrarias a la pía Sociedad...

"Vi que era necesario un verdadero milagro para cambiar los corazones... Cada palabra de nuestras pobres reglas suscitaba una dificultad insuperable. Pero yo confiaba en la Virgen y en las oraciones que se hacían en el Oratorio..."

¿Un milagro? Y bien, la Virgen va a hacer tres por intermedio de Don Bosco para salvar su obra.

El cardenal Berardi le envía un nuevo mensajero. Su sobrino se muere; vaya, por caridad, a visitarlo.

Llega Don Bosco al palacio donde agoniza aquel niño de once años, único heredero de familia noble y rica.

—¡Don Bosco! ¡Sálvelo!—dícenle todos, conduciéndolo hasta su cama.

—Tened confianza en María Auxiliadora—contesta él, bendiciendo al enfermito—. Comenzad una novena...—y volviéndose al cardenal: —Y vuestra eminencia, ayúdeme...

—Prometo hacer lo que me pida.

Desde ese instante, la fiebre deja al enfermito, que tres días después está sano.

El cardenal Berardi vuela a visitar a Don Bosco.

—¿Qué quiere que haga por usted?

—Hable al Santo Padre en favor de mi Congregación.

Y he aquí al adversario de la aprobación convertido en su paladín.

En la Sagrada Congregación se aboca de nuevo el asunto. Renacen las dificultades. Hay en las reglas un artículo que choca a todos, aquel que el ministro Ratazzi

sugirió como la clave de una Orden religiosa moderna: la facultad de poseer bienes por los individuos de ella.

¿Cómo puede uno hacer voto de pobreza y seguir siendo dueño de campos, de títulos, de casas? ¿No es absurdo que uno se diga pobre, cuando es rico y puede disponer de sus bienes por testamento?

Don Bosco se va a ver al omnipotente secretario de Estado, el cardenal Antonelli. Ha manifestado opiniones adversas a la aprobación. ¡No importa! La Virgen le cambiará el corazón.

Lo halla clavado en su sillón por un durísimo ataque de gota.

—Eminencia, ayúdeme, y yo le prometo que va a mejorar.

—¿Qué quiere de mí?

—Hable al Santo Padre en favor de mi Congregación.

—Lo haré cuando pueda ir a verlo.

—Hágalo mañana, porque es urgente.

—¿Mañana? Pero ¿no ve mi situación?

—Sí, mañana podrá salir, si promete a la Virgen hablar en favor de mi Sociedad.

Al día siguiente, Pío IX ve aparecer al cardenal Antonelli, de cuya enfermedad no le habían dado buenas noticias.

No le sorprende menos el cambio de sus ideas.

—¡Este Don Bosco! Me ha mandado ya al cardenal Berardi convertido en abogado suyo; ahora le toca el turno a vuestra eminencia... ¿Cómo está ese asunto de los salesianos?

Nuevas dificultades renacían de entre las cenizas de

las ya resueltas. El secretario de la Congregación de Obispos y Regulares, monseñor Svegliati, multiplicaba los obstáculos. El Papa mismo había advertido a Don Bosco: —Convenced a monseñor Svegliati, que es vuestro principal adversario.

No quería Pío IX resolver a su arbitrio la aprobación de la Sociedad salesiana, contra la opinión de sus consultores, mas no dejaba de interesarse por ella.

Don Bosco se fué a ver a monseñor Svegliati, y lo halló enfermo de gripe.

—Necesito de su ayuda, monseñor. He venido por el asunto de mi Congregación, a rogarle que interponga su influencia en favor mío ante el Santo Padre...

Monseñor Svegliati mira con sorpresa a Don Bosco. Este sigue como si no viese los gestos de impaciencia del prelado.

—Necesito, monseñor, que vaya mañana mismo a ver a Su Santidad.

—¡Pero si yo opino contrariamente! Además, no puedo levantarme... La tos no me deja un minuto de reposo...

—Si promete hablar en favor de mi Congregación, María Auxiliadora va a curarlo de la tos y de la gripe, y mañana mismo podrá ver al Santo Padre.

Al otro día, el peor oponente de la aprobación, llegaba a la audiencia del Papa, sano y convertido.

—¡Pero, Señor! Como Don Bosco siga haciendo estos milagros va a conquistar la unanimidad—exclama el Pontífice, riéndose cuando monseñor Svegliati le cuenta el caso.

Y, en efecto, pocos días después, el 19 de febrero

del 69, aprobábase definitivamente la Pía Sociedad Salesiana, concediéndose al superior la facultad de otorgar dimisorias, o sea, de hacer ordenar sacerdotes por el obispo diocesano a los que hubiesen ingresado en ella antes de los catorce años. Era la independencia indispensable para que pudiese vivir.

Pero no todavía el triunfo completo. Las famosas dimisorias se le concedían sólo bajo ciertas restricciones, y en cuanto a las reglas, su aprobación dejábase para tiempos más oportunos, debiendo corregirse conforme a las observaciones comunicadas.

XIV

CUALQUIERA QUE OS HAGA MORIR.

El porvenir parece aclararse súbitamente cuando, a fines de 1870, desaparece del escenario monseñor Riccardi. Dios lo ha llamado a sí. ¿Quién le sucederá? Cualquiera que sea, cabe esperar que la ruda hostilidad a los salesianos haya terminado para siempre.

¿Y si fuese un amigo; si fuese, por ejemplo, monseñor Gastaldi? ¡Oh, entonces, qué día de fiesta en el Oratorio!

Es una amistad, más bien dijéramos una devoción de veinte años, la que une aquellas dos grandes almas: Gastaldi y Bosco.

Cuando Gastaldi, ya canónigo en Turín, ingresó en la Congregación de los Rosminianos y partió de misionero a Inglaterra, pidió a su madre que reemplazara al hijo que perdía adoptando a Bosco y a sus *biricchini*. Y así fué; a la muerte de mamá Margarita, los *biricchini* no tuvieron otra madre que la señora Gastaldi.

El rosminiano volvió de Inglaterra, y por justos motivos abandonó la Congregación. Un día, Don Bosco habló de él a Pío IX, que le pidió nombres de buenos y

virtuosos varones para las diócesis del Piamonte, y el gran amigo fué designado obispo de Saluzzo.

Vino el Concilio Vaticano, del año 70, que agitó las ideas en el mundo católico y lo dividió en dos campos enemigos.

Monseñor Gastaldi no estaba entre los partidarios firmes de la infalibilidad; considerábasele más bien entre los pocos italianos que seguían las directivas de monseñor Dupanloup, enemigo de esa declaración.

Don Bosco, ingenioso y versado en Historia y Teología, logró transformarlo en un paladín de la infalibilidad, y a la muerte de monseñor Riccardi se empeñó en que el Papa lo nombrara arzobispo de Turín.

¡Y el Papa escuchó a Don Bosco! "¿Vos lo queréis? —le dijo—. ¡Sea!"

¡Qué poco saben los hombres, y hasta los santos, cuáles son los hilos buenos y los hilos malos en la trama inextricable de las cosas humanas!

Un suceso que juzgamos contrario a nuestros intereses, se convierte en la semilla de un bien; y, a la inversa, nuestro empeño por que esto o aquello suceda así, nos resulta fatal.

El mismo Don Bosco dijo muchos años después: "Yo no confié bastante en la Providencia, cuando quise poner medios humanos para facilitar mi obra."

Y en otra ocasión escribió: "Si debo decir lo que pienso, creo que el demonio previó el bien que monseñor Gastaldi habría podido hacer a nuestra Congregación, sembró cizaña secretamente, y consiguió que cundiera. Perturbación inmensa, chismes y comentarios; disminución de sacerdotes, disgustos graves al mismo monse-

ñor que, por treinta años, fué mi mejor confidente."

¿Cómo pudo cambiar el corazón de aquel grande amigo?

Ya sabemos que los grandes bonetes de la curia de Turín nunca vieron sin antipatía a la naciente Congregación. Primero, consideraron un loco a su fundador; más tarde, un rival peligroso, que llevaba el agua para su molino, canalizando hacia el Oratorio la ya escasa corriente de vocaciones. Su actividad, su popularidad, su independencia, sus relaciones con el rey y los ministros; su amistad con el Papa, todo resultaba sospechoso.

El nuevo arzobispo se halló de repente sumergido en una atmósfera hostil a Don Bosco. Era monseñor docto y piadoso, apasionado por la jerarquía y la disciplina, pero impulsivo y dominante. Tenía el celo de su autoridad; fácilmente montaba en cólera si sospechaba intención de discutir sus derechos de pastor, y era fácil también hacerle ver un emboscado en cada sombra del muro.

Ya estaba seriamente enfermo del hígado cuando ocupó la Sede de Turín, lo cual no dejó de influir en sus determinaciones.

Tres personajes de la Curia captaron su ánimo desde el primer momento, y empezaron a soplar aquel fuego que habían temido que se apagara a la muerte del anterior arzobispo. Dos de ellos, por tristes motivos, fueron después suspendidos por la autoridad eclesiástica. El tercero era apenas mejor.

Cierto día, Don Bosco entró, con la confianza de costumbre, al despacho del arzobispo, y lo halló redactando un papel.

—¿Se imagina lo que estoy haciendo?

—No, excelencia.

—Algo muy serio.

—Todo lo que hace nuestro arzobispo es serio.

—Ahora es algo excepcional: una nota a un canónigo.

—¿Para promoverlo, tal vez, a mejor destino?

—¡Qué esperanza! ¡Para suspenderlo *a divinis!*

—¡Oh, es cosa grave en efecto!... ¿Se puede saber de quién se trata?

—De Don Calosso.

—¿El de Chieri?—pregunta Don Bosco, aproximándose.

—Sí, precisamente el de Chieri.

¿Cómo podía haber dado motivo a tan grave sanción aquel buen viejo, que fué su profesor en el seminario?

El arzobispo refiere una historia de esas que ocurren frecuentemente: de un lado, un viejo testarudo, capaz de discutir la luz del mediodía; del otro, un prelado celoso de su dignidad. La cuerda se corta por lo más delgado. Y la suspensión *a divinis*, que es una de las más graves penas eclesiásticas, cayó como un rayo sobre la cabeza blanca de aquel infeliz.

Desesperado, sin recursos, acudió Don Calosso a su antiguo discípulo para que le permitiera vivir en algún rinconcito, lejos de las gentes que lo abochornaban. Y Don Bosco no escuchó más voz que la de su corazón y lo acogió amorosamente en un colegio que tenía en Alassio.

¿Fué una imprudencia? Tal vez. Pero ¿quién arrojaría la primera piedra contra él? Monseñor mismo, de no haber tenido junto a sí los tres Yagos que le soplaban intrigas al oído, no hubiera dado importancia al incidente.

En el *Proceso del Ordinario,* expediente en que la Iglesia recoge minuciosas informaciones, adversas y favorables a una persona que se intenta canonizar, figuran, bajo juramento, testimonios que iluminan este largo calvario.

Don Rua, que fué su primer sucesor, declara así: "¿Temía, tal vez, el arzobispo que se creyese que, habiendo sido promovido a la diócesis de Turín, por obra de Don Bosco, se dejase guiar por él? Hubo quien lo supuso. ¿Temía, quizá, que Don Bosco atrajese a su naciente Congregación jóvenes estudiantes de la carrera eclesiástica con perjuicio de los seminarios diocesanos?"

Lo cierto es que, a los pocos meses, monseñor Gastaldi resucitó contra el Oratorio las mismas objeciones del anterior arzobispo, y se negó a ordenar sus clérigos.

Hallábase Don Bosco empeñado en una fundación nueva, la de las *vocaciones tardías.* Había observado que de 100 alumnos que empiezan niños la carrera eclesiástica, apenas perseveran la mitad; los otros la abandonan y toman rumbo distinto. En cambio, de cien alumnos que ingresan en el seminario, adultos ya, casi todos llegan al sacerdocio.

¿Por qué no fundar un seminario especial para ellos, librándolos de la compañía siempre humillante de condiscípulos más jóvenes y haciéndolos estudiar bajo un plan distinto?

Pío IX escuchó a Don Bosco sobre esto, elogió la idea y bendijo la obra futura; y aquel obrero infatigable comenzó a trabajar.

Pero monseñor Gastaldi se le cruzó en el camino. ¿Qué pretendía Don Bosco? ¿Destruir los pequeños seminarios, que a tanta costa habían fundado los obispos?

¿Era posible que el Papa autorizara semejante iniquidad?

En el acto, dirige a sus colegas de diversas provincias eclesiásticas una circular invitándolos a enviar a Roma una protesta contra la obra de las vocaciones tardías. Y, por de pronto, la prohibió en su diócesis.

Don Bosco no tenía costumbre de abandonar una idea una vez adoptada, y fué a llamar a las puertas de otro arzobispo, el de Génova, y en su jurisdicción fundó aquel seminario especial.

Un año después tenía cien alumnos, que habían cumplido ya, casi todos, el servicio militar, y que devoraban su latín, su filosofía, su teología, a dobles bocados, sin temer la rivalidad de condiscípulos más jóvenes.

Monseñor Gastaldi muestra su aversión de todas maneras. Ha llegado el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Aneiros, a visitar a Don Bosco. ¡Pecado capital! Monseñor Gastaldi le prohibe celebrar en el Oratorio, y el de Buenos Aires parte, resentido, para Francia.

Esas son escaramuzas. Las serias batallas se dan cuando Don Bosco presenta sus clérigos al arzobispo para que éste los ordene. Don Bosco usa de sus facultades, pero el arzobispo, con un pretexto u otro, niégase a reconocerlas y pasan hasta tres años en esta situación.

Puesto que el diocesano procede así, Don Bosco necesita la facultad de conceder aquellas dimisorias para ante cualquier obispo católico. Y, además, le urge que su Congregación obtenga los privilegios que favorecerían su desarrollo, independizándola de los obispos y colocándola directamente bajo la autoridad del Pontífice.

Siglos antes, a medida que se fundaban nuevas Ordenes, se hizo costumbre acordarles *en masa*, o *ad instar*,

por asimilación, como dicen los cánones, la totalidad de los privilegios de que gozaban las antiguas, y más aún, hasta hacer de ellas un verdadero Estado, dentro del Estado eclesiástico que es una diócesis.

Dejaron de fundarse Ordenes de vida conventual, y empezaron en el siglo XVI las Congregaciones de religiosos que pueden ejercer su ministerio en manera más adecuada a los tiempos. Así, los jesuítas.

Modificóse la práctica de los privilegios, y se hizo costumbre concederlos taxativamente, en la medida que se necesitaban y se pedían. Pero con el andar de los tiempos, las últimas Congregaciones fundadas obtuvieron en masa lo que las anteriores poseían.

Costóle a Don Bosco Dios y ayuda conseguir un libro en que constaran todos los privilegios de que gozan algunas Congregaciones. Por fin, obtuvo el de los redentoristas, un grueso tomo, armado del cual se presentó delante de monseñor Vitelleschi, secretario de la Congregación de Obispos y Regulares.

—¿Sería posible que se me acordaran en masa *(per assimilationem)* los privilegios de los redentoristas?

—Hable al Santo Padre; él lo puede todo.

—Así lo haré: le mostraré este libro..

—¿Qué es ese libro?

—Los privilegios de los redentoristas.

—¡Por caridad, señor Don Bosco, esconda ese libro! Si el Papa lo ve, quedará espantado, y no le otorgará a usted nada, y, más bien, tendrá tentaciones de quitárselos a ellos.

Sepultó Don Bosco el libro en su maleta y se presentó a Pío IX con las manos vacías.

—Santidad, el pobre Don Bosco se encuentra en un atolladero. Necesita que se le concedan los privilegios de las otras Congregaciones...

—Haced la demanda.

—Es el caso, Santo Padre, que desde 1838 no se han concedido a nadie, *ad instar*, por asimilación.

—¡Y bien!

—Pero como Vuestra Santidad lo puede todo, podría hacer una excepción en favor de mi Congregación, concediéndole lo que hace tanto tiempo no se concede.

—Haced el pedido ante la Congregación de Cardenales y yo haré la excepción.

Pío IX sonreía y el corazón de Don Bosco brincaba de alegría y gratitud.

En pocos días, trabajando a deshora, redactó una erudita y límpida historia de los privilegios, que era, a la vez, un sólido alegato en su favor.

—¡Hola, hola! Este Don Bosco sabe de cánones y conoce su historia... Vamos a ver qué novedades pide.

El ánimo de la Comisión, influído por los alegatos de monseñor Gastaldi, no era favorable, y el asunto volvió al Papa con esta opinión: si Don Bosco obtenía todo aquello, era de temerse una protesta y quizá un cisma en el alto clero de Turín...

El asunto quedó enterrado.

¡Paciencia, y adelante como Dios nos ayude!

Mas no pasa mucho tiempo sin que de nuevo hallemos a Don Bosco golpeando la puerta de la Comisión de Cardenales. Cambia de baterías; modifica los términos de la petición, para que no se arguya que vuelve a pedir lo que ya le han negado; pero, en sustancia, es lo mismo.

Pobre porfiado saca mendrugo. Sólo que no menos porfiado es su arzobispo, quien, no bien descubre la maniobra, escribe al influyente cardenal Bizzarri:

"Espero que la Sagrada Congregación, antes de conceder al señor Don Bosco lo que pide en perjuicio de los obispos, tendrá la bondad de hacerme conocer su petitorio para formular mis observaciones...

"El espíritu de independencia, casi diré de superioridad, que el señor Don Bosco viene desplegando hace años contra el arzobispo de Turín..., si fuese apoyado con nuevos privilegios contrarios a mi jurisdicción, acrecentaría mis disgustos y tribulaciones.

"Si el señor Don Bosco ha merecido y merece bien de la Iglesia, yo pienso no haber desmerecido, y no veo por qué se le deban conferir privilegios que importarían un castigo para mí.

"Y si se le han de conferir, en daño de mi jurisdicción, aguárdese al menos mi muerte, que no tardará mucho, o déseme tiempo de retirarme de este puesto "

Aunque Don Bosco guardaba una heroica reserva, ya no era un secreto para nadie en Turín la guerra declarada entre la curia y el Oratorio.

Todo para gran regocijo de los enemigos de la Iglesia, cuyos diarios estaban a la pesca de incidentes y de escaramuzas, y ora ponían se de un lado, ora del otro, ávidos de un escándalo que en su opinión sólo podía terminar en una apostasía.

Y como si faltaran motivos para exacerbar los ánimos, monseñor Gastaldi infligió a Don Bosco uno de esos castigos, cuya dureza no puede medir quien no adivine, siquiera de lejos, el corazón de un apóstol.

La más ardiente afición de Don Bosco era el confesar. El Papa le había concedido la facultad de hacerlo en todas partes. Lo hemos visto confesar en las iglesias, en los hospitales, en las cárceles, en los prados, en los caminos públicos, a la sombra de un árbol, a la orilla de una cerca; en todas posturas y a todas horas.

Bueno; pues hacia fines de 1875 Don Rua comunicóle temblando que el arzobispo no había querido renovarle su patente de confesar, es decir, que ya no podía confesar. ¡Qué plato para los que hacían comidilla de la honra de un sacerdote!

Era la víspera de Navidad, y todos los *biricchini* llamaban a Don Bosco. El, que podía en su fuero interno usar de la facultad concedídale por el Papa, confesó todavía; mas pasada la fiesta escribió al arzobispo.

"Mañana me alejo de Turín para eludir el responder a preguntas que ya se me hacen acerca de esto.

"Ahora le ruego humildemente quiera renovarme la facultad para evitar comentarios y escándalos; y como la medida adoptada supone grave motivo, siendo un pobre sacerdote, superior de una Congregación definitivamente aprobada y nombrado por la Santa Sede misma, le suplico respetuosamente se digne comunicarme cuál es ese motivo, para tenerlo en cuenta y enmendar cualquier yerro en que hubiese incurrido."

¿Qué pensaron los hijos de Don Bosco de aquella medida?

¡Qué el estupor de aquel pequeño mundo de hombres adictos a Don Bosco!

Uno de ellos, Don Bonetti, director de un seminario,

donde el fundador fué a refugiarse, escribió directamente al Papa:

"Vuestra Santidad, que conoce plenamente la virtud de mi superior, puede imaginarse si será capaz de cometer un delito que merezca pena tal, como sólo se inflige a los sacerdotes más escandalosos."

El Papa no tuvo tiempo de intervenir, pues el mismo arzobispo dió máquina atrás al recibir la carta de Don Bosco, cuyo tono manso y dolorido tocóle el corazón; y en el mismo día le devolvió las facultades que le quitara.

Mas no le explicó cuál fuera su culpa.

En la vida de los santos suelen hallarse episodios parecidos. También a San Felipe Neri, fundador de Congregaciones, apóstol de Roma, le quitó el cardenal vicario la facultad de confesar.

Sombrero en mano se notifica de la cruel medida, y responde con humildad no exenta de buen humor: "¡Está bien! Ahora sabrá el pueblo romano qué laya de personaje soy yo. Todos me estimaban, porque no me conocían; ahora sabrán qué pillete es el padre Felipe."

¿Después de esto se firmaría la paz? ¿Arreciaría la guerra? La verdad es que arreció la guerra. Don Bosco no podía rendir ciertas posiciones, ni siquiera por amor a la paz.

—¡Qué le vamos a hacer!—decía—. El arzobispo quiere mandar en la Congregación, y esto no es posible.

Apenas se decía en Turín que Don Bosco solicitaba algo de Roma, monseñor Gastaldi despachaba notas, informes, folletos, a las personalidades más influyentes.

Los salesianos—según se desprendía de todos esos pa-

peles—eran altaneros, ignorantes, rebeldes a la autoridad, y en cuanto a su labor, más el ruido que las nueces. Como si no bastase la leña que había ya para mantener la hoguera, publicáronse en Turín, sin nombre de autor, cuatro librejos en que la persona y las doctrinas del arzobispo hacían el gasto.

Monseñor estaba imbuído en la filosofía de Rosmini, algunos de cuyos principios o fueron condenados por la Iglesia o llegan a un filo del error. *"Pequeña muestra de las doctrinas de monseñor Gastaldi"*, titulábase uno de los folletos. *"La cuestión rosminiana"*, otro.

¿Quién podía ser su autor sino Don Bosco o alguno de sus clérigos? Monseñor Gastaldi no dudó que así fuera, tanto más cuanto que los otros dos folletos atacaban al arzobispo por su política con el Oratorio.

Solamente a los años se ha sabido que el padre Ballerini, jesuíta, y el canónigo Anfosi, antiguo salesiano, eran los autores de los dos referentes a la filosofía de monseñor, y que el abate Turchi había escrito uno de los otros dos. El autor del cuarto permanece todavía en el misterio.

Años pasaron así. Ya había muerto Pío IX. Reinaba León XIII.

Un día Don Bosco sabe que en Roma le intenta el arzobispo un proceso. Ha callado hasta entonces; pero no puede callar más, y envía a la Congregación de Cardenales una fría y metódica exposición.

"Hace más de diez años que el suscrito y la Congregación Salesiana sufren vejaciones graves de parte del arzobispo de Turín, monseñor Lorenzo Gastaldi. Hasta aquí las hemos tolerado en silencio. Los tiempos son difíciles para la Santa Iglesia, y yo no quería molestar a la

Congregación (de cardenales) provocando su autorizado y supremo juicio. Me dolía también reclamar contra una persona a quien siempre he profesado estima y veneración. Y habríamos continuado soportando en silencio todas las molestias y dificultades; pero últimamente el arzobispo se ha dirigido a la Sagrada Congregación del Concilio y ha publicado cosas infamantes para el suscrito y la Pía Sociedad Salesiana..."

León XIII lee y queda estupefacto. ¿Cómo puede un hombre soportar aquello en silencio, sin ser un santo? La Congregación del Concilio se apresta a resolver en contra de monseñor Gastaldi. Será un terrible campanazo, que llenará de alegría a las logias.

—¡No!—dice León XIII—. Sálvese la autoridad del arzobispo. Contamos para ello con Don Bosco, que aceptará cuanto el Papa le ordene.

Y él mismo redacta una transacción que debe poner punto final. Su artículo primero dice así:

"Don Bosco escribirá una carta a monseñor Gastaldi expresándole su desagrado por los incidentes que en los últmos años han alterado sus relaciones y causado pena al corazón del arzobispo. Si monseñor Gastaldi ha podido creer que él o algún miembro de su Instituto ha sido la causa, Don Bosco pedirá perdón y rogará al arzobispo que olvide el pasado."

Monseñor Cagliero, que asistió a la reunión del Capítulo Superior en que los salesianos consideraron aquel singular documento, que parecía arrojar las culpas sobre Don Bosco, refiere que todos vacilaban en aceptarlo, cuando el fundador dijo:

—Es el Papa el que dicta las condiciones. ¡Acéptense!

Y se allanó a todo. Pidió perdón de culpas que no había cometido, y monseñor Gastaldi le devolvió su gracia.

Aquella paz tan costosa no tardó en alterarse. ¿Para qué recontar los incidentes de la nueva campaña?

León XIII no olvidó nunca la terrible prueba a que deliberadamente sometiera al fundador de los salesianos.

A la muerte de monseñor Gastaldi volvió Don Bosco a pedir los famosos privilegios para su Congregación.

El Papa lo recibió en audiencia y leyó la solicitud.

—Os concederé cuanto queráis. Y haremos las cosas pronto. Ahora—añadió sonriendo—el pobre monseñor no podrá oponerse. ¡Ese sí que era un adversario! Ya veis... ni siquiera el Papa muchas veces puede hacer todo lo que quiere... ¡Yo os amo, os amo, os amo!

Don Bosco estaba ya muy enfermo y escuchaba aquello no de rodillas, como manda el protocolo, sino sentado junto al Papa, que lo mimaba tiernamente.

Y todo lo que pedía le fué concedido.

El actual Pontífice, Pío XI, que siendo un joven sacerdote, conoció y trató a Don Bosco y vivió algunos días bajo su techo, al proclamar su santidad, en el acto solemne de la beatificación, ha dejado caer estas palabras: "Contradicciones provenientes de los mismos de quien tenía derecho de esperar ayuda y socorro."

¿Hemos de asombrarnos? ¡Bah! No hay vida de santo, escrita con verdad, que no tenga muchas páginas iguales. Por algo se lee en el Evangelio de San Juan este anuncio de Jesús a sus discípulos: "Os arrojarán de las sinagogas y vendrá una hora en que cualquiera que os haga morir creerá servir a Dios." (San Juan, 16, 2.)

XV

DON BOSCO, ENTRE EL PAPA Y EL REY

Un día, en la antesala del ministro de Gracia y Justicia del reino de Italia, que ya tenía su capital en Roma, apareció un sacerdote pequeño de estatura, vestido con ropas que parecían ajenas. Era viejo y pálido. Una oculta fuerza galvanizaba sus flacos miembros. Había perdido la vista del ojo derecho, pero el otro brillaba con doblado fulgor. Como quien se dispone a una larga espera, llevaba un grueso breviario, amén de un manojo de papeles, pruebas de imprenta sin duda.

—¿Quién es ese tipo?—dijéronse unos a otros los que aguardaban turno, pretendientes a puestos o favores, periodistas a la pesca de novedades, ociosos o curiosos ávidos de acercarse a un personaje, que asisten, como quien va al teatro, al singular espectáculo de la antesala de un poderoso.

Rotas a cañonazos las relaciones del Vaticano con el Gobierno de Italia, no era frecuente hallar en esos primeros tiempos un traje talar en los salones de un ministro.

Y cuando se le hallaba no era de la laya de aquél, raído y mal cortado, que a la legua decía la pobreza de su dueño. Los sacerdotes que visitaban a los ministros más

bien parecían cortesanos, y uno se preguntaba al verlos si esa mañana habrían celebrado su misa, y cuánto tiempo haría que no abrían el breviario.

Pío IX permanecía irreductible, como si en vez de ser un viejo inerme y cautivo fuese un soberano cuya palabra se apoyaba en los cañones y las bayonetas de un gran ejército.

Aquel Gobierno impúdico que, sin la sombra de un motivo ni tomarse el trabajo de declararle la guerra, violó sus fronteras—triplemente sagradas para él, pues por tratados con otras naciones se había comprometido a respetarlas y defenderlas—sitió su capital, abatió sus murallas y tomó posesión de su palacio, aquel Gobierno se había colocado fuera de las leyes de la civilización.

Y desde el fondo de su prisión oponía un heroico *non possumus* a las tentativas de Víctor Manuel, que ansiaba lavarse la intolerable lepra de los remordimientos y de la excomunión sin desprenderse empero de sus conquistas.

Su ministro de Hacienda llegó hasta los umbrales del Vaticano con los 3.225.000 liras, dotación anual en que el Gobierno del rey estimaba el precio de ellas.

Las puertas del Vaticano permanecieron cerradas ante el ministro; y el cardenal Antonelli respondió, a nombre del Papa, que, gracias a la caridad de los fieles, no estaba en la indigencia, y que prefería pedir limosna de puerta en puerta antes que recibir un céntimo de Gobierno alguno, y mucho menos del usurpador...

Los bienes eclesiásticos, de que el Gobierno había ido apoderándose durante veinte años, sumaban miles de millones, pero, como ocurre siempre, su liquidación resultaba desastrosa, y era más lo que quedaba entre las uñas

de los intermediarios que lo que llegaba a las arcas reales.

No le hacen, pues, mala cara al desairado ministro cuando volvió sin vaciar las talegas.

La hermosa y robusta Rosina, hija de un tambor mayor, ha comido a grandes bocados la fortuna del rey; lo ha puesto en ridículo con diversos amantes; ha acabado haciéndose dar el título de condesa Mirafiori y, casándose secretamente con él, y aún pretende legitimar sus hijos, que le nacieron en tiempos en que vivía la angelical reina del Piamonte, María Adelaida.

Víctor Manuel se ha defendido de esta pretensión, pero se ha rendido a todas las otras, y ella y los bastardos tienen un palacio en Roma, adonde él apenas va. Rosina envejece y engorda, y el rey tiene miedo de pernoctar en el Quirinal. La muerte lo acecha allí, le ha predicho una mujer. Prefiere aturdirse cabalgando en las campiñas, cazando gamuzas en los Alpes. Y deja a sus ministros la política.

Ahora que ha concluído su labor y reina sobre veinticinco millones de súbditos, cuando piensa en los caminos por donde ha llegado a esa grandeza, la corona le quema las sienes y querría abdicar en favor de su hijo Humberto. Lo detiene el recuerdo de la trágica abdicación de su padre, después de la derrota de Novara. ¿Van a decir también que él ha sido derrotado por el Papa?

¿Cuántos años aún seguirá repitiendo aquel viejo cautivo su desesperante *non possumus?* ¿Cuántos años demorará un nuevo Papa que acepte la conciliación? ¿No habrá algún mediador que le allane el camino? Tuvo un

día la ocasión de enviar a Pío IX un mensajero de fino espíritu, el emperador del Brasil, Don Pedro II.

—He venido a rogar a Vuestra Santidad que me permita presentarle al Rey de Italia...

Pío IX se levantó, y mirando en los ojos a Don Pedro, le respondió con dureza:

—En vano venís, emperador, con semejante propuesta. Comience el Rey del Piamonte por restituir a la Iglesia lo que le ha robado; antes de esa reparación de su sacrilegio, no entrará jamás aquí con mi permiso. Puede hundir mis puertas a cañonazos, como ha hundido las puertas de Roma o las de mi palacio el Quirinal; pero cuando él entre, yo saldré por la puerta contraria...

—*Per Bacco!*—respondió Víctor Manuel, sabedor del fracaso de su embajada—. ¡Estamos en Roma, y en Roma quedaremos!

Así los ánimos, ¿quién osaría intentar ninguna especie de conciliación?

Era, pues, muy extraño ver en los palacios del Gobierno a un sacerdote de vestimenta pobre y de maneras verdaderamente sacerdotales.

Tiene aire campesino. A juzgar por el paraguas, es de país húmedo. No se ha hecho la barba ese día, mas no parece intimidado cuando el ujier, de mal modo, se le aproxima a preguntarle qué quiere y cambia de actitud cuando él le susurra su nombre al oído. En el acto le coge el manteo, el paraguas y el sombrero y le dice inclinándose:

—Tres veces ha preguntado ya el señor ministro por monseñor...

—Yo no soy monseñor...

—Por el señor teólogo...

—No soy teólogo.

—¿Cómo debo decir entonces?

—Diga simplemente por Don Bosco...

Se ha hecho tan gran silencio en la antesala, que todos han oído aquel nombre, y todos maquinalmente han dejado sus asientos y han hecho rueda alrededor del ujier y del pobre sacerdote, para ver qué especie de bicho es el famoso Don Bosco.

—Sírvase pasar, Don Bosco... El señor ministro lo aguarda.

A los periodistas fáltales tiempo para derramar la noticia. El famoso Don Bosco está en Roma y se le ha visto en la casa de Gobierno. ¿Qué ha ido a hacer allí? No hay que dejarlo escapar sin someterlo a un interrogatorio.

Una hora y media dura la entrevista. Don Bosco ha puesto en movimiento toda la casa. Empleados acuden con papelotes para el ministro. Se conoce que en esa entrevista no se pierde tiempo. Los periodistas aguardan, calcinados de impaciencia.

Sospechan lo que hay. La Santa Sede, por no hacer bulla enviando un cardenal como embajador, manda aquel pobre viejo, que no tiene apariencias de nada, pero que es más *furbo* que todo el colegio cardenalicio, a tratar la conciliación.

Por fin la puerta se abre, y aparece Don Bosco. Los periodistas se echan sobre él. Pero él tiene antes que decir una palabrita al oído del ujier, que le entrega sus cosas:

—¿Has hecho ya la pascua, hijo mío?

Busca en sus bolsillos, le ofrece una medalla de María Auxiliadora y vuelve a la carga:

—Uno de estos días vendré de nuevo. Si me das la buena noticia de que has hecho ya la pascua, te haré un regalo.

—¡Oh, Don Bosco!—exclama el ujier, que no tiene costumbre de ser tratado con tanta dulzura por los personajes a quienes el ministro recibe como a aquél.

Los periodistas interrumpen el diálogo:

—¿De qué se ha tratado, monseñor?

—¿Hay conciliación? ¿Podemos dar la noticia?

Don Bosco se echa a reír.

—Si ustedes me contestan lo que yo les voy a preguntar, yo les contestaré lo que ustedes me pregunten.

—¡Pregunte, Don Bosco!

—Pero no puede ser aquí, delante de tantos conspicuos señores a quienes nosotros distraemos y molestamos con nuestra charla. Tiene que ser...

—Donde usted diga, Don Bosco.

—En un café... ¡Vamos a tomar una taza de café! ¡Pago yo!

Y Don Bosco se va, con su descolorido paraguas y su viejo breviario, seguido por los reporteros de diarios de todos colores: rojos, verdes, amarillos.

Y en un café se deja interrogar, sin soltar prenda; los entretiene y les hace oír una palabra de sacerdote, de esas que a ninguno hieren, porque son dichas de corazón a corazón. Su lema es que toda palabra de sacerdote debe ser sal de vida.

Pero, en resumen, acerca del asunto que le ha llevado ante un ministro que aguardaba su visita no les ha dicho nada. Tanto mejor; a los periodistas les embarazan las

noticias concretas. La fantasía es la primera facultad de un reportero.

Al día siguiente el *Fanfulla,* diario irreligioso, daba así la nueva: "Desde hace algunos días circulan voces de que se realizan esfuerzos en pro de una conciliación entre la Iglesia y el Estado. El intermediario ahora es un distinguido prelado piamontés. El Santo Padre ya no se negará a aceptar la asignación que le ha votado el Parlamento."

Otro diario romano, la *Gazetta di Torino,* anunciábalo de este modo: "Encuéntrase en Roma el célebre Don Bosco, de vuestro Turín. Goza de vara alta en el Vaticano; el Papa lo mira bien. Pero en el público no despierta el entusiasmo de antes. Está en decadencia. El Gobierno le abre las puertas de par en par. No sabemos de qué se trata, pero deben ser cosas graves."

Predominaba en la prensa sectaria el regocijo de ver al Papa en trance de olvidar su obstinado *Non possumus,* y de alargar la mano para recibir los tres millones. Con lo cual terminaría la irritante leyenda del cautivo despojado.

En cambio, la prensa católica mostrábase irritadísima. ¿Con qué autoridad mezclábase Don Bosco en aquellos asuntos? ¿Era otra cabeza destornillada por las promesas del Quirinal? ¿Otro apóstata en ciernes?

Había que decírselo claro, y no se mordían las lenguas ni se arredraban las plumas. Y en la *Voce della Verita,* nada menos que monseñor Nardi, auditor de la Rota, arrojábale estos virulentos sarcasmos:

"Los conciliadores son excelentes personas, todo caridad, todo paz, que gimen sobre los males de la Iglesia y (sin decirlo) sobre la obstinación del Papa. ¡Santo Dios!

Con una sola palabra que él dijera devolvería la paz al Estado, a la Iglesia, a las conciencias trabadas. Sentímoslo mucho, señores, pero esta palabra no puede decirse; esta paz no puede hacerse.

"Si fuese verdad que algún eclesiástico pretende servir de puente e inducir al Papa a deponer esa actitud que le ha hecho tan glorioso en el mundo entero; si hubiese alguien capaz de venir a soplarle semejantes consejos, no vacilaríamos en asignarle (cualquier hábito que tenga) el puesto que le corresponde en el Evangelio del primer domingo de Cuaresma... Y le diaríamos: amigo, vuélvete a tu pueblo; aquí pierdes el tiempo. Pío IX es un noble y santo hombre y no hay nada que hacer. ¿Has entendido? ¡Si no bastase, cuidado, que hablaremos más claro!"

El Evangelio del primer domingo de Cuaresma trata la tentación de Jesús en el desierto, después de cuarenta días de ayuno. Don Bosco, pues, representa el papel del diablo tentando a Pío IX.

Sepamos por qué monseñor Nardi veía en la actitud de Don Bosco un comienzo de traición o de apostasía. Era un gato escaldado, que hasta del agua fría huye. Había fundado la *Voce della verita* en compañía del jesuíta Carlos María Curci, hombre probo y de celo, pero a quien el orgullo acababa de derrumbar como un gran árbol roído interiormente.

Seducido por la tentación de los liberales católicos, habíase transformado en el paladín del reconocimiento del *hecho consumado*, la pérdida del poder temporal.

Estas ideas ganáronle fama y honores en los círculos del Gobierno, pero tuvo que salir de la Compañía de Jesús, y, obcecado y soberbio, llegó hasta el borde de la

apostasía. Por ventura no cayó al abismo y se retractó en los últimos años.

Otro célebre sacerdote, el padre Theiner, prefecto del archivo Vaticano, había causado el mismo escándalo y dado armas al adversario para combatir la intransigencia del Pontífice.

¡Y ahora Don Bosco, de quien siempre se había dicho que mantenía relaciones sospechosas con los excomulgados de Turín!

Don Bosco aguantó la andanada, silencioso y paciente; y a alguien afectado más que él por aquellos ataques, le dijo:

—¿Que yo conservo amigos entre esa gente? ¡Bah! Sería capaz de llegar ante el diablo, sombrero en mano y sonriente, con tal que me dejara pasar para salvar un alma.

Y en el caso que ahora lo preocupaba y era ocasión de sus idas y venidas del Vaticano al Quirinal, del Quirinal al Vaticano, tratábase de salvar muchas almas.

Habían quedado vacantes en Italia, especialmente en el Piamonte, más de sesenta diócesis, por muerte o destierro de sus obispos.

Sólo Dios sabía el mal infinito de esa situación, que parecía sin remedio, porque de un lado el Gobierno se había apoderado de las sedes vacantes y exigía juramento de fidelidad al obispo que quisiera ocuparlos; y del otro, la Iglesia negábase a consentir en esa indignidad.

Don Bosco pintó al Papa el estado de las diócesis vacantes, con tan vivos colores que le arrancó lágrimas. Años antes ya Don Bosco había intervenido en la designación de muchos obispos, contribuyendo a allanar las

dificultades que el Gobierno oponía. Era, pues, buen abogado para confiarle el asunto, y el Papa encargóle de eso.

Escribió Don Bosco al ministro: "Me consideraría feliz si pudiera prestar algún servicio a mi Gobierno que resultase de alguna ventaja a la Iglesia... Como particular, desconocido en el mundo político, no daría ningún motivo a los diarios para comentar ni en favor ni en contra mi intervención..."

En esto se engañó. Mas pensó bien que el Gobierno aceptaría su intervención.

Fué citado a palacio, y Don Bosco, apenas recibió la carta, arregló su maleta. Pobre maleta en verdad. Tan raída estaba su vestimenta habitual que debió pedir prestados a sus hijos del Oratorio a quién la sotana, a quién el manteo, a quién otras prendas. Y no eligió las que mejor le venían. Y el día que fué al ministerio, intencionalmente dejó de hacerse la barba.

Esta negligencia entraba en los detalles de su diplomacia. El ministro, seguro de que Don Bosco trataría de llevar el agua al molino del Papa, se tranquilizaría bajo su aspecto de pobre hombre y abrigaría la ilusión de embrollarlo.

Comenzó a tratarse bajo el ministerio Lanza, que de repente dimitió. Prosiguióse bajo Minghetti.

Hallábase Don Bosco en charla amena con varios diputados, entre ellos Crispi, en una sala del Parlamento.

De pronto vieron pasar al secretario de la Embajada prusiana.

Un rato después apareció el ministro, con un largo telegrama en la mano:

—Señores, algunos se van a alegrar; otros se van a entristecer...

—¿Qué es eso?

—La sentencia de muerte de los sesenta obispos que iban a ser nombrados, firmada por Bismarck. El canciller se queja que mientras él persigue al catolicismo en Alemania, el Gobierno italiano anda en negociaciones con el Papa... No es culpa nuestra, señor Don Bosco, si la cosa queda enterrada. Dígaselo usted a Su Santidad. Prusia es más fuerte que nosotros... Lo siento mucho... Me habría gustado complacer a Don Bosco y al Papa... ¡Buenas tardes, señores!

¿Fué sincero el pesar que demostraba? ¿Se aprovechó del pretexto que Bismarck le ofrecía para enterrar un asunto que ponía en peligro al Gabinete? Como quiera que fuese, si le daban a elegir entre Bismarck y Pío IX, el Gobierno de Italia no podía vacilar: Bismarck tenía la bolsa y el sable, y éste era un argumento ante el cual se inclinaban siempre los hombres de la revolución.

XVI

EL PADRE VESPIGNANI

Una noche del frío invierno del año 75 descendía del tren que llega a eso de las diez a la estación de *Porta Nuova*, en Turín, un joven sacerdote romañol.

Alto, flaco, de mejillas rosadas, llevándose él mismo la valija, subió a un pobre coche, donde el viento de los Alpes reinaba como en casa propia.

Le dió las señas de Valdocco, y el caballo, entumecido, empezó a trotar sobre las anchas piedras que cubren las calzadas de Turín.

Los ojos azules del romañol abríanse ávidamente a las grandezas de aquella ciudad que por siglos había sido corte de reyes. ¡Pórticos y pórticos! Palacios de piedra: patios inmensos, más grandes aún por la sombra que los invadía, sin más luz a veces que la que ardía delante del nicho de la *Consolata* en la pared principal.

—Se parece a nuestra Boloña—pensó el romañol.

Voz del cochero, en el silencio de la calle desierta:

—¿Va a ver a Don Bosco?

—Efectivamente, allá voy.

—¿Lo conoce?

—No; ¿y usted, lo conoce?

—¡Vaya si lo conozco! ¿Quién no lo conoce en Turín?

El joven sacerdote se incorpora en el asiento.

—¿Cómo es Don Bosco? ¿Qué hace? ¡La gente habla mucho de él!

Ese mismo día, en una ciudad del camino, había comprado un retrato del ya famoso apóstol de Turín; mas no estaba seguro de reconocerlo cuando lo viese.

Aguardaba emocionado la respuesta del cochero.

Hay que pensar que era joven, recién ordenado, que no sabía aún lo que iba a hacer de su vida, ignorando las miras de Dios.

A tal punto desconocía su verdadera vocación, que había hecho un experimento de vida monástica. Vivió tres o cuatro años en un convento de monjes benedictinos; halló esa vida austera y tranquila conforme a su gusto, y llegó a vestir el burdo sayal.

¡Ah! No se olvidaría nunca de la escena. Sus compañeros, más ladinos que él, viéndolo inocente y curioso de saber cómo se realizaba la ceremonia, lo aleccionaron así:

—Irás a la iglesia vestido con tus ropas de paisano; el abad te entregará el hábito bendito y te invitará a despojarte del hombre viejo y a vestirte del hombre nuevo. Y te pondrá un cirio encendido en la mano.

—Y yo, ¿qué debo hacer?

—Te quitarás las ropas que lleves y te vestirás el sayal.

—¿Y el cirio?

—Con el cirio le prenderás fuego a tu traje de paisano, comenzando por los pantalones, en señal de que re-

nuncias al mundo, a sus pompas y a sus vanidades...

El neófito fué a la iglesia y vió que las cosas desenvolvíanse como se las pintaran. Recibió el hábito; se desvistió del hombre viejo y se revistió del hombre nuevo. Le dieron el cirio, lo cogió resueltamente, extendió sus pobres pantalones y en plena iglesia les prendió fuego.

—¡Hombre de Dios! ¿Qué estás haciendo?—le gritó el abad, pero no en latín, sino en puro romañol.

—Me han dicho que esto tenía que hacer... ¿No es así?

—¡No, hombre, no! ¡Se han burlado de ti!

No permaneció mucho en el convento. Vino la supresión de las órdenes religiosas en Italia el año 66, y él tuvo que abandonar a los benedictinos. Prosiguió sus estudios en el seminario y se ordenó sacerdote secular, pero su vocación era la vida religiosa. ¿Mas de qué Congregación?

Oyó hablar de los salesianos y parecióle que ése era su camino, y se dispuso a ir a Turín. Había dejado entrever este propósito, y su confesor, sacerdote secular, poco aficionado a las Congregaciones religiosas, que a menudo espigan las mejores vocaciones, intentó disuadirlo. El joven persistió en su propósito; pero en vísperas del viaje confesóse con otro, que era el preboste de la Colegiata.

—Señor preboste, si yendo a Turín me entraran deseos de quedarme para siempre con Don Bosco, ¿qué pensaría usted?

—¡No, no! ¡No haga eso! Los buenos sacerdotes son escasos aquí. Lo que puede hacer, ya que está resuelto a ir a Turín, es lograr que lo admitan en el Oratorio de Don Bosco, permanecer un año con él, estudiar sus secre-

tos, ver cómo ha podido fundar y mantener tantas escuelas, gimnasios, talleres, y volver después aquí, para hacer nosotros lo mismo...

—Y bien, ¿cómo es Don Bosco?—preguntó al cochero cuando enfilaron una larga calle silenciosa.

—Es un hombre muy rico... Tiene millones...

—¿Y cómo los ha ganado?

—Haciendo loterías; además, todo el mundo le da, hasta el rey, hasta el Papa...

—¿Y él qué hace de tanto dinero?

—Construye colegios, iglesias, talleres...

—¿Para quién? ¿Para los ricos?

—No, para los pobres... Miles y miles de muchachos viven de él, que los alimenta y viste y les enseña...

—Por lo que usted me cuenta, si Don Bosco tiene tantos millones, los ha ganado bien, y los gasta mejor.

—¡Es lo que digo yo!... ¡Hemos llegado! Aquí es Valdocco.

Descendió el joven sacerdote y llamó a la modesta portería del Oratorio. Abriéronle, dijo quién era y lo hicieron pasar al refectorio.

Don Bosco terminaba apenas de confesar a sus *biricchini*, diaria y penosísima labor, para la que, en medio de sus más graves ocupaciones, siempre hallaba tiempo. A esa hora entraba al refectorio a cenar, tarde y frío.

El joven sacerdote penetró en el estrecho comedor de la comunidad, mal alumbrado por una lámpara de querosén.

—¡Aquel es Don Bosco!—le dijeron mostrándole un anciano, a quien rodeaban familiarmente otros sacerdotes.

El corazón le latió fuertemente. ¿Ese era, pues, Don Bosco? ¿Y delante de él se comportaban sus hijos de ese modo, unos de pie, haciendo pruebas con las sillas, como prestidigitadores, otros sentados, charlando en voz alta?

La vejez había encorvado sus espaldas y arrugádole el rostro, pero todos sentían que él era un padre, un maestro y un camarada.

Conmovido y un poquito escandalizado, aproximóse, y de rodillas le besó la mano.

—¿Quién eres tú, hijo mío?

—Soy José Viespignani, sacerdote romañol. El año pasado le escribí pidiéndole sitio en el colegio de Alassio para mis hermanitos. Ahora vengo a pedirle sitio para mí entre sus hijos.

Silencio. Todos se aproximan al nuevo, que habla tímidamente. Don Bosco lo contempla un instante. Coge la carta de presentación que le entrega y la pasa a Don Rua, su secretario, que tiene ojos más jóvenes que los suyos, ¡ay!, tan cansados ya.

—Sí—dice Don Rua—, es un sacerdote romañol que viene a quedarse con Don Bosco...

—¡Hum!—exclama el fundador, con una sonrisa desconcertante—. Usted viene a quedarse un año con nosotros, a aprender cómo fundamos colegios y cómo los mantenemos, para irse luego a su país a hacer lo mismo...

Vespignani queda petrificado. ¡Aquellos ojos, que el trabajo y la vejez han apagado casi, leen, sin embargo, en las almas!

¡Pero no! Ese no es su pensamiento; esa es la sugestión del buen preboste de la Colegiata, que tiene cariño por su pueblo.

—¡No, no!—exclama lleno de confusión—. Yo vengo a quedarme para siempre con usted; quiero ser salesiano si me acepta.

—Bien. Ahora nos vemos a la luz de esta pobre lámpara; mañana nos veremos a la luz del sol y nos conoceremos. Mañana dirá la misa de la comunidad a nuestros misioneros que van a partir para la República Argentina... ¿Ha cenado?

—No, señor...

—Siéntese aquí, a mi derecha... ¡A ver quién le sirve! Hallará un poco fría la menestra, pero no es la culpa del cocinero, sino de nosotros, que venimos tan tarde a hacerle los honores.

—Pero yo, señor Don Bosco, hace apenas un mes que digo misa; no seré capaz de celebrar delante de la comunidad; me confundiré; no sabré dar la comunión...

—¡Todo saldrá muy bien! ¡No se preocupe!

Un rato después Don Rua lo conduce a un aposento vacío; va a la ropería por sábanas, fundas y cobijas. Vuelve cargado con todo el ajuar y se pone a tender la cama.

—¡Eso no puede ser, Don Rua! ¡Yo tenderé mi cama!

—¡Déjeme ayudarlo! Usted, Don Vespignani, está más flaco que yo, y ya es mucho decir.

En efecto, Don Rúa, el que fué primer sucesor de Don Bosco, estaba seco y sarmentoso. Nadie habría augurado para él la senectud a que llegó. Y menos para Don Vespignani, condenado por los médicos a morir tísico en la florida juventud; pero que vive aún y trabaja como un joven, frisando ya los ochenta años (1).

(1) Así escribía yo en la primavera del año 31, viviendo en Valdocco

¡Qué fortuna asistir a la partida de la segunda expedición de misioneros! ¡Y qué gloria celebrar la misa de despedida!

Así, pues, Don Bosco se salió con la suya. "Usted no debe ser misionero"—habíale dicho terminantemente su confesor, Don Cafasso, y él obedeció. Pero, en cambio, se hizo padre de numerosos misioneros, que se difundían por el mundo a realizar las cosas que había soñado.

El sueño que le movió a no retardar aquella empresa túvolo en 1872, y lo narró así a sus íntimos:

"Me pareció encontrarme en una región salvaje y desconocida. Inmensa llanura, sin bosques ni colinas, circundada a enorme distancia por montañas escabrosas. Vi una turba de hombres de extraordinaria estatura, de color bronceado, casi desnudos. Sólo llevaban pendientes de los hombros pieles de animales, y sus armas eran una lanza y un lazo.

"Unos iban a la caza de bestias salvajes; otros peleaban entre sí; otros venían a las manos con tropas vestidas a la europea, y la tierra pronto quedó sembrada de cadáveres.

"Vi aparecer entonces en los confines de la llanura muchos personajes, en que reconocí misioneros de distintas órdenes religiosas. Iban a predicar a aquellos bárbaros la religión de Jesucristo; mas fueron recibidos con un furor diábolico y muertos en medio de una algazara infer-

mismo, a la vera de Don Vespignani. Diariamente conversaba con él y recibía la luz inmarcesible de que estaba lleno su corazón. Pocos meses después (enero 15 del 32) Don Vespignani—el padre Vespignani para los argentinos—entraba en la verdadera tierra prometida.

nal, y sus miembros sangrientos ensartados en las puntas de sus lanzas.

"Dije dentro de mí: "¿Cómo convertir a esta gente brutal?" Y vi en lontananza otros misioneros de alegres rostros, precedidos por un grupo de jovencitos. "Vienen a hacerse matar", pensé temblando. Reconocí a mis salesianos. Quise avisarles que huyeran, cuando advertí que los salvajes se alegraban de verlos, escuchaban sus palabras y respondían a sus oraciones.

"Y luego no más los vi deponer las armas, arrodillarse y hacer coro a los salesianos, que cantaban alabanzas a María. Y me desperté."

No dudó que aquel sueño fuese, como tantos otros, un aviso de Dios. Pero ¿cuáles eran aquellos pueblos, cuál aquella región que aguardaba a sus misioneros?

Pensó primero en la Etiopía. Después en la India. También en Australia. Habló con sacerdotes ingleses; compró libros, mandó a algunos que estudiaran inglés...

¡No, no! En los grabados que traían sus libros, ni los hombres de Australia, ni los de la India, ni los de Etiopía vestían, como los que viera en sueños, de pieles y con lanzas y lazos. Ni las regiones eran llanuras perfiladas por montañas a distancia infinita.

Un día llega al Oratorio de Valdocco un hombre de barba cerrada, fuerte y grueso, con gran uniforme de militar. Es Gazzolo, cónsul de la República Argentina en Savona, que trae a Don Bosco una carta del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Aneyros.

¿Cómo son las tierras, cómo son los pueblos salvajes de allí? Don Bosco se hace informar, le muestran grabados y libros, y reconoce en los patagones, de gran estatu-

ra, vestidos de pieles, y en la infinita llanura pampeana, los terribles actores y el escenario de sus sueños.

Pero el arzobispo no lo invita a ir a la Patagonia, la tierra incógnita según Darwin, cuya posesión discutíanse Chile y Argentina, y tal vez España e Inglaterra. No, la Patagonia está muy lejos de Buenos Aires y el arzobispo sólo piensa por entonces en las urgentes necesidades espirituales de la ciudad, en plena expansión, donde hay más de 30.000 italianos que carecen de asistencia religiosa.

Si los salesianos quisieran encargarse de una iglesia en el populoso barrio que llaman de la Boca, por estar situado en la desembocadura del Riachuelo, hallarían allí, entre connacionales, un terreno más propicio para evangelizar que en la misma tierra de los patagones.

Así le escribe el arzobispo: "Los italianos que hay en Buenos Aires son 30.000, y la mayoría de los sacerdotes italianos vienen, me duele decirlo, a hacer la América *(far quattrini e nient'altro)*."

Don Bosco se resuelve a iniciar las misiones salesianas comenzando por la República Argentina. Desde Buenos Aires, que será su cuartel general, sus hijos partirán después a la conquista espiritual no sólo de la Patagonia, sino de las otras naciones circunvecinas.

Frenético entusiasmo despierta en Valdocco el anuncio de que va a prepararse el primer escuadrón de misioneros. Todos quisieran partir. Diez son los elegidos, y entre ellos, como su jefe, va el presbítero Cagliero.

No es menor la alegría de Buenos Aires y de la pequeña ciudad de San Nicolás de los Arroyos, sobre la orilla derecha del gran Paraná. A ella le cabe la gloria de haber sido la primera en el Nuevo Mundo en costear el pasaje

de algunos misioneros y en poseer un colegio salesiano.

El 14 de noviembre de 1875 se habían embarcado en Génova, a bordo del *Savoia,* vapor francés, los diez primeros salesianos que partían en misión. *"Id por todo el mundo y publicad el Evangelio a todas las criaturas".* Palabras de Jesús que habían vibrado en el corazón de aquel gran capitán.

¡Ya ha partido su primer escuadrón! Ya ha llegado. El 14 de diciembre, doscientos italianos, reunidos en el puerto de Buenos Aires, asisten al desembarco de Don Cagliero y de sus nueve jóvenes soldados.

Los diez misioneros han sido alistados y provistos de ropas y de vasos y ornamentos sagrados y libros de enseñanza y de estudio; llevan un piano y un harmonium. Don Bosco ha redactado minuciosamente la nota de gastos: 26.355 liras, incluyendo 4.000 de las 8.000 que cuestan los pasajes. Las otras 4.000, o sea el pasaje de cinco misioneros, las paga la municipalidad de San Nicolás de los Arroyos. Esta ciudad tuvo la gloria de poseer un colegio salesiano antes que Buenos Aires.

A más Don Bosco ha entregado a cada misionero un crucifijo bendito ex profeso, y un papelito con estas palabras, su postrer consejo:

"Buscad almas y no dinero ni honores... Usad de caridad y de cortesía con todo el mundo... Cuidad especialmente a los enfermos, a los niños, a los viejos, a los pobres... Obedeced a las autoridades... Haced que el mundo conozca que sois pobres en el traje, en la comida, en la casa... Las penas de cada uno sean las penas de todos... A los jóvenes recomendadles la frecuente confesión y comunión... En las fatigas y en los padecimien-

tos, no olvidéis que tenemos un gran premio preparado en el cielo. ¡Amén!"

Ha pasado un año. La joven misión salesiana posee ya un colegio en San Nicolás de los Arroyos, dos iglesias y una escuela de artes y oficios en Buenos Aires.

Pero la mies es mucha y los diez obreros resultan escasísimos. Hay regiones inmensas en que poblaciones cristianas viven y mueren sin los auxilios de un sacerdote. Don Bosco ha recibido una carta en que le refieren cómo cierta persona, para oír misa al menos un domingo en el año, partió el jueves, y viajó todo ese día a caballo, y el viernes y el sábado, y aun así apenas llegó a tiempo.

Estas noticias espolean la caridad de Don Bosco. Forma un segundo escuadrón de dieciséis y lo manda a Buenos Aires.

Vespignani, novicio de un día, ha dicho la misa de la comunidad y vibra de entusiasmo evangélico. Ya se siente hijo de Don Bosco. ¡Oh, si pudiera partir, como un sembrador de la buena semilla, a los campos vírgenes de América!

¡Sueño inaccesible! Su salud es miserable. Una fiebre continua lo gasta; una tos pertinaz no lo deja dormir. Frecuentes hemoptisis. Acaba por no poder tenerse en pie, y lo mandan a la enfermería. Aquel manojo de huesos, dicen los doctores, pronto irá a reposar en el tranquilo cementerio de San Pietro in Vincoli, o en cualquier otro de la ciudad.

Le administran el viático, y se dispone a morir.

Una tarde Vespignani reconoce los pasos de Don Bosco y se incorpora con un heroico esfuerzo.

—¿Qué tal? ¿Cómo va eso?

—Ya lo ve, Don Bosco. Le había pedido que me mandase de misionero a la Argentina... Es como si me hubiera mandado. Ya estoy de vuelta; ahora me iré a otra parte.

Don Bosco lo mira profundamente, y alzando la mano, le dice:

—¡Irá! Voy a darle la bendición de María Auxiliadora.

Desde ese instante cesaron la tos, la fiebre, la sangre, y empezó la convalecencia. Pocos días después Don Rua va a ver cómo está.

—¿Quiere entretenerse en algo? Le traigo un trabajito...

¡Qué trabajito! Una montaña de pruebas de imprenta que urge corregir. En Valdocco ni los moribundos pierden tiempo.

¡Señor! Aquel joven sacerdote, que se moría tísico, pocos meses después figura el segundo en la lista del tercer escuadrón de misioneros que Don Bosco manda a Buenos Aires a fines del año 77.

El jefe de la nueva expedición fué Don Costamagna.

Todavía en los tiempos de Don Bosco era la Patagonia la tierra incógnita, sobre la que en el siglo XVI se tejió la leyenda de los patagones gigantes, y en cuyo seno misterioso existe la ciudad de los Césares, habitada por blancos y llena de tesoros.

Ni se conocían sus límites ni estaba claramente resuelto a qué nación pertenecía.

Tanto la Argentina como Chile pretendían su jurisdicción. En vano la Constitución de Chile, de 1833, establecía terminantemente: "El territorio de Chile se ex-

tiende desde el desierto de Atacama hasta el cabo de Hornos, y desde la cordillera de los Andes hasta el mar Pacífico..."

La Patagonia, al lado opuesto de la cordillera de los Andes, seguía siendo tierra chilena para la mayoría de los escritores de Chile.

En 1850, uno de sus notables historiadores, el presbítero Eyzaguirre, en su obra *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile*, escribe así de Nahuel Huapí, situada en la parte oriental de los Andes: "Este distrito, que toma su nombre del gran lago que lo baña, se encuentra en territorio de Chile, a 41 grados y medio de altura distante de Osorno, como cuarenta leguas y pocas menos de Chiloé..."

Guillermo Cox, explorador chileno de las regiones septentrionales de la Patagonia, en la interesantísima relación de su viaje, en 1863, no se expresa con menos seguridad: "Tanto a las provincias argentinas como a la parte de Chile ultramontana, conocida por Chile oriental o Patagonia..."

En aquella región la cordillera de los Andes no es la altísima cadena que divide netamente a las dos naciones al Norte del grado 37.

Es baja y angosta, cortada por valles boscosos y grandes lagos.

Y mientras la parte oriental permanecía absolutamente desierta, pues Buenos Aires quedaba a incalculable distancia, la parte occidental, desde el siglo XVI, se había llenado de colonias y de ciudades importantes y prósperas en relación a la época.

No era extraño, pues, que los que mejor conocieran

y explotaran la Patagonia en aquellos siglos fuesen los misioneros, los exploradores, los mercaderes que partían de Santiago, de Concepción, de Castro, de Osorno, ciudades en plena acción, menos apartadas de la Patagonia por la cordillera estrecha y baja que lo estaban Buenos Aires y Córdoba, por distancias inconmensurables y temibles desiertos.

Dos factores determinaron la mayoría de aquellas exploraciones.

Uno fué la romántica leyenda de la ciudad de los Césares, que embrujó las imaginaciones de ambiciosos y aventureros. Otro el afán de los sacerdotes, jesuítas especialmente, que, habiendo comenzado la evangelización de los araucanos, quisieron extender su conquista espiritual a las opuestas vertientes de los Andes, tierra de indios poyas y puelches.

La leyenda de la ciudad, o mejor de las ciudades (pues fueron tres) de los Césares, se formó así:

Hacia el año 1539 naufragaron en el Estrecho de Magallanes unos barcos fletados para las Molucas por el obispo de Placencia (España). No se supo más de sus tripulantes, pero empezó a correr la especie de que se habían salvado en la costa.

Aparecieron tiempos después unos tales Oviedo y Cabo en la ciudad chilena de Concepción, refiriendo que los náufragos habían fundado, al Oriente de los Andes, una ciudad rica y próspera.

La noticia cundió. La fantasía del pueblo, extremadamente inflamable en aquellos tiempos heroicos y aventureros, la adornó con detalles maravillosos, y por más de doscientos años persistieron las gentes del uno y del

otro lado de los Andes en creer y buscar las encantadas ciudades de los Césares, nombre que les impusieron como un homenaje a Carlos V.

En 1610 encontramos a Don Jerónimo Luis de Cabrera, gobernador del Tucumán, fundador de Córdoba, en plena tierra de Pehuelches, al frente de una expedición.

Todavía en 1746 el sesudo jesuíta Cardiel escribe desde la ciudad de Areco al gobernador de Buenos Aires "los graves fundamentos que hay para creer en poblaciones de españoles que han dado motivo a la decantada ciudad de los Césares".

Se llegó hasta precisar las distancias: a 160 leguas de Mendoza y 286 de Buenos Aires. Y sus pobladores no eran solamente los tripulantes de los primeros buques perdidos en el Estrecho, sino los de muchos otros, a los que les cupo igual desventura en las costas del Sur.

No faltaban descripciones ingenuas y deslumbrantes: tenían los Césares murallas, fosos y puentes levadizos. Sus edificios eran suntuosos. Sus templos cubiertos de plata maciza. Los habitantes vestían casaca de paño azul, zapatos de hebilla y sombrero de tres picos, y eran tan lujosos, que en sus casas sentábanse sobre taburetes de oro. El clima, tan sano, que la gente moría de pura vejez.

No muy seguro de que eso fuera verdad, otro jesuíta, el famoso padre Lozano, argumentaba así:

"Y que no hayan hallado en tanto tiempo los Césares, no es prueba de que no los hay, como no lo fuera de que no había Canarias porque no se hubieran descubierto hasta los años de 1200; ni que no había Indias, el no haberse descubierto hasta los tiempos de Fernando

el Católico; ni que no había Batuecas, el no haberse descubierto hasta el reinado de Felipe II, y esto, estando en el riñón de España."

Especialmente de Chile, por la situación de sus ciudades australes, partieron numerosas expediciones en busca de los Césares, sin más resultado que averiguar los pasos de la Cordillera, que luego aprovechaban los misioneros.

El amor a la independencia y la bravura de los indios hacíales detestable la religión de los conquistadores.

Para lograr algún fruto, el misionero debía presentarse solo. El padre Valdivia decía al rey Felipe II: "Retírese el ejército, y entonces daremos civilizado todo el país de Arauco."

En 1670, el padre jesuíta Mascardi fundó en las orillas del Nahuel Huapí una misión, y de allí partió al Sur en busca de la ciudad de los Césares, de que le hablaron los indios, y a cuyos habitantes, que suponía cristianos, quería llevarles el auxilio de un sacerdote.

Envió delante de él emisarios indios con cartas en griego, latín, español, italiano, araucano y poya, pues ignoraba qué lengua hablarían en los Césares.

Naturalmente, sus cartas nunca llegaron, y volvieron sus batidores con la excusa de haber sido asaltados y robados en el camino. Y ellos mismos, los indios poyas, al tercer invierno mataron a flechazos al ingenuo y santo padre Mascardi, que los evangelizaba.

Mas la divina semilla no podía morir. Ya en aquellos tiempos Chillán, Concepción, Valdivia, Castro, en tierra araucana, tuvieron colegios para los hijos de indios.

Cuarenta jesuítas, doce dominicos, diez franciscanos

y algunos seculares administraban aquella fantástica empresa.

Hay que mirar el mapa e imaginarse lo que sería vivir en lugares tan remotos en aquellos siglos.

Y mientras tanto, del lado oriental de la cordillera, argentino ahora, nada más que el infranqueable desierto.

Un día del año 1703 llegaba ante el gobernador de Chile, que habitaba Santiago, un jesuíta flamenco, el padre Wanden Mere, cuyo nombre fué castellanizado así: padre Laguna.

Había escrito un voto: si el gobernador le permitía ir a recoger la sangrienta herencia de su hermano el padre Mascardi, celebraría misa por él treinta días seguidos y ayunaría todo el mes a pan y agua.

¡Ardiente deseo, a fe! En diciembre encontramos ya al padre Laguna en las sombrías márgenes que pueblan los Pehuelches.

Cuatro años vivió allí, y al cuarto murió envenenado por sus salvajes catecúmenos.

Sucedióle el padre Guillermo, que restableció la misión. Marcharon bien las cosas hasta que se le ocurrió la obra colosal de un camino que acortaría la distancia entre el Nahuel Huapí y las ciudades de Chile.

Los indios intentaron oponerse, temiendo que por ese camino penetraran los soldados españoles; pero el padre Guillermo no cejó hasta que descubrió el misterioso paso de Bariloche, que permitía hacer el viaje en tres días.

Los indios incendiaron la iglesia y el pueblo y huyeron a las montañas, y poco después, un cacique, con un vaso de chicha, envenenó al misionero.

Heredó su cruz de apóstol y de mártir otro jesuíta,

el padre Elguea. Una tarde, los indios de la misión volvieron de caza furiosos, tal vez soliavantados por sus *machis* o adivinos, y lo asesinaron.

Apagada aquella luz de civilización que empezaba a penetrar en la Patagonia, por el lado de Chile, volvió a caer su dura y rebelde tierra en las tinieblas del paganismo y la confusión de las leyendas.

En el siglo XVIII, el río Salado, en la provincia de Buenos Aires, constituía la frontera del territorio civilizado. Más allá, las innumerables tribus de los indios pampas; y más allá aún, al otro lado del río Negro, los temibles patagones, que conservaban fama de gigantes.

En 1740, dos jesuítas, los padres Cardiel y Falkner, penetraron solos entre los indios, que estaban en una guerra sin cuartel contra los españoles. Y realizaron el milagro de promover la paz y de fundar dos reducciones o pueblos, en las sierras del Volcán y del Tandil.

Pero en 1768 sobrevino la disolución de la Orden de los Jesuítas, fueron abandonadas las misiones y los indios volvieron a la barbarie.

¡Cien años más de tinieblas! Esta vez, la luz vendría del Oriente y la traerían los hijos de Don Bosco.

En la casa madre de Turín, los salesianos guardan con veneración el escritorio de Don Bosco. Es una mesita negra, con un casillero adosado a la pared, como un palomar. En ese casillero Don Bosco ha distribuído sencillamente el mundo. La primera casilla corresponde a tal nación; la segunda, a tal otra; una de ellas, a la Argentina.

Allí se acumularon durante varios años los datos concernientes a la conquista de la Patagonia para Cristo.

Bien pocos, ciertamente. Ni siquiera una buena geografía o un buen mapa. Don Bosco sabía tanto de las tierras nuestras, como la mayoría de los europeos de su tiempo.

En un *Memorándum* al cardenal Franchi, prefecto de la Congregación de *Propaganda fide,* le habla así:

"Esta región es conocida con el nombre de Pampas y Patagonia o tierras magallánicas en la América del Sur. Está comprendida entre el mar de las Indias y el Pacífico, y se extiende desde el grado 42 al 60, y si se le agregan las islas vecinas, viene a formarse un continente mayor que Europa...

"El proyecto que parece preferible consiste en establecer asilos, colegios y casas de educación en los confines salvajes. Iniciadas las relaciones con los hijos, sería fácil comunicarse con los padres, y así, poco a poco, abrirse camino entre las tribus salvajes.

"Por intermedio del cónsul argentino en Savona, comendador Juan B. Gazzolo, me he puesto en relación con el arzobispo de Buenos Aires, el presidente de la República Argentina y el Municipio de San Nicolás de los Arroyos. Esta ciudad, que no dista más de 60 leguas de los salvajes, daría ocasión a los salesianos para estudiar la lengua, la historia, las costumbres de aquellos pueblos, tal vez para preparar entre sus mismos alumnos algún misionero indígena, que pudiera servir de guía entre los salvajes." (Mayo de 1876.)

Poco antes se ha dirigido al ministro de Relaciones Exteriores de Italia, Malegari, interesándolo por la suerte de los emigrantes italianos.

Si se pudiera fundar una colonia italiana en la Pa-

tagonia (como se fundó la colonia galense en el Chubut), redundaría en bien temporal y espiritual de esas pobres gentes.

Don Bosco indica el sitio a propósito, la costa atlántica, del grado 40 al 50, "donde no hay habitación, ni puerto, ni Gobierno que tenga ningún derecho".

El desdén con que las autoridades argentinas consideraban aquellas regiones, confirmaba las ideas corrientes en Europa de que la Patagonia era *res nullius*. Habíasele pedido al Gobierno de Buenos Aires que fundara establecimientos y poblaciones para afianzar su derecho, pero iba dejándolo pasar, como si no le importara el destino de la inmensa región que entre el río Negro y el Estrecho de Magallanes mide 875.000 kilómetros cuadrados.

Pero ¿qué importan ni la extensión, ni el sitio, ni otros detalles geográficos de la Patagonia, al que recibe sus inspiraciones como los antiguos profetas? Don Bosco ha visto en sueños la región, y se lanza a su conquista, sin curarse de quién sea su dueña.

Como un estratega, quiere atacar por tres puntos, con tres aliados: por Buenos Aires, con la ayuda de la Argentina; por la costa atlántica, con la del Gobierno italiano, y por la cordillera, con el apoyo del obispo chileno de Concepción. El nombre de esta ciudad le suena, porque lo ha visto en las crónicas de los primeros misioneros jesuítas. Mas no sabe exactamente qué lengua habla el obispo de Concepción; tal vez español, tal vez araucano, y le escribe en la lengua de la Iglesia: en latín.

Afortunadamente no le contestaron ni el obispo, ni

el ministro de Italia, que hubieran injertado complicaciones diplomáticas en su empresa, y la evangelización de la Patagonia por los salesianos se emprendió desde Buenos Aires.

XVII

LA CONQUISTA DE LA PATAGONIA

No fué el último, ni el menor de los resultados de aquellas misiones, que tuvieron su cuartel general en Buenos Aires, el hacer argentina la tierra de los patagones y de los Césares. No ha tenido la nación soldados más fieles, ni más eficaces, y ¿por qué no decirlo también?, más baratos que los hijos de Don Bosco.

Plantaban una cruz, levantaban un altar, y al hacer cristianos a los salvajes hacíanlos argentinos y ensanchaban los confines de la patria.

Verdadera y civilizadora conquista que puede figurar como uno de los más hermosos capítulos de su historia.

Al acrecentarse la población blanca en las ciudades, los indios ranqueles y huiliches, puelches y aucas, habían ido replegándose hacia las llanuras del Sur, más allá todavía: hacia los grandes ríos de la Patagonia y los misteriosos lagos de la cordillera.

Diéronse allí la mano con los araucanos indómitos, y de esa amistad nació la alianza que arruinaría a los estancieros de lo que se llamaba entonces "la frontera".

Los indios vadeaban el Salado y saqueaban las po-

blaciones y volvían a sus toldos, arreando innumerables cabezas de ganado, que luego, por los boquetes o pasos de la cordillera, llevaban a Chile y vendían a ricos traficantes.

Habían aprendido el manejo del caballo y criaban una raza especial para sus correrías. Adiestraban a sus baguales (caballos jóvenes) *vareándolos,* haciéndolos correr sobre los médanos, campos arenosos, y sobre los pantanos o tembladerales, donde los caballos de los cristianos se atollan y sucumben. Y habituándolos al hambre y a la sed.

Cuando en la madrugada clara y fresca, desde el campo cristiano, se ve la pampa cubierta de animales silvestres, guanacos, gamos, avestruces, que huyen despavoridos, hay que prepararse a la pelea.

Son los anuncios infalibles del *malón.*

Los peones vuelven del campo a refugiarse detrás de las empalizadas que circundan lo que se llama el casco de la estancia, y guardan consigo la flor de la caballada y aprestan los viejos fusiles del tiempo del rey y las herrumbradas carabinas que se cargan hasta la boca. Y si hay un fortín en las cercanías, doce o quince soldados de frontera, al mando de un viejo oficial, redobla el tambor y se apunta el cañoncito de bronce hacia el Sudoeste, rumbo del viento pampero y también de los indios.

Una nubecita de polvo, en aquel mar sin oleaje, que es la pampa, señala el sitio por donde llegan, cabalgando en pelo sobre sus mejores potros, golpeándose las bocas ululantes y blandiendo las lanzas.

Así caían sobre la estancia, sobre el fortín, sobre el pueblo. Mataban a los hombres, incendiaban los ranchos,

despojaban los mutilados cadáveres y se volvían al desierto arriando las haciendas y llevándose cautivos, sobre la cruz de sus caballos, a las mujeres jóvenes y a los niños.

Esto, si vencían. Y si eran vencidos, abandonaban el campo y desaparecían tras la curva del horizonte, como un remolino de hojas secas.

Más de doscientos años vivieron los pobladores de la frontera bajo la tremenda amenaza del *malón*.

En 1738, hasta la propia villa de Luján fué saqueada por el cacique Calielán y sus trescientos lanceros. Después de 1810, los indios se mezclaron en las guerras civiles de los argentinos, favoreciendo a uno u otro partido, y cobrándose la ayuda en ganado y cautivos.

En 1820, el brigadier chileno José Miguel Carrera, hermano de Luis y de Juan José, fusilados en Mendoza, por vengar su muerte o como un supremo recurso en su vida de *montonera*, se alió a los indios pampas, y asoló poblaciones, entre ellas el Salto, de donde arrebató 300 cautivos para hundirlos en la horrenda esclavitud de las tolderías.

¡Carrera, Yanquetrú, Baigorria y Baigorrita! ¡Ranqueles, puelches, araucanos! Zumbido de palabras que hacían temblar a las mujeres, en el fondo de los ranchos diseminados sobre la pampa infinita.

¡A los hombres, no! Tampoco a los muchachos. En aquella época de caudillismo y de anarquía, en que el soldado de hoy era el gobernador o el general de mañana, los muchachos se criaban ambiciosos, aventureros y bravos.

Optimos jinetes desde los cuatro o cinco años, sobre el lomo palpitante de un redomón, sentían bullir su sangre de caudillos y sus manos se crispaban sobre el cabo

del rebenque, como si fuera una lanza, y espiaban el Sur, sospechando de toda polvareda y hasta creyendo percibir en el aire el silbido de las boleadoras y el hueco retumbar de la caballería.

Carrera, traicionado por sus secuaces, cayó prisionero y fué fusilado. Mas quedaban cien capitanejos de su laya.

Aún no existía en la Argentina un Gobierno central, obedecido por todos los Estados de la Confederación; y los Gobiernos provinciales tuvieron que aliarse para defenderse de los montoneros y de los indios, concertando tratados que rara vez se cumplían. El aliado de hoy era mañana el adversario, que buscaba, a su vez, la ayuda de los indios.

Rozas, el más poderoso de los caudillos federales, concibió un plan orgánico y audaz.

Es el mismo Don Juan Manuel de Rozas que poco después había de iniciar su dura tiranía de veinte años, como dueño y señor de la nación argentina.

Formó, casi a expensas, con la ayuda de algunos ricos amigos, un ejército de dos mil hombres, y llegó al río Negro, que el ingeniero Descalzi, por su orden, exploró y navegó hasta la confluencia del Limay.

Un año después, licenciaba sus tropas a orillas del arroyo Napostá (Bahía Blanca).

Su vigorosa y rápida campaña había humillado y acobardado a los indios, poniendo diez mil fuera de combate y rescatando cuatro mil cautivos cristianos e innumerables haciendas.

La historia, que es justamente severa con Rozas, debe reconocer que esa expedición sirvió, además, para afianzar el dominio argentino en la Patagonia.

En su tiempo, y aun mucho después, los estadistas se desinteresaban de un problema tan lejano, confuso y costoso. Rozas tuvo la clara visión del futuro y afirmó enérgicamente la doctrina internacional.

"¡Soldados de la patria!—dijo al licenciar sus tropas—. Vuestras lanzas han destruído los indios del desierto, castigando los crímenes y vengando los agravios de dos siglos.

"Las bellas regiones que se extienden hasta la cordillera de los Andes, y las costas que se desenvuelven hasta el afamado Magallanes, quedan abiertas para nuestros hijos."

Veinte años después, el terrible problema renace merced a las guerras civiles, que obligaron a los Gobiernos a descuidar las fronteras.

Y sucediéronse treinta años de *malones* y de luchas con los indios, en que el luto por los muertos era menos amargo que el llanto por los cautivos.

La nación tuvo que empeñar todo su poder para pacificar la Patagonia.

En 1878, el presidente Avellaneda envió al río Negro un ejército de nuevo mil hombres al mando del general Julio Roca, su ministro de la Guerra, autor del plan militar.

Con la expedición partió un grupo de misioneros, entre ellos el presbítero Mariano Espinosa, después arzobispo de Buenos Aires, y dos salesianos, el sacerdote Santiago Costamagna y el clérigo Luis Botta.

Fueron los dos primeros salesianos que tuvieron la dicha de penetrar en la tierra soñada por Don Bosco.

De ese modo, el 24 de mayo de 1879, el padre Cos-

tamagna, que iba en la vanguardia, plantó su cruz en Choele-Choel, sobre el río Negro. Ese mismo día, en Turín, Don Bosco y sus *biricchini* se arrodillaban a los pies de María Auxiliadora, de quien celebraban la fiesta, rogándole por sus misioneros.

Reinaba el rudo invierno patagónico. El ejército avanzaba dividido en varias columnas. Hay que leer el diario de sus jefes, para tener una idea de las penurias que todos afrontaban.

En el diario del coronel Racedo, bajo la fría forma de un parte militar, arden verdaderas tragedias.

"*Abril, 18.*—A la lista de diana se notó la falta del soldado Clemente Lucero y Lino Orozco, ambos del regimiento minero, 4, de caballería de línea.

"No cabía duda que habían seguido el ejemplo de los anteriores desertores.

"Ordené que sin pérdida de tiempo trajeran de las caballadas de mi escolta los veinte mejores caballos que hubiese, e hice montar diez soldados y diez auxiliares, al mando del ayudante Maldonado: "Usted siga los rastros "de los hombres y no regrese al campamento sin ellos."

"En efecto, logran apresarlos y vuelven a eso de las tres de la tarde."

El diario prosigue:

"Orozco y Lucero fueron condenados a muerte. A las doce de la noche fueron puestos en capilla para ser fusilados al día siguiente, a las siete a. m. El reverendo padre Pío Bentivoglio, capellán de la división, escuchó la confesión de los reos.

"*Abril, 19.*—Orozco y Lucero, hincados al pie de la bandera, escucharon la lectura de su sentencia, impa-

sibles... Conducidos al punto de la ejecución, después de haberles vendado la vista y ordenádoles que se pusieran de rodillas, el fraile, que permanecía siempre a su lado, empezó a rezar el credo; se escuchó una descarga, y los cuerpos de estos dos desgraciados cayeron para no levantarse más.

"*Junio, 24.*—La noche de ayer ha sido la más fría de toda la campaña. El llanto de los indios pequeños que había en el depósito de los prisioneros era desolador. La completa desnudez en que se hallaban les hacía sentir en toda su horrible intensidad el rigor de la estación.

"Todos los jefes y oficiales de la división nos habíamos quedado con la ropa estrictamente indispensable, dándoles lo restante para aliviar sus miserias, pero esto no podía bastar."

Estalla la viruela entre los indios, y se derrama por el campamento. El relato es lúgubre.

"*Día tal.*—En el lazareto murieron hoy una india, una china y dos chicos.

"*Otro día.*—En el lazareto murieron tres indios. En mis cuadras, un soldado del batallón 3 y otro del 10."

Otro día un siniestro balance: "De los 39 enfermos de viruelas, 27 murieron. De ellos, cuatro eran soldados; los demás, indios...

"El abandono ingénito de los indios, su desaseo y desnudez, eran poderosos auxiliares del flagelo."

Entretanto, el padre Costamagna, que iba en otra división, escribía a Don Bosco:

"*Deo gratias!* Administramos el santo bautismo, primero, a 60 adultos; luego, a otros 40, y a otros más en diverso número. Y no dejamos de escuchar la confesión

de algunos soldados y de facilitarles el cumplimiento de la Santa Pascua en nuestra gran basílica, que era una modesta carpa militar."

Así fué el primer contacto de los hijos de Don Bosco con la Patagonia.

Cincuenta años después, la semillita de mostaza que llevó la expedición del general Roca, era un árbol frondoso.

Los salesianos habían fundado, desde Bahía Blanca hasta la Tierra del Fuego, 19 colegios de primera enseñanza; dos, de segunda; 33 oratorios festivos; cinco escuelas agrícolas; 27 escuelas profesionales; cinco bandas de música; tres hospitales; 15 asociaciones de caridad; seis asociaciones obreras; 20 parroquias, y 32 iglesias y capillas. Periódicos, bibliotecas, imprentas, talleres.

En total, sus escuelas de letras o de oficios educaban, en 1928, 5.000 alumnos, y en sus seminarios habían llegado a la suprema dignidad del sacerdocio algunos jóvenes de pura sangre araucana o ranquelina.

Por su parte, el Gobierno argentino, que no podía sostener allí escuelas oficiales, ayudaba a los salesianos con subsidios.

Y cierto día, en el Parlamento, se alzó la protesta de un diputado en nombre del grupo socialista. Era intolerable que el Gobierno subvencionase escuelas de *frailes*. Aquellos subsidios, por mínimos que fueran, debían suprimirse.

Y le replicó un diputado católico: "Propongo que en vez de suprimir el subsidio a las escuelas salesianas, se reparta una suma igual entre las escuelas socialistas de la Patagonia..."

¡Y el grupo tuvo que confesar que los socialistas no habían fundado una sola! Preferían fundar Comités en las grandes ciudades.

Conviene añadir que en la conquista espiritual de la Patagonia habían sucumbido 77 salesianos, como bueyes laboriosos que mueren sobre el surco mismo que van abriendo.

Uno de ellos debió ser el padre Vespignani, que trabajaba hacía catorce años en Buenos Aires, sin acordarse del mal que una bendición de Don Bosco disipara.

Un día el superior le dice:

—Apronte su valija. Voy a mandarlo a Viedma.

Es un pueblecito de escasos habitantes, a cientos de leguas.

—¿Cuánto tiempo estaré allí?—balbuce, aterrado, el padre Vespignani.

—Eso no se pregunta. Pueden ser meses, pueden ser años, puede ser para siempre.

—¡Está bien! ¡Adiós, Buenos Aires!

Un viaje horroroso en galera, tirada por dieciséis caballos. Los tiros se cortan al cruzar el río crecido, y la galera está a punto de ser arrebatada por la corriente. El padre Vespignani siente dolores agudísimos en todas las articulaciones. Pasa más de veinticuatro horas sin probar bocado, y llega a Viedma medio muerto. Allí hay una misión de salesianos y también un grupo de monjas, Hijas de María Auxiliadora.

—¡Qué lástima!—dice una mañana, por el torno, la superiora de las monjas al enfermero de la misión—. Ese pobre Don Vespignani se va a morir aquí. En nuestro

cementerio no hay todavía ningún sacerdote. El será el primero...

Tan pequeña es la casa de la misión, que las palabras de la monja charlatana y compasiva, a pesar de ser dichas a través del torno, llegan claramente al lecho de Vespignani.

Grita éste:

—¡Don Rumino!—así se llama el enfermero—. Dígale a esa buena hermana que, en vez de charlotear, me mande la sábana de Don Bosco, que les trajo a las monjas monseñor Cagliero.

Minutos después, por consolar al desahuciado enfermo, las hermanas entregan la preciosa reliquia. El padre la pone debajo de su almohada y se duerme.

Y he aquí que ve a Don Bosco, muerto años atrás.

—¡Señor Don Bosco!

—¡Chist! Hace dos días que no pruebas bocado.

—¡Todo me da náuseas!

—Eres un zonzo. ¿Por qué no comes un asado con cuero?

El asado con cuero es el manjar más exquisito que puedan comer los hombres en este mundo. Manjar netamente criollo, que debe ser preparado por las manos de un verdadero criollo.

Despiértase el padre Vespignani y llama a gritos al peón.

—¿Sabes tú preparar un asado con cuero?

—Yo soy chileno, padre; sólo sé preparar el asado a la manera de mi país.

—Será lo mismo; Don Bosco no me ha dicho argen-

tino ni chileno. Prepárame un buen asado con cuero y un vaso de vino *chacolí*.

"El padre Vespignani debe estar loco; es la agonía", piensa el peón; pero con cachaza criolla, sin decir palabra, obedece y prepara el asado.

—¡Ya está!

—Dame mis ropas, quiero levantarme. Y ve a llamar al prefecto y al médico para que me vean comer lo que me ha mandado Don Bosco.

Se sienta a la mesa y come abundantemente, y bebe de aquel vino ligero que producen las viñas de Río Negro, en presencia del superior de la casa y del médico, que no se atreven a contrariarlo, porque los últimos deseos de un moribundo son sagrados, aun en la Patagonia.

Esa misma tarde, vigorizado por el extraordinario banquete, Vespignani acude al puerto a recibir a unos salesianos que llegan de Buenos Aires. Entre ellos viene su reemplazante, porque ha corrido la noticia de que nunca más se levantará de la cama.

Han pasado cuarenta años. En el invierno de 1931 hemos oído en Turín, de labios del mismo padre Vespignani, aquel milagroso episodio de su lejana juventud. Lo sobrenatural es la atmósfera natural en que viven, trabajan y mueren los hijos de Don Bosco.

Aparecen aquí, por primera vez, las Hijas de María Auxiliadora. Su nombre sugiere una fundación de Don Bosco. ¿No le han bastado las dificultades y los sinsabores de una Congregación y ha querido fundar dos, y, lo que es más grave, de mujeres la segunda?

¡Así es! Fundamentales razones le impusieron aque-

llo en que nunca habría pensado por su propio gusto.

Don Auffray, salesiano, en el más hermoso libro que se haya escrito sobre Don Bosco, habla así: "Su temperamento no podía hacerle sentir sino aversión por esta iniciativa. Su delicadeza extrema, su pureza encantadora, ese corazón suyo ingenuo y límpido hasta la vejez, y también, digámoslo, una repugnancia sorda, instintiva, por lo que se refiere al mundo femenino, apartábanlo de ese medio."

Cierto día que viajaba, como de costumbre, en un coche de tercera clase, de Turín a Alejandría, encontróse con un sacerdote de la diócesis de Mornese, llamado Pestarino. Era un hombre sencillo y virtuoso, que para ayudar a las obras parroquiales de su pueblo había constituído una modesta asociación de muchachas, bajo el dulce nombre de Unión de las Hijas de María Inmaculada.

Su pequeña fundación marchaba oscuramente, cuando a una de las jóvenes, María Mazzarello, de veinticuatro años de edad, ocurriósele invitar a otra compañera a constituir un núcleo más unido por la caridad y la obediencia.

—Estoy convaleciente; no sirvo para el trabajo de los campos; ¿quieres que aprendamos a coser en provecho de los niños pobres?

Así habló María a Petronila, menor que ella un año.

Y Petronila, simplemente:

—¿Cuándo comenzaremos?

—Mañana mismo: y hagamos desde ya la intención de que cada puntada que demos sea un acto de amor de Dios....

Así, con esta ingenuidad, echaron, sin darse cuenta,

las bases de una asociación que medio siglo más tarde cubriría el mundo.

Otras amigas se les juntaron. Eran diez o doce, que vivían y trabajaban en común, bajo la dirección de Don Pestarino, que no tardó en hacerse salesiano privadamente, aunque continuó sirviendo su parroquia.

En el año 72, reunió Don Bosco a los miembros capitulares de su Congregación, y les habló así: "Muchas personas autorizadas me exhortan a hacer en favor de las niñas lo que estamos haciendo por los niños. Si sólo consultara mi inclinación, no lo haría; pero temo contrariar un designio de la Providencia. Os propongo que reflexionéis, delante del Señor, y dentro de un mes me digáis vuestra opinión."

Don Pestarino le invitaba a adoptar como hija suya la pequeña asociación de Mornese y a darle forma y amplitud. Don Bosco vacilaba. El Capítulo, por unanimidad, fué de parecer que debía hacerse por las muchachas lo que ya se hacía por los *biricchini*. El grupo de María Mazzarello venía, pues, en su hora.

Al año siguiente, el día de San Francisco de Sales, se reunían las jóvenes, en número de 27, y elegían por superiora a la Mazzarello, y empezaban a trabajar con espíritu salesiano, bajo el nombre de "Hijas de María Auxiliadora".

Era su hábito color café, con una cofia blanca. Fuese la mala calidad del paño o de las tintas, o el trabajo servil que las pobres hermanas realizaban, al poco tiempo su vestimenta resultaba sucia y grotesca.

Don Cagliero, director general del nuevo instituto, decía riendo:

—Si el alma de estas hermanitas es tan fea como su hábito, nos hemos lucido.

Don Bosco dispuso que en adelante vistiesen de negro, como casi todas las religiosas que existen en Turín, y la innovación fué de todos aprobada, y así visten hoy las Hijas de María Auxiliadora.

Esta nueva rama del árbol plantado por el pastorcito ha cumplido el medio siglo de existencia, contando 6.500 hermanas y casi 1.000 novicias, en más de 600 casas, concurridas por 230.000 alumnas.

Y su primera superiora, la humilde muchacha de Mornese, María Mazzarello, no tardará en ser elevada al honor de los altares merced a la santidad de su vida y a los prodigios que ha repartido el Señor entre los hombres por su mano.

XVIII

MUERTE DEL REY Y DEL PAPA

—¡Cuidado!—le dice el Papa—. Pasad por aquí. Hay una baldosa rota; vuestros ojos están malos y tropezaríais...

—¡Oh, Santidad! ¡Que el más augusto personaje de la tierra viva tan pobremente!

—¡Qué queréis! Me he acostumbrado a este aposento y me parece el mejor del Vaticano... El rincón usado se torna dulce, dice Kempis.

Han introducido a Don Bosco en la alcoba donde Pío IX yace enfermo. No concede audiencias a nadie, pero ha querido despedirse de él y darle sus últimos consejos.

Es el 21 de enero de 1877.

Don Bosco, reteniendo su emoción, avanza cautelosamente para no tropezar con los sueltos ladrillos de aquella habitación de pordiosero.

Se arrodilla penosamente junto al lecho del Pontífice, que le habla con ternura:

—Es un secreto que Dios ha querido ocultarnos hasta ahora. Vuestra Congregación no es vuestra obra, sino de El...

Hilos de lágrimas caen por las mejillas del viejo sacerdote arrodillado. ¡Ya lo sabe! Si el Señor hubiese encontrado alguien más incapaz que el pastorcito de los Becchi, a fin de que nadie dudase de quién era el verdadero autor de la obra, ése habría sido el instrumento de ella. *Digitus Dei est hic!*

—Vuestra Congregación es nueva en la Iglesia, porque corresponde a tiempos nuevos, siendo a la vez secular y religiosa, con voto de pobreza y con facultad de poseer, participa del mundo y del claustro; sus miembros son claustrales a la par que ciudadanos libres y muestran al mundo la manera de hacer práctica la máxima de Jesús: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Escribid a vuestros hijos lo que os estoy diciendo: vuestra Congregación florecerá, se dilatará milagrosamente y perdurará en los siglos futuros...

Así lo cumple Don Bosco, y estas proféticas palabras se guardan escritas en los archivos salesianos.

Vuelve a Turín. Allí recibe un regalo del Papa de 20.000 liras, para pagar sus deudas más urgentes. Va a Niza y a Marsella, visitando las casas que ha fundado, recogiendo limosnas y sembrando milagros.

En Marsella tiene un vómito de sangre, mas no por eso descansa. ¿Acaso se ha hecho sacerdote para cuidar de su salud? Tiene sesenta y dos años; cuando tenga ochenta, descansará.

De nuevo se halla en su cuartujo de Turín, por donde desfilan toda suerte de personajes que quieren pedirle ayuda o consejo.

Allí está el conde Carlos Cays, ex diputado, que madura en secreto la idea de hacerse salesiano. Probablemen-

te lo tomarán por loco. A los sesenta y cinco años bien sonados no se cambia de costumbres ni se abandona la opulencia del mundo por la estrechez de un claustro. ¿Acaso está cierto de que no sea un capricho senil, tal vez una sugestión del diablo para poner en ridículo a Don Bosco si lo admite?

Junto al conde Cays, entre los que esperan audiencia, hay una pobre mujer que tiene apoyada en las rodillas una muchachuela de diez años, paralítica y muda.

Mueve a compasión más por el sufrimiento de la madre que por el de la hija, la cual parecía atontada por la enfermedad. Si Don Bosco la recibiese y rezara por ella y le hiciera un milagro. ¡Pero cuánta gente antes que ella! En toda la tarde no le llegará el turno.

—Señor—dice la madre al secretario—, me es imposible aguardar más; esta pobrecita no resiste...

El conde Cays propone que todos la dejen pasar antes, y en su corazón dice: "Si esta niña vuelve curada a su casa, yo depondré mis dudas y me haré salesiano."

Entra la madre con su mísera criatura al cuarto de Don Bosco y le refiere su historia. Don Bosco sencillamente la exhorta a confiar en la Virgen y le da la bendición de María Auxiliadora.

—¿Cómo se llama esta niña?

—Josefina Longhi.

—¡A ver, Josefina: persígnate!

La muchacha hace un esfuerzo para entender y levanta la mano izquierda.

—¡No! Tiene que ser con la otra mano.

—¡Imposible!—dice la madre en voz baja—. Está paralítica.

—Déjela que ensaye. Josefina, persígnate con la mano derecha .. ¡Bravo! Has hecho muy bien la señal de la santa cruz; pero no has dicho las palabras...

—¡No puede! ¡Está muda desde hace un mes!

—Probemos... Josefina, di conmigo: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...

—... En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...—repite la niña—. ¡Oh, mamá! ¡Don Bosco me ha curado!

El grito se oye en la sala de espera. Todos se agolpan, quisieran presenciar el prodigio. El conde de Cays tiembla de pies a cabeza. Oyese una voz paternal, emocionada también.

—No es Don Bosco, hijita, el que te ha curado: es María Auxiliadora. Ve a su altar y dale las gracias.

Un rato después el conde Cays penetra en el aposento del taumaturgo.

—Tenía mis dudas; interrogué a la Virgen, y ella acaba de hablar. Si usted me acepta entre sus hijos, me haré salesiano.

—¡Venga cuando quiera!

Meses después el viejo señor vestía el hábito de novicio, y al siguiente año celebraba su primera misa.

A fines de ese año Don Bosco anunció "grandes sucesos que conmoverían a los tristes y a los buenos". Los *tristes*, ¿quiénes eran? Y mandó rezar el *Oremus pro Rege*, que hacía largo tiempo no se rezaba en Turín.

El 31 de diciembre del 77, sabiendo el rey Víctor Manuel que el Papa estaba seriamente enfermo desde semanas atrás, firmó el decreto de honras fúnebres que se

le discernirían: la Corte vestiría de luto. La princesa Margarita encargó hacer sus trajes.

El capellán del rey, canónigo Anzino, acude al Vaticano por noticias, y el Pontífice mismo lo recibe y le dice con lágrimas en los ojos:

—Decid a Víctor Manuel que le agradezco el interés que se toma por mí; pero que piense en él, porque su hora está próxima; que piense en su alma.

El capellán, conmovido, se atrevió a llevar al rey aquel extraño mensaje, y el rey quedó aterrado.

Tenía una secreta aversión por Roma. No le gustaba dormir en el Quirinal, aquel palacio que había sido del Papa, y cuyas puertas tuvo que forzar el general Lamarmora para que el rey habitara allí.

Junto con el mensaje del Papa le llega la noticia de que Lamarmora, su grande amigo de tantos años, acaba de morir en Florencia, 5 de enero del 78.

¡Oh, huir de las ciudades! ¡Huir de Roma especialmente! Perderse en sus montañas nevadas, con el fusil pronto, el ojo alerta. Víctor Manuel era un infatigable cazador y sentíase robusto como un montañés que no hubiese respirado nunca los miasmas de las Cortes.

¡Y he aquí que el Papa mandaba decirle que pensara en su alma! ¡Chochera de viejo!

En pleno invierno, cuando se anuncia el viento del Sur que los italianos llaman el *sirocco*, Roma se caldea. El rey no conoce las traiciones del clima en su nueva capital. Ha sentido el *sirocco* y, no pudiendo dormir, ha abierto sus ventanas de par en par y se ha puesto en mangas de camisa a fumar un cigarro y a respirar el aire húmedo y fresco de sus jardines.

Un escalofrío como un suave latigazo a flor de piel. ¿Qué es esto que nunca he sentido? Arroja el cigarro, cierra la ventana y se acuesta de nuevo. Esta vez para no levantarse más.

Su médico no le oculta la gravedad de aquella fulminante pulmonía.

Ayer no más el Papa le ha mandado a decir: "Piensa en tu alma, porque tu hora está próxima."

Víctor Manuel no ha sido nunca masón y ha conservado sus creencias. No quiere morir impenitente, como la mayoría de sus colaboradores, y llama a Anzino, su capellán.

Sus ministros se alarman, temen que el sacerdote le arranque una retractación, pero desean que reciba los sacramentos a fin de pregonar que el primer rey de Italia muere, a pesar de todo, reconciliado con la Iglesia.

La retractación se produce, pero la voz del rey no se oirá más allá de la cámara en que agoniza. El sacerdote lo absuelve de la excomunión y le lleva el Viático.

Así, el 9 de enero se presenta al tribunal de Dios el primer rey de Italia.

Venus le había sido más propicia que Marte. La sagaz política de Cavour, que vinculó a su fortuna la protección de Francia, echó un velo sobre sus derrotas y sus felonías y salvó la gloria mundana de su reinado.

Legó a su hijo mucho más de lo que había recibido de su padre la noche siniestra de Novara, y con la corona la excomunión del Papa.

Al ascender al trono Humberto I, el Pontífice recogió sus últimas fuerzas para hacer oír en todos los ám-

bitos del mundo aquel heroico *non possumus* que lo convertía en un voluntario prisionero.

En su nota a las potencias recuerda las "sacrílegas hazañas del Gobierno subalpino, la anexión de las Romañas al Piamonte, la violenta invasión de las Marcas y de la Umbría y, finalmente, la nefasta ocupación de Roma...

"Puesto que ahora, a la muerte del mencionado rey, su hijo primogénito ha querido, asumiendo el título de Rey de Italia, sancionar el despojo consumado, la Santa Sede no puede guardar un silencio que se prestaría a falsas deducciones.

"Su Santidad ha ordenado al suscrito cardenal secretario de Estado proteste y reclame nuevamente, a fin de mantener intactos contra la inicua expoliación los derechos de la Iglesia sobre sus antiquísimos dominios..."

Humberto I ha sonreído ante aquella impotente voz, que no apoyan ni siquiera los viejos cañones vencidos en Castelfidardo y Porta Pia. Los arsenales del Papa están vacíos, y su anticuado armamento va a pasar a manos del rey de Abisinia. ¡Extrañas vueltas del destino! Veinte años después, aquella vieja artillería reducirá a polvo las legiones de Humberto en los desfiladeros de Adua y de Ambalaghi.

Y en 1900, el segundo Rey de Italia caerá asesinado por un anarquista. Su reinado, se ha dicho agudamente, fué como una misa de difuntos: "Sin gloria, sin credo, un largo ofertorio y ninguna bendición".

Ya de la escena del mundo han desaparecido los cuatro grandes actores en el drama de Pío IX: Cavour, Mazzini, Napoleón III y Víctor Manuel. Ahora es su turno.

El 7 de febrero llaman a su médico apresuradamente. *"Ah, caro dottore questa volta è finito!"*—exclama al verlo—. "¡Esta vez todo ha concluído!"

Una llaga que de tiempos atrás tiene en una pierna se le ha agravado; la fiebre indica una seria infección. Ese día recibe el Viático. Conserva su lucidez y buen humor, de tal manera que después de sacramentado, cuando parece entrar en agonía y el cardenal Bilio, penitenciario mayor, le reza la recomendación del alma, él logra balbucir algunas respuestas del ritual. Y cuando el cardenal tiene una explicable vacilación al ir a pronunciar aquella invitación a morir: *"Proficiscere anima christiana de hoc mundo..."* "Partid, alma cristiana, de este mundo en nombre de Dios Padre Todopoderoso que os ha criado", Pío IX comprende por qué vacila el cardenal, y dice: "Sí, sí, *Proficiscere*... partid, partid... Iré a la casa del Señor..."

Fueron sus últimas palabras. Murió a eso de las seis de la tarde, cuando ya sobre las calles de Roma reinaba la noche invernal.

A las ocho de la mañana siguiente, el cardenal Camarlengo Joaquín Pecci presentábase delante del humilde lecho de hierro, donde bajo una colcha blanca yacía el cadáver del gran vencido.

Con un martillo de plata golpeó tres veces la frente marmórea, llamándolo en alta voz: "Santo Padre, Pío IX". Luego entonó el *De profundis* y arrojó sobre él unas gotas de agua bendita.

Pío IX murió de ochenta y seis años, habiendo reinado casi treinta y dos. Excedió los años de Pedro en Roma, no así la duración total del primer pontificado, aunque sólo faltáronle pocos meses para igualarlo.

Un día Bismarck se jactaba ante el Reichstag de ser el hombre más odiado de Europa. Gloria que no le pertenecía, pues infinitamente más odiado fué Pío IX, sobre quien volcaron su saña la masonería, el liberalismo y las herejías del mundo entero. Mas tanto odio no alcanzó a igualar el amor de los pueblos.

La figura de Pío IX es de las más grandes en todos los siglos, como Rey y como Pontífice. Por la pureza de su vida, el esplendor de su doctrina, el temple de su carácter, la nobleza de su corazón, la majestad de su desgracia, está mil codos arriba de sus más ilustres enemigos.

Los historiadores le han hecho justicia. Los errores que se le imputan—y que no atañen por cierto a su magisterio infalible—fueron políticos; nacieron los más de excesiva generosidad, y lo que fué errado para unos, constituye el acierto para otros.

Tampoco este Papa será el último, según lo anunciara la Revolución. Apenas clavado su ataúd, en la Roma poseída por sus adversarios se realizan los preparativos del Cónclave.

Centenares de obreros trabajan en los corredores del Vaticano para construir las celdas de los conclavistas. Todo lo organiza el Camarlengo, cardenal Pecci.

Un viejo sacerdote caduco, pero sonriente, se le aproxima:

—Permítame vuestra eminencia que le bese la mano.

—¿Quién es usted y qué le trae por aquí?

—Soy un pobre sacerdote que ahora besa la mano de vuestra eminencia, rogando al cielo que pronto pueda besarle el sagrado pie.

—¡Cuidado con lo que dice! ¡Le prohíbo que ruegue así!

—Vuestra eminencia no puede prohibirme que pida al Señor se cumpla su voluntad.

—Si reza como ha dicho, lo amenazo con las censuras.

—Todavía vuestra eminencia no tiene facultades para infligir censuras. Cuando las tenga, sabré respetarlas.

—Pero ¿quién es usted que habla con tal desenfado?

—Soy Don Bosco.

—¡Ah! Por caridad, no hable así. Es tiempo de trabajar y no de burlarse.

El 20 de febrero el Cónclave elegía al cardenal Joaquín Pecci, que tomaba el nombre de León XIII. Una vez más el anuncio de Don Bosco se había cumplido.

Hemos referido antes cómo León XIII confió a Don Bosco la construcción del templo del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. La inmensa construcción devoraba millones. ¿Dónde hallar dinero bastante para concluirla? Don Bosco pensó en la Francia católica, tesoro inagotable de la Iglesia: pensó en París, que no conocía, pero que sabía grande y generoso en tratándose del Papa.

¡Y allí marchó! Era el año 83, en lo más crudo del invierno. En Niza hay un oratorio salesiano. ¡Qué dulce hallarse entre sus hijos!

Por cierto que allí le aconteció una aventura que pudo costarle la vida, y que le demostró que en cuanto a riqueza sus hijos de Francia estaban tan desprovistos como los de Valdocco.

Decidió visitar al obispo, a cuyo palacio lo conducía

un camino que cruzaba el río Paglione por un mal puentecillo de tablas.

Y marchó a pie, con su bastón como el bordón de un encorvado peregrino, y aventuróse en el puentecillo, y por tener los ojos malos y las piernas débiles, tropezó y cayó en el torrente. Lleváronlo hecho una sopa y metiéronlo en cama.

No sentía mal ninguno y habría querido levantarse; pero en toda la casa no encontró una sotana que ponerse mientras se secaba la suya. Habría sido menester que uno de sus hijos se metiera en cama para cederle la única sotana que poseía.

La historia del pastorcito de los Becchi era bien conocida en Francia. Los pueblos acudían a su paso para que los bendijera. Repetíanse las escenas de Ars, en tiempos del santo cura Vianney.

Cierto día en Lyon, teniendo que celebrar misa en las afueras, toma un coche. Por el camino lo atajan las buenas gentes, que le piden los bendiga. Don Bosco bendice y pasa; más allá nuevo tropel y nuevas bendiciones. Imposible llegar a tiempo; la carretera está llena. Todos quieren verlo y tocarlo. El cochero pierde la paciencia y suelta una maldición: "Más vale arrastrar al diablo que llevar a un santo."

Por fin París. Avenida de Messine, 34, en casa de amigos que tienen a gloria el hospedarlo.

Viejo, débil, pobre, vacilante como un ciego, Don Bosco es, sin embargo, el hombre del día en el gran París. Los diarios más escépticos pintan su figura, recogen sus palabras, describen las escenas a que da lugar cada una de sus apariciones en el público cuando recibe a los

que piden audiencia, cuando celebra misa, cuando habla en un francés mediocre, con una voz gastada que apenas se hace oír. En su antesala se aglomeran durante horas y horas los que van para escuchar de él un consejo personal y recibir una bendición.

Y las limosnas afluyen como los capitales a las arcas de un banquero que hubiese prometido dividendos maravillosos. El no promete nada, a lo menos sus promesas no son de este mundo. No importa; la gente da a Don Bosco sabiendo "que presta a Dios".

¿Cómo extrañar la emoción con que un día, en la calle de Sevres, desde arriba de un fiacre, bendijo a centenares de personas que, suplicantes, le cerraban el paso?:

—¡Don Bosco, bendíganos!

—¡Sí!—respondió enternecido, sintiendo en aquella súplica el corazón de París—. ¡Yo os bendigo a todos, mis amigos franceses, y con vosotros bendigo a Francia!

El día que abandona la gran ciudad, que ha ganado su corazón, ve cómo se quitan el sombrero las personas agolpadas en el andén cuando el convoy se pone en marcha.

Durante un buen trecho permanece silencioso. Luego dice a Don Rua, que lo acompaña:

—¿Te acuerdas del camino que conduce de Buttgliera a Murialdo?... Allí, a la derecha, hay una colina; sobre la colina, una casita; al pie de la casita se extiende un prado. Aquella casita miserable fué la habitación de mi madre y la mía. En aquel prado, a los diez años, yo pastoreaba dos vacas. ¿Qué harían estos buenos señores, que así me tratan, si supieran que no soy más que un pobre pastor de los Becchi?

XIX

EL ESPÍRITU SALESIANO

¡Sesenta y ocho años! Y pensar que a los treinta padecía vómitos de sangre y estaba condenado a morir tísico. No ha hecho vida regalona, sin embargo. No ha dormido nunca más de cinco horas, y muchas veces ha pasado las noches en blanco, sobre un rimero de cuartillas. Ha comido siempre mal.

Sin embargo, sus puños son firmes. El médico, viéndolo consumido por la enfermedad, quiere medir su fuerza con un manómetro. Aquel viejo aprieta y la aguja marca el máximum, 60°, y el instrumento está a punto de romperse entre sus dedos férreos.

Mantiene su buen humor y su claro sentido de la realidad.

Una de las monjas de María Auxiliadora padece tales escrúpulos que no sólo se atormenta a sí misma, sino que trae inquieta a la comunidad. La superiora consulta a Don Bosco. Llaman a la pobre monjita, que expone humildemente sus cuitas. Deja de hablar, y Don Bosco le sale con esta pregunta:

—Diga, hermana, ¿conoce usted el libro *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno?*

—No, padre; no lo conozco.

—Bueno, madre superiora; yo le voy a mandar un ejemplar, y cuando vea a esta hermanita cabizbaja y triste, hágala leer algunas páginas. Lo que necesita es estar alegre en el Señor...

Bien se advertía, sin embargo, que la lámpara quemaba su último aceite.

Ese año, 1884, renueva la súplica, tantas veces presentada, para que la Santa Sede le conceda los privilegios de las otras órdenes religiosas. Su Congregación no podrá vivir sin ellos, y él no puede morir sin dejar arreglado aquel supremo negocio de su vida.

Su nota concluye así: "Cuando vea consolidada la obra que la Santa Iglesia me ha confiado, cantaré alegremente el *Nunc dimittis servum tuum, Domine...*" ¡Entonces podrá morir!

El 9 de julio de ese año se desencadena una horrorosa tempestad. Indescriptible pánico el de los niños; aun los profesores se alarman. Don Bonetti dice a Don Lemoyne:

—Esto no es natural; el diablo está más rabioso que de costumbre.

En medio de la borrasca ha llegado, tembloroso, el cartero con un sobre de Roma. Llévanlo a Don Bosco, que lo despliega... La ventana se abre repentinamente. Estallan tres horrísonos truenos sobre la cúpula de María Auxiliadora.

Don Bosco da un grito de alegría: ha comprendido que aquel sobre le trae el ansiado decreto, y va a acercarse a la ventana.

Don Lemoyne acude y lo retira.

—¿No ve que estos rayos parecen buscarlo a usted?

Un cuarto trueno crepitante. El rayo ha caído allí, sobre el antepecho de la ventana.

Don Bosco, tranquilamente:

—¿Te acuerdas de un sueño que hace años referí al Capítulo? ¿El sueño de los cuatro truenos, de las espinas y de las rosas?

¡Ahora sí que puede morir! Aquel decreto, arrancado casi por fuerza a todas las intrigas coaligadas, las de los buenos y las de los malos, ajusta definitivamente la portentosa máquina de su Congregación contra la saña del infierno. ¡Ahora ya puede morir!

Sus fuerzas decaen rápidamente. El Papa se inquieta al tener malas noticias de su valiente soldado, y comisiona al cardenal Alimonda para que sondee su ánimo. Ya que está enfermo, ¿por qué no se designa él mismo, que conoce a sus colaboradores, un sucesor, que se llamaría su vicario?

Don Bosco acepta en el acto la sugestión del Pontífice y propone a Miguel Rua, aquel a quien él tantos años atrás le ofrecía la mitad de su mano.

Sus últimos años, crucificados de dolores, son los más felices de su vida. Se eclipsa el hombre exterior en beneficio del hombre interior.

Ya sus *biricchini* no necesitan de él; Rua lo reemplaza. Se le ve sentado horas y horas en el mezquino sofá de su pieza, medio a oscuras, porque sus ojos enfermos no aguantan la luz, pasando las cuentas de su rosario.

¿Quién habría creído que aquel hombre infatigable para el trabajo encontraría un deleite en la pura contemplación?

Era como si toda su vida le hubiesen privado de su verdadera vocación y ahora, por fin, pudiera entregarse a ella.

Fué un ardiente apóstol de la comunión diaria y del amor a la Virgen, a la cual dedicó su primera basílica y arrancó prodigios sin número.

Tenía una tercera devoción, de la que ha hecho una gloria de su Congregación: la devoción al Papa, ciega, viril, impetuosa.

Monseñor Salotti, que en la causa de beatificación de Don Bosco ha sido lo que llaman *el abogado del diablo*, un día habló así a Pío X, que se interesaba en conocer el estado de la causa:

"Lo que me ha dejado estupefacto leyendo este voluminoso expediente no es tanto la grandeza, la exterioridad colosal de la obra, como la vida interior del espíritu, donde nació y se alimentó el prodigioso apostolado.

"Muchos apenas conocen más que sus fundaciones exteriores, e ignoran totalmente aquel edificio admirable de perfección cristiana, que había levantado en su alma, ejercitando cada día, cada hora, cada minuto, las virtudes de su estado..."

Ciertamente no es este aspecto del hombre el que más agrada al mundo contemplar. ¡Qué se va a hacer! Mutilaríamos miserablemente la figura de Don Bosco si no llamáramos la atención de nuestros lectores sobre este punto fundamental.

Porque no hay que engañarse. Don Bosco tenía una apariencia física mediocre; su sola belleza radicaba en el celeste fulgor de los ojos; no era elocuente, no resplandecía en ciencia ni en artes.

Escribía a vuela pluma, para llenar las necesidades del momento, y a menudo confiaba la corrección de sus manuscritos a alguno de sus hijos. Ni era ni pretendía ser un literato. Ni sus libros ni sus cartas pueden compararse con las de su patrono y modelo San Francisco de Sales.

Tampoco brillaba en la oratoria. En fin, solía decir de sí mismo, sin afectada injusticia: "Si el Señor hubiera encontrado un instrumento más miserable que yo para realizar *esto*, lo habría elegido de preferencia a mí."

Esto era aquella formidable construcción de la Pía Sociedad Salesiana, que desafía los siglos. ¿Cómo se explica que un hombre, insignificante al parecer, haya realizado este portento en vida y luchando contra enemigos infinitamente más ilustres?

¿Puede hallarse una razón natural de ese milagro? ¡Sí! Su caridad. Su amor a las almas, amor apasionado, ingenioso, tenaz, visible y desinteresado, era la palabra mágica que le abría los corazones.

Escribe Santa Catalina de Génova que un día dijo al Señor:

—Señor, vos me mandáis amar al prójimo y, sin embargo, yo no puedo amar sino a vos, ni quiero que el amor a la criatura se mezcle al amor que os tengo. ¿Qué debo hacer?

Y oyó una voz divina:

—Mi hija, el que me ama debe también amar al que yo amo, y entregarse de cuerpo y alma a procurar su salvación. El amor al prójimo es signo infalible del amor de Dios.

Don Bosco había sentido en sus entrañas que, conforme a la palabra de San Pablo, toda la ley cristiana se

encierra en este solo principio: la plenitud de la ley está en el amor.

Faltando eso, ni la belleza, ni el genio, ni la riqueza, ni el poder valen más que un puñado de estiércol. "Aunque yo hablara la lengua de los ángeles, dice el mismo apóstol, si no tengo caridad soy un bronce que resuena."

Cuantos se aproximaban a Don Bosco sentían, como el resplandor de una hoguera, aquel fuego interior que lo consumía. Y eran impotentes para librarse de la seducción de su mirada o de su sonrisa, o de sus palabras sencillas, a menos que por su desventura el orgullo no interpusiera una coraza de barro entre él y ellos.

A nadie escondió lo que parecería su secreto; y no se cansó nunca de inculcar a sus discípulos que para hacerse amar de los *biricchini* había que comenzar por amarlos.

Se dice pronto, pero qué difícil es practicar esta sencillísima pedagogía.

Se oponen todas las fuerzas de nuestro egoísmo, algunas de ellas tan sutiles e ingeniosas que llegan a parecerse a otras tantas virtudes...

El despego, la pereza, la impaciencia, la costumbre, la brutalidad misma se disculpan disfrazándose de dignidad, prudencia, energía, disciplina, experiencia.

En el artículo 180 de las Constituciones salesianas se lee esto:

"Transcurrido el año de noviciado, si el novicio hubiera revelado tener en mira en todas las cosas la mayor gloria de Dios y estar imbuído *del espíritu de la Sociedad*... se le podrá dar como cumplida la segunda prueba."

Existe, pues, un *espíritu salesiano;* ¿en qué consiste? ¿Quién lo ha definido?

Los superiores de la Congregación comprendieron la necesidad de definir concretametne aquella condición trascendental, que podía prestarse a interpretaciones elásticas.

El actual rector mayor, Don Felipe Rinaldi (1), ordenó en 1922 a los miembros del Capítulo que estudiaran el punto y le comunicaran su opinión.

Después de un estudio prolijo de las respuestas y de oraciones especiales, Don Rinaldi definió así el espíritu salesiano: *La actividad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios.*

Reunido el Capítulo, expúsole esa fórmula y pidió que de nuevo se estudiara, especialmente en la misa del siguiente día.

Otra vez se reunieron; cada cual respondió, y por unanimidad quedó aprobada aquella definición del espíritu de la Sociedad, que es la esencia del espíritu de Don Bosco.

Siete años después, el actual Pontífice Pío XI, en su discurso proclamando la heroicidad de sus virtudes, llegaba por otros caminos a la misma definición, que probablemente no conocía:

"¡Vida admirable por lo laboriosa y lo recogida, por la acción y la oración. Esta, en efecto, es una de sus más hermosas características: la de estar presente siempre, ocupado de continuo en tantos negocios, pedidos, consultas, y mantener el espíritu en lo alto, donde la se-

(1) Escribimos esto en 1931, cuando vivía don Rinaldi, que nos hizo el honor de darnos hospedaje por algunas semanas en la casa madre de los salesianos, Vía Cottolengo, 32, el 5 de diciembre de ese año, el tercer sucesor de Don Bosco entraba en el eterno reposo de los santos.

renidad reina imperturbable y la calma es dominadora y soberana; *de tal manera que sea el trabajo* una oración efectiva, demostrando la verdad de aquel gran principio de la vida cristiana: *qui laborat, orat.*"

Se practicaba el consejo que en 1869 diera Pío IX a Don Bosco:

"Estimo que se halla en mejores condiciones una casa religiosa donde se reza poco y se trabaja mucho, que otra en la que se reza mucho y se trabaja poco o nada."

El trabajo, cuando se realiza a la manera de Don Bosco, puesta la intención en Dios, es la mejor de las plegarias.

XX

El mejor retrato de Don Bosco le fué sacado en Barcelona. Habíase establecido en una población de sus alrededores una casa salesiana, y los hijos de España querían tener la fortuna de conocerle. Y partió en marzo del 86.

Fué su último viaje al extranjero. Sus fuerzas le abandonaban.

Aquel viaje, que ha quedado en las tradiciones de la Congregación como un triunfo incomparable, lo abatió definitivamente.

La hospitalidad española es magnífica. Los agasajos se suceden sin tregua. Las invitaciones son irresistibles, porque el invitado siente la sinceridad de todas ellas, así vengan de un magnate como de un pobre.

Imaginemos al pobre viejo, que apenas podía dar un paso, llevado en triunfo, estrujado por la multitud, obligado a sentarse a aquellas mesas tendidas fastuosamente.

Casi no puede hablar cuando debe agradecer. Las lágrimas ruedan por sus mejillas consumidas, y su emoción contagia al auditorio.

En una de aquellas visitas, en el jardín de uno de sus nuevos amigos, se tomó el más expresivo retrato que conozcamos de él. Envuelto en el amplio manteo que usan los sacerdotes españoles, sentado en un sillón al lado del abad de la Trapa, detrás de él, entre muchos que asoman la cabeza para salir en el cuadro, se ve a dos personajes cuya causa de beatificación ha sido iniciada en Roma y avanza con firmes pasos: Don Rua, que se agacha como a susurrarle una palabra; y Doña Dorotea Chopitea de Serra, la gran benefactora de la Congregación salesiana en Barcelona.

Según todo parece anunciarlo, vendrá un día en que en esa fotografía figurarán tres personas elevadas a la suprema dignidad de los altares.

Don Bosco tiene las manos juntas, como con frío; el cabello revuelto, un poco gris, y muy tupido aún; el semblante fatigado; los ojos nublados por la incipiente ceguera; y en los labios la perpetua sonrisa templada y tierna.

Sonrisa de abuelo resignado a morir, porque se ve renacer en los nietos. En primera línea aparecen varios muchachitos, los *biricchini* de Barcelona, más amados tal vez que los de Turín, porque eran los hijos de sus hijos, la tercera generación salesiana.

Todavía pudo hacer un último viaje a Roma, en la primavera del año siguiente, 1887.

—Antes de morir—dice al Papa—, quería ver una vez más a Vuestra Santidad y recibir su bendición. Me ha sido acordado, y sólo me resta cantar con Simeón: *Nunc dimittis servum tuum*... Despedid ahora a vuestro siervo, según vuestra promesa...

León XIII, conmovido, trata de echar a broma el fatídico anuncio.

—Yo tengo seis años más que vos, y cuento vivir bastante. Mientras no sepáis que el Papa ha muerto, estad tranquilo.

Don Bosco ríe suavemente y replica:

—Vuestra palabra es infalible en ciertos casos... Yo querría aceptar el augurio, pero créame Vuestra Santidad: estoy al final de mis días.

La audiencia tiene lugar junto a la alcoba de León XIII, a quien ese día le han llevado una manta de armiño, que se ve extendida a los pies de la cama.

Levántase él mismo y cubre con ella las rodillas de aquel buen soldado, que habla de abandonar el campo de batalla.

—Quiero que seáis vos, Don Bosco, el primero en usar este abrigo que me han regalado... Estáis temblando de frío.

—¡Oh, Santidad!—exclama Don Bosco enternecido—. Ya no valgo nada, ya no sirvo para nada, y Vuestra Santidad me mima de este modo...

Sentíase inútil y suspiraba ya por la casa de su Padre, cuya puerta de oro sólo abre la muerte.

Ha ido a Roma para decir adiós al Papa y asistir a la consagración de aquella iglesia que tan duramente ha pesado sobre sus hombros decrépitos.

Mañana esplendorosa la del 16 de mayo. La gloria de un cielo romano como dosel de la incomparable ciudad, y en los aires el perfume de las primaveras del Lacio.

Don Bosco está triste, y en la misa que celebra en el

altar de María Auxiliadora del nuevo santuario no puede refrenar su emoción y llora.

Su secretario, Don Viglietti, le pregunta:

—¿Por qué lloraba durante la misa?

El pobre viejo trata de sonreír, y responde:

—¿Te acuerdas del sueño que tuve a los nueve años?

¿Cómo no acordarse? Los salesianos han leído y releído mil veces aquel relato y no se cansan de él.

Juan, pastorcito de los Becchi, se halla de improviso entre un corro de muchachos que juegan, riñen, blasfeman. Al oír las blasfemias se indigna y a puñetazos pretende moderar su lenguaje. Le contiene un misterioso personaje:

—¡Así, no! ¡Enséñales con dulzura y ganarás su amistad!

—Señor, ¿qué puedo enseñarles yo, que soy ignorante?

—Yo te daré la maestra que te hará sabio.

A su lado aparece una dama de luce y bello semblante.

—¡Mira!

Juan se vuelve: los muchachos se han transformado en bestias díscolas o feroces.

—Ese es tu campo: trabaja... ¡Mira de nuevo!

Las bestias salvajes se truecan en mansos corderos. Juan se pone a llorar.

—No comprendo, señora... ¿Qué debo hacer?

—¡A su tiempo lo comprenderás todo!

Tampoco la abuela ni la madre comprenden aquel sueño; y su hermano José le responde:

—Eso quiere decir que serás pastor.

Y su hermano Antonio, brutalmente:

—¡No! Que serás capitán de bandoleros.

Más de sesenta años han pasado y ahora comprende, y por eso llora de emoción y de gratitud, ante el altar de la Divina Señora que a los nueve años le dió en sueños el dulce y misterioso mensaje donde está encerrada toda su pedagogía.

Ha cumplido su obra; ha librado la buena batalla; ha conservado la fe; ahora puede morir.

Sus hijos no creen que pueda morir. Paréceles que todo se iría en humo si él faltase.

Tratábase de comprar un terreno en el camposanto de Turín para sepultura de los salesianos. Por cuestión de precio, el trato no concluía nunca. Don Bosco advierte a su ecónomo:

—Si no te apuras, mandaré que me entierren en tu cuarto.

—No, usted no morirá antes que el Papa; él mismo se lo ha dicho.

—El Papa no es infalible en esto. Apúrate, porque siento que mis días están contados.

De todas las predicciones de Don Bosco, la única en que sus hijos no creen es la de su próxima muerte. Ya lo han visto equivocarse, pues a principios de 1863 anunció a sus clérigos que sólo viviría dos años más...

Nadie cree; nadie comprende sus palabras. Ha ido a Valsalice, barrio extremo de Turín, donde tiene un noviciado. Al despedirle el director, le dice cariñosamente:

—Ahora, Don Bosco, nos visitará con más frecuencia.

Don Bosco lo mira de hito en hito y le responde:

—Sí; voy a venir pronto; voy a establecerme aquí como guardián.

Da unos cuantos pasos. En cierto punto se detiene, golpea el suelo y dice:

—¡Cuánta tierra vais a tener que sacar de aquí!

Cuando se va, una opresión queda sobre Valsalice. ¿Qué ha querido decir el buen viejo?

Otoño. A principios de noviembre, con ímproba fatiga, sube al cuarto de un sacerdote salesiano a quien ha dado los últimos sacramentos.

—¡No te aflijas, Luis! Antes que tú, en esta cama debe morir otro...

—Según eso—replica el moribundo—, me bastará no prestar mi cama a nadie para no morir nunca...

En diciembre no pudo ya celebrar misa. Hasta entonces lo había hecho en una capillita contigua a su pieza, tan fatigado que no se volvía al decir *Dominus vobiscum,* y después de la comunión tenía que sentarse.

El 6 tuvo la gran alegría de bendecir un nuevo escuadrón de misioneros que partían para América: fué la duodécima expedición salesiana. Al día siguiente llegó monseñor Cagliero, el primer obispo salesiano. Venía de las tierras cuyas misteriosas entrañas él había contemplado en sueños, y le traía noticias de la Patagonia. Vinieron también algunas de las Hijas de María Auxiliadora, que diez años antes partieran para allá. La superiora llevaba, como una flor de aquellas mieses, una indiecita de doce años, que había salvado con otras en la Tierra del Fuego. Don Bosco sentía rodar sus lágrimas oyendo el pintoresco italiano de la criatura.

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada, bajó por última vez al refectorio de la Comunidad. Estaba alegre con tantas buenas noticias.

El médico lo hallaba mejor; pero aconsejó que le cambiasen la cama, pues la que tenía era demasiado alta, y para subir a ella tenía que trepar una escalerilla de tres escalones.

Buscaron una más baja, y a la tarde la trajeron. Don Bosco sonrió sin decir nada. La había reconocido. Era la del sacramentado, que estaba ya en plena convalecencia, y que debió sorprenderse cuando, al volver a su habitación, halló que, sin permiso suyo, le habían cambiado la cama y llevádosela a Don Bosco.

El 20 comulgó en la cama y escribió algunas dedicatorias en unas estampas de la Virgen: "Al fin de la vida se recoge el fruto de las buenas obras."

—Don Bosco—dícele su secretario—, escriba algo más alegre.

Y él, que ha amado tanto a la noble nación tan generosa con él y sus hijos, escribe: *"¡Oh, María, protege a Francia!"*

Aquí terminó la carrera de su pluma infatigable.

La noticia de su gravedad se extiende por el mundo entero. Los superiores de las casas de Italia, de Francia, de España, acuden a Turín desolados.

¿De qué está enfermo? El corazón, atacado a fondo; el hígado funciona mal; los riñones, peor; la medula, lesionada, paraliza los miembros inferiores; la respiración es en extremo difícil.

Sus familiares le sugieren al oído algunas oraciones que él repite dócilmente, y entre ellas deslizan: "¡María Auxiliadora, dame la salud!" Don Bosco aprieta los labios y permanece mudo. No quiere rezar eso. ¡Que Dios

haga con él lo que tiene dispuesto. Es hora de abandonar la viña y percibir la recompensa.

La certidumbre de su fin lo pone alegre y hasta decidor. Domina sus dolores, y para disipar la tristeza que lee en todos los semblantes, halla chistes y juegos de palabras.

De cuando en cuando, una indicación precisa. A Cagliero, que debe ir a Roma: —Dirás al Santo Padre este secreto de la casa: los salesianos tienen por misión especial, dondequiera que trabajen, sostener la autoridad de la Santa Sede.

A otro que se le acerca: —Tengan siempre los superiores salesianos gran benevolencia con sus inferiores, especialmente con las personas de servicio.

En la víspera de Navidad comulgó por Viático. Los diarios de diversas naciones publicaban el boletín médico. El 25 llegó la bendición papal.

Mas pasó un mes, con diversas alternativas, y continuo sufrimiento. Pudo, desde la cama, celebrar la fiesta de San Francisco de Sales y enviar un postrer mensaje a sus muchachos. "Decid a mis *biricchini* que los espero a todos en el cielo. Que con la devoción a María Auxiliadora y la comunión frecuente, todos llegarán."

30 de enero del 88. A las diez de la mañana, monseñor Cagliero entona la letanía de los agonizantes.

Don Bosco yace en aquella cama de hierro, que aún podemos venerar en sus habitaciones de Valdocco. La cabeza, sostenida por varios almohadones; las manos, sobre la colcha blanca; en el pecho un pequeño crucifijo; a los pies del lecho, la estola violeta, insignia del sacerdote.

Respira difícilmente y pasa el día. Un telegrama del

Ecuador anuncia que la duodécima expedición de misioneros ha llegado a Guayaquil.

A las ocho de la noche entra el confesor, se reviste y empieza las preces del ritual. A la medianoche todos se retiran; Don Bosco parece dormir. Sólo han quedado con él Don Rua y algún otro. Y he aquí que a la una y cuarenta y cinco del 31 de enero empieza la agonía.

La cámara se llena de gente. De nuevo recitan las oraciones de los agonizantes. Monseñor Cagliero, de rodillas, acerca los labios al oído del moribundo:

—Don Bosco, sus hijos estamos aquí; bendíganos. Yo levantaré su mano.

Le alza, en efecto, la mano derecha paralizada y le ayuda a trazar la cruz en el aire, la última bendición acompañada por la última inefable sonrisa de Don Bosco.

A las cuatro y treinta cesa el estertor fatigosísimo; parece un alivio lo que es la muerte. Todos se miran a la cara. Muda y ansiosa interrogación. Monseñor Cagliero hace una señal afirmativa, y dulcemente le cierra los ojos.

El buen obrero ha abandonado sus herramientas, dejado la viña y entrado en la casa de su Padre.

¡Y hubo que sacar mucha tierra en Valsalice! Las autoridades italianas no permitieron que el cadáver de Don Bosco fuera sepultado en la iglesia de María Auxiliadora, y tuvieron que llevarlo al seminario de las afueras de Turín, y la tumba se abrió en el lugar preciso que Don Bosco señalara con el pie.

Don Bosco había respirado el perfume de su viña madura; y dejaba a su sucesor la rica herencia de 64 fun-

daciones salesianas en diversas naciones de Europa y de América, y 800 religiosos.

Durante su vida había marcado con milagros todos sus caminos; y después de su muerte fueron tantos, que la Iglesia no podía tardar en reconocer la santidad de su vida y elevarlo a la suprema dignidad de los altares.

El expediente se inició el 4 de junio de 1890. Siete años después habíanse acumulado en 34 infolios de más de 1.000 páginas cada uno los más minuciosos detalles sobre una vida tan llena de incidentes y prodigios.

Cuarenta años después de su muerte, tocábale a un Papa que había sido su huésped en Valdocco, y se había sentado a su mesa, declarar la heroicidad de sus virtudes, y dos años más tarde, en 1929, proclamarlo beato, mientras se aproxima la hora de su canonización, en que será declarado santo.

Don Bosco es una de las glorias más puras de Italia y uno de los más grandes benefactores de la humanidad.

Pero a la inversa de lo que ocurre con casi todos los grandes hombres, para quienes el olvido comienza al siguiente día de la muerte, para él ha sido el principio de una celebridad que cubre el mundo y penetra todas las clases sociales y durará tanto como la humanidad.

Esta es la suerte de los santos que la Iglesia proclama, sobre cuyas tumbas se pueden escribir aquellas dos sublimes palabras que pudieron ser el epitafio de Jesús: *Pertransiit benefaciendo* (pasó por la vida haciendo el bien).

FIN

ÍNDICE

Págs.

SEGUNDA PARTE: LOS AÑOS DE PÍO IX:

I.—Profetiza: ¡Lujo en la corte! 7
II.—Enredado en deudas 21
III.—Pío IX en la tormenta 39
IV.—¡26 de enero de 1854! 53
V.—Sospechas del Gobierno contra Don Bosco 68
VI.—Cómo leía en las almas 91
VII.—Cómo enseñaba 108
VIII.—La última comunión de Cavour 122
IX.—Sistema jesuítico 142
X.—Una iglesia con 40 céntimos 159
XI.—Caída de Roma 170
XII.—El Concilio Vaticano 193
XIII.—Serias dificultades con su arzobispo 212
XIV.—Cualquiera que os haga morir 232
XV.—Don Bosco, entre el Papa y el Rey 246
XVI.—El padre Vespignani 257
XVII.—La conquista de la Patagonia 278
XVIII.—Muerte del Rey y del Papa 292
XIX.—El espíritu salesiano 304
XX 314